3 1761 08695608 3

CAMPOAMOR

PEQUEÑOS POEMAS

Arch. pile 2 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

A su buen amigo y compañero de los L. Hermanos
M. Iglesias
Recuerdo cariñoso de

LOS

PEQUEÑOS POEMAS

LS
C198pe

LOS

PEQUEÑOS POEMAS

POR

D. RAMON DE CAMPOAMOR y Campoosorio

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

EDICIÓN DE LUJO

LA MÁS COMPLETA DE LAS PUBLICADAS HASTA HOY

MADRID

ENGLISH Y GRAS, EDITORES

PASEO DE RECOLETOS, NÚM. 15

1879

460428
10. 4. 47

DERECHOS RESERVADOS.

MADRID: 1879.—Imp. de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 10.

PRÓLOGO DEL AUTOR[1]

I. Recuerdo de una antigua polémica.—II. El arte supremo sería escribir como piensa todo el mundo.—III. La verdadera originalidad. IV. Asuntos dignos del arte.—V. El plan de toda obra artística.—VI. Lo universal en el arte.—VII. El paganismo en el arte.—VIII. Designio filosófico: el arte trascendental.—IX. Inutilidad de las reglas de la Retórica para formarse un estilo.—X. ¿Debe haber para la poesía un dialecto diferente del idioma nacional?—XI. El verdadero lenguaje poético.—XII. La naturalidad en el arte.—XIII. Resúmen de esta poética.—XIV. La historia, las ciencias y la filosofía, consideradas como elementos de arte.—XV. Conclusion: un ruego á la crítica.

I

RECUERDO DE UNA ANTIGUA POLÉMICA.

Ruego á mis lectores que me perdonen por haber añadido, al ya no corto número de PEQUEÑOS POEMAS, otros seis más, que son:

LA MÚSICA.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

LA LIRA ROTA.

POR DONDE VIENE LA MUERTE.

EL AMOR Y EL RIO PIEDRA.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

Tenía empezados otros varios, que acaso ya nunca con-

(1) Leido en el Ateneo de Madrid en la noche del sábado 29 de Marzo de 1879, para inaugurar las lecturas en prosa, establecidas por aquella corporacion.—LOS EDITORES.

cluiré, porque conozco que una coleccion de veinte pequeños poemas es demasiado numerosa para que la manera de escribir de un autor no se convierta en un estilo amanerado; y para que los lectores no sientan empacho al encontrarse con un pasto intelectual tan continuado y tan uniforme.

Pero he necesitado contar con la indulgencia de mis lectores al añadir estos poemas nuevos, porque de resultas de una polémica literaria titulada *La originalidad y el plagio*, hice aserciones temerarias que, ó tengo que rectificar, ó necesito ratificar.

En cierta ocasion, *El Globo*, periódico en el cual, andando el tiempo, su ilustrado Director, el Sr. Olías, con gran generosidad hizo de mí elogios inmerecidos que nunca le agradeceré bastante, dió á luz unas cuarenta ó cincuenta frases sueltas que yo, entre otras muchas que no podria ahora precisar, habia ingertado en algunas obras mias. con un intento deliberado que luégo explicaré. Los que me echaron en cara el hecho, lo hicieron sin fijarse en que las frases copiadas, están, la mayor parte, escritas y repetidas en muchos autores, y que la genealogía de alguna de ellas viene de Homero y de la Biblia.

Antes de pasar adelante, debo declarar que si se me escapa alguna expresion demasiado enérgica, no se refiere, ni siquiera indirectamente, al principal sostenedor de aquella polémica, á quien algun tiempo despues he tenido el gusto de conocer, y que es un excelente jóven, de porvenir, que en la polémica no me ha faltado, como otros, al respeto que todos nos debemos, ni á las consideraciones de una buena fraternidad literaria. Y si he de decir lo que siento, creo que algunos periódicos que se introdujeron en la cuestion, de lado y embozados, como los traidores de comedia, sin imitar las buenas formas de *El Globo*, no han

atacado en mí tanto al literato como al político conservador. Las rivalidades de partido envenenan hasta las buenas letras. Yo no sé en el órden ideológico á qué escuela política se me podria afiliar; pero lo que indudablemente sé es que en la práctica soy conservador hasta por organizacion, pues el hecho revolucionario, aunque sea hijo legítimo de una idea, me es insoportable por lo antiestéticamente con que se suele realizar. Esto, aunque yo tuviese algun mérito, siempre me privaria de cierta aura popular, que muchas veces pierde á caractéres más enteros que el mio. Hoy sólo en los ejércitos de la muchedumbre se puede sentar plaza de héroe ó de genio. Cuando S. M. el vulgo, y no hablo del vulgo de clase, sino del vulgo de entendimiento, es el supremo imperante, no reconoce más talentos que los ingenios que lo adulan. El genial Beranger ha tenido en Francia más popularidad que todos los poetas del mundo juntos, y despues de veinte años de su muerte, su gloria tiene un brillo veinte veces ménos deslumbrante que cuando vivia, porque los guardianes del templo de la inmortalidad son unas musas muy delicadas que examinan despacio los títulos que expiden las Sorbonas de la multitud, y para ellas el criterio del número inconsciente no es criterio de razon.

Si hoy diesen sus obras al teatro la gloriosa trinidad de Lope, Tirso y Calderon, ó tendrian que dejar de escribir, ó serian silbados inmisericordiosamente, sin más razon que la de estar investidos del carácter autoritario de sacerdotes católicos.

Por sus ideas absolutistas hemos visto en nuestros dias morir olvidado al poeta Arriaza, que era un ingenio bastante más natural y más feliz que muchos de los talentos que se complacieron en desdeñarle. De niño recuerdo que admiraba yo mucho á Arriaza, y no entendia á Herrera.

Hoy, ya viejo, sigo no entendiendo á Herrera y leyendo con gusto á Arriaza. He visto alguna vez á este bondadoso anciano sentado humildemente á la mesa de un café, miéntras pasaban orgullosos por su lado escritorzuelos exagerados, de los cuales ya nadie se acuerda, y estoy seguro que ante aquella generacion desagradecida, le decia á Arriaza su conciencia, lo que el cardenal Leneau al príncipe de Condé, cuando éste caía bajo el peso de la calumnia:—«¡Valor! que los detractores se hundirán en la sombra y vos quedareis en la luz!»

II.

EL ARTE SUPREMO SERÍA ESCRIBIR COMO PIENSA TODO EL MUNDO.

Y volviendo al objeto de nuestro prólogo, añadiré que he escrito estos seis pequeños poemas, porque en la polémica á que he aludido, en una carta dirigida al señor Bremon, entre otras afirmaciones temerarias, se me escapó la siguiente: «Escribiré unos poemas, todos completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mias, para que vea V. que yo, en materia de versos, escribo *lo que quiero y como quiero.*» Suplico al lector que dé por borrada esta última frase. Yo pensaba re-escribir alguno de los Poemas antiguos con otros pensamientos, porque tengo la presuncion de creer que, sin variar el consonante, puedo escribir un verso cien veces distintas, con cien ideas diferentes, y por ello me aventuré á hacer la asercion de que me arrepiento. Y por cierto, que tengo que confesar, que algunos, aunque pocos, de los versos citados en la controversia, los he alterado ya por razones estéticas; y, para variarlos todos, sólo aguardo á

que acaben su tarea los que aún hoy dia andan oliendo y desenterrando coincidencias, con tanto apetito como si buscasen trufas. Despues de esto, y cumplido mi objeto, desharé, como la sal en el agua, la causa de su censura, probándoles que su ocupacion ha sido del todo inútil, ya que dicen críticos formales como el señor Valera que mi diversion ha sido un poco pueril.

Mas volviendo á la impertinente asercion de que yo en verso hago *lo que quiero y como quiero*, añadiré, que como despues del ardor del combate me ha venido á visitar el ángel de la modestia, ausente de mí en aquel momento, no he querido cumplir mi palabra, y por consecuencia, ya que no he dado la prueba, retiro la frase.

Pero sostengo la primera parte de la asercion, en la cual prometia publicar unos poemas completamente originales y completamente nuevos, absteniéndome, al componerlos, de toda clase de lectura, para no insertar á sabiendas, ninguna frase ni vista ni oida; aunque despues de haber escrito estos seis poemas, por vanidad, por pura vanidad, me asalta la duda de si se hallará en ellos todavía el trapo viejo de alguna reminiscencia, que me puedan sacar á relucir, diciéndome:—«Esta idea la tengo yo escrita en un drama inédito»— «tal expresion se la he oido al señor cura predicando»—«aquella frase es muy comun en todos los mercados»—«ese giro se ve todos los dias en los periódicos» —etc. etc. etc.; en cuyo caso les diré: ¡gracias, señores mios, muchas gracias! porque merced á vuestra diligencia, habré conocido que he llegado á alcanzar el mérito supremo que quería tener Voltaire, el ideal poético que yo creia perseguir en vano, el de escribir poesías cuyas ideas y cuyas palabras fuesen ó pareciesen pensadas y escritas por todo el mundo.

Y acabo aquí de hablar de esos fiscales oficiosos, que

son como aquel ciudadano que sólo quería ser alcalde para *echar gente á presidió*. Así como las flores del rosal por falta de cultivo degeneran hasta trasformarse en una especie de rosas de escaramujo, los críticos, sin estudios superiores, se convierten por empirismo en unos verdaderos malas lenguas. Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bílis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos. Si algo pudiera desalentar en esta vida las fuerzas de mi corazon, me afligiría el ver la indiferencia con que se ven los estragos que hacen, no los rosales, sino los escaramujos de la crítica, convirtiéndose en conductores de las pestes de la envidia literaria, de la animosidad de las antipatías personales, y de la rivalidad política, sin que el público procure aislarlas por medio de cordones sanitarios de desprecio.

III.

LA VERDADERA ORIGINALIDAD.

Sentiré volver á caer en el pecado de la pedantería; pero despues de rectificar la expresion de que yo *en verso hago lo que quiero y como quiero*, tengo que ratificarme en la asercion de que, «á mí, en mis obras, me pertenece siempre por completo la verdadera originalidad, que son los cuatro factores que constituyen el arte, *la invencion del asunto, el plan de la composicion, el designio filosófico y el estilo.*»

Ya sé yo que he hecho mal en sentar una afirmacion que honra poco mi modestia; pero en fin, ya lo he hecho, y no tengo más remedio que sostener mi opinion. Además,

nunca he tenido ocasion de exponer mis principios literarios, y no me parece fuera de lugar hacerlo hoy al defenderme de cargos injustos de innovacion, porque yo, siguiendo en lo posible el consejo de la sabiduría divina, como mero aficionado, me consagro en el arte, aunque infructuosamente, «á la eleccion constante de lo que creo mejor.» Declaro con rubor que al llegar á este punto vacilo, y no sé cómo continuar sosteniendo que mi sistema es el mejor, sin que parezca que me alabo. Pero ¡cómo ha de ser! áun á riesgo de que dude de mi humildad la gente mal pensada, añadiré que, al defender mis principios literarios, no lo hago por vanagloria, sino por cumplir un deber. Al que lo crea, Dios se lo premie; y, al que no, se lo demande.

Nunca he comprendido por qué un conservador en política tan pertinaz como yo, se le supone contagiado de un cierto jacobinismo intelectual. Las pruebas de mi rebeldía á la autoridad retórica constituida, consisten en haber escrito las DOLORAS, y en que, últimamente, con LOS PEQUEÑOS POEMAS he querido dar forma á unas composiciones que reuniesen todos los géneros poéticos, desde el epigrama y el madrigal, hasta la oda y la epopeya. La idea es un poco pretenciosa; pero no me parece censurable por lo revolucionaria.

Y por cierto que si yo tuviera alguna ilusion literaria, que no tengo, hubiera quedado bien castigado al ver que, si se exceptúa el Sr. Revilla en sus *Principios Generales de Literatura*, ningun crítico ha observado que, separándome en esto de la generalidad de los demás escritores, sigo un procedimiento exclusivamente personal, que será bueno ó malo, pero que en mí es idiosincrásico, que es hacer de toda poesía un drama, procurando basar este drama sobre una idea que sea trascendental y que pueda universalizarse.

Yo, que quisiera ser tan feliz como Dante, que se alababa de que *copiaba* á Virgilio, ó como Goethe, cuando tuvo el orgullo de confesar—«que él habia aceptado y recogido muchas ideas, lo mismo de los que le precedieron que de sus contemporáneos,»—me veo en el caso de declarar que jamás he tomado un solo asunto ni una sola idea de ningun poeta, porque lo que ya pertenece á la poesía, no creo que hay necesidad de repetirlo; pero sí insisto en sostener la afirmacion de que es menester poner las ciencias al servicio del arte, agrandando su esfera con esa magnífica irrupcion de ideas, de frases y de giros que en forma de literatura prosáica, de filosofía y de ciencias naturales, van elevando cada vez más el nivel del espíritu humano. Nadie puede calcular lo que podria levantar este nivel intelectual un talento perceptivo, como el de Byron, por ejemplo, que para vestir las ideas madres de sus poemas versificaba trozos enteros de los impresos de su tiempo, y copiaba *al pié de la letra* las historias que relataban los incidentes de sus leyendas.

Aunque en realidad la verdadera originalidad sólo consiste en la reverberacion del carácter personal de un autor, se puede decir que hay dos originalidades, una pequeña y otra grande; la empírica y la sintética; la de los pensamientos secundarios y la de las ideas madres; la originalidad de las ideas de relleno y la de los pensamientos de construccion.

He indicado, y me ratifico en ello, que se debe dar poca importancia á los pensamientos secundarios de una composicion, reservándola especialmente para la idea matriz.

Con este motivo recuerdo que el P. Velez, con el principal objeto de acusar á Quintana de irreligioso, insinúa la censura de que ha convertido en versos suyos la prosa

de Federico el Grande. Y aunque—«son las mismas palabras, el mismo estilo»—como dice el padre Velez, éste no cayó ni por un momento en que á Quintana, áun en caso afirmativo, le perteneceria por completo la originalidad, por haber convertido las ideas y expresiones del rey filósofo en *obra artística*. Y es inútil que el P. Velez acuse al poeta, repitiendo que—«las expresiones de Federico son idénticas á las del canto del Sr. Quintana.»—Las frases del filósofo rey podrán vivir ó morir pronto, segun sea su mérito, y la crítica del P. Velez será olvidada por necia; pero el canto del Sr. Quintana será eterno como su nombre, y le pertenecerán las ideas que se ha apropiado del gran Federico, por haberlas expresado mejor que él, pues como dice muy bien el Sr. Cánovas del Castillo, discípulo y admirador de Quintana:—«nadie tiene como suyo sino lo que ha dicho como nadie.»

El divino Fernando de Herrera, que para mí sería mucho más divino si fuese un poco más humano, ha escrito dos de sus más celebradas canciones, la de *Á la pérdida del rey D. Sebastian* y la de *Á la batalla de Lepanto*, copiando de la literatura, hebrea en la segunda de dichas canciones, todas las frases y versos que pongo en letra bastardilla:

«*Cantemos al Señor*, que en la llanura
venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, Tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.»
«*Sus escogidos* príncipes cubrieron
los abismos del mar, y *descendieron*
cual piedra en el profundo; y tu ira luégo
los tragó, como arista seca el fuego.»
«Derribó con los brazos suyos graves
los cedros más excelsos de la cima.»
«*Bebiendo ajenas aguas*»

«*Temblaron los pequeños*, confundidos
del impío furor suyo: *alzó la frente*
contra tí, Señor Dios.....
y los armados brazos extendidos,
movió el airado cuello aquel potente;
cercó su corazon de ardiente saña»... etc.

No traslado más, porque me canso de copiar una cosa tan árida, pero todas las estrofas se hallan empedradas de igual número de hebraismos.

Al copiar una de estas canciones, dice el Sr. D. Alberto Lista: «¿Por qué no escribió más que dos composiciones de esta clase? Estas dos obras son de lo más clásicas de nuestra poesía, y de las más dignas de estudiarse.»—Estas ideas y frases tomadas por Quintana y por Herrera, despues de fundidas en el molde de su concepcion artística, son suyas y tan suyas, como aquellos centenares de millones, fruto de sus conquistas, que tenía Napoleon en un sótano de las Tullerías, y de los cuales decia:—«Son mios, y tan mios, que sólo constan en un libro de memorias de mi secretario particular.»—El oro de las frases de Quintana, dejará las del Gran Federico convertidas en una escoria vulgar, y si Herrera no mata las de los libros hebreos será porque son la expresion de la palabra viva de Dios.

El jesuita español Eximeno ha dicho:—«que la riqueza de las lenguas nace del número de las ideas que se ntroducen en un pueblo. Las naciones libres adquieren contínuamente nuevas ideas, y por lo tanto enriquecen su lengua de frases y de palabras nuevas.»

Todo esto, aunque le pareciese bien al Sr. Lista, supongo que les parecerá mal á los corredores literarios intrusos que, equivocando la contratacion fraudulenta con el trabajo lícito, quieren alejar del comercio literario á

esos indianos ricos, como Herrera, que despues de exploraciones arriesgadas, vuelven de países lejanos cargados de riquezas.

Los elementos dispersos que se apropian para sintetizarlos, no quitan nada al mérito de la obra artística. Un escultor recibe un pedazo de mármol para hacer una Vénus.—¿Está hecha?—Sí.—¿Qué es lo que pertenece al que dió el mármol?—Nada.—¿Qué es lo que pertenece al artista?—Todo.

IV.

ASUNTOS DIGNOS DEL ARTE.

A un artista no se le puede pedir en sus composiciones más que su idea y su estilo; y generalmente, para ser grande le basta sólo su estilo. Pero yo en esta parte disiento del modo comun de pensar, y dándole al escritor la libertad de adoptar las ideas suplementarias que tenga por conveniente, diciendo en verso—buenos dias tenga usted,—lo mismo que lo hacen en prosa los demás mortales, creo que todo artista está obligado á sintetizar en un pensamiento fundamental los pensamientos accesorios. El asunto es la espina dorsal del cuerpo de una obra.

Ha de haber una idea clave, sin la cual la obra artística se vendria abajo. Versificar ideas todas iguales en importancia, sin categorías, sin someterlas á un principio único de concepcion, es hacinar, pero no es componer: es formar un monton de piedras informes, sin ensambladura ni objeto arquitectural.

Decia Rafael que sacaba el modelo de todas sus vírgenes—«de una *cierta idea*».—Esa cierta idea de Rafael es el asunto, es la idea cierta que debe tener el artista para que sirva de base á todos sus pensamientos.

Segun Santo Tomás:—«el hombre piensa más cuantas ménos ideas más generales tiene, hasta llegar á Dios, que todo lo vé con una sola idea».—Y así como en el órden intelectual hay una verdad de la cual dimanan todas las verdades, el genio, en la vida práctica, consiste en poseer el secreto de hacer depender de una sola idea lo que otros tienen vinculado en muchas. La táctica con que Napoleon vencía á sus contrarios, consistia en lo siguiente:—«Ser más fuerte que el enemigo en un punto dado.»—Esta es la idea matriz que explica y determina todos sus movimientos estratégicos. De una sola idea se pueden deducir millones de hechos, aunque con un millon de hechos no se pueda explicar ni una sola idea.

Nuestros clásicos, en general, adolecen de un defecto que han heredado de los antiguos, y, como ya se ha dicho, en particular de Petrarca, que es el de hacer poesías sin asunto, ó escoger asuntos que no tienen ninguno. En este gran poeta las ideas todas son soldados rasos, sin jefe que los mande. En Petrarca los adornos valen tanto como el ídolo que engalanan; son cuadros sin perspectiva y sin figuras próximas ni términos lejanos. En este panteismo de ideas y de frases, el mismo valor tiene una chinela de Laura que Laura misma. Y no habiendo en sus pensamientos jerarquías ni diferencias, resulta un cáos, en el cual Dios es idéntico á las cosas, y por consiguiente, como todo es igual, todo parece indiferente.

Los que se empeñan en dar importancia á los pensamientos secundarios, es porque no quieren que se investigue en ellos cuál es la idea de construccion. En todos los guijarros del arroyo hay parte de un Escorial: la dificultad y el mérito están en construirlo. Lo primero es el asunto, lo segundo el asunto y lo tercero el asunto. No se pierda de vista que cuando nombro el asunto, quiero decir el ar-

gumento y la accion. Y al oir esto se me preguntará:—«pues qué, ¿hay poetas que han escrito sin asunto?»—Muchos.

Es menester leer doscientas letrillas, por lo ménos, para encontrar una con un asunto tan determinado como en está de Villegas:

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Víle tan acongojado,
Por tal atrevimiento,
Dar mil quejas al viento,
Para que al Cielo Santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el intento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama,
Parece que decia:
Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;
Y que le respondia
El rústico:—«No quiero.»—

Ese pájaro, al cual le roban su nido, esos movimientos convulsivos de desesperacion y de ternura, que parecen reclamar del labrador el nido profanado, y el áspero «no quiero» del labrador, forman la historia completa de un amor desventurado. Aquí el asunto es lo principal; la ejecucion, que es admirable, podría desempeñarse de mil maneras distintas.

Componer bien es tener el arte de enlazar un principio á sus consecuencias. Toda verdad secundaria es hija de otra primordial. Así como lo presente entraña lo porvenir, de un asunto bien pensado nacen incidentes múltiples, propios y naturales. Lo principal resuelve por sí mismo lo accesorio.

El orígen de las ideas es el orígen de las verdades. Un asunto, sobre todo si es abstracto, hay que reducirlo á sensacion y convertirlo en imágen, y, al esculturarlo, darle carácter humano, y despues universalizarlo, de modo, que en vez de la causa de un hombre, se dilucide en él, si es posible, la causa de todos los hombres. Toda poesía que sea impersonal, que carezca de asunto, que no sea una historia, que no sea contable, será un rosario de versos, más ó ménos tolerables; pero esos versos sin cuento serán unas cuentas de rosario sin el hilo interior que las sujete; podrán ser una coleccion de perlas; pero nunca se podrá formar con ellas un collar.

Cualquier objeto puede ser asunto de versos, pero son pocos los objetos que sirven para asuntos de composicion.

Un artista que sabe ver y pensar bien lo visto, realiza lo ideal, individualizando las ideas generales, personaliza lo abstracto, echa líneas en lo indefinido, hace particular lo universal, y pone de relieve los asuntos de sus obras, realizando lo que se llama *el arte por el arte*. Pero despues, si el artista es digno de serlo, hace una operacion in-

versa, y aunque disguste á los idólatras del género llamado por ironía *inocente*, el arte por el arte lo convierte en el *arte por la idea*. ¿De qué manera?

V.

EL PLAN DE TODA OBRA ARTÍSTICA.

Me parece conveniente que el lector no olvide el objeto de este prólogo, que es el de pedir humildemente perdon por algunas fanfarronadas que se me han escapado en el ardor de varias polémicas, y de ratificar algunos juicios que, aunque algo aventurados, á mí en el fondo me parecen justos. He dicho, y repito, que además de la *invencion de los asuntos,* me pertenece por completo en mis obras la manera de sujetarlas á un *plan* determinado. Será un mal sistema que sólo expongo para disculparme; pero como á mí me parece bueno, aunque algunos lo hallan detestable, porque lo creen difícil, insisto en sostener que toda poesía lírica debe ser un pequeño drama.

Así como Dios todo lo hizo con número, peso y medida, la obra de arte ha de estar planeada de tal modo, que la unidad no se pierda en la variedad, ni ésta se halle absorbida por la unidad.

Despues de inventar la idea generadora, base del asunto, hay necesidad de dramatizarla, de sujetarla á un plan. Antes de vestir la idea con el ropaje del estilo, ó sea el colorido, es menester hacer el cuadro, dibujar los personajes, para pintarlos despues, haciendo resaltar en la expresion el objeto para que han sido dibujados y pintados.

Segun un crítico francés, que lo copia de Aristóteles, entre los griegos el mayor mérito de una obra consistía en el asunto y en el plan: entre nosotros, al contrario, consiste en el estilo. Si esto es así, que no lo sé, es menester re-

troceder hasta los griegos. Una poesía debe ser una cosa animada, pintoresca, que hable, si es posible, á los ojos y á la fantasía. No debe ser materia de versos lo que no sea contable. La poesía debe tener la plasticidad de todas las artes: el dibujo y el color de la pintura; lo rítmico de la música; lo escultural de la estatuaria, y la unidad en la variedad de la arquitectura. El arte debe hablar á un tiempo á la inteligencia, al alma y á los sentidos. Cuando alguno me recita versos de nuestros autores clásicos, que ni emanan de un pensamiento fundamental, ni están sujetos á un plan determinado, haciendo lo que los jugadores de manos que sacan de la boca cintas de una largura interminable, me hago las preguntas siguientes: «¿por qué causa habrá empezado, y con qué motivo concluirá?»

Hé aquí un precioso ejemplo del modo de planear un asunto:

. . . . . .

Este con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Tejido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se están besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el aire vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
—«Dejad la dulce acogida:
Que la que el Amor me dió,
Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.

Piérdase vuestra amistad,
Pues que se perdió la mia:
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.»—
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adónde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
—«Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte;
¿Quién habrá que las aparte,
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.»—

¡Qué asunto tan bello y qué primorosamente está planeado!

La gran dificultad del arte consiste en hacer perceptible un órden de ideas abstractas bajo símbolos tangibles y animados. El apólogo que suele representar una máxima moral expuesta en un drama con personajes que se mueven, siempre será un género de literatura admirable. La fábula de la lechera vale más que todas las odas, elegías y poemas que se han escrito y que se escribirán sobre la ruina de las ilusiones humanas. El arte es enemigo de las abstracciones y gusta mucho de estar representado por personas que vivan, piensen y sientan. Lo que se impersonaliza se evapora.

Hay en todo asunto una parte iluminada que es menester poner á la vista del lector al formar el plan de una obra, y otra parte oscura de la cual es bueno prescindir por completo.

Para inventar los asuntos hay que ver bien, y, para planearlos, pensar bien lo visto.

La naturaleza se ha dicho que no es más que la letra pintada; la sensacion la vé, la inteligencia la piensa, la imaginacion la pinta, y hé aquí el arte. En el drama de la Creacion todo está escrito por Dios con tinta simpática. No hay más que aplicar el reactivo y sacarlo á luz. El mayor artista es el mejor traductor de las obras de Dios.

VI.

LO UNIVERSAL EN EL ARTE.

Ya hemos convenido en que yo tengo el deber de dar, y el público el derecho de saber, el por qué de mis afirmaciones y negaciones literarias, y por consiguiente, necesito decir que despues de inventado y dramatizado un asunto, hay que probar la necesidad de imprimirle un carácter general y trascendente.

Así como toda palabra tiene una faceta brillante que es menester, al engarzarla en el verso, ponerla hácia la luz; toda idea, aunque sea empírica, entrañando algo de lo general, tiene una caida hácia lo infinito, y es necesario colocarla de ese lado, para que, haciendo de idea matriz, sirva de asunto á toda composicion.

Hay cerebros completamente refractarios á la comprension de nada universal, y éstos creen que la mision del poeta se hace más difícil cuando la crítica les obliga á no cultivar el arte sólo por el arte, sino que además hay que

añadir al arte alguna idea. En esto tienen razon, porque para lo segundo no basta que el escritor sea poeta, sino que además ha de ser hombre de ciencia, ó por lo ménos erudito. Existe la preocupacion de que los conocimientos ajenos á la estética perjudican al artista; pero léjos de ser así, se nota que los artistas, cuanto más estudiosos son, poseen más novedad y tienen más variedad y grandeza en sus invenciones. Y esto es natural, porque nunca se comprende tan bien lo particular como cuando se mira desde un punto de vista general.

Los artistas deben encarnarse en su tiempo por medio de afecciones literarias y vínculos históricos, asociando á sus asuntos los modos de decir y de pensar hijos de las circunstancias. Cada siglo tiene su corriente de ideas que le son propias, y que, al vestirse toman el traje de moda de su tiempo. El corsé higiénico moderno no sé si viste mejor, pero de seguro da más facilidad á los movimientos que la vieja cotilla de nuestras abuelas.

Es cierto que los antiguos poetámbulos tendieron más á ocuparse en los asuntos de lo pasado y de lo porvenir, que en las necesidades de lo presente. Al pasado y porvenir se les puede calumniar, sin que aquél se queje, ni éste pueda hablar todavía; pero el fotografiar lo presente ofrece la dificultad de que todos los lectores se erigen en jueces sobre el parecido de las cosas pintadas. Este inconveniente es lo que hace que hayan abundado tanto los cantores épicos ó legendarios y los poetas visionarios, porque como dice la copla

El mentir de las estrellas
Es muy seguro mentir;
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo á ellas.

Pero la poesía verdaderamente lírica debe reflejar los

sentimientos personales del autor en relacion con los problemas propios de su época. En todas las edades soplan unos vientos alisios de ideas que se estilan, y hay que seguir su impulso, si no se quiere parecer anacrónico. Los incidentes y las ideas de la *Iliada* y de la *Eneida* no sólo no son asimilables, pero ni siquiera son concebibles en nuestra moderna vida europea.

No es posible vivir en un tiempo y respirar en otro.

VII.

EL PAGANISMO EN EL ARTE.

Pero ántes de entrar en la cuestion del objetivo en las letras, conviene hablar algo de lo que, aunque no en toda la extension de la frase, llamaremos el paganismo en el arte.

Existe una mogigatocracia literaria, que convierte en pecado mortal, así el uso de un neologismo, como la exhibicion de una estátua.

Ya he dicho en otra parte, que á un autor se le puede exigir que sea decoroso en la expresion de sus pensamientos; pero hacerle renunciar á la descripcion de escenas excépticas ó atrevidas, que puedan ser más ó ménos arriesgadas, sería desterrar del imperio del arte una de las fuentes más ricas de inspiracion y de pasiones. En esta parte, la gazmoñería moderna, queriendo tener á una sociedad en bábia, es de lo más remilgado y más hipócrita que ha habido en ninguna época del mundo. Por que hoy no se describan las Cammas, los Edipos y las Fedras, ¿dejarán de ser eternamente tipos ciertos, aunque desastrosos, de las aberraciones á que llega la humana naturaleza? Ciertamente que en la pintura de las pasiones es muy cómodo huir de las dificultades, suprimir en el alma

la duda y las exageraciones, y dejar de describir lo más difícil de la vida por razones de conveniencia ó de decoro; pero contando con el pudor, á cuyo sentimiento no se puede faltar impunemente, es menester que todo lo que es propio de nuestra naturaleza moral se cuente, que el hombre no deje de ser nunca un representante de las pasiones y de la inteligencia, y no se le reduzca á un sér neutro, sin capacidad física, intelectual ni moral; término incoloro á que tienden á limitar al hombre todos los entendimientos vulgares. Además, un gran escritor siempre sabe y puede hablar de todo con decoro, aunque esto pueda tener el inconveniente de que los imitadores lleven el arte á un realismo demasiado empírico, que, desempeñado con poco ingenio, llegaria á ser intolerable.

Yo no soy de los que creen que el pudor en las mujeres no es más que el miedo que tienen de que no se las halle bastante hermosas; ni soy del parecer de Schopenhauer que dice que, como dar la vida es perpetuar el mal en la tierra, el pudor es la vergüenza que siente el traidor que se dispone á cometer un crímen en la sombra. No; el pudor es una cualidad moral que compensa y casi santifica ciertas debilidades de nuestra flaca naturaleza. Por lo mismo, no creo tampoco que las mujeres, verdaderas propagadoras del cristianismo, son la *imágen del pecado.* Yo bien sé que esto lo dicen, aunque no lo creen, los que, convirtiendo la hipocresía en la primera de las virtudes, predican en materias de amor una moral tan restricta, que pretenden reducir al hombre á la condicion de eunuco. Afortunadamente, estudiada la cuestion á fondo, resulta que en esta parte no hacen más que imitar la conducta del excéptico de Atenas que decia: «Yo de un modo hablo en la escuela, y de otro modo me compongo en casa.»

Cuando un artista tiene repugnancia en ocuparse en asuntos femeniles, podeis asegurar que es un talento vulgar que, no comprendiendo lo espiritual, teme caer en la torpeza de lo carnal. Nada prueba tanto el buen sentido de un artista como cuando marcha con seguridad por esa senda escabrosa que separa lo galante de lo peligroso. No hay pintura más obscena que aquel beso que Pablo da á Francisca *en la boca*. Los autores modernos hubiéramos dado ese beso en los *labios*, en la *mejilla* ó en la *frente*, y el episodio entónces desapareceria, echando un jarro de agua fria sobre el poema. Cuando despues, leyendo, se atraviesa el Paraíso, no se siente una emocion tan divina como la que causa aquel beso *en la boca*, que lleva al infierno al que lo da y á la que lo recibe.

La santurronería inglesa, traida al continente con los anatemas lanzados contra Byron, nos ha contagiado hasta á los mismos católicos, haciéndonos tener más antipatía á la diosa Vénus que á la diosa Razon.

Como en buena lógica lo absurdo de los principios se conoce por su ampliacion, la continencia ilimitada ha sido proclamada como dogma religioso por alguna de las sectas de los actuales nihilistas que se proponen concluir con el mundo por medio de una castidad absoluta.

El bello *desnudo* es el enemigo de la voluptuosidad. Es más dado á tentaciones el velo exagerado de una monja, que el traje corto de una bailarina.

En la poesía, en la pintura, en la escultura, no hay nada más difícil que el desnudo vestido, que esa gracia de los grandes artistas de echar paños sobre la forma para que se adivine mejor lo que se oculta más.

La belleza es un ángel que no tiene sexo.

No hay que exagerar los puritanismos mogigatos; porque estos son los que, como en Inglaterra en tiempo

de la restauracion, producen las reacciones deshonestas. Si la moral demasiado fácil hiere á las costumbres, cuando es muy intransigente irrita á la naturaleza.

La mujer, objeto el más bello de la creacion, es una estátua viva sobre la cual el arte tiene fueros y derechos imprescriptibles.

Una belleza nunca puede ser objeto de escándalo, porque en ella lo material siempre parece que está envuelto en cierta nube de luz.

Es ya opinion comun, la de que un solo cabello de mujer, por efecto de una natural asociacion de ideas, hace vibrar en toda su extension esa cadena eléctrica de penas y de ternuras que une el fin y el principio de la vida humana. En el dibujo de la mano de una mujer, hay más poesía que en la cabeza de Apolo, más amor que en un jardin de flores en un dia de primavera, más vida que en una nube cuajada de nidos de ángeles, y más recato que en un templo. Y ¿por qué la emocion que causa el contorno de esa mano de mujer, no es una sensacion de placer como suponen algunos timoratos inconscientes, sino que es un sentimiento mezclado de ternura, de belleza y de santidad? Porque esa mano nos recuerda aquella que nos ha sostenido en la niñez; que nos ha acariciado en la juventud; que cerrará nuestros párpados el dia de la muerte, y que, separando las nieblas de la eternidad, nos ayudará á subir á lo alto de los cielos.

Es inútil querer remediar lo que afortunadamente es irremediable. La vida va llamando siempre á las puertas de la vida, hasta que se la abren, sin llamar, las puertas de la muerte. Suprimid el paganismo artístico y despoetizareis el mundo.

Personas que se creen discretas, aseguran que no se deben escribir libros que no puedan estar en manos de

la inocencia ¡Ilusiones de niños grandes! Para la inocencia no se ha escrito, no se escribe, ni se puede escribir nada. En cualquier cuento de niños tienen que ir incluidas las palabras padre y madre. ¿Qué contestarian esas personas que se creen discretas al niño que preguntaba: «¿qué es ser padre y qué es ser madre?»

Hay un axioma que dice—«que las gracias nunca están bastante *desnudas*».—Pero esto se suele entender sólo con los autores muertos, porque para los vivos existe una rigidez que les impide hasta la aplicacion metafórica de esta máxima.

Hermosilla, crítico de la familia de los roedores, censuraba á Melendez porque, en su oda á la paloma, la pedia un beso, mínimo pecado de antojo zoológico, que D. Juan Nicasio Gallego disculpaba, por comparacion, haciendo notar el atrevimiento de Moratin, que era el ídolo de Hermosilla, y que á una ninfa de carne y hueso la pedia, no un beso; sino los *últimos favores*.

Estos *últimos favores de Moratin*, y la tristeza de aquella niña de Melendez,

que yendo á buscar flores,
perdió la que tenía,

son unas licencias sin mérito que, figurando como modelos en las colecciones de nuestros clásicos, siempre hallan quien las disculpe en autores muertos; pero en tratándose de escritores vivos, en los cuales nunca se podrian rebuscar libertades tan vulgares, entónces los calumnian por lo bajo ciertos ascetas por industria que nunca oyen hablar de los encantos de una mujer sin aparentar que se escandalizan, olvidándose de que son herederos de las tradiciones de aquellos castos varones que leian, y que leen toda-

vía, sin que se les levante el estómago de asco, los amores de los Virgilios y los Teócritos, consagrados á unos Alexis, cuyo sólo recuerdo rebaja al hombre á la condicion del sub-bruto.

Los mogigatos de la honestidad me hacen el mismo efecto que los remilgos de algunas beatas de provincia que hacen ascos de nombrar el beso, al mismo tiempo que están besando el hocico de un perro. Tambien esto me recuerda unas buenas religiosas á quienes, señalándome los apólogos que no dejaban leer á las niñas de su colegio, tuve que hacerlas notar la contradiccion en que caian dejándoles leer unas vidas de santos, en las cuales la deshonestidad rivalizaba con la grosería.

Uno de los amigos más buenos que yo he tenido y que siempre me aconsejaba que tuviese mucho cuidado con las pinturas amorosas, con un candor angelical, tradujo y publicó aquel pasaje de uno de los capítulos de los proverbios de Salomon, en el cual—«una mujer se echa resueltamente á la calle, encuentra al jóven con el cual ha jurado cumplir sus ánsias, le echa los brazos, lo besa, se lo lleva, y se embriagan los dos de amores hasta la mañana, porque el marido no estaba en casa.»

Otro amigo mio que cree que en las letras se debia desterrar á las mujeres de todo comercio humano, ya me ha hecho aprender de memoria, á fuerza de oírsela recitar, la pintura de aquella emperatriz

Cuando cansada se iba, mas no harta.....

y cuyos versos no me atrevo á trasladar por razones de decoro fáciles de comprender, y de cuya descripcion el señor Quintana asegura que, en esta pintura de los desórdenes de Mesalina, Quevedo no iguala todavía en vigor á

Juvenal. Cuando se leen estas cosas en los libros santos, en las colecciones clásicas y en las obras de autores que pasan justamente por meticulosos, casi parece una injusticia que á ciertos autores modernos no nos reserve la crítica para el porvenir un rinconcito en un altar.

VIII.

DESIGNIO FILOSÓFICO: DEL ARTE TRASCENDENTAL.

Ya que hemos estudiado el asunto y el plan de toda obra de arte, entremos por fin de lleno en el exámen del designio filosófico.

¿Cuántos elementos han de constituir una obra, y en qué proporcion deben estar en ella el sentimiento, la imaginacion y la razon? El sentimiento todo, la imaginacion lo que se pueda, y la razon lo que se deba.

Desde que la filosofía, por medio del cartesianismo; la religion á causa del protestantismo; y el arte por efecto de la inmortal parodia del *Quijote* han creado esto que se llama *espíritu moderno*, los artistas, so pena de parecer unos cándidos, no pueden ménos de afrontar los problemas de la vida humana en relacion con la cosmología y la teodicea. El arte, al revés de la filosofía, no necesita tener certidumbre en sus máximas, ni utilidad en sus consecuencias, y tan recomendable es idealizando lo real como realizando lo ideal, y es suficientemente religioso cuando, en vez de cantar á nuestro gran Dios, entona himnos á los dioses. Pero lo que el artista no puede olvidar es, como hemos indicado anteriormente, que lo universal es el carácter de la época actual, y que así como antiguamente el mundo todo se reducia á Roma, el hombre de hoy es ciudadano del universo. Los poetas de este siglo están obligados á tener en su

lira, además de todas las cuerdas de sus predecesores, una cuerda más, y esa completamente suya.

Yo no disputaré si el arte se debe cultivar solo por el arte, ó si es mejor el arte por la idea. Acepto lo bello, lo mismo en Virgilio que en Horacio, si bien se me ha de permitir creer que por el tinte de filosofía, no muy sana por cierto, de este último, con ser uno de los poetas menores, es el más grande y más humano de todos. Cuando á la belleza se junta algun objetivo, cuando una línea ó palabra determinan y recuerdan lo infinito, haciendo el arte trascendental, entónces es verdaderamente divino. Espanta el pensar lo que hubiera sido un tan gran poeta como Byron si, con propósito deliberado, á sus pasmosas concepciones personales las hubiera dado puntos de vista generales, en los cuales se hubiera entrevisto lo infinito.

Y el lector me preguntará: ¿y qué obra de arte cumple las condiciones que nuestra crítica exige? Muchísimas: hé aquí una muy corta para ejemplo:

Cuentan de un sabio que un dia
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro, entre sí decia,
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.

Cuadro completo: buen asunto, planeado admirablemente, y en el cual se vé un designio lo más consolador y más humano que se puede concebir. La poesía no puede llegar á más.

Cuando las artes se cultivan sin designio trascendental ninguno, me parece que estoy oyendo decir á Ciceron: —«Se pudieran llamar plebeyos á todos los filósofos que no son de la sociedad de Platon, de Sócrates y toda su familia.»— Lo mismo sucede en el arte. Los autores que no han frecuentado el trato de los Platones y los Sócrates literarios, como Shakespeare y Calderon, se exponen á no producir más que obras plebeyas.

El arte solo *por el arte* es un principio de composicion que yo no censuro, aunque no es de mi gusto, profesado por preceptistas de gran mérito. El *arte por la idea* tiene muchos inconvenientes para el escritor. Uno de ellos es que, buscando el sentido recóndito de vuestros pensamientos, la crítica suele descubrir que la parte mortífera de vuestra lanza no está en la punta, sino en el mango. Otro, y muy grande, es que el artista suele ser clasificado en una escuela que, ó repugna á sus inclinaciones, ó está en contraposicion con sus principios. Supuesta la libertad en el arte, es raro el artista cuyo conjunto de composiciones forme un todo completo de ideas, pues cada una de ellas, ó casi todas son contradictorias entre sí, pues es condicion del arte reducir los pensamientos á sensaciones, y estas son tan múltiples como los objetos que las producen.

Yo mismo, que no sé bastante para ser del todo creyente, pero que he estudiado demasiado para no tener algunas dudas, he sido censurado por suponer que pertenezco á una escuela que en último resultado nunca podria llegar en radicalismo excéptico á ser tan censurable como el pesimismo de los místicos.

Lo repito, no sin un poco de pesar por la injusticia, pero tambien yo, sin saberlo, creo que he sido afiliado á una escuela filosófica para la cual este mundo está lleno

de trabajos y el otro es un vacío de recompensas. ¡Yo, que en materia de excepticismo no he escrito nada parecido, en su acepcion terrena, á la *Imitacion de Cristo*; y que, con respecto á la vida futura, nunca he puesto en duda á Dios, como tantos otros, ni lo he omitido por completo, como nuestro gran Quintana! ¿Cuándo acabaremos de una vez con estas comedias de moral casuística? La síntesis filosófico-teológica del cristianismo se reduce á lo siguiente:—«Creo en un Dios personal, infinito en su esencia y en sus atributos, que sacó libremente la creacion de la nada, y que juzga nuestra alma inmortal despues de la muerte, premiando á los buenos y castigando á los malos.»—Esto es lo constitucional, y todo lo demás, como decimos en política, para el artista es reglamentario. Respetando estas verdades fundamentales, el escritor que se dedique *al arte por la idea*, será *esencialmente* cristiano, aunque dé á todos los demás problemas ético-filosóficos la direccion que más convenga á su objeto, sean los que quieran los aspavientos de una ortodoxia litúrgica tan suspicaz como falta de ilustracion. Colocado en la cúspide de este credo, Dante, erigido por el arte en juez supremo, arrojaba al infierno de cabeza á los mismos príncipes de la Iglesia, siempre que los hallaba incursos en injusticia.

Desde la opinion de Leibnitz, que creia que el mundo es el mejor de los mundos posibles, hasta la asercion de Renan, que pregunta:—«¿Quién sabe si este mundo es la pesadilla de una divinidad enferma?»—el artista puede recorrer esa infinita escala de problemas filosóficos, reduciendo á imágenes sus pensamientos, sin ser optimista como Leibnitz, ni pesimista como Renan.

En poesía, en pintura, en música, en todas las artes, cuando no tenemos un objetivo racional, se nos puede aplicar á los autores lo que llamaba por burla Ciceron—

«ensalzadores de fórmulas y cazadores de sílabas.»—Siempre que oigo recitar versos sonoros, muchas veces excelentes, pero que no trascienden ni abisman el alma en las regiones indeterminadas de la razon y el sentimiento, se me ocurre repetir aquel proverbio árabe tan conocido: —«Oigo el tic-tac del molino, pero no veo la harina.»—

IX.

INUTILIDAD DE LAS REGLAS DE LA RETÓRICA PARA FORMARSE UN ESTILO.

Pasemos á hablar del estilo, que, segun se dice,—«es el hombre,»—y si no es todo el hombre, por lo ménos el estilo en poesía es el modo intelectual de andar un hombre por el Parnaso.

¿Son indispensables las reglas retóricas para pensar y escribir? Quisiera yo saber quién enseñó retórica á Eva. ¿O es que Eva habrá podido engañar con su elocuencia á Adan sin saber retórica?

Decia el P. Lacordaire,—«que no habia nada que odiase tanto como la Retórica, porque era un mero artificio incompatible con la naturaleza de las cosas.»—Tenía razon el P. Lacordaire: no hay espectáculo más risible que ver al hombre metido en la camisa de fuerza de la retórica.

Yo tambien, si fuera tan buen preceptista, como soy agricultor, sembraría de sal parte del campo de la dogmática literaria, para que no brotase en él una sola planta en un lapso de tiempo tan largo, por lo ménos, como el que média entre Longino y Revilla. La faja tradicional con que casi nos revientan al nacer, es más soportable que el peso de esa montaña de Sísifo de las reglas convencionales con que abruma nuestra inteligencia la retórica oficial. No hay pedagogo que al escribir una dialéctica artística, no

descubra algun matiz nuevo en la abigarrada escala de colores en que se dividen los varios pelotones del inmenso ejército de pensamientos, ó no añada alguna division arbitraria á las interminables clasificaciones de los géneros literarios, que no se dividen por nada esencial, sino por accidentes puramente formales, como el metro, por ejemplo, y que tienen la misma subsistencia que si esas reglas se escribiesen en el agua.

Además de los preceptos de la retórica, de los cuales de niños retenemos poco, de jóvenes ménos y de viejos nada, hay, como en todos los países, una regla de conducta que podremos llamar de patriotismo lugareño, que consiste en inmovilizar lo eternamente móvil, en no dejar entrar ideas nuevas en territorio español como no haya especies léxicas solariegas con que poder guisarlas. Estos idólatras del traje nacional tienen una coleccion tan escasa de vestidos, que se parece á la de Federico el Grande, pues preguntando un viajero inglés dónde estaba el vestuario de S. M., le contestó un gentil hombre:—«Lo lleva encima.»

Y es inútil que Berzelius invente un lenguaje filosófico para la química, pues al llegar á la frontera, ó se le obliga á que éntre de contrabando, ó para poder pasar tiene que ponerse ántes chupa ó sombrero calañés.

Cuando yo bauticé con el nombre de *Doloras* un género literario que creía y sigo creyendo aceptable, suscité contra mí las iras de todos los amigos exclusivos de los géneros tradicionales. Al respetable D. Juan Nicasio Gallego, le pareció que la palabra *Dolora* era demasiado nueva y se la podria sustituir con la portuguesa *Mágoa*, por ser más conocida y determinar, aunque imperfectamente, el género; pero el primer Marqués de Pidal se opuso resueltamente á la sustitucion, y la palabra *Dolora* empezó á correr el

mundo, sin más pasaporte que mi voluntad y la tolerancia de mi ilustre amigo y paisano el Sr. Marqués de Pidal.

Y para que se vea hasta qué extremo puede arrastrar el amor al purismo de la frase á las naturalezas más tolerantes y más rectas, añadiré que despues de veinte años de sufrir los anatemas y las rechiflas de vetusteces ignaras (lo digo en culto para que no se me entienda), fuí nombrado individuo de la Academia Española, siendo Director D. Francisco Martinez de la Rosa. Sucedió que mi padrino el Sr. Marqués de Molins tuvo por conveniente nombrar la palabra *Dolora* en su discurso de contestacion, y porque la palabra era nueva le pareció bastante motivo al Sr. Martinez de la Rosa para dilatar con su inmensa fuerza de inercia el que yo tomase posesion de mi plaza hasta que, por su desgracia y la de las letras, no me lo pudo impedir. Si el Sr. Martinez de la Rosa hubiese llegado á vivir más tiempo, yo me hubiera permitido hasta *tutear* su respetabilidad arqueológica, ya que él se alababa de que Fernando VII le daba cuando aún no tenía 25 años el tratamiento de *usted*. Pero, en fin, respetando su memoria, me concretaré á decir que aquella pudibundez arcáica no me ha parecido propia de un hombre de Estado eminente que tenía por lema de su conducta las palabras *paz*, *órden* y *justicia*.

No sé si en lo que acabo de contar habré olvidado el consejo de mi amigo el Sr. Aparisi y Guijarro, que me decia que escribiese siempre *segun la caridad*; pero protestando que no ha sido mi ánimo faltar á ella, continúo diciendo que la retórica antigua, excepto en lo que tiene de fundamental, aplicada al arte moderno, es una vieja remilgada y presumida que siempre me ha dado frio. Despues de muchos años de amamantarse un jóven á los pechos de esa momia, sobreviene la tísis intelectual, y mue-

re el jóven, conociendo que en realidad no hay más figuras de pensamiento que la metáfora, más ó ménos explícita y más ó ménos directa; y que las otras figuras de diccion, ó más claro, que los modos de decir son tan variados como los caractéres, de tal manera que la lista de terminachos de la retórica, que no por ser griegos dejan de ser bárbaros, aunque es tan larga, es deficiente, pues se podrian escribir diez Virgilios con las maravillas de giros y frases nuevas que se podrian recoger desde el vocabulario áureo de una dama de Calderon, hasta el caló pintoresco de una gitana.

Por suerte de las letras, el estilo no es cuestion de tropos, sino de fluido eléctrico.

La mente es un termómetro que sube cuando se la acerca á un estilo que, aunque sea incorrecto, está lleno de calor, así como hay estilos gramatical y retóricamente perfectos, que por su frialdad hielan la sangre en las venas.

X.

¿DEBE HABER PARA LA POESÍA UN DIALECTO DIFERENTE DEL IDIOMA NACIONAL?

Si se exceptúan el Romancero y los Cantares, en España casi no hay poesía lírica nacional, ni pudo haberla tampoco. Dice el Sr. Quintana hablando de los poetas antiguos:—«Aunque contemplo nuestras poesías antiguas á bastante distancia de la perfeccion, todavía sin embargo producen en mi espíritu y en mi oido el placer suficiente para disimular, en gracia suya, los descuidos y lunares que encuentro.»—Segun se infiere de las palabras del Sr. Quintana, parece que quiere dar á entender que

la lectura de la mayoría de nuestros clásicos, le causaba más placer que fastidio. Lisonja de colector.

No habrá poesía lírica tan general como se concibe hoy dia, miéntras que no se la apliquen las leyes que la mecánica emplea para dar firme asiento á los cuerpos,—«bajar el centro de gravedad y ampliar la base de sustentacion,»—ó lo que es lo mismo, no levantar demasiado el trono, y escribir como el Romancero en el lenguaje del pueblo.

El Sr. D. Alberto Lista, dando por natural el hecho de que no hay ninguna de las lenguas conocidas en que el lenguaje poético no se diferencie, ya más, ya ménos, del de la prosa, cree que debe distinguirse del lenguaje de ésta el de los otros géneros, es decir, que la poesía debe tener un dialecto artificial, dentro del idioma natural. ¿Y á qué llamaba el Sr. Lista dialecto de la poesía? El ilustre preceptor entiende que Fernando de Herrera creó nuestro dialecto poético tal como *existe en el dia*. Y para que vean mis lectores cuál es el lenguaje poético de Herrera, copio estos versos que el Sr. Quintana entresaca, como muestra, de su cancion á San Fernando:

—«Cubrió el sagrado Betis, de florida
Púrpura, y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera ondosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y revolvió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornadas,
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada,
Su imperio en el Océano extendiendo.»—

Al citar Lope de Vega estos versos, como un modelo de locucion poética, tan opuesta á las extravagancias del culteranismo, lleno de entusiasmo exclama:—«Aquí no excede ninguna lengua á la nuestra, perdonen la griega y la latina. Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera.»

Ahora dígame el lector si, aunque apadrinen Lope de Vega y Quintana esa *florida púrpura*, esa *barba*, esa *faz honrosa ornada de coral*, y esos *cuernos húmidos*, dejan de ser unos logogrifos dignos de que se les aplique los versos de que hace mencion el Padre Isla:

Vítor al padre Crispin
de los cultos culto sol,
que habló español en latin
y latin en español.

Aquí se me podrá objetar que el dialecto poético que yo censuro, ya sólo se recomienda en los libros de retórica, pero con poco éxito, pues no lo ha aceptado ninguno de los grandes poetas líricos de nuestros dias. Esto es cierto, pero como en esos libros se nos encarece ese dialecto, hijo bastardo de la lengua madre, como el colmo de la perfeccion, no basta que esté en desuso, sino que hay que proscribirlo del todo, para que no se vuelva á usar más.

¿Y por qué, dirá el lector, se escoge para censurarlo un trozo de un poeta tan grande como Herrera?—Porque siendo Herrera un maestro consumado, de la imitacion de su estilo lo mismo puede salir Góngora el bueno, que proceder, como seguramente procede, Góngora el malo. ¡Cuánto más popular y cuánto más nacional sería nuestra poesía si, en vez de la elocucion artificiosa de Herrera, se hubiese cultivado este lenguaje natural de Jorge Manri-

que, que es la direccion que siguieron despues Garcilaso, Fray Luis de Leon y Lope de Vega:

¡Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando!

Y tiene razon el Sr. Lista al decir que el lenguaje poético formado y fijado por Herrera, es el mismo que usan algunos en nuestros dias. Suprimo otros ejemplos de autores modernos que expuse cuando leí este prólogo por primera vez en el Ateneo, por no haber tenido presente una circunstancia digna de respeto, y me concreto á lo dicho, para probar que esas quintas esencias de lenguajes figurados, son ridiculeces de un género que harian reir, si no fuera porque á los aprendices de poética les hace llorar.

Despues de todo ha sido muy cómodo para los cultos, eso de aislarse del mundo con un vocabulario de dos ó tres mil frases escogidas, como Metastasio, y vivir encerrados sin más trato que el de las Preciosas Ridículas, prescindiendo del vulgo de las gentes con el que no se dignaban alternar porque su lenguaje no tenía esos términos sencillos con que es necesario nombrar los objetos más caseros y más comunes en el uso de la vida.

El dialecto poético que se quiere hacer diferente del modo comun de hablar es el gongorismo sin ingenio, es el plano inclinado que hizo caer á la poesía,

En Alemania en el Lohenstismo,
En Inglaterra en el Eufuismo,

En España en el Gongorismo,
En Francia en el Preciosismo,
Y en Italia en el Marinismo.

La poesía es la representacion rítmica de un pensamiento por medio de una imágen, y expresado en un lenguaje que no se pueda decir en prosa ni con más naturalidad ni con ménos palabras.

Dice el Sr. Lista —«pícaro fué el momento en que se le ocurrió á D. Tomás Iriarte la idea (que puso constantemente en práctica) de que el lenguaje de la poesía debia ser el mismo de la prosa; y pícaro tambien aquel en que Samaniego juzgó á propósito celebrarle la gracia. Uno y otro equivocaron la *sencillez* con la *vulgaridad.*»—El Sr. Lista tambien en esto tenía razon, pero debió no olvidar que es imposible que haya mala poesía cuando en ella hay *ritmo, rima*, *conceptos é imágenes.* Cuando Iriarte y Samaniego escribian sin *imágenes* y sin *ritmo* hacían una *poesía prosáica*, tan despreciable, por lo ménos, como la *prosa culta* de los poetas áureos. No hay en poesía ninguna expresion inmortal que se pueda decir en prosa ni con más sencillez ni con más precision. Con la expresion natural de las imágenes rítmicas no puede haber malos poetas; con el antiguo *dialecto poético*, aunque tengan lo que constituye la esencia de la poesía, que son el rítmo y la imágen, son imposibles los poetas buenos.

El culteranismo es muy fácil: lo difícil es escribir con naturalidad.

A expresion hinchada, vacuidad de ideas. A diccion prosáica, pensamiento insuficiente. ¿Cuál de estos defectos es más censurable? Como se dice vulgarmente: los dos son peores. En el sistema que tan mal le parecia al Sr. Lista repito que son imposibles los malos poetas, porque en

siendo prosáicos, por tener pensamiento deficiente, no se les clasifica como tales poetas; miéntras que, siendo cultos y perteneciendo á la extirpe de los señores feudales de las letras, se coloca en la categoría de poetas á una porcion de botargas literarios, cuya exigüidad de ideas compite con la hinchazon.

Todos somos amigos del buen tono, y confieso que los escritores prosáicos estremecen á la naturaleza en general y á mí en particular.

No se me oculta que, huyendo de la forma egregia, hay el peligro de caer en el extremo opuesto. Para esto hay un remedio, y es no caer. Y si alguno cae en ese defecto, téngase entendido que jamás se ha recibido en los festines de la inteligencia á ninguno que, aunque sea caballero, vaya vestido de lacayo; si bien, gracias á adornos postizos, estamos cansados de recibir en ellos á lacayos que andan disfrazados de caballeros.

El marchar poéticamente pisando las corolas de las flores, tiene el inconveniente de que, si se baja, se tropieza con el lodo; pero, si se sube demasiado, se encuentran el autor y el lector en el vacío.

Recomiendo la contestacion de un escritor que preguntándole cuál era el secreto de la encantadora naturalidad de su estilo, contestaba: — «Yo escribo como hablo; me dicto á mí mismo, y voy copiando mis palabras.» — La superchería de lo que se llama altisonancia y el remilgo del lenguaje, jamás permitirán que nuestra poesía sea popular. Es más atractiva por el candor, la gracia y la originalidad la poesía de los dialectos bable, gallego y lemosin, que esa gerga castellana en la cual algunos poetas herrerianos cantaron en una *tessitura* tan alta que el que los oye está expuesto á echar sangre por los oidos. Estos Píndaros con vegigas, me hacen el mismo efecto que ver

al grave Lamartine, de cuyo talento ya dudo, flagelar por su buen humor y su naturalidad al delicioso La-Fontaine. Afortunadamente en los escritores rimbombantes, el fondo comunmente no corresponde á la forma, y cuando se toca á sus obras suenan á huecas como las bóvedas de las tumbas. Y sucede no pocas veces que, estos séres campanudos, por forzar el diapason y descuidar las ideas, suelen empezar por hincharse como unos héroes, y acaban por hablar como unos patanes.

Y no sé cuáles me parecen peores, si los cultos con entonacion, ó los pulcros sin ella, pues si en aquéllos hay el temor de que si las ideas correspondiesen al tono, las almas de los oyentes reventarian, los segundos afortunadamente cansan tanto como el trato de esos hombres nulos y excesivamente urbanos que nunca se les escapa una cosa inconveniente, y que como Cárlos II de Inglaterra,—«jamás dicen una necedad ni hacen nada acertado.»—

XI.

EL VERDADERO LENGUAJE POÉTICO.

Juzgo indispensable un trabajo de reconstruccion en la antigua manera de escribir. Así como hay que bajar el diapason en la poesía, es necesario subir el de la prosa. Entre las frases que se me ha dicho que yo habia copiado, y otras varias de que todavía me acuerdo, podia citar muchos versos, aunque aislados, completos, que nadie ha indicado que fuesen malos, y con los cuales he probado materialmente que hay un punto de conexion comun donde la poesía y la prosa no se distinguen más que por el ritmo y por la rima. Existe una línea de conjuncion, en la cual se puede ver que la poesía más sublime arranca de las entrañas de la prosa más sencilla.

Desterremos los dialectos artificiales en honra del idioma natural comun.

¿Cómo han de cristalizar en la memoria de las gentes las ideas de la poesía y de la prosa, si no se escriben en un lenguaje poético inteligible?

No desviejar la poesía y rejuvenecer la prosa es condenar á los poetas á que sigan escribiendo libros que no se entienden, y á los prosadores obras que nada valen. La afectacion ha perdido á Cienfuegos en la poesía, y el mismo defecto ha deslucido á Solís en la prosa. Democratizar mucho la poesía, y aristocratizar un poco más la prosa, es un trabajo digno de alguno de los escritores que nos sucedan y que tenga bastante fuerza para palanquear el idioma, volviéndo lo de arriba abajo, haciendo que la poesía no se desdeñe de descender hasta el pueblo, y que la prosa se vista de limpio para poderse elevar hasta la inteligencia de las clases altas. Echemos por la ventana las flores de trapo con que se adorna la poesía, y cerremos para siempre los oidos á esas prosas vulgares sin olor, color ni sabor.

La virtud de la inteligencia es la dispersion, y un autor será tanto más apreciable cuanto más logre divulgar sus ideas, escribiendo como se habla, y desterrando de sus obras toda clase de jerigonza ya cultista ya canalla.

Dice M. de Maistre: —«hay una regla segura para juzgar tanto á los libros como á los hombres, áun sin conocerlos: basta saber por quién son amados, y por quién aborrecidos. Esta regla jamás engaña.»—

Aplicando un principio semejante á la poesía, se puede medir la calidad de las condiciones artísticas de un poeta por la cantidad de los lectores ilustrados que lo saben de memoria.

¡Dios mio! ¡Cuántas gentes al leer todo esto dirán que yo

soy un maestro incompetente que no tengo ni siquiera la aptitud de poder ser su discípulo! ¡Ay, lo peor para mí no será que lo digan, sino que tengan razon para decirlo! Sin embargo, algun derecho me asiste para hacer oir mi voz, aunque no tenga voto, cuando me expongo á los palmetazos de los dómines de la clase, no tanto por defender mi causa, que me importa poco, cuanto por defender la causa de la poesía nacional, que es lo único importante. Además que yo no hablo con los que hallan tolerables las rediheces cultas, pues sólo me dirijo á los jóvenes, para que, en lo porvenir, estudien el modo de hacer versos rítmicos, talentudos y naturales. Mi pretension no me parece ni insólita ni exagerada. Deseo que nuestros futuros escritores huyan de defectos en que yo mismo he caido, procurando castellanizar el lenguaje poético que los de abajo aldeanizan, y los de arriba culti-latini-parlan.

A propósito del verdadero lenguaje poético decia mi preceptor D. Benito que el conocer analíticamente lo que es un buen verso, es el colmo de la sabiduría. No le faltaba razon. Y lo mismo sucede con un verso que con un trozo de prosa. Muchos de los autores que escriben bien instintivamente, no nos podrian dar la razon de cómo han dado el carácter de espontaneidad á lo meditado, de qué manera el cálculo sorprende como la improvisacion, y con cuánta naturalidad el artificio en ellos se ha convertido en arte.

Véanse estos versos de Góngora, tomados del Tasso:

Amantes, no toqueis si quereis vida,
porque entre un labio y otro colorado,
Amor está de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.

Esas onomatopeyas, en las cuales los sonidos de las pa-

labras parece que son el eco de los pensamientos; esa especie de jugo sinovial que facilita la articulacion y movimiento de las letras y de las frases; ese hervidero de dobles imágenes que brotan de las ideas expresadas por medio de metáforas, constituyen el arte májico de escribir, y que es más fácil de sentir que de explicar, y que el matalotaje de los preceptos retóricos más bien lo puede oscurecer que enseñar. Cervántes, á pesar de su hipérbaton artificial y poco lógico, única cosa que habia aprendido de la retórica, era un maestro consumado en ese estilo natural y chispeante en el cual el divino artificio se sustituye á la grosera espontaneidad, pues el engarce de todas sus palabras está hecho de modo que, dejando á la luz la parte iluminada de las expresiones, y escondiendo la parte oscura, todas las piedras con que construye sus edificios están colocadas de modo que el lector sólo ve en ellas las facetas fosforescentes. Cuando el verso y la prosa están construidos con este primor instintivo, tiene el lenguaje el prestigio misterioso de la música, que siempre dice, no lo que el autor se propone, sino lo que el lector desea, y el verso y la prosa entónces llevan una fuerza de proyeccion intelectual que no sólo se leen en ellos lo que el autor escribe, sino que se despiertan en el lector ideas inesperadas. De modo que de la oracion gramatical, en prosa y verso, lo mismo que de la oracion religiosa, se puede decir que ha de ser semejante á la misteriosa hija del gran Rey: *toda su hermosura nace del interior.*

XII.

LA NATURALIDAD EN EL ARTE.

No necesito recordar que lo que acabo de decir lo he hecho en defensa de otra asercion mia que, en una de

las polémicas, se me criticó acerbamente. —«Aceptado el género de las *Doloras*, decia yo, me propuse probar á la escuela que más las ha combatido, que no sólo el fondo de sus obras era el vacío, sino que el lenguaje poético oficial en que escribia era convencional, artificioso y falso, y que se hacía necesario sustituirlo con otro que no se separase en nada del modo comun de hablar.»—Y yo, que soy hombre leal y candoroso, debo confesar que, aunque sea con mal éxito, he procurado probar mi aserto con el ejemplo. Esta coleccion de PEQUEÑOS POEMAS es una ratificacion de la doctrina que predico. Si alguno pone en prosa el contenido de una de las páginas de este libro, y puede expresar todas sus ideas con más naturalidad y con ménos palabras, le regalo una Vénus de Milo que yo aprecio mucho. Pero, al llegar á este punto, me interrumpe mi ilustrado colega el Sr. Marqués de Valmar, diciendo: —«á esa prueba no se puede someter ni al mismo Horacio.»—Lo siento por mi fatuidad, que va á quedar mortalmente castigada, pero me alegro por el Sr. Marqués de Valmar, porque estoy seguro de que en toda su brillante carrera diplomática no ha hecho una apuesta en la cual haya ganado con más facilidad un bello objeto de arte. Ya tendré cuidado de encargar que no se lo rompan cuando se lo lleven á su casa.

Yo hubiera querido que la prueba de la bondad del sistema que defiendo, fuese más autorizada y más decisiva, pero como en vez de un escritor de profesion, yo he sido más bien un aficionado, no he tenido ni el talento ni la paciencia necesarios para recoger de en medio de la calle, y del pavimento de las aulas, todos los modos de decir y todas las ideas que, traidas al fondo de obras artísticas, darian á la poesía una amplitud y una importancia increibles. Para hacer esto sería menester juntar al decir claro de Lope, el profundo pensar de Calderon. Pero aunque yo no tengo

ni la autoridad, ni la fuerza, ni casi el deseo, necesarios para imponer mis creencias literarias, insisto, apoyado en el título de legitimidad de la propia defensa, en hacer una protesta contra el dialecto poético oficial, y creo que todos los que opinan como yo tienen precision de aprender á saber oir y á saber ver todas las frases y giros poéticos que S. M. el pueblo use en las diferentes manifestaciones de sus sentimientos y de sus ideas, para sustituir con el idioma natural contemporáneo el lenguaje culto, tradicional y artificioso de la mayor parte de los autores antiguos. ¿No lo conseguiremos por ahora? En caso negativo poco importa, pues si la mediocridad de nuestros medios no consigue el fin que nos proponemos, iniciado el objeto aguardaremos á que otros autores de más talento realicen nuestros propósitos. Ya vendrán, ya vendrán apóstoles de la buena nueva, que no escondiendo como un crímen esos mamotretos en que todos van consignando el fruto de sus audiciones y de sus lecturas, sinteticen en obras artísticas lo que vean y lo que oigan, convencidos de que el escritor más importante en lo por venir será aquél que, como Descartes y como Goethe, llegue á ser el más grande reflector de las ideas de sus contemporáneos.

Y como á mí ya se me va acabando la gana de escribir más sobre este particular, conjuro y emplazo á todos los grandes poetas líricos y dramáticos, novelistas y didácticos de nuestro tiempo, y á quienes yo tanto admiro, que, de hoy en adelante, cuando publiquen algun libro nos den su opinion sobre estas cuestiones, que yo no he hecho más que indicar, y nos revelen los procedimientos científicos por medio de los cuales ellos harán grande este siglo, que debe tener algo bueno cuando es tan calumniado, y nos digan si opinan como yo, que se rompa para siempre el Círculo de Popilio, no del lenguaje, sino del

dialecto poético, negando que se deban elevar las reglas de una retórica fósil á la categoría de instituciones humanas.

XIII.

RESÚMEN DE ESTA POÉTICA.

En resúmen, la obra artística deberá responder afirmativamente á estas cuatro preguntas:

El asunto, ¿es historiable?

El plan, ¿se puede pintar?

El designio, ¿tiene objeto?

El estilo, ¿es el hombre?

Hace cuarenta años que publiqué la primera *Dolora*, titulada COSAS DE LA EDAD. Hoy escribo este prólogo para explicar y defender la doctrina que sirvió para componer aquella *Dolora*. Podré ser todo lo mal escritor que se quiera; pero al ménos no se me negará que, al escribir mal, obedezco á principios literarios invariables. ¿No es verdad, lector mio?

XIV.

LA HISTORIA, LAS CIENCIAS Y LA FILOSOFÍA, CONSIDERADAS COMO ELEMENTOS DE ARTE.

Y como ya me fatigo y supongo al lector fatigado hace tiempo, concluyo diciendo que ahora que he llegado á esa edad en que todo es indiferente, ménos la intranquilidad de conciencia, ruego á algunos biógrafos que se dignan ocuparse de mí, que, miéntras que no haga un trabajo literario diciendo quién soy yo, y quiénes son ellos, dejen

de hacer unas biografías que ni siquiera se puede decir de ellas aquello de que son—«retratos muy bien hechos, que no se parecen nada,»—pues los mios, en general, ni se parecen nada, ni están bien hechos. El mejor retrato mio sería el siguiente:—«Leyó por entretenerse; escribió para divertirse; vivió haciendo al prójimo todo el bien que pudo, y se morirá con gusto por olvidar el mal que muchos prójimos le hicieron.»—Mi biografía es muy sencilla: la de alguno de mis detractores será un poco más complicada.

Hoy mismo ha llegado á mis manos un estudio biográfico en el cual, entre otras lindezas, se dice que yo siempre he sido—«aficionado á los placeres;»—¡yo, que segun dice el popular poeta D. Manuel del Palacio, *nunca he tenido juventud*; que jamás he podido aprender á fumar, y que no tengo más vicios que leer y dormir!

Pero miento: tengo una pasion que me obliga á cometer el *pecado de la pereza*, y es mi amor á las letras, que me hace caer en la indiferencia de toda otra cosa que no sean las manifestaciones del arte. Yo acompaño en su predileccion á Carlysle cuando decia—«que sería preferible para Inglaterra no poseer la India, á no tener á Shakespeare.» En la biografía á que aludo, se me acusa de poco respetuoso con la historia, la politica, las ciencias y la filosofía. La censura es justa, porque para mí el arte es el fin de las cosas. Toda idea que no acaba su evolucion formando parte de un objeto artístico, es un soldado que muere á la mitad del camino de la gloria.

El arte es el gran sustantivo de la inmensa oracion del universo creado. Las leyes cosmológicas forman un tratado de lo sublime estético. Hasta las cosas materiales abandonadas á sí mismas, se van colocando segun arte.

El sentimiento de lo bello palpita en todos los órdenes de la vida, desde el instinto hasta el razonamiento, y si

inconscientemente construye el nido de la golondrina, en plena conciencia levanta el templo del Escorial. Una idea de belleza, más ó ménos bien comprendida, embadurna la cara del salvaje, y tiñe de púrpura el manto de los reyes.

Lo que llamaba Lucrecio la *fuerza de las cosas*, Bossuet la *Providencia*, y los autores modernos, la *idea del progreso humano*, no son otra cosa más que la fiebre artística del amor á lo perfecto.

Así como los cuerpos simples tienden á unirse en combinaciones binarias, y sólo la vida los fuerza á anexionarse en grupos ternarios y cuaternarios, las ideas, al asociarse, van convirtiendo los hechos en ciencia, la ciencia en filosofía, la filosofía en moral, la moral en culto, y el culto en arte.

¡Los hechos! Cosa importante para los grandes estadistas, que mueren con seguridad con ellos, si no son algo parientes de Horacio, al ménos por afinidad.

¡Los hechos! ¿Quién ha visto en el mundo con agrado ni á la misma virtud de Esparta, cuando no se ha presentado vestida por alguna modista de Atenas?

¡Los hechos! ¿Qué tiene que ver el arte con semejantes groserías, si no son ántes purificados por el calor del sentimiento ó por la luz de la razon? La misma historia es un inventario de cosas inútiles, cuando no la escribe Tácito con el pincel de un artista. Hemos presenciado en nuestro tiempo una guerra que ha costado á la Francia, en pocos meses, cien mil hombres y cien mil millones. ¡Una bicoca! La historia probablemente se desgañitará acusando á los bárbaros de la civilizacion porque cometen brutalidades que oscurecen las de los bárbaros de la barbárie; pero la posteridad pondrá sobre esta hecatombe nueva, lo que sobre muchas de las antiguas, el epitafio del olvido. Despues que el tiempo extinga los ódios de partido, por encima

de esta inmensa ruina, nuestros hermanos, los poetas futuros de Méjico, probablemente sólo verán flotar la interesante leyenda de la evasion del prisionero del fuerte de Santa Margarita, ideada y llevada á cabo por su paisana la Mariscala de Bazaine.

¡La ciencia, madre de las industrias! ¿De qué serviría lo útil si al mismo tiempo no fuese agradable? Recorriendo el Palacio de la Exposicion Universal de París, se veía siempre en el rincon de una de las galerías un grupo de gente contemplando un pequeño gabinete que, al parecer, compendiaba el fin de todos aquellos esfuerzos de inteligencia y de poder, y era el cuarto de una Aspasia moderna, alhajado con más sencillez, más elegancia y más comodidad que las que han podido poner en sus pinturas los poetas que hayan pensado en la estancia de la diosa Juno. Unas ricas colgaduras que imitaban en sus pliegues las ondulaciones de las nubes; una cama primorosamente esculpida; un hermoso velador sobre el cual estaba un libro, que supongo que sería la traduccion del *arte de amar*; el retrato de un niño que estaba allí en representacion de algun hombre, y algunos objetos más, cuya relacion omito, formaban un conjunto que para un público numeroso se conoce que representaba las ciencias convertidas en industrias, y todas las industrias de la exposicion sintetizadas en un objeto de arte, en una Concha de Vénus.

¡La filosofía! Sólo inspira un interés mediano, lo bueno que no es bello, y lo verdadero que no es hermoso.

Los sistemas filosóficos, ¿son otra cosa más que unos poemas sin imágenes? Estas creaciones, que parecen castillos amasados con tinieblas y habitados por espectros, se ocupan del bien y el mal, pero inútilmente, porque esta vida en las nubes no tiene realidad hasta que algun sacerdocio, invirtiendo el procedimiento, convierte la filosofía

en accion y todo un órden moral de ideas las representa por medio de símbolos, y una completa série de pensamientos abstractos los reduce á imágenes sensibles. ¡Cuántas filosofías y cuántos dioses han caido del Olimpo, aunque predicaban en abstracto la misma moral del cuento de la lechera, miéntras que esta encantadora sonámbula se pasea viva y sonriente desde la India á Egipto, desde Egipto á Persia, desde Persia á Europa, desde Europa á América, y áun hoy sigue, y seguirá recorriendo eternamente y con gracia imperecedera todas las regiones del orbe conocido!

El dia que se perdiesen todos los niños y todas las mujeres del mundo, los encontraríais ¿dónde? la mitad en los templos y la otra mitad en los teatros. ¡El teatro, templo de los sentidos, y el templo, teatro del espíritu, son los dos únicos centros donde se resúmen todas las glorias de la arquitectura, de la poesía, de la música, de la escultura, de la mímica, de la indumentaria y de la elocuencia!

XV.

CONCLUSION: UN RUEGO Á LA CRÍTICA.

¡Raza inextinguible de escribas y fariseos, que sois capaces de convertir con vuestra hipocresía los imperios más santos en reinados de farsas celestiales, dejadme morir en paz, sin perseguirme con vuestras murmuraciones, por suponer que en algunas de mis frases hay demasiado desenfado y, en el fondo de mis cuadros, disquisiciones un poco aventuradas! En materia de temeridades intelectuales yo me confieso pecador y digo como el filósofo:—«¿Hablan mal de mí? Pues si supieran otros defectos que tengo, aún hablarían peor.»—Pero no me aburrais con

una afectada pudibundez, á la cual no falto nunca. Además de no creer en vuestras gazmoñerías, os tengo que decir que así como San Juan Crisóstomo asegura que hay cosas que los ángeles han sabido por revelacion de San Juan, yo, que no soy santo ni inspirado, os puedo revelar que con mis realismos de frase, no hago más que imitar á esos mismos ángeles, pues sé que, como complemento de delicias inefables, bajan del cielo todos los domingos y fiestas de guardar, para besar, no los ojos, sino las miradas de las mujeres de la tierra.

No convirtais las verdades filosóficas en piedras de escándalo, porque el hombre, en último resultado, se reduce á ser una razon dudando. ¿Hay cosa más natural que el infeliz que va cruzando el camino de la inmensidad se pregunte á sí mismo, ó pregunte á los demás, si viajamos sólo por impulso de nuestro libre albedrío, ó por la fuerza de una implacable fatalidad? En medio de este hervidero de dolores, ¿es posible que el pensador no pregunte, como Segismundo, si la vida es un sueño en accion, ó como Fausto, si es una accion horrible?

Dejad volar al alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del sér humano. Es menester vivir, pensar y escribir, conforme á la naturaleza. Despues de todo, la virtud, más que en pensamientos, consiste en realizar buenas acciones.

Varron contaba ya en su tiempo hasta doscientas ochenta y ocho maneras, escogitadas por los filósofos, para ser dichosos. Yo sé algo de filosofía, pero no he encontrado más que una manera de ser un poco feliz, y es la de dedicarme á la estética, ciencia que enseña á convertir lo bello ideal en bello sensible, ó lo que es lo mismo, aunque parezca enteramente lo contrario, en convertir lo bello sensible en bello ideal.

Dejad que me embriague tranquilamente con el ópio de las letras, porque si no, creo que para soportar el largo camino de la vida, tendria que apelar al verdadero jugo de adormideras.

¡El amor al arte y el cariño de algunos de los séres que me rodean, son las únicas ilusiones que me quedan para poder sobrellevar con gusto los pocos dias que me restan de vida: ilusiones que ruego á Dios que me conserve eternamente, para que, así como fueron mi delicia en la tierra, despues de mi muerte sean el premio de mis esperanzas en el cielo!

CAMPOAMOR.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

PRIMERA PARTE.

EL TREN EXPRESO.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ingeniero de caminos el célebre escritor

D. JOSÉ DE ECHEGARAY,

su admirador y amigo,

El Autor.

EL TREN EXPRESO.

CANTO PRIMERO.

LA NOCHE.

I.

Habiéndome robado el albedrío
un amor tan infausto como mio,
ya recobrados la quietud y el seso,
volvia de Paris en tren expreso:
y cuando estaba ajeno de cuidado,
como un pobre viajero fatigado,
para pasar bien cómodo la noche
muellemente acostado,
al arrancar el tren, subió á mi coche,
seguida de una anciana,
una jóven hermosa,
alta, rubia, delgada y muy graciosa,
digna de ser morena y sevillana.

II.

Luégo, á una voz de mando
por algun héroe de las artes dada,
empezó el tren á trepidar, andando
con un trajin de fiera encadenada.

Al dejar la estacion, lanzó un gemido
la máquina, que libre se veia,
y corriendo al principio solapada,
cual la sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, rugiendo, parecia
un leon con melena de centellas.

III.

Cuando miraba atento
aquel tren que corria como el viento,
con sonrisa impregnada de amargura
me preguntó la jóven con dulzura:
—¿Sois español?—Y á su armonioso acento,
tan armonioso y puro, que áun ahora
el recordarlo sólo me embelesa,
—Soy español,—le dije;—¿y vos, señora?
—Yo—dijo—soy francesa.
—Podeis—la repliqué,—con arrogancia
la hermosura alabar de vuestro suelo,
pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
un país tan hermoso como el cielo.
—Verdad que es el país de mis amores
el país del ingenio y de la guerra;
pero en cambio,—me dijo,—es vuestra tierra
la patria del honor y de las flores:
no os podeis figurar cuánto me extraña
que, al ver sus resplandores,
el sol de vuestra España
no tenga, como el de Asia, adoradores.—
Y despues de halagarnos obsequiosos
del patrio amor el puro sentimiento,
entrambos nos quedamos silenciosos
como heridos de un mismo pensamiento.

IV.

Caminar entre sombras, es lo mismo
que dar vueltas por sendas mal seguras

en el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas.
veia allá á lo léjos desde el coche
agitarse sin fin cosas oscuras,
y en torno, cien especies de negruras
tomadas de cien partes de la noche.
¡Calor de fragua á un lado, al otro frio!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!...
¡Las rocas, que parecen esqueletos!...
¡Las nubes con entrañas abrasadas!...
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!...
¡El horror que hace grandes los objetos!...
¡Claridad espectral de la neblina!...
¡Juegos de llama y humo indescriptibles!...
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas informes!... ¡Límites inciertos!...
¡Montes que se hunden! ¡Árboles que crecen!...
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!...
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!...
¡Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
y entre el humo del tren y las tinieblas
aquí una cosa negra, allí otra horrible!...

V.

¡Cosa rara! Entre tanto,
al lado de mujer tan seductora
no podia dormir, siendo yo un santo
que duerme, cuando no ama, á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
mas fué inútil empeño:
admiraba á la jóven, y es sabido
que á mí la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella,
sin echar sobre mí mirada alguna,
abrió la ventanilla de su lado.

y como un sér prendado de la luna,
miró al cielo azulado,
preguntó, por hablar, qué hora sería,
y al ver correr cada fugaz estrella,
—¡Ved un alma que pasa!—me decia.

VI.

—¿Vais muy léjos?—con voz ya conmovida
le pregunté á mi jóven compañera.
—¡Muy léjos,—contestó;—voy decidida
á morir á un lugar de la frontera!—
Y se quedó, pensando en lo futuro,
su mirada en el aire distraida,
cual se mira en la noche un sitio oscuro
donde fué una vision desvanecida.
—¿No os habrá divertido.
la repliqué galante,—
la ciudad seductora
en donde todo amante
deja recuerdos y se trae olvido?
—¿Lo traeis vos?—me dijo con tristeza.
—Todo en París lo hace olvidar, señora,—
le contesté,—la moda y la riqueza.
Yo me vine á París desesperado,
por no ver en Madrid á cierta ingrata.
—Pues yo vine,—exclamó,—y hallé casado
á un hombre ingrato á quien amé soltero.
—Tengo un rencor—le dije—que me mata.
—Yo una pena—me dijo—que me muero.—
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
siendo su mente espejo de mi mente,
quedándose en silencio un grande rato
pasó una larga historia por su frente.

VII.

Como el tren no corria, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frio,
que el aire parecia que cortaba;

así el lector no extrañará que, tierno,
cuidase de su bien más que del mio,
pues hacía un gran frio, tan gran frio,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
con el cuerpo aterido,
—¡Tengo frio!—me dijo dulcemente
con voz que, más que voz, era un balido,
me acerqué á contemplar su hermosa frente,
y os juro por el cielo
que, á aquel reflejo de la luz escaso,
la jóven parecia hecha de raso,
de nácar, de jazmin y terciopelo;
y creyendo invadidos por el hielo
aquellos piés tan lindos,
desdoblando mi manta zamorana,
que tenía más borlas verde y grana
que todos los cerezos y los guindos
que en Zamora se crian,
cual si fuese una madre cuidadosa,
con la cabeza ya vertiginosa,
le tapé aquellos piés, que bien podrian
ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII.

¡De la sombra y el fuego al claro-oscuro
brotaban perspectivas espantosas,
y me hacía el efecto de un conjuro
el ver reverberar en cada muro
de la sombra las danzas misteriosas!...
¡La jóven, que acostada traslucia
con su aspecto ideal, su aire sencillo,
y que, más que mujer, me parecia
un ángel de Rafael ó de Murillo!
¡Sus manos por las venas serpenteadas,
que la fiebre abultaba y encendia,
hermosas manos, que á tener cruzadas
por la oracion habitual tendia!...
¡Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras,

mirando al mundo de las cosas puras!
¡Su blanca faz de palidez cubierta!
¡Aquel cuerpo á que daban sus posturas
la celeste fijeza de una muerta!...
¡Las fajas tenebrosas
del techo, que irradiaba tristemente
aquella luz de cueva submarina;
y esa continua sucesion de cosas
que así en el corazon como en la mente
acaban por formar una neblina!...
¡Del tren expreso la infernal balumba!...
¡La claridad de cueva que salia
del techo de aquel coche, que tenía
la forma de la tapa de una tumba!...
¡La vision triste y bella
del sublime concierto
de todo aquel horrible desconcierto,
me hacian traslucir en torno de ella
algo vivo rondando un algo muerto!

IX.

De pronto, atronadora,
entre un humo que surcan llamaradas,
despide la feroz locomotora
un torrente de notas aflautadas,
para anunciar, al despuntar la aurora,
una estacion, que en féria convertia
el vulgo con su eterna gritería,
la cual, susurradora y esplendente,
con las luces del gas brillaba enfrente,
y al llegar, un gemido
lanzando prolongado y lastimero,
el tren en la estacion entró seguido
cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

EL DIA.

I.

Y continuando la infeliz historia,
que aún vaga, como un sueño, en mi memoria,
veo al fin á la luz de la alborada
que el rubio de oro de su pelo brilla
cual la paja de trigo calcinada
por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y sério,
y una expresion del todo religiosa,
como llevando á cabo algun misterio,
despues de un—¡ay, Dios mio!—
me dijo señalando á un cementerio:
—¡Los que duermen allí no tienen frio!—

II.

El humo en ondulante movimiento
dividiéndose á un lado y á otro lado,
se tiende por el viento
cual la crin de un caballo desbocado.

Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora;
verdura y aridez, calor y frio;
andar tantos kilómetros por hora
causa al alma el mareo del vacío;
pues salvando el abismo, el llano, el monte,
con un ciego correr que al rayo excede,
en loco desvarío
sucede un horizonte á otro horizonte
y una estacion á otra estacion sucede.

III.

Más ciego cada vez por la hermosura
de la mujer aquella,
al fin la hablé con la mayor ternura,
á pesar de mis muchos desengaños;
porque al viajar en tren con una bella
va, aunque un poco al azar y á la ventura,
muy deprisa el amor á los treinta años.
Y—¿dónde vais ahora?—
pregunté á la viajera.
—Marcho olvidada por mi amor primero,—
me respondió sincera,
—á esperar el olvido un año entero.
—Pero, ¿y despues,—le pregunté,—señora?
—Despues—me contestó—¡lo que Dios quiera!—

IV.

Y porque así sus penas distraia,
las mias le conté con alegría,
y un cuento amontoné sobre otro cuento,
miéntras ella, abstrayéndose, veia
las gradaciones de color que hacía
la luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
ó, como dicen ellos, en España,
la referí, no sé si con donaire,
cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,

pintando mucho amor y mucha pena,
como el que tiene la cabeza llena
de heroinas francesas y de ensueños,
habia cada llama
capaz de poner fuego al mundo entero:
y no faltaba nunca un caballero
que por gustar solícito á su dama
la sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
cual si fuese el aliento nuestro idioma,
más bien que con la voz, con las señales,
esta verdad tan grande como un templo
la convertí en axioma:
que para dos que se aman tiernamente,
ella y yo, por ejemplo,
es cosa ya olvidada por sabida
que un árbol, una piedra y una fuente,
pueden ser el eden de nuestra vida.

V.

Como en amor es credo
ó artículo de fé que yo proclamo,
que en este mundo de pasion y olvido,
ó se oye conjugar el verbo *te amo*,
ó la vida mejor no importa un bledo;
aunque entónces, como hombre arrepentido,
el ver á una mujer me daba miedo,
más bien desesperado que atrevido,
—Y ¿un nuevo amor—la pregunté amoroso,
—no os haria olvidar viejos amores?—
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
contestó con acento cariñoso:
—La tierra está cansada de dar flores;
necesito algun año de reposo.—

VI.

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
como aquel que patina por el hielo;

y en confusion extraña
parecen, confundidos tierra y cielo,
una mezcla de sueño y de montaña,
pues cruza de horizonte en horizonte
por la cumbre y el llano,
ya la cresta granítica de un monte,
ya la elástica turba de un pantano;
ya entrando por el hueco
de algun túnel que horada las montañas,
á cada horrible grito
que lanzando va el tren, responde el eco,
y hace vibrar los muros de granito,
estremeciendo al mundo en sus entrañas:
y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
nubes arriba, movimiento abajo,
en laberinto tal cuesta trabajo
creer en la existencia de la tierra.

VII.

Las cosas que miramos,
se vuelven hácia atrás, en el instante
que nosotros pasamos;
y, conforme va el tren hácia adelante,
parece que desandan lo que andamos:
y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
en raudo movimiento,
los postes del telégrafo, clavados
en fila á los costados del camino;
y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
y formando confuso y ceniciento
el humo con la luz un remolino,
no distinguen los ojos deslumbrados
si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII.

¡Oh, mil veces bendita
la inmensa fuerza de la mente humana,

que así el ramblizo como el monte allana,
y al mundo echando su nivel, lo mismo
los picos de las rocas decapita,
que levanta la tierra,
formando un terraplen sobre un abismo
que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
no conocidas ántes,
del poderoso anhelo
de los grandes gigantes
que, en su ambicion, para escalar el cielo,
un tiempo amontonaron las montañas!

IX.

Corria en tanto el tren con tal premura,
que el monte abandonó por la ladera,
la colina dejó por la llanura,
y la llanura, en fin, por la ribera;
y al descender á un llano,
sitio infeliz de la estacion postrera,
le dije con amor:—¿Sería en vano
que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
alcanzar á la luna con la mano?—
Y contestó con lívido semblante:
—No sé lo que seré más adelante,
cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más quereis—me preguntó—que os diga?—
Y, bajando al anden, de angustia llena,
con prudencia fingió que distraia
su inconsolable pena,
con la gente que entraba y que salia;
pues la estacion del pueblo parecia
la loca dispersion de una colmena.

X

Y, con dolor profundo
mirándome á la faz, desencajada,
cual mira á su doctor un moribundo,
siguió:—Yo os juro, cual mujer honrada,
que el hombre que me dió con tanto celo
un poco de valor contra el engaño,
ó aquí me encontrará dentro de un año,
ó allí!...—me dijo señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo
algo de espuma de color de rosa
que asomaba á sus labios amarillos,
el tren (cual la serpiente que escamosa
queriendo hacer que marcha, y no marchando,
ni marcha ni reposa),
mueve y remueve, ondeando y más ondeando
de su cuerpo flexible los anillos;
y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
volvimos, saludando, la cabeza,
la máquina un incendio vomitando,
grande en su horror y horrible en su belleza,
el tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

EL CREPÚSCULO.

I.

Cuando un año despues, hora por hora,
hácia Francia volvia,
echando alegre sobre el cuerpo mio
mi manta de alamares de Zamora,
porque á un tiempo sentia,
como el año anterior, dia por dia,
mucho amor, mucho viento y mucho frio;
al minuto final del año entero,
á la cita acudí cual caballero
que va alumbrado por su buena estrella;
mas al llegar á la estacion aquella
que no quiero nombrar, porque no quiero,
una tos de ataud sonó á mi lado,
que salia del pecho de una anciana
con cara de dolor y negro traje;
me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
y echándome un papel por la ventana,
—Tomad,—me dijo,—y continuad el viaje!—
Y cual si fuese una hechicera vana

que, despues de un conjuro, en la alta noche
quedase entre la sombra confundida;
la mujer, más que vieja, envejecida,
de mi presencia huyó con ligereza
cual niebla entre la luz desvanecida,
al punto en que, llegando, con presteza
echó por la ventana de mi coche
esta carta tan llena de tristeza,
que he leido más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza:

II.

—«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
cuenta os dará de la memoria mia.
Aquel fantasma soy, que, por gustaros,
jugó á estar viva á vuestro lado un dia.
»Cuando lleve esta carta á vuestro oido
el eco de mi amor y mis dolores,
el cuerpo en que mi espíritu ha vivido
ya durmiendo estará bajo unas flores.
»Por no dar fin á la ventura mia,
la escribo larga... casi interminable!...
¡Mi agonía es la bárbara agonía
del que quiere evitar lo inevitable!
»Hundiéndose al morir sobre mi frente
el palacio ideal de mi quimera,
de todo mi pasado, solamente
esta pena que os doy borrar quisiera.
»Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡El triste vive, y el dichoso muere!...
¡Cuando quise morir, Dios no lo quiso;
hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere!
»¡Os amo, sí! Dejadme que habladora
me repita esta voz tan repetida;
que las cosas más íntimas ahora
se escapen de mis labios con mi vida.
»Hasta furiosa, á mí que ya no existo,
la idea de los celos me importuna;
¡juradme que esos ojos que me han visto

nunca el rostro verán de otra ninguna!
»Y si aquella mujer de aquella historia
vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
aunque os ame, gemid en mi memoria:
¡yo os hubiera tambien amado tanto!...
»Mas tal vez allá arriba nos veremos,
despues de esta existencia pasajera,
cuando los dos, como en el tren, lleguemos
de nuestra vida á la estacion postrera.
»¡Ya me siento morir!... ¡El cielo os guarde!
Cuidad, siempre que nazca ó muera el dia,
de mirar al lucero de la tarde,
esa estrella que siempre ha sido mia.
»Pues yo desde ella os estaré mirando,
y como el bien con la virtud se labra,
para verme mejor, yo haré rezando
que Dios de par en par el cielo os abra.
»¡Nunca olvideis á esta infeliz amante
que os cita, cuando os deja, para el cielo!
¡Si es verdad que me amásteis un instante,
llorad, porque eso sirve de consuelo!...
»¡Oh Padre de las almas pecadoras!
¡Conceded el perdon al alma mia!
¡Amé mucho, Señor, y muchas horas,
más sufrí por más tiempo todavía!
»¡Adios, adios! Como hablo delirando,
no sé decir lo que deciros quiero!
¡Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
que sufro, que os amaba, y que me muero!»—

III.

Al ver de esta manera
trocado el curso de mi vida entera
en un sueño tan breve,
de pronto se quedó, de negro que era,
mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor traspasado
por la más grande herida
que á un corazon jamás ha destrozado

en la inmensa batalla de la vida,
ahogado de tristeza,
á la anciana busqué desesperado,
mas fué esperanza vana,
pues, lo mismo que un ciego deslumbrado;
ni pude ver la anciana,
ni respirar del aire la pureza,
por más que abrí cien veces la ventana
decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
de mi desdicha al peso,
y encerrado en el coche, maldecia
como si fuese en el infierno preso,
al año de venir, dia por dia,
con mi grande inquietud y poco seso,
sin alma, y como inútil mercancía,
me volvió hasta París el tren expreso.

FIN.

LA NOVIA Y EL NIDO.

POEMA EN TRES CANTOS

Dedicado por el autor á su amigo y compañero

EL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LA NOVIA Y EL NIDO.

CANTO PRIMERO.

EL NIDO.

I.

Ya el mes de Abril á la sazon corria;
y con sus tibias y rosadas manos
la primavera hospitalaria abria
sus puertas á los pájaros lejanos.
Era el mes en que, eternas peregrinas,
despues que el frio del invierno pasa,
todos los años, al tranquilo techo
del cuarto de Isabel, dos golondrinas
van á anidar como en su propia casa.

II.

Isabel, que era un ángel que pasaba
en leer y en rezar horas enteras,

cual si fuese educada en un convento,
al florecer sus quince primaveras
ni una hoja en su noble pensamiento
á su corona virginal faltaba;
y aunque va á ser esposa,
cuando del mal de amor nada recela,
tomando el novio que escogió su abuela.
estaba decidida á ser dichosa;
y ajena á tentaciones y deseos.
con respecto á casados y casadas.
sólo sabe haber visto en los paseos
las vides con los olmos enlazadas:
pues era para ella un casamiento
reducir á verdad un sueño hermoso,
ser más querida, realizar un cuento,
y hacer un viaje al Rhin con un esposo.
Así, en ciega ignorancia,
Isabel, tan sencilla como hermosa,
áun pensando de un hombre en ser la esposa,
continuaba en su amor su santa infancia.

III.

Pasan los dias, sin contar las horas
que como sombras huyen,
mirando con afan cómo construyen
su nido aquellas aves charladoras,
que añadiendo canciones á canciones,
entre ánsias dulces y amorosos pios,
unen hojas y granzas y vellones
con el gluten y el limo de los rios;
y, cuanto más curiosa,
mirando hacer el nido, se reia,
entreabierta su boca, parecia
una risa en el fondo de una rosa.

IV.

—¿Para qué sirve un nido?—con sorpresa
se pregunta Isabel: cuestion oscura,

que ocurre á la vaquera y la princesa
y que una y otra de inquirir no cesa;
pero en vano resolver procura
la que el tiempo pasó, casi en clausura,
entre el rezo, las pláticas, la mesa,
la música, el paseo y la lectura.
—¿Para qué sirve un nido?—Al ver delante
tan honda oscuridad se confundia,
y, por más que pensaba, no sabía
cómo ella, que es tan viva y penetrante,
y lee tantos idiomas de corrido,
y sabe tantas cosas de hortelana,
¡oh ciencia inútil de la vida humana!
no alcanza á comprender lo que es un nido.

V.

Viendo el nido y pensando en su himeneo,
lanza ardiente, á los pájaros que vuelan,
las confusas miradas que revelan
ya inocencia, ya miedo, ya deseo;
pues ya mujer, sin serlo todavía,
ante el hondo misterio de aquel nido,
en sus ojos azules se encendia
poco á poco un fulgor desconocido;
y una vez que presiente algo de cierto,
con singular pudor frunce las cejas,
quedando sus mejillas pudorosas
con mucho más color y más hermosas
que las guindas que cuelga á sus orejas
cuando, alegre, corriendo por el huerto,
coge lirios y caza mariposas.

VI.

Como nunca guardada
se ha podido tener ninguna cosa
detrás de unas pupilas trasparentes,
mostrando candorosa
en la ráfaga azul de su mirada,

que brilla entre sonrisas inocentes,
esa inquietud profunda y misteriosa
que causan en las vírgenes los nidos,
Isabel, más que inquieta, consternada,
al ver la turbacion de sus sentidos,
como un niño que al brillo de una espada
se tapa con terror ojos y oidos,
se juzga una inocente pecadora,
y se santigua y reza, y casi llora,
y entra el aire á raudales en su pecho,
y hallando el sueño, pero no el olvido,
se cayó desplomada sobre el lecho
preguntando al dormir:—¿qué será un nido?—

CANTO SEGUNDO.

EL AMOR.

I.

Disipada la noche por la aurora,
la agitada Isabel, desde su lecho,
que un sol de Mayo dora,
descorriendo las finas
colgaduras de encaje de Malinas,
busca otra vez el nido y mira al techo,
como accediendo al familiar reclamo
de aquellas habladoras golondrinas
que nunca acaban de decirse «te amo.»

II.

—¿Para qué sirve un nido?—Hé aquí el problema.
La novia al despertar vuelve á su tema;
pues cuando va una niña á ser esposa,
en prueba de inocencia,
es capaz de cortar por lo curiosa
una rama del árbol de la ciencia.
¿Para qué habrán servido

los nidos todos que en el mundo han sido?
Saber lo que es un nido es cosa grave,
pues, segun Isabel, nadie ha sabido,
y lo que es más aún, ninguno sabe,
por qué se junta un ave con otra ave
y juntas con amor hacen un nido.

III.

Temblando de pesar y de contento,
cual la rama agitada por el viento,
de nuevo el nido mira;
y, aunque nunca manchó su pensamiento
la pureza del aire que respira,
sin darse cuenta de ello, es aquel nido
demonio tentador que habla á su oido:
y dudando, turbada,
si tiene aún su espíritu dormido,
cual se rompen las nubes en el cielo,
de sus dudas sin fin se rompe el velo;
pues en trances de amor, es cosa cierta
que, un nido, un beso, un cuento, una nonada,
en un alma inocente rompe el hielo,
y á un corazon que duerme le despierta.

IV.

¡Sagrada oscuridad! Como cruzaban
por su frente las sombras á montones,
viendo el nido, sus ojos titilaban
como el cristal que esparce oscilaciones.
Y dudas van, y pensamientos vienen;
y, haciendo que lo mira distraida
(habilidad que las mujeres tienen
desde el dia primero de su vida),
acaba por saber que es aquel nido
eden por el misterio protegido;
y hallando en él impresos
los signos de una boda concertada
por dos séres dichosos.

con malicia entendida y saboreada,
sintiendo arder la sangre hasta en sus huesos,
ve en las aves del nido dos esposos,
y en su canto una música de besos.

V.

Porque en saber se empeña
para qué sirve un nido
que así el amor le enseña,
lanzada en pleno cielo sueña!... y sueña!...
y aguarda á que el misterio incomprensible
le baje á descifrar, compadecido,
algun viajero azul de lo invisible;
y á una malicia, en risa trasformada,
que en su mirada virginal destella,
se queda avergonzada
como sale, al salir de una enramada,
despues del primer beso una doncella;
y á un brillo entre diabólico y divino,
pensando en el misterio del problema,
tanto mira Isabel, que al fin vislumbra
en yo no sé qué lúgubre penumbra,
que un nido es el misterio del destino,
que es de la vida la explosion suprema:
y ya, como mujer apasionada,
mirando á su pesar en lo invisible,
se perdió vagamente su mirada
en la luz infinita é indefinible;
y como, al fin, la juventud ligera
no sabe, al estudiar lo que son nidos,
que hay peligro en jugar con los sentidos
en un dia de sol de primavera,
á Isabel, ya febril, le parecia
que alguna mano que en la luz flotaba
el velo misterioso descorria,
y en derredor la tierra se le andaba;
era su alma una noche sin aurora;
nada distinto oia ni veia;
la cabeza se le iba y le zumbaba,

y sentia una sed devoradora;
y comentando, grave y resignada,
el secreto á sí misma sorprendido,
—¡Se conoce,—pensaba,—que es forzoso
dar la mano á un esposo;
querer y ser querida;
hacer como los pájaros un nido:
cantar á Dios y bendecir la vida.—

CANTO TERCERO.

LA NOVIA.

I.

Como el amor primero es tan ardiente
y despierta á las niñas tan temprano,
Isabel se despierta con el dia;
y al apartar de su divina frente
un raudal de cabellos, con la mano
que en un vapor de encajes se perdia,
halla su tez de nieve, nunca hollada,
tan fresca como el agua de verano
en el fondo de un pozo serenada.

II.

De su lecho de pluma
salió Isabel cual Vénus de la espuma;
despues, mirando al techo,
vibró su corazon dentro del pecho
al ver la golondrina que cubria
en forma de abanico á sus hijuelos,
y al padre que en el pico les traia
pan de la tierra y besos de los cielos.
Tan grande amor su corazon inflama;
y en sus ojos, con fuego inusitado,

arde una pura y trasparente llama
al ver en los hijuelos desatado
el nudo misterioso de aquel drama.
Espantada, el misterio comprendiendo,
casi vuelve á gemir y casi reza;
y unas veces rezando, otras gimiendo,
entrando de repente en la tristeza,
ya marchitas sus puras alegrías,
la niña acaba y la mujer empieza;
y más cuando la tímida nidada
de aquel nido, asomándose á la entrada,
parece que le dice:—¡buenos dias!—
y más aún, cuando á los hijos viendo,
suspirando responde:—¡ya lo entiendo!—
y encendido su rostro, cual la frente
de una mujer culpable y candorosa,
sobre sus ojos pudorosamente
deja caer sus párpados de rosa.

III.

Como el amor es cosa
que, cual voz de eco en eco repetida,
palpita en la crisálida metida,
y brilla al convertirse en mariposa,
ve Isabel con encanto
que es un nido la copa misteriosa
donde está la embriaguez desconocida;
y así, pasando de capullo á rosa,
tan turbada se ve y enternecida,
que llora, aunque riendo bajo el llanto,
porque hay séres que rien cuando lloran
con la risa comun de los que ignoran
que en llorar y reir se va la vida.

IV.

Y cuando, en aquel dia,
convirtiendo en historia la novela,
al altar de himeneo fué llamada

la gracia de la casa de su abuela,
¡ay! ¡cuál quedó anublada
aquella llama azul de su mirada!
¡Cómo llora y su madre la consuela!
y, ¡cómo, en fin, ya enjutas sus mejillas,
se mira en los espejos á hurtadillas,
y en ellos viendo de su boda el traje
se rie con la risa de la aurora,
y abisma su mirada en resplandores,
mostrando pensativa y seductora
sus dientes y sus labios, maridaje
de las perlas casadas con las flores!

V.

Y va y viene Isabel, y baja y sube,
agitándose aérea y diligente
con una vaga ondulacion de nube;
y aunque era á su belleza indiferente,
con natural gracejo
hoy aprende delante del espejo
á conocer lo hermoso de su frente;
y ora se juzga amada y ora amante,
y haciendo con el traje un ruido de alas,
circula como un duende por delante
de los grandes espejos de las salas;
y al verse retratada, la doncella
lleva por sí la admiracion tan léjos,
que. á fuerza de mirarse en los espejos,
pierde la gracia de ignorar que es bella.

VI.

Al volver de jazmines coronada,
como una campesina desposada,
sintiendo accesos de calor y frio,
tiembla el alma en su boca seductora,
como tiembla á los rayos de la aurora
sobre una flor la gota de rocío.
Los ojos Isabel, desconcertada,

tanto abre para ver, que no ve nada;
la estátua del asombro parecia,
y no pudiendo respirar apénas,
un no sé qué de eléctrico en sus venas
en generosa transfusion corria.
Aunque casi educada en un convento,
ya sentia en su noble pensamiento
algo más que ilusion y confianza,
ignorancia y candor, fé y esperanza;
pues al mirarse de su alcoba enfrente,
del abismo de amor dulce pendiente,
la sangre que á su rostro se arrebata
la pone del color de la escarlata...
Mas ¡oh Dios del pudor! no tengais miedo
que aquel resúmen de la vida toda
con su deliquio y sus misterios cuente...
Yo quisiera contarlo, mas no puedo,
porque sé que á la puerta donde hay boda,
—¡silencio!—un ángel dice, y sonriente
pone despues sobre la boca un dedo.

FIN

LOS GRANDES PROBLEMAS.

POEMA EN TRES CANTOS.

Al ilustre polemista

EL SR. D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO.

LOS GRANDES PROBLEMAS.

CANTO PRIMERO.

EL IDILIO.

I.

El cura del Pilar de la Oradada
como todo lo da, no tiene nada.
Para él no hay más grandeza
que el amor que se tiene á la pobreza.
Careciendo de pan, con alegría
lleva paz de alquería en alquería;
y siendo indiferente
á la necia ambicion de los honores,
se ocupa de los grandes solamente
cuando llama sus reinas á las flores.
Sin fámulo, y vestido de sotana,
cuida una higuera y toca la campana.
Su alzacuello es de seda desteñida,
pardas las medias de algodon que lleva;
y en todo el magisterio de su vida
sólo ha estrenado una sotana nueva.
Da gracias cuando reza á un Dios tan bueno
que cria los rosales y el centeno.

y llama sus orgías á las cenas
en que prueba la miel de las colmenas.
Aunque él está de su pudor seguro,
ve á una mujer, y como pueda, escapa,
dispuesto desde jóven, por ser puro,
á hacer el sacrificio de una capa.
Reparte á las chiquillas
las almendras que lleva en los bolsillos,
y les da un golpecito en las mejillas
más dulce que una almendra á los chiquillos.
Da á los pobres los higos de su higuera,
que nació, sin plantarla, en donde quiera;
y si al vérselos dar uno por uno
—¿qué guardas para tí?—le dice alguno,
responde, puesta en Dios su confianza,
como Alejandro el Grande:—¡La esperanza!—
Así con tanto amor y pudor tanto,
el cura del Pilar de la Oradada,
es, segun viene la ocasion rodada,
ya eremita, ya cuákero, ya santo.

II.

Está el pueblo fundado sobre un llano
más grande que la palma de la mano,
y á falta de vecinos y vecinas
circulan por las calles las gallinas.
Pueblo al cual, aunque corto, en mujerío
otro ninguno iguala;
de agua muy buena, si tuviese rio,
de agua de pozo, á la verdad, muy mala.
Pueblo feliz, que olvida el mundo entero;
que tiene ante la iglesia una plazuela,
iglesia que es más grande que la escuela,
y escuela que es más chica que un granero.

III.

En este pueblo, en fin, y ante este cura,
que no puede beber más que agua pura,

la divina Teodora,
de rodillas postrada ante el anciano,
con un ramo de flores en la mano,
ramo cogido al despuntar la aurora,
mostrando al sonreirse, nacaradas,
en dos filas iguales,
todas sus perlas justas y cabales
en un coral prendidas y engarzadas;
inventando aquel dia,
por no haberlos sufrido todavía,
mucho dolor y muchos desengaños,
ántes de hacer su comunion primera,
confesándose está, como si fuera
una gran pecadora á los diez años.

IV.

Teodora, que es mujer desde la cuna
cual todas las mujeres,
despierta ya, y durmiendo todavía
á la luz misteriosa de una luna
que hace en su alma de sol de medio dia,
mira una inmensa flotacion de séres,
sueños de sombra y sombras de unos sueños
opacos una vez y otras risueños.
Gracia infantil y gracia adolescente,
de niña y de mujer confusos lados,
ya ve en el porvenir desde el presente
la luz de dos crepúsculos mezclados.
Sumida en nieblas de color de rosa,
compuestas de verdad y de otra cosa,
mira, desvanecida,
llegar la realidad confusamente,
y á los diez años, como todas, siente
su inmersion en las brumas de la vida.

V.

Mirando al confesor con inocencia,
cual si fuesen sus ojos unas puntas

que hundiese del anciano en la conciencia,
fué haciéndole la niña unas preguntas,
como esta, por ejemplo,
capaz de hacer estremecerse al templo:
—Vos ¿sabeis lo que es malo, señor cura?—
—Yo, de todo, hija mia, estoy al cabo,—
respondió el sacerdote con premura;
lo cual no era verdad, mas lo creia,
porque el breviario con afan leia
á la luz de un candil colgado á un clavo.

VI.

Y del amor ya viendo lontananzas,
con sus ojos tan llenos de esperanzas,
en su candor intrépido del todo
sigue ella preguntando de este modo:
—El dejarse besar ¿es malo ó bueno?—
De confusion y de sorpresa lleno,
se turbó el cura, como el hombre que ántes
de haber cazado un pájaro, lo vende,
y sin poder cumplir lo prometido,
se queda, al fin, como el lector comprende,
el cazador corrido,
el comprador burlado,
y el pájaro vendido y no cazado.
Echó al cielo una olímpica mirada
buscando la respuesta en las estrellas;
mas como nada le dijeron ellas,
el cura del Pilar no dijo nada.

VII.

Con misterio despues ella se inclina
hácia el cura, que la oye fascinado,
y prosigue:—Me ha dicho mi madrina,
que el que bese á mi primo es un pecado;
y mi primo ha jurado,
que él me habrá de besar, pese á quien pese,
pues cree que á mí me gusta que me bese:

mas como oigo decir que se propasa,
escapándome de él, toda la casa
ayer y ántes de ayer y todo el año
corrí desde la cueva hasta el granero;
siempre quiere él, señor, yo nunca quiero.
miradme bien, vereis que no os engaño.—
Y abriendo aquellos ojos tan brillantes
para enseñarle el alma á aquel levita,
echa al cura una ojeada inoportuna
aquella vírgen, pero vírgen de ántes
que en la primer visita
el ángel le anunciase cosa alguna,
y le dejó corrido y colocado
del rubor en la cúspide suprema,
de un modo tal, que dijo colorado:
—¡Primera confesion: primer problema!—

VIII.

—Acúsome—la niña proseguia—
que soy inobediente y perezosa.
Acúsome, además, que el otro dia,
con tristeza soñé que no era hermosa.
Me gusta más correr que ir á la escuela.
Sólo en la misa me entretiene el canto:
y escucho con más gusto una novela
que el trozo de la vida de algun santo.
Prometo, obedeciendo á mi madrina,
huir, si puedo, de él; pero os prevengo
que al mirar á mi primo, siempre tengo
la voluntad de parecer divina.—
Al ver salir el cura, atropellados,
con risa de bondad mal reprimida,
tan enormes pecados
de aquellos labios de carmin, untados
con la leche primera de la vida,
dice á la niña, de indulgencia lleno,
con singular ternura:
—No diré que eso es malo, mas no es bueno.
Más cordura, hija mia, más cordura.

Bien; adelante: vamos; adelante.—
Y por no hablar más claro, el pobre cura
jugaba con enigmas al volante;
y no queriendo darle con prudencia
la más leve leccion de adolescencia,
muy peligrosa en almas inocentes,
sólo despues de estas ligeras riñas,
se atrevió á murmurar, aunque entre dientes:
—Son el diablo estos ángeles de niñas.—

IX.

Y como todo viejo, y más si es cura,
de todo niño es natural abuelo,
con más amor que religioso celo,
le dijo á aquella hermosa criatura:
—Ten calma, estudia, y á tu madre imita,
y entrarás sin rodeos en la gloria;
reza una salve, toma agua bendita,
y cómete esta almendra en mi memoria.—
Y despues que la niña se confiesa,
la mano al señor cura
en la actitud de un oficiante besa;
se levanta gentil, con la soltura
del sér á quien la vida aún no le pesa,
y ante el altar, con adorable gracia,
entre un corro de gente pecadora
se arrodilló Teodora
más grave que un alumno en diplomacia.

X.

Despues supo el obispo de Orihuela,
por cierta confesion de cierta abuela,
de puro religiosa, condenada,
que, faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendras los pecados
el cura del Pilar de la Oradada.

CANTO SEGUNDO.

LA ÉGLOGA.

I.

Fué creciendo, creciendo,
y pasaron diez años; y Teodora
cuanto en gracia inocente iba perdiendo,
lo iba ganando en gracia pensadora.
La antigua pecadora,
que veinte años cuenta hoy exactamente,
tiene pupilas de horizontes llenas;
voluptuoso reir en casta frente;
y deja ver su cútis trasparente
cómo corre la sangre por sus venas.
Con gusto encantador por lo sencillo,
con flores todo el año en sus cabellos,
arrollándolos bien, forma con ellos
detrás de la cabeza un canastillo.

II.

—Decidme, mi querido señor cura,—
decia confesándose Teodora:
—¿No es una gran locura
que esté tan decidida

á que me case ahora
la pobre madre á quien debí la vida?
¿No es un gran desatino
casar con otro á quien tan solo piensa
en... ya sabeis, mi primo, aquel marino
que tiene el alma como el mar inmensa?—
Miéntras la escucha atento,
—Es muy comun,—el cura se decia
entre burlas y veras,
—que todas las muchachas costaneras
dediquen de un marino al pensamiento
veinticuatro horas largas cada dia.—

III.

—Mi primo... ya sabeis,—siguió Teodora,
—que vive hoy una vida de pesares
en Lóndres, un lugar donde está ahora,
más allá de los montes y los mares.
Las playas saben mi constante anhelo,
pues sin poderlo remediar, suspiro
cuando se nubla el horizonte y miro
por el lado del mar cerrarse el cielo.
Mi primo es aquel primo, que, algun dia,
os confesé que alegre me besaba;
le amé niña, mas yo no lo sabía;
ya mayor, estoy loca, y lo ignoraba.
Como siempre fantástico el deseo
me arrastra á orillas de la mar, yo á solas
que me habla de él y su venida, creo,
el monólogo eterno de las olas.
Siempre aguardo del cielo lo imprevisto.
siempre estoy esperando,
y hasta las aves de la mar, pasando,
parece que me dicen:—¡le hemos visto!—

IV.

—Mas sepamos primero—
dijo el cura prudente y reservado:

—de amaros y volver, ¿él os ha dado
su palabra de honor de caballero?—
—Me juró que me amaba y volveria—
fué diciendo Teodora,
—cuando el sol por la tarde se ponia,
y al despuntar la aurora,
y alguna vez tambien al medio dia;
y alguna, y más que alguna,
por la noche á los rayos de la luna.
Y, perdonad, decir se me ha olvidado,
que en Mayo y en Abril me lo ha jurado
por todos sus jazmines y azucenas;
por los árboles todos, en estío;
por todos sus cristales, junto al rio;
cerca del mar, por todas sus arenas.—

V.

Miéntras Teodora hablando proseguia,
como era, á fuerza de candor, profundo,
el cura por lo bajo repetia:
—(¡Cómo trae el amor revuelto al mundo!)—
—Mi madre quiere que á la fuerza quiera
á un hombre muy de bien, sin gracia alguna,
como es el que me espera
para darme su mano y su fortuna.
El verlo nada más me da tristeza;
él es bueno, es verdad, si no es hermoso;
tiene favor, honores y riqueza,
talento, juventud y un nombre honroso...
Mas ¡si viérais al otro, señor cura,
con gorra de oro y sable á la cintura!...
¡Cuanto mira al pasar de luz se baña!...
miéntras éste de aquí, que va á ser mio,
tiene una gracia sepulcral y extraña;
donde quiera que entra él, siento yo frio.—
—Pues señor, se conoce,—piensa el cura,
—que en la misma inocencia,
para agotar de un cura la paciencia,

trasformado en hermosa criatura
coloca Satanás su residencia.—

VI.

Y ella siguió:—Vuestro favor imploro:
prestadme ayuda en tan difícil paso:
de uno me rio, y por el otro lloro;
éste me hiela, y por aquél me abraso.
No amo al presente y al ausente adoro,
¿qué hago, señor, me caso ó no me caso?—
Mirando á un Cristo viejo
por ver si le inspiraba algun consejo,
el cura se callaba,
y del candor en la embriaguez suprema.
al ver que el Cristo nada le inspiraba,
por lo bajo entre dientes murmuraba:
—¡Segunda confesion; otro problema!—
Entre el Cristo, ella y él, no hay uno que hable.
El viejo, que era un niño venerable,
no cayó en que Teodora
buscaba, tan sutil como traidora,
en la doblez de sus astutos planes
el apoyo moral del cristianismo:
maniobra de los grandes capitanes
que ponen de su parte el fanatismo.

VII.

Luégo los dos á un tiempo se preguntan,
y para herirse al corazon se apuntan;
y cruzan de uno al otro, bien dispuestas,
como un choque de espadas, las respuestas:
—Me muero, si me caso, os lo confieso.
—Ilusion nada más de los sentidos.
—Hay voces que en el aire me hablan de eso.
—Eso será que os zumban los oidos.
—Bien, lucharé; pero seré vencida.
—No volverá tal vez.—¿Y si volviera?
—Ese hombre os ha hechizado; ¡estais perdida!

—Así tendrá que ser como él lo quiera.
—Tras vana agitacion tendreis reposo;
yo rezaré por vos, sereis dichosa:
¡dichoso aquel que os tenga por esposa!
—Y yo ¿seré feliz como él dichoso?
—¿De qué sirve creer en lo increible?
—Más sabe el corazon que la cabeza.
—¿Qué podrá suceder?—¡Todo es posible;
yo amo con fé y espero con firmeza!—
Al verla discutir tan bien y tanto,
siente un temblor de espanto,
cual si tuviese frio,
al comprender el santo
que aquel tipo cabal de las mujeres
era el más bello y ¿lo diré, Dios mio?
el más inobediente de los séres.

VIII.

Teodora, ardiente y viva,
filósofa sutil y positiva,
que no pasó, cual yo, velada alguna
en cuestiones ociosas,
buscando la razon de muchas cosas
que no tienen jamás razon ninguna,
añadió, de su plan desesperada,
disparando al huir á sangre y fuego,
y haciendo una brillante retirada
mejor que en Asia Jenofonte el griego:
—Yo soy muy viva y de ventura ansiosa;
y no queriendo á este hombre, os lo prevengo,
como soy tan fantástica, no tengo
la condicion de una excelente esposa.
Mas lo mandan mis padres y adelante;
yo quiero á toda costa ser honrada,
mas no sé si vivaz y enamorada,
podré ser buena esposa y buena amante...—
Hablaba así Teodora, y de repente

callando unos momentos,
con un silencio diestro y elocuente
una pausa llenó de pensamientos.
Reticencia tan vil y calculada
al pobre cura de terror inmuta...
ante el saber de una mujer astuta
Ciceron y Pascal no saben nada.
Y es que desde Eva, madre de Teodora,
la raza no mejora.
Porque no oye solícito sus quejas,
anuncia astuta males sobre males:
yo recuerdo muy bien que eran iguales
las jóvenes de antaño que hoy son viejas.
Y así serán y han sido
las que están por nacer ó ya han nacido,
lo mismo en todo el orbe que en España;
las madres miserables y opulentas,
las hijas titulares y harapientas,
las abuelas del trono y la cabaña.

IX.

—¡Qué locura, Dios mio, qué locura!
¿no veis que rara vez,—le dice el cura,—
la vida nos enseña
que esos sueños de niña muy pequeña
los pueda realizar la edad madura?
Moderad el ardor de los sentidos;
¡Teodora, andad despacio,
porque siempre nos ven, desconocidos,
dos ojos desde el fondo del espacio!—
Ayudando á llevarla á su destino,
cual se lleva una oveja al matadero,
pensó el cura ponerla en el camino
de lo bueno, lo justo y verdadero;
y despues que ella vió desvanecida
la poética imágen de su vida.
puestas en cruz las manos y llorosa,

recibió, con la frente prosternada,
la bendicion del cura, arrodillada;
besó su mano en actitud piadosa,
con la fé de una santa resignada,
y se marchó, si no más consolada,
ménos triste tal vez, y siempre hermosa.

CANTO TERCERO.

LA TRAGEDIA.

I.

Porque triste, muy triste, se moria
llena de desengaños,
el cura del Pilar, en cierto dia,
en su postrera confesion oia
á una jóven anciana de treinta años.
—¡Ha venido!—decia
la vieja que era jóven todavía,
—aquel hombre á quien amo con locura,
y debo confesaros en conciencia,
que tengo, desde entónces, señor cura,
necesidad de sueños de inocencia.
—¿Y es pura todavía vuestra llama?—
pregunta el cura á la doliente esposa.
—La cama de mi madre es esta cama,—
le respondió;—pues por mi madre os juro
que soy materialmente virtuosa;
sólo el alma es culpable, el cuerpo es puro.—

II.

—¡Pues valor,—dijo el cura,
á fuerza de candor siempre profundo,

—que la mayor tribulacion del mundo
la guarda Dios para la edad madura!—
—¡Valor, valor!—la enferma respondia;
—¡Lucharé hasta morir! mas ¡cosa extraña!
resistir á su encanto no podria,
¡yo que siento en mí misma una energía
capaz de levantar una montaña!—
—¡Luchemos, hija mia,—
el cura repetia
de Dios y de su fé siempre seguro,
—no hay grito de dolor que en lo futuro
no tenga al fin por eco una alegría!—
Y luégo añade de la Biblia lleno,
satisfecho de Dios y de sí mismo:
—¡Siempre entre el ángel malo y entre el bueno
hay luchas en el puente del abismo!—

III.

En querer consolar las grandes penas
de una mujer tan firme y tan amante,
era aquel pobre confesor un ciego,
sabiendo que corria por sus venas
la sangre de las viñas de Alicante
que crian una sávia como el fuego.
El cura no sabía
que el no amar es muy bueno, pero es frio;
y por eso á Teodora le decia,
derramando en sus llagas el rocío
de una piedad sincera:
—Van á cumplir veinte años
que, ajena de pasiones y de engaños,
vuestra sagrada comunion primera
fué por vos de mi mano recibida;
¡sed digna del honor de vuestra historia!
¡reanimad el valor con la memoria
de los años primeros de la vida!—
—¡Quince años hace escasos,—
Teodora murmuró,—que el dulce ruido
que levantaron al marchar sus pasos

quedó como una música en mi oido!
Y hace veinte—añadió con torvo ceño
mirando al cielo en ademan de queja,
—que es él de mi alma y mis sentidos dueño;
¡veinte años que pasaron como un sueño!
¡Teneis razon; no me creí tan vieja!...
Mas no hay medio; ó vencer ó ser vencida;
ó perder la virtud ó dar la vida.—
Dice así, y tiembla la infeliz esposa
cuando la causa de su mal confiesa,
como suele temblar la mariposa
que siente el alfiler que la atraviesa;
y el pobre confesor, que no sabía
que si es bueno no amar, es cosa fria,
cual sintiendo en la piel la ardiente huella
de un diablo que abrasándole le toca,
mira á la enferma con pavor, y en ella
halla una especie de perfil de loca.
Y agarrándole bien con la mirada,
—No soy loca, es que estoy enamorada,—
siguió la esposa—y lo que quiero, quiero;
vuestra piedad, no vuestra fé, reclamo;
si le amo, vivo; si no le amo, muero;
respondedme, ¿qué haré? ¿le amo ó no le amo?—
Aguzando el oido,
y azorado de miedo como un gamo
que oye en el bosque de repente un ruido,
el cura sorprendido
dice cayendo en postracion extrema:
—¡Tercera confesion; tercer problema!...—
Dudando en su fatal desconfianza
qué haria y qué diria,
por no romper el hilo todavía
que enlaza la mujer á la esperanza,
el cura del Pilar, quedando inerte,
sangre, en vez de agua, el desdichado suda;
pues á sí mismo con dolor se advierte
que es, en los actos del deber, la duda
una pregunta vil que hace la muerte.

IV.

Ahogando la emocion de su ternura
en un áspero y recio resoplido,
añadió en el umbral de la locura:
—¡O viva en el del otro, señor cura,
ó muerta en el hogar de mi marido!
¿Puede un corazon tierno
sufrir eternamente esta cadena?
¿Hay un Dios que nos salva y nos condena,
ó eso tambien es un problema eterno?—
Oyendo esta herejía,
creyó el cura que en ella traslucia
la cara de Luzbel, oliendo á infierno,
y siendo encantadora,
y aunque era un ángel de piedad Teodora,
y el cura lo sabía,
como todo hombre bueno, algo indeciso,
oyéndola decir lo que decia,
le pareció que á Satanás veia
bañado con la luz del paraíso.

V.

Y al cura, que azorado la veia,
y estaba en todo, esto es, no estaba en nada,
despues le repetia,
aceptando, Teodora, resignada
la paciencia que lleva á la agonía:
—¡Adorarlo ó morir, tal es mi suerte!—
y el cura respondia:
—Pero pensad en Dios, la hora es sombría;
¡ved que estais en peligro de la muerte!—
Y enfermo de terror y sentimiento,
su rostro, que tapó con ambas manos,
se cubrió de ese tinte amarillento
que da tanta tristeza en los ancianos.
—Ya veis que sé morir como es debido,—
siguió Teodora con siniestra calma.
—Decidida á partir, tan sólo os pido

que echeis sobre mi cuerpo y sobre mi alma,
él su memoria, su piedad el cielo,
vos el perdon, la humanidad su olvido,
la tumba su pudor, la muerte un velo!—

VI.

Pasan despues unos momentos llenos
de calma aterradora.
Y entre tanto, ¿qué hacía
en alocada espectacion Teodora?
¿Dormia? No. ¿Velaba? Mucho ménos.
Con las manos el pecho se oprimia
queriendo hacerse el corazon pedazos.
Se incorpora despues, alza los brazos,
estrecha en ilusion alguna cosa
en medio de la fiebre que la abrasa,
y dice con sonrisa voluptuosa
dejándolos caer:—¡Es él que pasa!—
Al ver aquel amor inexorable,
á su buen Dios el cura inconsolable
la encomienda en sus santas oraciones;
y al oir, espantado,
salir de la culpable
aquella interminable
tempestad gutural de aspiraciones,
una oracion sobre otra le prodiga,
y exclama el sacerdote horrorizado:
—¡El ángel llega tarde, y sólo espiga
lo que ya Satanás dejó segado!—
Y así el buen cura exclama,
porque ya con dolor ha comprendido
que es imposible, á semejante llama,
oponerse á un amante que es querido,
y entregarse á un marido que no se ama;
y aunque algo tarde, á conocer empieza
que es más fuerte el amor que los deberes,
pues rinde de los hombres la firmeza
y hasta el débil poder de las mujeres.

VII.

Llegando al fin de su terrible suerte
la enferma medio muerta tiempo hacía,
despues de un gran silencio en que se oia
muy cercana de allí volar la muerte,
mirando fijamente, sin ver nada,
tiende una mano ardiente y descarnada,
busca con ella al infeliz anciano
que por su dicha ruega,
y el rostro le tocó como una ciega
que tuviese los ojos en la mano:
se ponen azuladas sus mejillas;
sale un hondo ronquido de su pecho;
el cura la bendice de rodillas;
despues... ¡despues era una tumba el lecho!

VIII.

Más muerto que la muerta, el pobre cura,
cuando luégo miraba
el alma triste y bella
de aquella esposa fiel, culpable y pura,
flotar sobre una estrella,
—¡Perdonadla, Dios mio!—murmuraba.
¿Cómo Dios negaria su indulgencia
á una mártir, que, fiel á otros amores,
á fuerza de sentido y de paciencia
el luto de su hogar cubrió de flores?
Cuando el cura veia
aquella alma flotar sobre una estrella,
y su perdon pedia,
es porque no sabía,
héroe feliz de una tranquila historia,
que cuando muere una mujer como ella,
toca á muerto la tierra, el cielo á gloria.

IX.

Y cuando el cura, de su buen consejo
el término funesto contemplaba,
llorando como un niño el pobre viejo
sobrecogido de terror oraba.
—¡Yo la maté, yo he sido su asesino!—
gritaba el infeliz, desesperado,
quejándose de sí como un malvado
que asesina á la vuelta de un camino.
Mas, fiel á su destino,
conociendo despues, más serenado,
que así á volverse loco un hombre empieza,
con honor exclamó:—¡Fuera flaqueza!—
y valerosamente
reanimando uno á uno sus sentidos,
á brillar comenzó su noble frente
con la luz de los séres elegidos.
—¡Hago el bien y suceda lo que quiera!—
dice tranquilo y con la frente erguida.
—¡Entre la muerte y la virtud, que muera,
que es el deber primero que la vida!—
Pasó despues un siglo de un momento;
murmuró otra oracion, y de repente
azotó con los piés el pavimento
y con las manos se azotó la frente;
miró á la muerta con viril firmeza,
y á repetir volvió:—¡Fuera flaqueza!—
Y el cura del Pilar, sereno, mudo,
rendido el cuerpo y destrozada el alma,
despues de un negro batallar tan rudo,
á recoger volvió su santa calma
como recoge el gladiador su escudo.

FIN.

DULCES CADENAS.

POEMA EN CUATRO CANTOS.

A mi fraternal amigo

EL SR. D. RAMON CAMPOS Y DOMENECH.

DULCES CADENAS.

CANTO PRIMERO.

I.

Jóven, bella, adorada y poderosa,
tan rubia como el sol del medio dia,
y tan fresca además como una rosa,
Jacinta, cuidadosa,
hasta el dichoso dia
en que va á ser una feliz esposa,
en un cuarto atestado de primores,
y en una jaula de oro envuelta en flores,
cierto canario hospeda,
cuya pluma remeda
cási, cási, del íris los colores,
y un poco los reflejos de la seda.

II.

En un dia de Marzo, húmedo y frio,
al pasar del antiguo al nuevo estado,
Jacinta, esclavizando su albedrío,
prefiriendo al ajeno su cuidado,
y el gozo celebrando de aquel dia,
suelta con alegría
al canario que cuida con cariño,

y con el cual, como si fuera un niño,
en inocente intimidad vivia.
Saca al esclavo de la jaula de oro,
lo acaricia llorando y sonriendo,
se acerca á la ventana, y luégo abriendo
la mano, con la cual se enjuga el lloro,
viendo al ave feliz que va siguiendo
del aire el insondable itinerario,
como acerada espina
un dardo de pesar extraordinario
su corazon traspasa,
pues siempre es un canario,
despues de la sociable golondrina,
el ave favorita de una casa.

III.

Libre, alegre, inconstante, casi loco,
como bebiendo luz, emprende el vuelo
el pájaro, que invade poco á poco
la inaccesible soledad del cielo.
Por no verle partir, Jacinta cierra
sus ojos de insondables horizontes,
y en posesion le pone de la tierra
con sus mares, sus valles y sus montes.
Entregado al calor, y expuesto al frio,
el pájaro, que siendo prisionero
preferia su jaula al mundo entero,
fué puesto en posesion de su albedrío
como el manso arrastrado al matadero.
Y volando, volando,
se alejaba y volvia,
y de su inútil libertad gozando,
—¿á dónde voy?—parece que decia.
Y Jacinta, llorando,
y llena al mismo tiempo de alegría,
al pájaro dejando,
para volar tambien tras del esposo,
mandándole un adios muy cariñoso
al ver que una tras otra recorria

las colinas cubiertas de viñedos,
con expresiones de cariño extremas,
tocándose los labios con las yemas,
le envió un beso en las puntas de los dedos.

IV.

Como dijimos ántes,
era en Marzo, la aurora del estío,
y en uno de esos dias inconstantes
en que alterna el bochorno con el frio,
con santa devocion, casi á la orilla
del Manzanares, su paterno rio,
para unir á Jacinta en casto nudo
con el hombre más noble de la villa,
como si fuera un celestial saludo
por su madre escuchado y por su abuela,
en torno del altar de la capilla
el himno sube y el incienso vuela.
Y Jacinta, entre tanto,
cuya gracia inocente
se convertia en pensativo encanto
y en la expresion de amor más hechicera,
hácia el altar avanza
con la alegre esperanza
y la planta ligera
de quien lleva, al andar, sobre su frente,
el cántaro inmortal de la lechera.

V.

Así aquel ángel que á mujer subia,
la vírgen que iba á convertirse en diosa,
con el tierno candor que en Dios confia
camina, á fuerza de ventura, hermosa,
como una niña grande honrada y pura
que sueña en ser feliz, pues no sabía
que cual la flor del cactus, la ventura
esperada cien años, dura un dia.

CANTO SEGUNDO.

I.

El canario despues, desorientado,
explorando horizontes y horizontes,
voló al fin por los valles y los montes
como si fuese un pájaro escapado;
hasta que ya rendido,
de su fuerza en volar ménos seguro,
con el miedo que da lo indefinido
halló en la claridad algo de oscuro.
Sintiendo luégo el malestar incierto
que se llama el mareo del desierto,
y despues que el canario
recorrió el horizonte ébrio de gozo,
le parecia, al verse solitario,
el universo entero un calabozo.
Y conforme caia
dentro del mar el dia,
y se aumentaba con la sombra el frio,
sólo vió estupefacta su mirada
la tenebrosa estancia del vacío.
y aquel horror que dice: «¡aquí no hay nada!...»

II.

Cuando todo en la sombra era indistinto,
sintió una sensacion vertiginosa;
despues con el instinto
natural en un ave cariñosa,
esperando, inocente,

que la prision su dueña le abriría,
y en trance tan cruel le ampararía,
á su casa volvió, cuando inclemente
ya su alas el frio entumecia;
y volando despues difícilmente,
como ni huir ni guarecerse sabe,
de las tinieblas á la luz escasa,
alrededor girando de la casa,
más parece un espíritu que un ave.

III.

Como no hay duda que era
una noche muy buena, por lo fria,
para asar en alegre compañía
castañas al rescoldo de una hoguera,
de miedo ya á las olas mugidoras
de una espantosa tempestad cercana,
y al fastidio y horror de aquellas horas,
se lanzó de su dueña á la ventana,
guarnecida de plantas trepadoras.
Mas ¡ay! que ya casada, y siempre pura,
pensando con vergüenza en su ventura,
Jacinta, con espanto verdadero,
hallando todo ruido inoportuno,
todo rayo de luz cosa liviana,
la ventana cerró con tanto esmero
que no dejó á la luz resquicio alguno,
pues en noche de boda una ventana
es la nube de sombra con que Homero
cubrió á veces á Júpiter y á Juno.

IV.

Cuando el pájaro, hastíado
de aquella inútil libertad del cielo,
á su prision volvia, enamorado,
ya habia el polo norte desatado
un récio temporal de escarcha y hielo.
Cada vez más corrientes,

y cada vez más frios,
los arroyos de viento se hacen rios
y los rios despues se hacen torrentes.
Directa y reflejada,
y despues toda unida,
contra aquella ventana tan cerrada
lloviendo más, sobre la ya llovida,
chisporrotea el agua ametrallada.
Cuando están á su dueña regalando
realidades tan dulces como sueños,
quejándose el canario, está piando
como pian los pájaros pequeños.
Miéntras dentro, amorosa,
ve en verdad convertida su quimera
en éxtasis profundo,
por la parte de afuera
piar á media voz oye la esposa
á un sér que no parece de este mundo.
Matándolo á golpazos
la nieve sobre el pájaro se apiña,
y miéntras él se queja y da aletazos,
Jacinta de su esposo entre los brazos
le habla con voz del tiempo en que era niña.
Y así al pobre canario,
sirviéndole la nieve de sudario,
de la ventana contra el duro suelo
lo sueldan vivo, el hielo
y la escarcha y la nieve endurecida.
¡Es un horror para el azul del cielo
que haya tantos dolores en la vida!

CANTO TERCERO.

I.

Ya estaba el sol muy alto, y aún dormia,
y tras de un sueño largo y retardado,
sin más cuidado ya que aquel cuidado,
como sin duda eternizar queria
la inocente ilusion de su deseo,
Jacinta, placentera,
estando el sol á la mitad del dia,
cual Julieta á Romeo
le decia á su esposo:—¡Espera, espera;
que no llega la aurora todavía!—

II.

La heroina feliz de nuestra historia,
miró al fin por la luz desvanecida
esa noche que deja en la memoria
el recuerdo más grande de la vida.
De su lecho nupcial se alza ligera;
y con un aire entre terrestre y santo,
muestra en su cara el religioso espanto
de la casada de hoy y ayer soltera.
Se echó con un pudor algo tardío
un trage negligente de mañana,
corrió á abrir las vidrieras, y ¡ay, Dios mio!
al canario encontró muerto de frio
metido en el rincon de la ventana.
¿Verdad, lector amado,
que el querer ser feliz casi es locura?

Jacinta olvida en su reciente estado,
todo antiguo cuidado:
celebrando su amor y su ventura,
á soltar su canario se apresura,
y se le muere helado:
pasa además un dia y otro dia,
y un rosal que tenía
se le seca olvidado.
¡Pobre Jacinta mia!
¡Por el ingrato amor que tanto quiere,
cuanto ama, en causa de dolor se trueca:
tiene un ave que suelta, y se le muere,
tiene un rosal que olvida, y se le seca!

III.

Traspasada de pena,
viendo muerto por ella á un inocente,
piensa Jacinta de ternura llena
que es un tirano *Amor* que dulcemente
ata al pié del esclavo la cadena.
Y así al pájaro muerto le decia,
con acento el más tierno y doloroso.
(y aunque el pájaro muerto nada oia,
la esposa bien sabía
que lo oia á su lado el tierno esposo):
—Buscar en el amor ventura y calma,
sólo es variar de penas:
el querer libertad para nuestra alma
es cambiar solamente de cadenas.
Como al pájaro, al hombre le es preciso
esclavizar con libertad su llama,
porque ser el esclavo de quien se ama
es tener por prision el paraíso.—

IV.

Hablando de esta suerte
profundamente tierna y conmovida,
besó al pájaro muerto enternecida;

y despues de pensar cómo la muerte
en lo mejor nos llega de la vida,
fué á darle con ternura
al pié de un limonero sepultura,
y esto grabó con la mayor tristeza
del árbol siempre verde en la corteza:
—Murió un pájaro aquí de pesadumbre,
porque alejado de su dueña un dia,
rotas ya sus cadenas, no comia
el pan de la dichosa servidumbre.—
Y cuando esto escribia,
besándolo al grabarlo, tiernamente,
es la pura verdad que ella gemia:
aunque es verdad tambien que al mes siguiente
ya este recuerdo era una cosa fria.

CANTO CUARTO.

I.

Seis meses, y algo ménos, van pasados,
y ya Jacinta abandonada, prueba
el rigor de los hados;
ya de sus ojos á su boca lleva
dos surcos por las lágrimas trazados;
pues el dejar de amarse dos casados
es una historia vieja, siempre nueva.

II.

Pasan las ilusiones,
y más las ilusiones amorosas,
y en esa confusion de confusiones
en que parecen ya todas las cosas
una grande humareda de visiones,
la buena de Jacinta, que creia
que si no amase, el sol se apagaría,
que tuvo en este valle de amarguras
la suerte natural de las mujeres,
(rebaño de apacibles criaturas
que llenando la tierra de placeres
recogen á su paso desventuras),
tan noble y religiosa como bella,
en su inmenso dolor se vuelve al cielo,
porque, un poco olvidada, empieza en ella
de la ilusion el lúgubre deshielo;
mas, reina superior á su caida,

haciendo frente á las pasiones malas,
en su honradez se siente sostenida,
cual se sostiene el águila en sus alas.

III.

Y aunque el amor ahora
es, como antiguamente,
un duelo en que hay traidor precisamente,
y alguna vez tambien en que hay traidora,
Jacinta, siempre fiel, escribe y llora,
y á veces, por variar, llora y escribe;
y aquella antigua rosa, hecha azucena,
se muere de dolor, porque no vive
atada al eslabon de su cadena;
solitaria, las lágrimas que vierte,
del fondo de aquel mar perlas preciosas,
las vierte silenciosas
para que nadie entienda
cuál es la causa de su triste suerte,
porque es de esas mujeres valerosas
que del deber por la terrible senda
van al través del fuego y de la muerte.

IV.

Desde el funesto dia
en que ya de su amor perdió el encanto,
si alguna vez reia,
su risa, más que risa, parecia
la amarga contraccion próxima al llanto:
y siempre enamorada,
cual estarlo pudiese esposa alguna
por su esposo olvidada,
de su pena y su amor arrebatada
ya escribia canciones á la luna.
Sin rosal, sin canario, y sin amores,
su propia historia convirtiendo en cuento,
templaba sus dolores
volviendo á oir cantar los ruiseñores,

gemir la fuente y suspirar el viento;
y hermosa, rica, perspicaz, honrada,
sola, triste, benévola, estudiosa,
poetisa, mujer y abandonada,
tanto y tan bien lloraba y escribia,
que de su amor y su dolor retumba
el eco todavía
en esta corta y lúgubre elegía
que se halló en sus memorias de ultratumba.

V.

—A un canario infeliz porque era mio,
la inútil libertad le dí insensata,
y á buscarme volvió, pero yo ingrata
cerré el postigo, y se murió de frio.
El esclavo que es fiel nos causa hastío,
y amamos al tirano que nos mata:
siempre es y fué la libertad más grata
tener presa en otra alma el albedrío.
Libre correr, para humillar la frente
cambiando de cadena; hé aquí el calvario
de todo libre sér que vive y siente.
El hombre, prisionero voluntario,
dará su libertad eternamente
por vivir en prision como el canario.—

FIN.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

SEGUNDA PARTE.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

POEMA EN DOS CANTOS.

A mi querida sobrina

LA SRA. DOÑA ELVIRA YRULEGUI DE GARCÍA CABALLERO.

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los séres que, como tú, me quieren entrañablemente.

Campoamor.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS.

CANTO PRIMERO.

ESCRIBIRÉ MAÑANA.

I.

Del mar junto á la orilla
está Vega, lugar que, aunque pequeño
para ser una villa,
casi es un Lóndres para ser aldea;
y allí vive, en el punto más risueño,
tejiendo y destejiendo Dorotea
la tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña que aún vive
con la fé de esas almas tan honradas
que creen que las promesas son sagradas,
y un ángel en el cielo las escribe!

II.

¡No lo extrañeis, espíritus amantes,
si veis que el autor llora
al recordar ahora
memorias que no tienen semejantes!

¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
sofocan los recuerdos de la infancia!...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.

III.

Nuestra bella heroina
cumplia quince Abriles aquel año,
y, lo que es increible por lo extraño,
se murió sin saber que era divina.
Es la sola mujer que he conocido,
aunque ya soy tan viejo,
que con aire modesto y distraido
se peinase de espaldas al espejo;
y eso que era envidiada
por todas las muchachas casaderas,
cuando, admirablemente despeinada,
llevaba, entre ondas de oro sepultada,
cubiertas con el pelo las caderas.

IV.

Creia mucho en Dios, y hasta creia,
como todas las almas candorosas,
que Dios suele matar por muchas cosas
por las cuales yo vivo todavía.
Severa, cuanto afable,
honraba de sus padres la nobleza,
teniendo una belleza incomparable,
y un alma superior á su belleza;
y pura, como el dia
que recibió las aguas del bautismo,
no entendia el misterio de los nombres
de esas cosas de que habla el catecismo
que una jóven llamó «pecados de hombres.»

V.

Nuestra hermosa de Vega
á Justo amó; pero le amó tan ciega,
que ajena de dobleces y de engaños,
en todos sus quince años
no pensó ni un momento
que es una gran locura,
que nunca tiene en las mujeres cura,
eso de amar á un hombre de talento.
Sin poner la virtud en ejercicio,
todos, todos, de Justo aseguraban
que ya empezaba *á aborrecer el vicio.*
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
amaba la moral que profesaban,
como buenos y cómodos varones,
los Horacios, los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
los pocos sábios que en el mundo han sido;
y seguia las huellas
de esos nobles bribones
que hablan mal y desprecian sus pasiones,
y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI.

Pero Justo ¿qué hacía
que prometió escribir á Dorotea,
y la carta aguardada no venía?
¿Qué hacía?—Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
se iba el tiempo marchando y no volvia,
y de este modo Justo y Dorotea
miéntras ella esperaba, él no escribia;
pues aunque en ánsia de escribir ardia,
en su alma, entre española y mahometana,
pudo más la pereza que la gana,
y así pasaba un dia y otro dia
diciendo siempre:—escribiré mañana.—

VII.

Y ¿qué hombre, ménos él, no hubiera escrito
á aquel sér adorable y no adorado,
viendo en sus ojos el color sagrado
del violeta azul de lo infinito?...

VIII.

¡Gracias á Dios! Con alegría suma
tomó un dia la pluma...
y despues de tomada...
decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
se fué pasando una semana entera:
Lunes; me siento enfermo.
Mártes; ¡es tan mal dia!
Ya es *miércoles*. ¡Qué sol! La tarde es fria.
Jueves. ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viernes* me da susto;
será mucho mejor, á fé de Justo,
que mañana que es *sábado* la escriba,
y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
cuando el domingo llega,
miéntras él con la calma que tenía,
—mañana escribiré,—se repetía,
en el puerto de Vega,
ya presa de mortal melancolía,
ella decia:—¡escribirá mañana!—

IX.

Ya un dia entusiasmado
al papel y al tintero se abalanza,
mostrando en su semblante alborozado
la alegre animacion de la esperanza;
y—¡oh Dios, cuánto la adoro!—
decia enamorado...

Y ¿escribió? No señor. ¿Por qué? Lo ignoro;
mas no falta quien crea,
que no escribió á la pobre Dorotea
la carta deseada,
porque ¡oh maldad del corazon humano!
el dia aquel se lo estorbó la mano
de una cierta coqueta retirada.

X.

Otra vez que, exaltado y medio loco,
quiso escribir (pero ¿escribió?; tampoco :)
como un niño pequeño
se echó enfadado y se durmió tranquilo;
que es el cansancio material un hilo
que tira de nosotros hácia el sueño:
y como á los veinte años que tenía,
el dormir bien no es una cosa rara,
ya á más de la mitad del otro dia
dijo, brillando en su apacible cara
la risa del candor que en Dios confia:
—Por voluntad del cielo soberana
mañana podré estar ó muerto, ó vivo;
pero, lo que es mañana,
lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo.—

XI.

¡Siempre igual! Esperando la venida
del mañana maldito,
¡cuántas cartas, Dios mio, en esta vida
debiéndose escribir, no se han escrito!
¡Son tantas!... pero ¡tantas!...
las cartas ¡ay! que sin nacer murieron!
Y al mismo tiempo ¡cuántas
sin deber ser escritas, se escribieron!

CANTO SEGUNDO.

MAÑANA ESCRIBIRÁ.

I.

Miéntras él en Madrid, que es donde vive,
piensa sólo en la carta que no escribe,
ella, encerrada en Vega,
sólo espera la carta que no llega.

II.

Tan eterna tardanza,
ya la inquieta de modo
que siente intermitencias de esperanza:
y cual la pobre gente
que es muy poco feliz y es inocente,
ya cree que el cielo se entromete en todo,
y que, probablemente,
en castigo tal vez de algun deseo,
la mano del Señor secretamente
le va á sacar las cartas del correo.
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!
En materia de afectos y deberes,
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,
por la cual, imitando á Dorotea,
no hagan votos secretos las mujeres?

Por eso, uniendo á la bondad que tiene
la natural supersticicn del que ama,
si canta un gallo en el jardin, exclama:
—Esa es señal de que mañana viene.—
Para todas las luces y los ruidos,
sus ojos multiplica y sus oidos.
Oye un rumor y dice:—es el cartero;—
y llega á ser éste héroe callejero
la más dulce tal vez de sus manías,
pues firme en el balcon como una roca,
abre, al verle llegar todos los dias,
el corazon, los ojos y la boca.

III.

Tanto era lo que amaba,
que daba por muy justas y muy buenas
sus muchísimas penas
si la carta llegaba;
y darle prometió, si se casaba,
á San Antonio un ramo de azucenas.
¡Ay! la pobre ignoraba
que en materias de amor y matrimonio,
por muy triste que sea,
puede más que los santos el demonio...
Por eso no veia Dorotea
lo mal que se portaba San Antonio.

IV.

Era tal la inocencia
que á su amorosa obcecacion se unia,
que, haciendo penitencia,
de rodillas y en cruz, pasaba el dia;
y acabando su historia
en la esperanza y la virtud cerrada,
más que en el mundo al fin pensó en la gloria;
siendo su fé tan pura y tan ardiente,
que se puso á pan y agua solamente
como una pensionista castigada.

Feliz con sus manías
y dispuesta á hacer frente á los reveses
de tantos desengaños,
como dió fin un mes de treinta dias,
un año se pasó de doce meses,
y pasaria un siglo de cien años;
siendo ya tan completo
su triste estado de ascetismo inerte,
que, para ser de veras esqueleto,
ya no faltaba allí más que la muerte.

V.

Y como ella sabía
que se suele morir cuando amanece,
(suspirando una tarde, en que parece
que da un adios al sol, padre del dia),
en su cara preciosa
más bien que iluminada, luminosa,
mostrando la expresion de un grande espanto,
sacó del pecho, humedecido en llanto,
aquella llavecita sigilosa
que todas las mujeres guardan tanto;
llave de honor, bajo la cual habia
dejado, á no dudarlo, bien cerradas,
las cien contestaciones que tenía
á la carta, no escrita, preparadas.

VI.

¡Cuántas madamas Sevignés habria
si saliesen á luz los borradores
de las cartas de amores
que en el seno del alma se conciben,
y se escriben despues, ó no se escriben!
¡Yo creo que los muchos desengaños
que dan los hombres de malicia llenos,
matan todos los años
un millon de Eloisas por lo ménos!

VII.

Pues, como ántes decia,
entre risueña y grave,
así le habló á una amiga que tenía:
—Sí mañana me muero,
me esconderás aquí, junto á esta llave,
una carta que espero.—
Y ya cumplido este deber postrero,
el más caro tal vez de sus deberes,
vuelve á guardar la llave
(que solo Dios lo que encerraba sabe)
en aquel pecho hermoso,
ese rincon de cielo misterioso
donde todo lo esconden las mujeres.
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
y la carta esperada no venia,
—¡cuánto siento—añadia,
—morir sin aprenderla de memoria!—
Y acabada esta frase,
sintiendo ya acercarse su agonía,
la carta que pensaba que llegase
la estrujó entre sus manos todo el dia.

VIII.

Miéntras su alma enervando
se iba al calor de su divino fuego,
fué su cuerpo acabando
primero el hambre y la tristeza luégo;
y de tal penitencia aniquilada,
como ni ver ni articular podia,
su voz en el silencio se perdia,
al perderse en la sombra su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
de una manera lúgubre tosia,
y como lentamente
se iba haciendo su tez más trasparente,

su espíritu divino parecia
que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX.

Hasta que al fin un dia, un triste dia,
la cabeza inclinando,
que una gorra de encajes envolvia
sujeta por debajo de la barba,
se oye un tartamudeo de agonia:
con los dedos las sábanas escarba;
distribuye unos éxtasis mirando;
se cubre de una sombra su semblante;
y en su lucha tenaz de agonizante
vuelve á caer y á alzarse, y titubea;
la muerte se va y viene y serpentea;
y hundiéndose de pronto su martirio
en la inmersion de un celestial delirio,
en el último instante de su vida
ve en un fondo de luz desconocida
lo que al morir, como al vivir, desea,
y es una carta, en su ilusion fingida,
en cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X.

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
el triste fin de la que fué su encanto,
sentia como Dante aquel deseo
de suspirar y de morir de llanto.
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba
en el tono más alto del lirismo;
—¡qué desgracia!—exclamaba,
—¡yo que la iba á escribir mañana mismo!—

XI.

Nunca escribió la carta deseada,
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,
ni ha sido más predicho,

ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco,
mas ¿qué culpa tenía el inocente
si siempre, como á mí, le faltó un poco
para ser diligente?
El caso es, que lloraba sin consuelo,
porque era bueno, bueno, y, lo repito,
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡oh, fiel imágen de las cartas mias!
tan cierto es como Dios está en el cielo,
que, amándola infinito,
él pensaba escribir todos los dias.

XII.

Y era su pena tanta,
que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
despues se echa á llorar amargamente;
é implorando el auxilio de este modo
del Sér que en todas partes lo ve todo,
pidiéndole perdon por sus agravios,
en oracion mental mueve los lábios;
y hasta en medio de un bíblico arrebato,
casi escribir promete el insensato
aquella carta que quedó en idea,
cuando mira entre luz á Dorotea,
que desde el cielo le decia:—¡ingrato!—

FIN.

EL QUINTO NO MATAR.

POEMA EN UN CANTO.

Carta escrita á la niña

PEPITA SANDOVAL Y KRUS,

con motivo de la muerte de mi ahijada Guillermina.

EL QUINTO NO MATAR.

I.

Conque ¿imperiosamente
me mandas en tu carta peregrina
que te diga á tí cosas y te cuente
la historia de mi ahijada Guillermina?
En cuanto á tí, á quien amo tiernamente,
te diré, ¡qué se yo! que eres divina;
y con respecto al ángel de pureza
de unos ojos tan grandes y tan bellos
que se veia en ellos
cuanto más grandes eran, más tristeza,
te contaré que es tan fatal mi suerte,
que soy como aquel bardo de la historia
que, miéntras tuvo voz, arpa y memoria,
cantó á una niña *ausente por la muerte*.

II.

Con un mirar muy dulce y concentrado,
la pobre ahijada mia,
como el tuyo, tenía
un aire sério, encantador y honrado.

Tú sola eres tan bella;
tú eres como ella el sol más hechicero;
y tú tambien, como ella,
eres un sér que con el alma quiero.
Sus pestañas llevaban
el pudor y la sombra cobijados,
y, con serena majestad, sombreaban
sus ojos, por modestia algo asustados;
y como, en torno de ellos, se sentia
la seduccion que viene desde adentro,
donde quiera que estaba, ella era el centro
de un grande remolino de alegría.
Mórbida y gruesa con igual encanto,
era airosa áun cubierta con un manto;
y de salud y de bondad modelo
se parecia al serafin de un cielo;
pues, cual si un ángel de Murillo fuera,
á la luz de un candor inextinguible,
aquella niña buena y hechicera
parece que podria, si quisiera,
ser impalpable, es más, ser invisible.

III.

Un dia aquella niña candorosa,
avezada á las tiernas efusiones,
con cierta ortografía caprichosa
me escribió estos renglones,
(que los copió, dictándoselos ella,
otra *Licurga* grande y ménos bella),
cuyas letras, cual notas musicales,
en fantásticas formas dibujadas,
recordaban, en grupos desiguales,
los dedos misteriosos de las hadas:
—«Padrino, ven, ó moriré de espanto:
de veras te lo digo.
Como en un mes he padecido tanto,
tengo un hambre voraz de hablar contigo.
»¡Cuánto recuerdo, de ternura llena,
que mi madre, formando mis delicias,

me solia probar que yo era buena
con razones de abrazos y caricias!
»¡Qué diferencia de hoy, padrino mio!
¿Recuerdas que, al traerme á este convento,
porque hacía en el coche mucho frio,
los piés me calentabas con tu aliento?
»Ven pronto á que te cuente
la causa que mis males ocasiona;
y despues, francamente,
me dirás si una tórtola es persona.
»¡Lo que está aquí pasando es hasta impío.
Me tratan de manera
como si yo, á mi edad, ya no supiera
que *el quinto es no matar*, padrino mio!»

IV.

¿El quinto no matar? ¡Vírgen María!
en mi interior decia.
¿Si aquel coro adorable
de angelitos de Dios, allí metido,
habrá por inocencia cometido
alguna atrocidad inconfesable?
Pero luégo pensé, Pepita amable,
que el ser mala, á tu edad, es ser divina;
y abrigué la esperanza inapreciable
de que la gran culpable
lo fuese mi adorada Guillermina,
porque, lo mismo á mí que á todo viejo,
en materias de gracia femenina
me hace feliz el género diablejo.
Y al convento marché sin mucha pena,
pues fuí compadeciendo
á la niñez que, de inocencia llena,
va de un grano de arena
una montaña haciendo;
hasta que, el tiempo andando,
por un gentil error de óptica extraña,
su tamaño achicando

llega por fin, bajando,
á ser grano de arena la montaña.

V.

Llegué y reinaba en el asilo santo
un silencio profundo,
hijo sin duda del terrible espanto
que he de contar, aunque se asombre el mundo.
Es el caso que, un dia
las pensionistas con horror supieron
que, cuanto ellas pensaban, se sabía;
y, además, advirtieron
que cuando alguna averiguar quería
quién era la habladora
que á las niñas vendia,
—todo, todo—la anciana directora,
—me lo cuenta á mí un pájaro—decia.
É irritadas, al pájaro buscando
con febril movimiento,
las niñas conspirando
un plácido rumor iban formando
de hojas de flor movidas por el viento;
hasta que, al fin, llegando
el terrible momento,
una niña valiente
—¡esa es!—gritó con varonil acento,
señalando á una tórtola inocente
que amaba con pasion la directora;
y luégo otra oradora
todavía más fiera y elocuente,
aseguró que, decididamente,
la tórtola era mala y habladora.
Y juzgándola autora de sus males,
á morir á la tórtola condena
aquella reunion de criminales
que imitaba, afilando sus puñales,
el ronco despertar de una colmena;
y siguiendo á la vaga teoría
la insurreccion armada,

al ave calumniada
que en el convento habia,
(y que por viuda y tórtola tenía
la desdicha de ser dos veces triste),
aquella desalmada compañía,
con la gracia á que nada se resiste,
no la volvió ya á echar, desde aquel dia,
migas de pan revueltas con alpiste.

VI.

Poco despues el pájaro inocente
murió; mas claramente
adivinar se deja
que, por otras cuidada, dulcemente
la tórtola feliz murió de vieja.
Mas ¡oh qué crueldad, Pepita mia!
en términos fatídicos y oscuros,
la anciana directora, que creia
que es digna de castigo la alegría,
á aquellos séres puros
los acusó de corazones duros;
pues creen algunas, de ternura ajenas,
que á las muchachas, ángeles sin alas,
aunque les cause penas,
para que sean buenas
es forzoso decirles que son malas;
y por eso, con aire pensativo,
ya no alegraron el retiro santo
con el candor nativo
de aquellas risotadas sin motivo
que de las niñas son la voz y el canto;
y era tal el espanto
que de noche sentian,
por si en la sombra aparecer veian
el espectro del pájaro ofendido,
que, despiertas, de miedo que tenian,
se hacian compañía haciendo ruido.

VII.

Mas tú preguntarás: y, ya pasadas
esas tristes jornadas
que de un hombre honrarían el denuedo,
¿qué hacían las terribles conjuradas?
Como siempre, espantadas,
rezar juntas, llorar y tener miedo;
y más cuando la niña tan valiente
acobardada ahora,
se atrevió á preguntar tímidamente:
—¿Las tórtolas, señora,
tienen lo mismo que nosotras, alma?—
y, admirando el candor, la directora
—¡Vaya si tienen!—respondió con calma.
Y al oir tal sentencia,
lo mismo que unas pobres golondrinas
temblarían de un buitre en la presencia,
aquella sociedad de Catilinas
sintió remordimientos de conciencia.

VIII.

Y hasta aquella preciosa criatura
que, objeto de mis ánsias más constantes,
llegué á abrazar, poco ántes
de empezar su postrera calentura,
al hallarme á su lado, tiernamente
suspiró, más que dijo, lo siguiente:
—Soy muy mala, es verdad, mas no me riñas—
y continuó mirándome de frente,
con unos ojos grandes, todo niñas:
—Porque apurada ya nuestra paciencia
dejamos morir de hambre
á una tórtola bruja y habladora,
la madre directora
á todos asegura
que somos un enjambre
de niñas sin conciencia,

sin más Dios que el placer y la hermosura.
—Cuenta, cuenta, hija mia,
lo que de tí la tórtola decia,—
dije á la pecadora
que confesaba, trémula y sumisa,
la muerte de la tórtola habladora
con una turbacion que daba risa;
y poniendo en su voz el tono amante
que hace divina la palabra humana,
sigue así, miéntras brilla su semblante
con toda la hermosura del mañana:
y ¡oh, qué grato es oir cómo nos cuenta
sus muchos desengaños
una boca de miel de pocos años
á unos torpes oidos de cincuenta!
—Cuando yo me dormia,—
la niña proseguia,
—la tórtola, mirándome á la frente,
todo cuanto soñaba me veia,
por más que, con cuidado
al dormirme, acostándome de lado,
con el brazo hasta el pelo me cubria.
Por aquella habladora,
cuya muerte hoy á todas nos aqueja,
supo la directora
que por ser, cual mi madre, una señora,
tengo yo mucha prisa de ser vieja:
y no falta quien jura
que le dijo que yo, por no ser buena,
la lectura amo más que la costura,
y que cualquiera música que suena
me gusta mucho más que la lectura;
que soy tan vanidosa,
que, si cojo una luz, de amor avara,
me la acerco á la cara
para que vean bien que soy hermosa:
que tengo sentimientos inhumanos,
porque á veces, muy pocas, se me olvida
besar el pan que, estando distraida,
se me suele caer de entre las manos:

que el semblante risueño
acostumbro á poner por cualquier cosa,
y los dientes enseño
porque, estando resuelta á ser graciosa,
nunca sé desistir de tal empeño:
que el ser pobre me pesa;
y que tal fé la vanidad me inspira,
que sueño que soy reina, y es mentira,
porque suelo soñar que soy princesa:
y en fin, que soy tan loca,
que sólo pienso en cosas imposibles...—
y diciendo otras gracias indecibles
con un beso despues cerré su boca.
Y miéntras yo estrechaba
sus manos con las mias,
y ella en seguir contando se empeñaba
su série de preciosas niñerías,
ya á perturbar su clara inteligencia
la fiebre comenzaba,
y exaltada la niña, en su inocencia,
á intervalos serena, prorumpia:
—Si escuchase estas cosas, ¿qué diria
mi padre, que es tan bueno, y me enseñaba
la piedad, el perdon y la paciencia?—

IX.

Como á la estancia aquella
un extenso jardin la circundaba,
junto á la niña enferma se aspiraba
un perfume de flor que se ignoraba
si procedia del jardin ó de ella.
Crecia con el mal la calentura;
y, ya oraba la pobre criatura,
ya uniendo las ideas con trabajo
me acariciaba hablándome muy bajo;
y cuando, ya, inconexos, terminaban
los rezos que sus labios dedicaban
á su padre, á su madre, y sus hermanos,
poniéndolas en cruz, se acariciaban

cual dos palomas sus redondas manos.
Y en el postrer momento
fué la tórtola viuda
su gran remordimiento,
pues eran tal su horror y sentimiento,
que el alma de aquel pájaro sin duda
inquietaba al morir su pensamiento.
¡Así, niña querida,
á aquella criatura,
cuya memoria pura
tendrá fin con mi vida,
despues de tan horrible calentura,
llegó la muerte y la llevó dormida,
miéntras yo, inconsolable,
cuando su almita desplegaba el vuelo,
por la parte del cielo
oia cierta música inefable!...

X.

De este modo llegó, como jugando,
el más largo y más hondo de mis duelos.
¡Conforme sopla el viento, va arrastrando
sueños del hombre y nubes de los cielos!
Y ¿nunca más, alma del alma mia,
he de volver á verte?
¡Cuánta razon tenía
la antigua poesía
que puso al lado del placer la muerte!
¡Adios, dias serenos,
que, hundiéndoos de la noche en el abismo,
dejais mis ojos de tinieblas llenos!
¡Murió! ¡Cómo ha de ser! ¡Siempre lo mismo!
¡Una tristeza más, y un sueño ménos!

XI.

¡Llora por mí, Pepita encantadora:
y hoy que el pesar mi corazon traspasa,
ven, por piedad, á reemplazar ahora

á aquella ave cantora
que ahuyentaba el dolor de nuestra casa!
Tu mano compasiva
cierre mi herida para siempre abierta,
porque es muy justo que la niña viva
me alivie de la pena de la muerta.
Y evitando el atroz remordimiento
de no ser fiel al *quinto mandamiento*,
te ruego, por lo mucho que me quieres,
hada, como ella, buena y hechicera,
que, miéntras seas niña, como hoy eres,
no ofendas á una tórtola siquiera:
y teniendo presente la experiencia
de aquella criatura
de quien fué el torcedor de su conciencia
un pájaro, que es sólo en la escritura
emblema del candor y la inocencia,
cuando llegues á ser en adelante
más amada que amante,
como una mujer bella es tan terrible,
¡honor de Portugal, gloria de España!
al poner esos ojos en campaña
no mates á ninguno, si es posible.

XII.

¡Santo Dios! ¡Quién creeria
que, ántes que yo, á la tumba bajaria
la que, templando de mi edad las penas,
junto á la mar un dia y otro dia,
rebosando alegría,
despues de coger conchas y azucenas
mecida en mis rodillas se dormia!
¡Adelante, ánsias mias, adelante!
Muramos con la niña idolatrada.
Mas ¡ay! si para el pobre caminante
es larga todavía la jornada,
¿no habrá un recuerdo amante

de mi vida pasada
que á aligerar constante
venga el dolor de mi alma destrozada?...
¡Gracias, gracias, espíritu radiante
de mi madre adorada,
porque al verme llorar, desconsolada,
has venido á abrazarme en este instante!

FIN.

LA CALUMNIA.

POEMA EN DOS CANTOS.

Dedicado a mi querido amigo y paisano,

EL SR. D. CAYETANO SANCHEZ Y BUSTILLO.

LA CALUMNIA.

CANTO PRIMERO.

DICEN QUE DICEN...

I.

Es Marcela una esposa honrada y bella;
pero Jorge, su esposo,
ó por falta de juicio, ó por celoso,
ve con despecho gravitar sobre ella
el peso de un enigma misterioso.
  Aunque Marcela ignora,
como alma casi exenta de pecado,
qué causa le ha robado
el corazon del hombre á quien adora,
esa innoble y comun maledicencia
que añade á lo entrevisto lo inventado,
con reticencias viles
va trazando, trazando, de ella en torno
los siniestros perfiles
de unas vagas sospechas sin contorno;
y siendo una beldad tan candorosa,
y de pureza tanta,

que apostar se podria cualquier cosa
á que, más que mujer, es una santa,
ya siente una tristeza sin objeto,
pues sabe que en la vida
se hace verdad mentira repetida;
y, aunque lleva en sí misma su respeto,
para arrancar del corazon humano
la dicha y el reposo,
basta el aire sutil de un dicho vano,
como basta un gusano
para perder el fruto más hermoso.

II.

Lo cierto es que Marcela, que era buena,
llegó á saber con pena
que su nombre llevaba
el sello de un destino misterioso,
y á creer comenzaba
que una fuerza invisible la arrastraba
envuelta en un torrente cenagoso,
pues una vez que con su airoso talle
de algunos hombres la atencion se atrajo,
dijo uno de ellos, al volver la calle:
—Tiene esa jóven...—y se hablaron bajo.

III.

Y en sitios y ocasiones diferentes,
escuchando á esas gentes
que de todo maldicen,
con terror este diálogo oyó un dia:
—Dicen que dicen...—una voz decia;
—Pero ¿qué dicen?—¿Qué? Dicen que dicen...—
Así era su virtud inmaculada
poco á poco empañada,
con ese vago modo
con que acostumbra á suponerlo todo
el que no sabe nada;
pues es cosa probada

que la calumnia astuta,
crece tambien entre la gente honrada
como en un bosque vírgen la cicuta.

IV.

Mas ¿por qué Jorge, que á sentir comienza
un malestar no exento de vergüenza,
sabiendo que Marcela es inocente
y siendo él además tan buen marido,
de noble y de galan se ha convertido
en un hombre vulgar é inconveniente?
¿Por qué? Porque en calumnia convertida
cualquier maligna chanza,
la más serena vida
llega á ser un infierno sin salida,
sin amparo, sin luz, sin esperanza.
Y como de ella al corazon herido
cada vez más la duda la exaspera,
ya mira á su marido
con un poco de lástima altanera;
y el desdichado esposo,
con rostro enjuto y aire desdeñoso,
teniendo al qué dirán un miedo horrible
duda, observa, medita, y meditando
si alguna accion perjura
es posible en Marcela ó no es posible,
consigo mismo á intervalos hablando
á media voz monólogos murmura,
que esta es la presuncion inevitable
de una lógica impura:
mujer posible, es tentacion probable;
mujer probable, es tentacion segura.

V.

Pero ¿qué causa habia
para dudar de honor tan acendrado?
No sé por qué sería;
mas debo confesar, como hombre honrado,

que todo el mundo en el lugar sabía
que Marcela tenía
un precioso lunar en un costado;
lunar que, oculto, era una hermosa gloria,
pero que, ya sabido y comentado,
fué el principio terrible de una historia;
historia que fué en cuento convertida,
y hecho el cuento despues noticia grave,
siempre á Marcela unida
la siguió todo el resto de su vida,
¿adrede ó sin querer? Nadie lo sabe.
Sólo es cosa sabida
que, en el flujo y reflujo de la vida,
para cualquier galan, áun siendo hidalgo,
saber que hay un lunar, ya es saber algo;
y al contarlo, del modo más sencillo,
la noticia primero corre y corre...
y despues sube y sube...
y así sobre el lunar se alza un castillo,
y sobre éste despues se alza una torre...
la torre se circunda de una nube,
y, deshecha en torrentes,
la nube arrastra un nombre por el lodo,
nombre que infaman las odiosas gentes,
que, siempre maldicientes,
encuentran algo que decir de todo.
Por eso Jorge, con el alma herida,
siente un tósigo arder en sus arterias;
pues, más que en desengaños, en la vida
consisten en las dudas las miserias;
y siempre receloso,
el desdichado esposo
tornando á su dolor no halla la calma,
pues vuelve al fin, cuando se está celoso,
como á la playa el mar, la pena al alma.

VI.

Teniendo ya Marcela, casi loca,
una arruga imborrable entre las cejas,

y pálida, además, aquella boca
que engañaba en el campo á las abejas,
en una idea fijo
su, hasta entónces, espíritu perplejo,
—Entre la muerte y la deshonra—dijo,
—¡morir!—y del gran trágico al consejo,
más de virtud que de arrogancia llena,
á la muerte despues marchó serena;
porque ninguno sabe
la abnegacion magnánima que cabe
en un alma sencilla, honrada y buena.

VII.

A Marcela, el esposo enamorado
sin quererla matar como un malvado,
la deja que se muera poco á poco.
Pero, Jorge ¿es un loco?
Es que la ama tan mal el desdichado,
que, hablándola una noche de ese modo
con que habla siempre el que no sabe nada,
le dijo de improviso:—¡Lo sé todo!—
pero ella, hasta los ojos colorada,
le replicó con sencillez honrada:
¡Mientes! ¡mientes! y ¡mientes!...—
y al decirlo en tres tonos diferentes,
se elevó á la expresion de una inspirada.

VIII.

Llora un dia Marcela... y de repente,
con ceño entre las cejas permanente,
coge un vaso con mano temblorosa,
aparta cierta nube tenebrosa
pasándose otra mano por la frente,
y, despues de beber no sé qué cosa,
con un aire sublime de paciencia,
mirando á su marido,
que matarse la ve con indolencia
como un juez por el opio adormecido,

—¡Adios!—le dice—¡Adios! Como no puedo
dejar de amar lo que olvidar quisiera,
en prueba del perdon que te concedo
dame un beso en la frente cuando muera!—
Y, hablando de esta suerte,
por el mortal licor desvanecida,
sintiendo la agonía de la muerte
despues de los tormentos de la vida,
ya fria y con los labios azulados
fué adquiriendo por uno de sus lados
su boca esa angustiosa curvatura
que toma en los enfermos desahuciados.
Y sin alzar más queja,
y en secreto llorando,
su voz se fué apagando
cual la voz de un viajero que se aleja:
los grandes ojos, que abre enajenada,
algo invisible en contemplar se aferran:
su sien deja caer sobre la almohada,
y sus manos que se abren y se cierran,
crispándose por fin, cogen la nada.

IX.

Marcela, virtuosa y sin consuelo,
murió así; pero Dios está en el cielo:
y Jorge, tan celoso como amante,
no templando la muerte sus enojos,
el cabello apartó de aquel semblante:
no la dió el beso, la cerró los ojos;
y miéntras en tal dia,
con mezcla de pesar y de alegría,
de su deshonra, que juzgaba cierta,
el término veia,
¡una lágrima fria
corrió por el semblante de la muerta!

X.

Por vergüenza, y por órden del esposo,
en la fosa comun despues fué echada.
¡De este modo el celoso,
perder hizo en la sombra ilimitada,
el cuerpo más hermoso
de la mujer más buena que, muriendo,
olvidó sus agravios,
y noble, á su verdugo bendiciendo,
como las santas espiró, teniendo
el perdon en el alma y en los labios!

CANTO SEGUNDO.

ERA MENTIRA.

I.

No hay en la vida modo
de guardar un secreto;
que el tiempo, ese grandísimo indiscreto,
acaba al fin por revelarlo todo;
y por eso hoy, sin discrecion, revela
que, cuando era Marcela
la pequeña mimada de la casa,
su cuerpo entero hizo pintar su abuela
cubierto con el velo de una gasa;
pero Jorge el esposo
nada de esto sabía,
hasta que el triste, de la abuela un dia
recibió aquel retrato misterioso
envuelto en un papel que así decia:
—Por si esto te consuela—
la abuela le escribia,
—te remito el retrato de Marcela
de cuando era muy niña todavía.—
Mira Jorge el retrato, y ve un querube
que á través de una tela trasparente

se destaca gentil y sonriente
como el amor que sale de una nube;
y á Marcela contempla que, hechicera,
un pintor de la escuela sevillana
la retrató con luz de la mañana,
lo mismo exactamente que si fuera
la aurora que tomase forma humana:
y entre la luz sombría
de burbujas de gasa como espuma
que á la niña cubria,
en un lado un lunar se traslucia
en lo interior de una sagrada bruma;
bello lunar, fatal para Marcela,
pues fué á propios y extraños,
urbi et orbi, enseñado por su abuela,
candorosa mujer de sesenta años.

II.

¡Cuando Jorge, aterrado,
vió esta ventana abierta de repente
que arrojaba una luz tan refulgente
sobre el cuerpo de un sér idolatrado,
ante el lunar fatídico, suspira,
pensando en su injusticia del pasado;
y los ojos con saña
como buscando un arma, en torno gira;
pues claro ya por el retrato mira
que es más vil la calumnia que con maña
ingerta en la verdad una mentira,
y ve cómo la ruin maledicencia,
dibujando en lo noble lo execrable,
de Marcela adorable
tendió sobre la cándida inocencia
esa niebla sutil de lo probable,
niebla que, ora subiendo, ora bajando,
se espesa poco á poco, y, desplegando
el imperio terrible de la sombra,
por su interior impuros circulando,
de la humilde virtud hacen alfombra

para verter sobre ella su veneno
los mónstruos de las sombras y del cieno!

III.

¡Sí! ¡Sí! Cuando contempla de Marcela
aquel bello lunar en el costado,
maldice, enamorado,
el funesto capricho de su abuela:
pues ve ya claro que en la humana vida
va la calumnia á la virtud asida
como al olmo la hiedra,
que crece luégo al viento, y desprendida,
con sávia, en los alientos recogida,
se alimenta, se agranda, crece, medra,
y el aire en hondas repetidas hiende,
como el agua en que cae alguna piedra
en círculos concéntricos se extiende!

IV.

Y esta vez, por lo ménos, razonable
reconoce, sus dudas recordando,
que un celoso es un sér insoportable;
y de pronto, soltando
de su dolor el dique,
con inmensa ternura contemplando
aquella atroz calumnia echada á pique,
besa con arrebato
de Marcela el retrato,
y con la fé de un alma visionaria
mira al cielo un gran rato,
como el que hace á una santa una plegaria;
y piadoso una vez y otra irascible,
pide perdon con humildad terrible
á la esposa inocente,
aquella á quien rodeó constantemente
la vaga hostilidad de algo invisible;
á aquella esposa, de honradez modelo,
que, si él tal vez la asesinó celoso,

seguro está que á cuantos van al cielo
pregunta con afan si es muy dichoso.

V.

Al volver Jorge en sí, no ve siquiera
que habia encanecido en una hora,
y mira en derredor como una fiera
y al verse solo, se maldice y llora;
se retuerce las manos, y con ellas
se cubre una y mil veces el semblante.
¡Oh tú, Marcela amante,
que con divinos piés los astros huellas,
bien vengada estarás, si en este instante
desde lo alto le ves de las estrellas!

VI.

Y ya de rabia y de amargura lleno,
volviendo á ser tenaz, conciso y frio,
miró á la sociedad, y no fué bueno;
pensó en la Providencia, y se hizo impío;
pues desde el dia aquel, siempre que advierte
que algun impuro aliento
suelta una chanza al viento
que ni encanta, ni ilustra, ni divierte,
y que la chanza en dicho se convierte,
se trasforma despues el dicho en cuento,
éste en calumnia y la calumnia en muerte,
mirando al cielo, exclama inconsolable:
—¡Señor! ¿En dónde está tu Providencia?—
¡Es, por Dios, una cosa abominable
lo que el cielo consiente en la apariencia!

VII.

El desdichado esposo
pide el olvido al sueño, pero en vano;
y como el buen celoso
coge cizaña aunque se siembre grano,

cruzando el cementerio eternamente
tras el cuerpo inocente
de una mujer tan buena,
inquiere, busca... pero inútilmente
de tumba en tumba va como alma en pena,
porque aquella calumnia tenebrosa
de ella pesó tambien sobre la losa;
pues Marcela, ya muerta y deshonrada,
en la fosa comun siendo lanzada
como una mala esposa,
fué por siempre perdida,
tan infeliz en muerte como en vida.
¿Hubo en la tierra un sér más desdichado?
¡Despues que fué su nombre calumniado,
siguiéndola hasta el fin su mala suerte,
su cuerpo fué perdido y nunca hallado!...
¡El rayo á la calumnia comparado,
es comparar al sueño con la muerte!

FIN.

DON JUAN.

POEMA EN DOS CANTOS.

Al más constante de mis amigos,

D. EZEQUIEL ORDOÑEZ.

DON JUAN.

CANTO PRIMERO.

LAS MUJERES EN LA TIERRA.

I.

Cuando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
pasó una vida de aprensiones llena
mirándose la lengua en un espejo,
prisionero del reuma en Cartagena.
Este gran desertor de las orgías
conoce, al fin de sus postreros dias,
que, conforme envejece,
sin ser más respetable, es más risible,
porque es lo más alegre, en lo terrible,
ver un antiguo Adónis que encanece;
y, aunque viejo, es un viejo tan amable,
que, hablando sin rebozo,
áun despues que acabó de ser buen mozo,
todavía es un tonto razonable;
y si tomando del placer consejo,
la juventud de su vejez proroga,
y cree como de jóven, siendo viejo,

que tiene la virtud algo que ahoga,
este hombre, libertino á sangre fria,
que jamás se mató por sus pasiones,
soporta con más pena cada dia
el miedo que le dan las sensaciones:
y, ansiando bienes y esquivando males,
se parapeta solo en su egoismo
y se hace el más feliz de los mortales,
perdiendo por lo mismo
de condenarse por amor las ganas,
pues, despues que se extinguen las pasiones,
yo he visto sorprendentes conversiones
á la verdad y á la virtud cristianas.

II.

Como era el caballero
franco por génio y por carácter doble,
aunque era, en mi opinion, un bandolero,
solia ser un bandolero noble;
y, como hombre colmado
de cien felicidades por lo ménos,
siendo, cual buen galan afortunado,
falaz despreciador que dice amores,
por quedar como bueno entre los buenos,
se quiso despedir con cuatro flores
de algunas, cuyos nombres no ha olvidado;
é hilvanando recuerdos mal cosidos,
con poca fé y escaso sentimiento,
(porque aquel gran rival de los maridos
cultivó demasiado sus sentidos
para ser muy sensible al pensamiento),
un borrador trazó con mil ternuras,
y escribió cinco cartas
á otras cinco hermosuras,
todas bellas, ardientes y maduras,
nunca de amor aunque de amantes hartas:
—«Deja *(aquí el nombre)* que en mi triste estancia
recordándote llore;
que te vea á mil leguas de distancia;

que me postre á tus piés y que te adore.
»El recuerdo feliz de tu inocencia
ennoblece el martirio
del que está repartiendo su existencia
entre la tos, la fiebre y el delirio.
»Además de lo mucho que te quiero
(aquí el nombre) ¡oh querida!
déjame que te diga, cuando muero,
que era tu amor el centro de mi vida.
»No me mata el dolor que me ha postrado;
quien me mata es tu ausencia:
pues, sin tu amor, de mí se ha apoderado
un horror increible á la existencia.
»¡Es la pena mayor que estoy sintiendo
el dolor de no verte!
¡Te juro que por esto voy teniendo
más miedo á la locura que á la muerte!
»¡Fuente de amor! ¡Tú fuiste en mis dolores
el único consuelo!
¡Sí¡ ¡Tú echarás sobre mi tumba flores!
¡Tengo en tí tanta fé como en el cielo!
»¡El sér que más te ha amado y que más te ama,
te dice, adios, querida!
¡No puedo más! ¡Adios! ¡Caigo en la cama,
que he de dejar tan solo con la vida!»

III.

Y escribe cinco copias, y galante
remite la primera
á *Catalina Ariosto*, que, radiante,
lleva en sus ojos de su patria el cielo,
y tiene una mirada más brillante
que el lustroso azabache de su pelo.
Por ingenio pagana,
sigue amando los ídolos caidos,
y aunque es, como italiana,
católica apostólica romana,
es su culto el amor de los sentidos,
mas, de pureza y santidad modelo,

como es al acostarse un poco atea,
envuelve á la Madona con un velo
por devocion y porque no la vea.
Esta hermosa italiana
que en Venecia algun dia
á espaldas de otro necio y su marido
con mucha gracia con don Juan vivia,
suele tener desde su amor primero
un sistema nervioso tan somero,
que el sol de Italia con furor reseca,
y que ¡ay! aunque es para el placer de acero
como un cristal lo rompe la jaqueca.
Por eso, aunque anhelante,
no dirige suspiros á la luna,
es capaz, en un caso interesante,
de abandonar su casa y su fortuna
por seguir á los montes á un amante.

IV.

Y decidido á despachar de prisa,
con la perfidia en sus amores propia,
mandó don Juan, despues de cierta risa,
á *Fanny Moore* la segunda copia.
Fanny, una inglesa de afecciones tiernas,
que no quiso marido
despues que por don Juan hubo sabido
que las lunas de miel no son eternas;
que es para amar más dura que los bronces,
pues, aunque fué sensible,
ménos cuando se quema, como entónces,
se juzga una mujer incombustible;
que sólo enamorada
de una cosa sin nombre,
despues que por un hombre fué engañada
ya, más que amar á un hombre, amaba al hombre.
Fanny Moore, ya tarde arrepentida,
despues de conocer muchos ingratos,
sacó por consecuencia que en la vida
valen más que el amor unos zapatos.

Mujer á los quince años Byroniana,
y á los treinta rabiosa luterana,
se fué haciendo devota
al ver su juventud algo remota.
Con cierto aire de cisne fatigado
un ropon, muy estrecho y mal cortado,
suele colgar de sí cuando se viste,
y, despues que don Juan la hubo olvidado.
como único recurso se hizo triste.
Alta, seca, angulosa de estructura,
glacial y de linfática blancura,
con tono doctoral y algo altanera,
aspirando á ser cuákera en lo austera,
una infanta de España parecia,
pues, sin ser una reina, se aburria
con el mismo interés que si lo fuera.
Mas la grave doctora
si se hubiese casado, hubiera sido
casta, firme y leal á su marido,
inmutable en su hogar y pensadora;
pues, recatada ahora,
siempre mira á las Vénus de soslayo
en gracia á su pudor intransigente,
y, con ver un Cupido solamente,
se pone azul, se irrita hasta el desmayo,
y entre otras muchas cosas
despues que *Miss* á envejecer empieza,
la virtud se le sube á la cabeza
y siente congestiones religiosas.

V.

El ingenio despues don Juan aguza
para escribir con letra más galana
á *Julia Calderon*, que era andaluza,
y allá va lo más grave, sevillana;
que, de sus quince en los primeros meses,
ya amó para casarse al fin del año,
y, lo que es más extraño,
que encantó á los catorce á dos ingleses.

Julia, mujer amable,
de corazon ardiente,
que al amor y á la iglesia juntamente
se consagra con celo infatigable,
sintiendo en la expansion de algun sentido
no sé qué de resuelto y atrevido,
despreciando el amor de cierto conde
por irse con don Juan, yo no sé dónde,
dejó de ser mujer de su marido.
A esta alma tan sensible,
caprichosa y amante,
á veces le acomete un imposible,
que es el dejar de ser interesante.
Sin ser mala, tenía distracciones,
y como todos, todos, la encontraban
muy leal á sus nuevas afecciones,
todos, todos, despues la perdonaban
la insigne buena fé de sus traiciones.
Con flores de naranjo en la cabeza,
la produce el azahar vértigos tales,
que, enemiga de amores ideales,
habla en ella esa gran naturaleza
que impele á hacer mil cosas naturales.

VI.

A *Margarita Goethe* escribió luégo:
una alemana hermosa
muy sábia y muy curiosa,
repleta de latin, llena de griego:
un serafin de Rubens colorado,
de ojos azules, que el candor agranda,
que muestra en su conjunto redondeado,
con un aire indolente y ocupado,
bajo un rostro que duerme, un cuerpo que anda.
Es, en lo humano, esta mujer divina
con espalda de cisne, blanca y gruesa,
una hermosa princesa palatina
que hace sudar al verla tan obesa;
y haciendo vulgarmente esta princesa

ciertas exploraciones
en un viaje ideal de sensaciones,
á Don Juan vió una vez desde un convento.
y, como era su guia el sentimiento,
llegó á lo real por medio de ilusiones.
Hija octava, pero hija interesante,
de una flamenca agricultora y bella,
que echó tierra en la boca de un amante
para criar un tulipan en ella,
mas de amor tan sincero y tan profundo
que, á pesar de caprichos tan extraños,
llegó á tener diez hijos en ocho años
con la mayor serenidad del mundo.

VII.

Riendo con los labios solamente
don Juan, la quinta copia, impertinente.
manda á *Luisa Chenier*, mujer amante
que pone seductora
en relacion lo bello y lo elegante,
y que, aunque algo chafada por delante.
es, vista de perfil, encantadora.
Aunque Luisa encanece,
es por eso tal vez ménos coqueta,
pues, cual vieja veleta,
se fija más conforme se enmohece.
Ninguna otra mujer como ella sabe
modular el acento,
para que suene en el mejor momento
entre voz de mujer y canto de ave.
Sólo ella acierta de agradar los modos,
pues con gracia, y graciosa para todos,
va causando un motin por donde pasa.
Baila con arte, y charla por los codos.
Vivaracha y afable,
y ubícua y perspicaz, hace en su casa
los honores con gracia inimitable.
Pérfida y melindrosa,
á disgustos matando á su marido,

ama viuda al esposo que ha perdido;
y, deliciosamente,
hasta por ser donosa,
se la echa de inocente
lo mismo que una Lady vaporosa.
Para todo ligera,
no siempre hace pensar, mas siempre encanta;
y aunque algo aprisa y de cualquier manera,
caza, pinta, enamora, rie y canta;
y artista de placer, de ingenio llena,
con astucia discurre
que, mayor que el infierno en que se pena,
debe ser el infierno en que se aburre.

VIII.

Y despues que don Juan remitió artero
las cinco copias á las cinco bellas,
exclamó placentero:
—Ya he cumplido con ellas.—
Y á su oficio volvió de caballero,
que era hace tiempo el de vaciar botellas.
A impulso del Montilla que le inflama,
cayó cual un cadáver en el hoyo,
y al fin del mes se despertó en la cama
como un Baco en el medio del arroyo;
y con ojos que apénas se entreabrian,
miró cinco respuestas
en la mesa revuelta en que yacian,
y despues de exclamar:—¿qué dirán éstas?—
abrió las cinco cartas, que decian:
—Voy—contestó la inglesa;
y—voy—le contestaba la italiana;
y sus ojos atónitos miraron
que, en pos de la española y la francesa,
tambien se lo decia la alemana,
y, maldiciendo la ternura humana,
aquellos cinco «*voy*» le consternaron.
Al contemplar el trasnochado amante
aquella muestra general de aprecio,

quedó don Juan en tan supremo instante
con todo el aire necio
de un poeta que busca un consonante;
pues decir de don Juan se me olvidaba,
que el amor que á las cinco profesaba
es como cierto cuento que una abuela
me solía contar con sentimiento,
y que, aunque el crímen confesar me duela,
no me acuerdo ya de ella ni del cuento.

IX.

Afortunadamente
la inglesa y la italiana,
la francesa despues y la alemana,
tardaron en llegar por lo siguiente:
Aunque fuese más casta que Diana,
como era el corazon de la italiana
mezcla del génio griego y del latino,
todo el mundo asegura
que, en un lugar á Castellon vecino,
se detuvo á mirar á un campesino
que era igual á un Apolo en la figura;
y yo lo creo así, porque no ignoro
que ella hacía las cosas más extrañas
por religion, por arte, por decoro,
por buscar en las ruinas un tesoro,
por huir *del mal de ojo* á las montañas,
por bondad natural de sus entrañas
y por lucir sus arracadas de oro.

X.

Y la inglesa ¿qué hacía?
La inglesa, á quien un Lord la llamaría,
«mujer de distincion y de modales,»
aunque ya no es muy jóven, todavía
quiere tener encuentros infernales.
Y los tiene; si bien en ocasiones
le gusta mucho parecer bisoña,

como toda mujer de pretensiones
que necesita amar y es muy gazmoña;
y ama, como quien siente
haber sido una vez condescendiente,
pues con respecto á amores
ya ha visto, con perdon de sus deberes,
las cadenas de flores
que los hombres traidores
enlazan á los piés de las mujeres.
Como su honor es joya
que guarda, con dos vueltas, bajo llave,
lo que ama en Dios lo apoya,
que el abandono por mayor no cabe
en la instruccion de una mujer que sabe
que fué el amor la perdicion de Troya.
Mas como al fin su pecho es pecho humano,
con la Biblia en la mano
(que la suele entender sabe Dios cómo)
camina cual un plomo,
porque á un jóven é incrédulo marino
que encontró en el camino,
silbando inglés le enseña á ser cristiano;
y Fanny de esta suerte,
volviendo al cuerpo de un papista el alma,
caminando con calma,
como es tan desgraciada, se divierte.

XI.

Su paso la francesa deteniendo,
como quien va con ánsia descubriendo
en el azul del cielo un millonario,
se encontró con el caso extraordinario
de que hirió á un oficial un bandolero,
y ella al bandido desarmó primero,
y al oficial despues curó la herida,
porque Luisa Chenier, como ya he dicho,
beneficencia, amor, gracia, capricho,
ligereza y amor: tal es su vida.

XII.

Muy detras de la inglesa y la italiana
camina la alemana
leyendo un gran latino, y hasta creo
que estudiando botánica en Linneo,
(porque entre otras rarezas que tenía,
criar la rosa azul fué su manía),
y al llegar á Valencia,
la ciudad de más ciencia
en materia de rosas y de amores,
se detuvo á estudiar filosofía
con un jóven muy docto, que sabía
que un musgo es una pléyade de flores:
mas la dejo estudiar, porque aseguro
que no hará más que acciones decorosas
su tierno corazon, que salió puro
de diez ó doce intrigas amorosas.

XIII.

Al «voy» de aquellas fieles hermosuras,
infiel, don Juan, premeditó una huida,
pues la mucha tension de sus venturas
ya ha roto los resortes de su vida;
y lo mismo que el que huye de una hiena,
abandona don Juan á Cartagena
con la esperanza vana
de que ninguna en su excursion le siga:
pero Julia, ardorosa y sevillana,
era española, y la nobleza obliga:
y le sigue, y le sigue, y entretanto
que ella corre eficaz tras del amante,
él, escapando de ella con espanto,
miéntras mira hácia atrás, sigue adelante:
y á su edad, bien comprendo
que por andar huyendo
del fulgor de unos ojos españoles,

fuese don Juan capaz de andar corriendo
diversas tierras y diversos soles.

XIV.

Caminando don Juan sin rumbo cierto,
vió á la derecha el sol, y ya orientado,
de Torrevieja hácia el estéril puerto
por el terror llevado,
corrió como escapado
lo mismo que Mazeppa hácia el desierto;
mas, como es la mujer un torbellino
de tul, de terciopelos y de encajes,
oyó don Juan tras sí por el camino
el rumor peregrino
que harian al moverse unos ramajes;
y con la prisa y el terror de un ciervo,
cruzó del Pinatar la antigua aldea,
y al llegar, por la *Rambla de la Glea*
á la *Peña del cuervo*,
don Juan, ya fatigado,
respira, toma aliento,
y despues apoyado
contra el tronco de un árbol corpulento,
digno de ser por Títiro cantado,
no léjos del edén de *Matamoros*,
vió, en el sitio de que hablo,
una cueva escogida por el diablo
para enterrar en ella sus tesoros;
y al verla tan oculta entre dos cerros,
huyendo del amor, que ya le aterra,
en ella se escondió bajo de tierra,
cual liebre que se escapa de los perros.

XV.

Cuando oculto don Juan (más divertido
que al lado de la jóven más risueña),
se encontraba metido
como un sapo en el hueco de una peña,

Julia á la cueva se asomó entretanto
por cima de una loma,
como aquella paloma
que trajo á Clodoveo el óleo santo;
y ántes, mucho ántes, que don Juan la viese,
con fúria le da abrazos y le besa
con la gracia del tigre que extendiese
las garras por encima de su presa;
y al mirar que no hay medio
de evadir su existencia del asedio
de una mujer tan bella,
don Juan siente junto á ella
la angustia complicada con el tédio:
y es, que habiendo querido con vehemencia,
su corazon gastado, estaba frio.
Vuelve el amor del ódio y de la ausencia,
pero no del desprecio y del hastío.

XVI.

Al ver amor tan tierno,
don Juan contiene por vergüenza el lloro
y con dolor—¡misericordia!—exclama,
cuyo gemir sonoro
tan sólo encontró un eco en el infierno:
y Julia repitiéndole—¡te adoro!—
le envuelve de sus ojos en la llama,
y con piedad inmensa
con los lábios cubriéndole la boca,
su último aliento aspira, y le sofoca;
y don Juan sofocado
dirige al cielo una mirada extensa,
y por Julia, al morir, acariciado,
de su amor le dedica en recompensa
una lúgubre risa de forzado.

XVII.

La pobre Julia luégo
por un impulso de cariño extraño,

le dió un beso de fuego
que matándole al fin le hizo un gran daño:
y viajó despues mucho, hasta que un dia,
pensando en sus amores,
brotó de su tristeza la alegría
como se crian en las tumbas flores.
Con respecto á don Juan no pasó nada.
Sólo se habló del tétrico homicidio
de un cierto inglés á quien mató el fastidio
de un barranco á la entrada;
y, como por las señas,
era, más bien que un loco,
un bribon escapado de presidio,
ninguno fué á llorarle, ni tampoco
su cadáver sacó de entre las breñas,
al cual se lo comieron poco á poco
las aves que habitaban en las peñas.
Muerto el gran amador, de puro amado,
fué por su mala suerte
comido por los cuervos y olvidado...
Como todo buen mozo jubilado,
su vida hizo más ruido que su muerte.

CANTO SEGUNDO.

LAS MUJERES EN EL CIELO.

I.

Muerto don Juan por fin, y muertas ellas,
el linde al trasponer del otro mundo,
(segun refiere un teólogo profundo
que sabe lo que pasa en las estrellas,)
conforme iban entrando,
un ángel grave, de equidad modelo,
fué sus almas pesando
en medio del vestíbulo del cielo.
Y miéntras con delicia
ve el ángel de la gracia y la justicia
que, por su grande amor y su esperanza,
pesaban de ellas más en la balanza
los dias buenos que las malas horas,
y con risa inefable
el ángel á las cinco pecadoras
les promete la gloria perdurable,
ve don Juan con espanto
que sus muchos pecados pesan tanto
que lo pintan, como es, abominable.
Pero él, el fallo del Señor, sumiso
aguarda esperanzado, porque sabe
que aquellas cinco hermosas
que él quiso, ó mejor dicho, que él no quiso,

aunque sea robando alguna llave
á espaldas de San Pedro, generosas
las puertas le abrirán del paraíso.

II.

Y la fé que tenía
en sus pobres amantes, ya gloriosas,
era justa, á fé mia,
porque ¿quién lo creeria?
aquellas cinco víctimas piadosas
que don Juan tantas veces ha vendido,
al cielo le han pedido
que salve del bribon el alma impía,
y Dios, por excepcion, ha permitido
que don Juan pueda ser en aquel dia
por los méritos de ellas redimido.
¡Oh encantadores séres
del alma humana incomprensible abismo!
¡Si el hombre sabe poco de sí mismo,
sabe ménos quizás de las mujeres!
¡Por eso yo, que indago su destino,
y el alma humana en estudiar me afano,
veo en el hombre el corazon humano
y en la mujer el corazon divino!
¡Y por eso por ellas,
en mis locos amores,
del mundo entero devasté las flores,
y descolgué del cielo las estrellas;
y por eso jamás el alma mia,
pintándolas un dia y otro dia,
pudo agotar sus gracias por escrito,
porque pintar una mujer sería
verter lo inagotable en lo infinito!

III.

La entusiasta italiana que veia
perder un alma que salvar quería;
que, siempre seductora,

á aquella luz de un alba sin aurora,
como era tan morena, parecía
una flor colonial encantadora,
viva, arrebatadora,
sobre el platillo que don Juan vencía
este mérito echó que le sobraba,
y es la alta accion de que jamás cantaba
una cancion de frases muy picantes
que aprendió siendo jóven, y mucho ántes
de saber la malicia que encerraba.
Mas con tristeza viendo
la poca gravedad de tal presente,
fué echando en el platillo lentamente
todas las penas que sufrió, teniendo
una jaqueca, á ratos, persistente;
y viendo que tampoco estos dolores
alcanzaban para él el paraiso,
echó despues sus méritos mejores,
que son los de hacer caso á sus mayores
en tanto que quisieron lo que quiso.

IV.

Vió este inútil afan, y en el momento
la alemana, radiante de contento,
alza su cara roja
y en el platillo arroja
el caso peregrino
de que, odiando el alcohol, siempre aguó el vino.
Y viendo que no alcanza
á inclinar del platillo la balanza
por más que echó á montones
las muchas ocasiones
en que, quieta y pastosa su belleza
sacrificó el placer á la pereza,
tambien, con vano intento,
echó por fin el bello sentimiento
de que fué muy honrada
el tiempo en que encerrada
estuvo tras las rejas de un convento.

V.

Pero, de pronto, lleno
el corazon de Luisa de esperanza,
al ver que no se inclina la balanza
ni un ápice hácia el lado de lo bueno,
mira á don Juan con tierno coquetismo
y en el platillo del opuesto lado
echa el inmenso afan que le ha costado
el raspar su partida de bautismo.
Despues, enternecida,
el mérito arrojó de que en su vida.
atenta al bien de su razon tan sólo,
prefirió el dios millon al dios Apolo,
y méritos y méritos echando
(siempre á don Juan mirando),
lanzó en el fondo del platillo Luisa
la accion dudosa de venir amando
los huesos de su esposo á lo Artemisa.

VI.

Como eterna rival de la francesa
Fanny Moore, la inglesa,
que, entre muchas acciones honorables,
siempre habia tenido
el dolor impagable de haber sido
víctima de perfidias adorables,
el mérito mayor que le sobraba
lánguida echó sobre el rebelde plato,
y era el tierno relato
de un antiguo amador que ella no amaba,
al que oyó tan arisca como un gato;
añadiendo un tratado de exorcimos
que ella escribió, repleto de aforismos.
Mas viendo que era inútil su cuidado,
en el platillo echó de la balanza
las horas de fastidio en que no ha amado
y aquellas en que amó sin esperanza;

y hasta con aire altivo y pudibundo,
volviendo al cielo de extrañeza loco,
echó despues el mérito profundo
de que, estando en el mundo,
solamente en la edad mentia un poco.

VII.

Mirando Julia el invencible peso
que el alma inícua de don Juan hacía,
se sintió acometida de un acceso
de antigua y renovada idolatría;
y como ama con fé todo lo que ama,
y siempre, amando, hasta el delirio toca,
(cual una indiana cuerda que está loca
y se quema al morir su viejo Brahama),
al mirar á su amante condenado,
pensando en su ternura del pasado,
calcula resignada
que ir por él condenada
al infierno es preciso...
mas ¿qué importa? para ella el paraíso
es el ser bella, amar y ser amada.
Julia por ver al punto rescatado
aquel bribon dichoso,
nunca cautivo y siempre enamorado,
ya el semblante de cólera amarillo,
juntando con lo altivo lo gracioso,
en cuerpo y alma se arrojó al platillo;
y así, perdiendo su alma la española,
el alma redimió del caballero
con tal valor, que el peso de ella sola
hubiera redimido al mundo entero.

VIII.

Y es esto tan verdad, que el cielo siente
una ternura á nada comparable
mirando tristemente
caer desde el empíreo á la inocente

en el abismo del amor culpable,
y al ver que, tan resuelta como bella,
la española, esa caña inquebrantable,
el noble fin de sus amores sella
salvando del infierno á un miserable.
¡Oh! ¡Cuán cierto es que en pechos como el de ella
el amor imposible es el probable!
Mas ¿por qué, cielo santo,
esa hermosa á ¡don Juan ha de amar tanto
que él se lleve el honor, y ella el castigo,
siendo ella la virtud, y él el infame?...
Dice San Agustin:—Dadme uno que ame
y vereis cómo entiende lo que digo.—

IX.

Viendo el amante celo
de esta especie de Cristo,
de amor terreno y redencion modelo,
resonó en el vestíbulo del cielo
cuanto tiene el asombro de imprevisto:
y, cuando Julia, altiva,
al sacrificio su locura eleva,
á sus rivales maliciosa y viva
les echa una mirada de hija de Eva;
y al ver á tan sublime visionaria,
quedando como heridas por el rayo,
la contemplan las otras de soslayo
con cierta estimacion involuntaria:
rápida la francesa
con ojos la miró de envidia llenos;
y prorumpió la inglesa
—*veriw'll*, *v'riw'll*—que son dos buenos;
y, callando humillada la italiana,
se admiró en una frase la alemana
de treinta consonantes por lo ménos:
pues era en aquel dia
del cielo el entusiasmo tan ardiente,
que hasta don Juan gritó:—¡Perfectamente!
¡Si yo fuera mujer lo mismo haria!—

X.

Julia, en momentos tales,
se encuentra tan divina,
que perdonar no quieren sus rivales
la grande admiracion que las domina;
y las cuatro, frenéticas de celos,
ven que cuanto ella mira se alboroza,
(pues lo mismo en la tierra que en los cielos
era técnicamente buena moza);
y, á pesar de la augusta
caridad de San Pablo,
como nunca á la envidia le disgusta
ver cómo á un alma se la lleva el diablo,
como es la más genial y peregrina
imágen de la raza femenina,
celosa la italiana en tal momento
unos hondos suspiros lanza al viento;
despues la inglesa, con sonrisa amarga,
echa hácia arriba una mirada larga;
y con faz tan divina como humana,
sin repetir su interminable frase,
paciente la alemana
parecia una estátua que llorase;
y la francesa que con ojos mira
de un color, entre blanco y azulado,
que daba á su mirada un aire frio,
hasta llegó á decir, siendo mentira,
que en Sevilla una vez mató con ira
á otra cierta mujer en desafío;
y las cuatro rivales
no notaron jamás, hasta aquel dia,
que la española, al parecer, tenía
los ojos un poquito desiguales:
y aunque eran, como Julia, todas bellas,
por su belleza era la envidia tanta
que, bajando la voz, dijo una de ellas,
—Se va al infierno por fingirse santa.—

XI.

Pero ¿qué vil conjuracion es esta
contra un sér tan paciente?
Es la mujer tortuosa que detesta
por celos del oficio á la serpiente.
Ser rival es odiar y ser odiada.
Hasta la misma sombra condenada
cuando, al andar, con cadencioso talle,
y al ver el no sé qué de su mirada
las almas al pasar le abrian calle,
sin respeto tal vez al lugar santo,
humilla á sus rivales con encanto,
porque estos bellos séres
aunque se ocupan de los hombres tanto,
se ocupan mucho más de las mujeres.

XII.

Y ¿qué era de don Juan? Don Juan tranquilo
dos lágrimas soltó de cocodrilo:
y porque al cielo su elegancia asombre,
mira en torno con plácido cinismo
con aquel aire fanfarron de un hombre
que tiene una alta idea de sí mismo;
y cuando entra en los cielos insensible.
su pobre redentora despreciada
con ojos de limpieza irresistible
le acaricia al pasar con la mirada;
pero él, exagerando pretencioso
la parte teatral de su manera,
volviéndole la espalda, ni siquiera
dejándose adorar fué generoso;
y en tanto que los buenos serafines
ancho paso le abrian,
sus miradas decian:
—Vedme bien; soy don Juan. ¡Sonad clarines!—
Y la española, aunque contiene el llanto,
de mirar tal desprecio, casi loca.

á juzgar por los ayes que sofoca
nunca mártir alguno sufrió tanto;
porque ¡oh, Dios! ¿quién creyera
que aquel hombre galan y degradado
dejase á Julia, sin mirar siquiera
á una mujer tan noble y hechicera,
que, si volviese á verle desgraciado,
su propia sangre á su salud bebiera?
Pero aquella alma vana
probando que era cierta
la expresion italiana
de—pensamiento oculto en cara abierta,—
déja á Julia, sabiendo
que queda su ex-querida
de alma y cuerpo perdida;
y en el cielo se entró como diciendo:
—Que Dios os dé salud y larga vida.—
Y dolor afectando,
las rivales le siguen, ocultando
su rábia y sus enojos;
y entran con él las pérfidas mostrando
rábia en el corazon, llanto en los ojos.

XIII.

Cuando Julia despues ya no veia
al leon que la habia fascinado,
y en su aire consternado
revelaba el martirio que sufría,
la madre Eva, saliendo de repente
del fondo de la gloria,
le dijo á Julia cariñosamente:
—Aún vive en tí el honor de mi memoria.—
y, abrazando á la sombra despreciada,
—¡hija mia! ¡hija mia!—
nuestra madre primera le decia,
y cien veces, teniéndola abrazada,
—¡eres tan hija mia...!—entusiasmada
Eva le repetía:
y contemplando en Julia al tipo eterno

de esas almas benditas
que tornàn por lo que aman el infierno
en un sueño de dichas infinitas,
la madre universal de las naciones
cuando deja del cielo las regiones,
más que por propios, por ajenos vicios,
llena á Julia de santas bendiciones
en nombre de los buenos corazones
que comprenden los grandes sacrificios.
¡Ay! ¡Aunque os jure la estulticia humana
que una mujer es todas las mujeres,
yo os juro por el padre de los séres
que aquella alma infeliz no tiene hermana!

XIV.

Viendo á Julia que marcha resignada
del cielo azul hácia las puertas de oro,
todo el celeste coro
suspira por la sombra desterrada,
y de Julia las huellas
sigue con paso incierto
por las regiones bellas,
donde se ven, como en un libro abierto,
poemas cuyas letras son estrellas.
Y cuando Eva doliente,
al volverla á decir:—¡pobre hija mia!—
la atrajo hácia su pecho dulcemente,
de Julia un gran torrente
de luz apocalíptica salia;
y cuando Eva así exclama
y aquellas almas buenas
ven ir hácia el infierno, por el que ama,
á la noble mujer por cuyas venas
no circulaba sangre sino llama,
por algunos momentos
reinó por las regiones bonancibles
uno de esos terribles
silencios que rebosan pensamientos.

XV.

Julia despues, con altivez suprema,
con el velo arrollado
por la frente, á manera de diadema,
lo mismo que una reina que ha abdicado,
para seguir con paso reverente
de su Calvario la desierta via,
su vestido de luz graciosamente
como un ave sus alas, recogia;
y un serafin que de los cielos vino,
y que, admirado, á su pesar lloraba,
de la sombra el camino
con su espada de fuego le mostraba;
y al ir andando la heroina aquella
que al coro de los ángeles asombra,
la luz dió fin en palidez de estrella,
y quedándose fueron ellos y ella
los unos en la luz y ella en la sombra!

FIN.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

TERCERA PARTE.

LAS TRES ROSAS.

POEMA EN TRES JORNADAS.

Á mi invariable y afectuoso amigo

EL SR. D. TOMÁS PEREZ ANGUITA,

en prueba de reconocimiento y cariño,

Campoamor.

PERSONAJES.

ROSA, *madre de*
ROSAURA, *madre de*
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, *marido de Rosaura.*
DANIEL, *novio de Rosalía.*
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ.
TITAN, *perro de Terranova.*
SATANÁS.

ROSA.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Los dos miedos.

JULIO.—ROSA.

I.

Al comenzar la noche de aquel dia,
ella, léjos de mí,
—¿por qué te acercas tanto?—me decia;
—¡tengo miedo de tí!—

II.

Y despues que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
—¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡tengo miedo sin tí!—

ESCENA II.

La última palabra.

EL AMANTE OLVIDADO.—ROSA.

Cuando yo con el alma te queria,
¿quién presumir pudiera

que á despreciar ¡infame! llegaria
en tí y por tí la humanidad entera?...

ESCENA III.

A rey muerto rey puesto.

JULIO.—ROSA.

Murió por tí; su entierro al otro dia
pasar desde el balcon juntos miramos;
y espantados tal vez de tu falsía,
los dos tras el balcon nos refugiamos.
Cerrabas con terror los ojos bellos.
El *requiescat* se oia. Al verte triste,
yo la trenza besé de tus cabellos,
y—¡traicion! ¡sacrilegio!,—me dijiste.
Seguia el *de profundis* y gemimos...
el muerto y el terror fueron pasando...
y al ver luégo la luz, cuando salimos,
—¡qué vergüenza!,—exclamaste suspirando.
Decias la verdad. ¡Aquel entierro!...
¡El beso aquel sobre la negra trenza!...
Despues ¡la oscuridad de aquel encierro!...
¡Sacrilegio! ¡Traicion! ¡Miedo! ¡Vergüenza!

ESCENA IV.

Hastio.

JULIO.—ROSA.

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta.
Pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

ESCENA V.

Las dos copas.

UN MÉDICO.—ROSA.

I.

Le dijo á Rosa un doctor:
—«Se curan de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral.
»Yo, aunque el método condene,
lo dulce en lo amargo escondo:
esta copa es la que tiene
dulce el borde, amargo el fondo.
»Y por si quiere esa boca
cumplir una vez mi encargo,
tiene esta segunda copa
dulce el fondo, el borde amargo.
»Dios, sin duda, así lo quiso,
y esto siempre ha sido y es:
tomar lo amargo es preciso,
bien ántes ó bien despues.»—

II.

Rosa luégo, de ansia llena,
dice en su amoroso afan:
—«Mezclados cual dicha y pena
lo dulce y lo amargo van.
»Merced á doctor tan sabio,
ve, aunque tarde, mi razon,
que aquello que es dulce al labio
es amargo al corazon.
»Yo, que hasta el postrer retoño
agosté en mi edad primera,
brotar no veré en mi otoño
flores de mi primavera.

»Fuí dejando, por mejor,
lo amargo para el final,
y esto, segun el doctor,
sabe bien, mas sienta mal.
»Cumpliré una vez su encargo:
tú, copa segunda, ven,
pues tomar ántes lo amargo,
si sabe mal, sienta bien.
»¡Oh, cuán sabio es el doctor
que cura de un modo igual
las dolencias en amor,
en higiene y en moral!»—

ESCENA VI.

Un drama de familia.

JULIO.—ROSAURA.—ROSA (*oculta*).

I.

Siendo Rosa Valdés, segun mi cuenta
(si bien por excepcion un poco rara),
una mujer hermosa de cuarenta,
que no tiene veinte años en la cara,
casi es su otoño una estacion florida,
lo mismo que lo fué su primavera,
que es más bella tal vez que la primera
la juventud segunda de la vida.
De Rosa la hermosura es tan cumplida,
que, cual si fuese un velo,
cuando lo suelta al viento, toda entera
la oculta la madeja de su pelo;
pelo que todavía
un torrente sería
del ébano más puro, si no fuera
porque á veces, si lo ata ó lo desata,
tiene ¡oh dolor! que eliminar severa
unos hilos de plata

que matizan su negra cabellera.
Lozana como un fruto ya maduro,
de buena fé aseguro
que si á los quince Abriles encantaba,
y á los veinte admiraba,
seguia á los cuarenta mereciendo,
pues toda la ciudad aseguraba
que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
que solia perder, envejeciendo.

II.

Pero la pobre Rosa
es más que desgraciada, está celosa:
y ya á la languidez de sus miradas
se une de dia en dia
en su rostro de madre una sombría
palidez de facciones fatigadas;
pues de cierta ilusion roto ya el prisma,
su pena, más que pena, es un martirio,
y vive en una especie de delirio
en que duda de todo y de sí misma.
La idea de su edad la atormentaba,
pues aunque nunca se la oyó una queja,
por momentos notaba
que el amor de los otros la dejaba,
aunque el que ella sintió jamás la deja....
¡Nada á madama Sevigné curaba
del inmenso dolor de hacerse vieja!

III.

Mas como ya sabemos
que los años que cuenta,
aunque parecen veinte, son cuarenta,
haciendo Rosa de dolor extremos,
asegura que Julio es un infame
porque la va olvidando... Mas ¡Dios mio!
despues de mucho tiempo, áun cuando se ame,
en el fondo de todo ¿no hay hastío?

¡Sí! y por eso, á pesar de sus traiciones,
es, ha sido y será Julio Montero
un gentil y cumplido caballero,
que vive segun Dios y sus pasiones.

IV.

Como es Julio una débil criatura
que en sus varios amores,
gustaba del amor por sus favores,
como hombre que cree sólo en la hermosura,
(como se cree en la esencia de las flores),
olvida despues que ama,
y ama despues que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ley de los séres!
dulce ley que fué el norte de su vida,
pues poco escrupuloso en sus deberes,
practicando esta máxima sabida
de que es fuerza adorar á las mujeres,
despues que á Rosa amó con fanatismo
adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¿fué en Julio cinismo
hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
que á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
ve Julio que es la hija hasta divina,
y, en consecuencia, á Rosa
con Rosaura reemplaza,
pegándose aquel hombre á aquella raza,
como se pega el muérdago á la encina.

V.

Rosaura, hija de Rosa,
como niña nacida entre las flores,
ademas de ser bella, era graciosa,
pues no sé en qué botánico he leido
que una hermosa mujer, cuando ha nacido
en medio de un jardin, es más hermosa.

Morena verdadera,
¡cuán morena sería,
que bien seguro estoy que pasaria
por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(si se peca por eso)
por demasiada gracia su hermosura,
produce la dulzura
de su voz musical tanto embeleso,
que el que la oye suspira,
y hermosa hasta el exceso,
en los labios de todo el que la mira
casi se ve cómo palpita un beso.

VI.

Perdidas y enterradas
en Rosa sus primeras emociones,
en la jóven Rosaura recobradas
volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vió que él tiernamente
á Rosaura miraba embelesado,
casándola de pronto honradamente,
la eliminó con honra de su lado:
y así fué la infeliz casada en frio
con un jóven galan de mucho brio,
que, como un Lord, de sus haciendas vive;
que aunque se llama Blas, es muy celoso:
que toca, baila, canta y hasta escribe
muy poco y mal como cualquier esposo:
y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,
puso por el momento
entre Julio y Rosaura una barrera.

VII.

De todos los encantos
que Rosaura tenía
era el mayor, aunque tenía tantos.

que á través de sus ojos todavía
sólo cruzaban pensamientos santos:
y por eso, entregada
á nobles expansiones,
aunque mujer casada,
es una niña grande tan honrada,
que no piensa en las malas intenciones;
y de Julio Montero, que la amaba,
ella el amor oia
con un cierto candor que enamoraba,
pues, casada de prisa, se creia
libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII.

Estando Julio de Rosaura al lado
en una noche, al acabarse el dia,
bajo el fresco rincon de un emparrado
que entre la casa y el jardin habia,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
poniendo en no ser vista un gran cuidado,
se arrastró del jardin hasta la puerta,
y dejándola á oscuras y entreabierta,
se puso á oir en alevoso acecho.

IX.

Y miéntras Julio, que á Rosaura adora,
con los ojos devora
lo hermoso que nos causa calentura,
muestra Rosaura, de abandono llena,
aquel rostro en la flor de su hermosura,
y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,
en la cual las ideas son pasiones,
en que ostentan las flores sus botones
con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
en la que en sombras, en rumor y flores,

y en cánticos de amor de ruiseñores,
se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
de una dicha sensual y candorosa,
encienden el ardor de sus sentidos
los magnéticos ruidos
que, electrizando la campiña toda,
en blando movimiento,
pasando por los nidos,
los va arrastrando y dispersando el viento,
¡cantor eterno de la eterna boda!

X.

Entre la sombra de la noche aquella
en que ambos frente á frente se miraron,
y sus almas los dos se derramaron;
ella en el pecho de él, y él en el de ella,
se dijeron amores
como se abren las flores,
como un ave es cantora,
como lo quiere, cuando se ama, el cielo,
como en todo lugar y á cualquier hora
alegre y bullidora
coge el placer la juventud al vuelo;
miéntras Rosa, escondida y desalada,
oia cada frase
cual si sintiese el frio de una espada
que su pecho á traicion atravesase.

XI.

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
el ardor que circula por las venas,
cuando se aspira una templada brisa
que es en lo dulce un céfiro de Atenas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
bajan enamorados
la pendiente hechicera,
por la cual nos empuja arrebatados

la noche, nuestro amor, la primavera...
¡Aquel dosel tan bello
que forma lo gentil del emparrado!...
¡La bruma de un lugar poco alumbrado!...
¡Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!...
¡Allá suspiros, ramas y dulzura,
y acá fé y esperanza!...
¡A una parte deseos y ternura,
por otro lado el ódio y la venganza;
y aquí y allí los débiles quejidos
que murmuran los pájaros dormidos!...
¡Oh, imágen de la vida,
la dicha siempre á la desdicha unida!...
¡Vértigo que formaron combinados,
la tierra, los abismos y los cielos,
eternos remolinos encontrados,
bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII.

Viendo Rosa llegar el gran instante
en que á su fin camina
la audacia habitual de todo amante
que conoce la ciencia femenina,
á un ruido de suspiros que hizo el viento.
como el vago rumor de una arboleda,
exhaló un rudo acento
cual si en aquel momento
se hallase en el suplicio de la rueda;
y cuando Rosa con furor repara
que ya llega el instante de la hora
en que se hunde aquel puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora,
al pié de la vidriera
de la puerta que daba á la terraza
mira más... mira más... se desespera,
y cae desmayada, cual si fuera
una estátua que el rayo despedaza.

XIII.

Cuando Rosa caia sin sentido,
cual si hubiese sufrido
un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la culpa, con nobleza
casta, retrocedia,
pues cuando ya perdia
su corazon la calma
de un modo que no sé cómo aquel dia
sin saber lo que hacía,
no añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
al corazon venció con su cabeza,
pues, aun envuelta en fuego,
sabía con certeza
que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
á hacer guardar del deshonor su vida,
y sabiendo además que es más seguro
que arrostrar las pasiones
poner en ocasiones
entre el deber y el corazon un muro,
se lanzó hácia la estancia,
santuario de los juegos de su infancia.
Del jardin á la puerta se avecina,
y, viendo que no cede, empuja airada,
y encendida, jadeante, fatigada,
pisa un bulto, se inclina,
vuelve á erguirse, y camina
como si el bulto aquel no fuese nada;
y la enferma, que á su hija huyendo mira,
siente, al verse pisada,
unas ráfagas de ira
de toda madre al corazon extrañas;
y, más rival que madre, entónces Rosa
al tocarla aquel pié, sintió celosa
el demonio del ódio en sus entrañas.

XIV.

Cuando ve Julio que Rosaura, huyendo
del fuego que la abrasa,
corre ciega, y corriendo
sobre su madre moribunda pasa,
al umbral de la puerta,
de sorpresa y terror petrificado.
—¡Rosa!...—exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
la cabeza, que á intervalos levanta,
como cortada con un hacha gira;
va á contestar, pero su angustia es tanta,
que entre sus labios la respuesta espira;
vuelve á querer hablar y se atraganta;
y al fin, más que decirlo, así suspira:
—Me asesinaste, adios; duerme si...—Muere,
y el «si puedes», que apénas lo profiere,
se le heló con la vida en la garganta.

XV.

¡La luna indiferente entónces muestra
su disco ensangrentado,
y una espantosa lividez siniestra
echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII.

Mal de muchas.

EL MÉDICO.—ROSAURA.

—¿Qué mal, doctor, la arrebató á la vida!—
Rosaura preguntó con descoñsuelo.
—Murió, dijo el doctor, de una caida.
—Pues ¿de dónde cayó?—Cayó del cielo.—

ROSAURA.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Bodas celestes.

JULIÓ.—ROSAURA.

Te ví una sola vez, solo un momento:
mas lo que hace la brisa con las palmas
lo hace en nosotros dos el pensamiento;
y así son, aunque ausentes, nuestras almas
dos palmeras casadas por el viento.

ESCENA II.

Las dos esposas.

ROSAURA.—BLAS.—SOR LUZ.

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto dia
casándose con Blas,
—¡Oh, qué esposo tan bello! se decia,
¡pero el mio lo es más!—
Luégo en la esposa del mortal miraba
la risa del amor,
y, sin poderlo remediar, ¡lloraba
la esposa del Señor!

ESCENA III.

Madrigal.

JULIO.—ROSAURA.

Brotó un dia en Rosaura el sentimiento
de su primer amor, y en el momento
volando un ángel, con fervor divino,
para guiarla al bien del cielo vino,
miéntras un diablo del infierno, ardiendo,
para arrastrarla al mal, llegó corriendo.
Ante Rosaura bella
ángel y diablo, enamorados de ella,
divinizado el diablo se hizo bueno,
y el ángel se impregnó de amor terreno;
y al ser transfigurados de este modo,
por voluntad del que lo puede todo,
fué el ángel al infierno condenado,
y el diablo al cielo fué purificado.
¿De qué gracia y malicia estará llena
mujer que con mirar salva ó condena?

ESCENA IV.

Memorias de un sacristan.

JULIO.—ROSALIA.

I.

Dos de Abril.—Un bautizo.—¡Hermoso dia!
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalía.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordan su sien rocía;
todos se rien y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio;
mira, gime y se aleja: aquí hay misterio.

II.

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galan, la novia es bella.
¿Serán en alma como en cuerpo unidos?
Testigos, primas de él y primos de ella.
En nombre del Señor son bendecidos.
Unce el yugo al doncel y á la doncella.
Dejan el templo, y al salir se arrima
un primo á la mujer, y él á una prima.

III.

¡Un entierro! ¡Dichosa criatura!
¿Fué muerto, ó se murió? Todo es incierto.
Solos estamos sacristan y cura.
¡Cuán pocos cortesanos tiene un muerto!
Nacer para morir es gran locura.
Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
Nacer, amar, morir: despues... ¡quién sabe!

ESCENA V.

La gran noche lugubre.

JULIO.—ROSAURA *(muerta)*.—BLAS.—TITAN.

I.

Imágen de su madre á los veinte años,
Rosaura, hija de Rosa,
no murió con los mismos desengaños;
mas, como ella, murió triste y hermosa.
Poco feliz, como tan mal casada,
fué la mujer más buena entre las buenas,
y aunque al amor de Julio encadenada,
derramó en torno suyo, siempre honrada,
casta, noble y altiva,

ejemplos de virtud á manos llenas;
hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,
la muerte con amor, caritativa,
la libró de la carga de sus penas.

II.

Mujer tan infeliz como adorable,
aunque era su virtud inquebrantable,
su amor á Julio, de pureza lleno,
fué inspirando al marido
uno de esos rencores sin olvido
que se arman del puñal y del veneno.
Pero el esposo, á medias ofendido,
alcanzó, más dichoso que temido,
hacer en ella respetar su nombre,
y la amó, aunque la amó sin esperanza
de ser jamás querido.
Muerta Rosaura, aún le quedó á aquel hombre
un objeto en la vida: ¡la venganza!

III.

Julio Montero, en tanto,
fiel de Rosaura la memoria adora,
pues si fué en vida su terrestre encanto,
su dulce nombre le parece ahora,
unido ya á la muerte, grande y santo.
Y como él, además de su tristeza,
es amor de los piés á la cabeza,
todo el mundo repara
que morirá por consuncion de cierto,
pues desde el dia en que Rosaura ha muerto,
su cara es el cadáver de una cara.
Y aspirando, en su inmenso desconsuelo,
á gozar á ella unido
trasportes de la tierra allá en el cielo,
aunque está inconsolable
no pide al cielo olvido;
pues como todo sér que se ha querido

al morir se dilata en lo impalpable,
su mal no tiene cura,
porque, ausente su imágen hechicera,
á la tumba bajando intacta y pura
ya era más que una muerta una quimera.
Y como siempre el que ama está celoso,
y aquel que está celoso es desgraciado,
para hallar en la vida algun reposo,
pensó en abrir con el mayor cuidado
un hoyo en el rincon del cementerio,
y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,
trasladar á aquel hoyo con misterio,
y secreto dejar lo misterioso;
y de su vida en el postrero dia
ser con ella enterrado, y de esta suerte,
dormir por fin con la que más queria
descansando en los brazos de la muerte.

IV.

Cuando con gran misterio
camina Julio á trasladar la muerta
á otra tumba, que abierta
tenía en un rincon del cementerio.
torpes, volando, lúgubres gemian
los pájaros nocturnos por el cielo,
y rastreando amarillas por el suelo
lucecillas de fósforo corrian.
Mas venciendo impasible
esas negras visiones
que, aterrando á los bravos corazones,
suele el miedo sacar de lo invisible,
hácia la tumba de Rosaura avanza
con pié seguro y cauteloso oido,
aunque no habia en torno un solo ruido
que no fuese un terror ó una esperanza;
y á Rosaura exhumando, en el instante
que descubrió con ánsia verdadera
su rostro de alabastro,
el color de aquel lívido semblante

alumbró el cémenterio, cual si fuera
la luminosa palidez de un astro.

V.

Cuando Julio veia,
á la espectral penumbra que salia
de la lívida faz de aquella muerta,
que su boca entreabierta
respirar parecía,
creyó su pensamiento
que alguna hada, tal vez compadecida,
tomándola, al morir, con mucho tiento
en el sueño del último momento,
se la llevó al sarcófago dormida;
y acercando su boca,
besar quiso su frente;
mas viendo un Crucifijo
de su cuello pendiente,
con la misma dulzura con que toca
la golondrina el agua con sus alas,
besó piadosamente
con sus labios amantes
el Cristo de marfil lleno de galas
que tenía por lágrimas diamantes
y sangre de rubíes en la frente.

VI.

Coge en brazos la muerta,
que estrecha convulsivo contra el pecho,
y al caminar derecho
hácia la tumba por su mano abierta
Blas (que en pérfido acecho
con ojos de serpiente
velaba oculto entre la sombra incierta)
con expresion furiosa de alegría
desenvaina un puñal y, de repente,
clavándolo en el bulto que veia,
de los brazos de Julio, derribada,

cayó la pobre muerta asesinada;
pues con tan mala suerte
blandió el arma, furioso.
que el marido celoso
en su mujer apuñaló á la muerte.

VII.

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
que es menester herir ó ser herido,
hace frente, de cólera azulado,
al vengativo esposo
que le sigue, tornándose, celoso,
blanco, rojo y despues amoratado;
y cuando Blas airado á Julio alcanza,
uno del otro asidos,
por todas sus potencias y sentidos
respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio;
la rábia los trasporta hasta la fúria:
se devuelven desprecio por desprecio,
y es cada golpe una mortal injuria;
la lucha, más que lucha, es un tanteo;
se repelen, se abrazan, se sofocan,
y cada vez que contra el suelo tocan
adquieren nueva fuerza, como Anteo.
Se espian el marido y el amante,
uno de ellos sagaz y otro siniestro,
hasta que cae en el supremo instante
sobre el hombre feroz el hombre diestro;
pues el ciego marido
hácia atrás impelido
como una mole por el rayo herida,
resbalando en la tierra removida,
cayó de espaldas en la tumba abierta.
Julio despues, amontonando activo
sobre él la tierra que á coger acierta,
entierra al hombre vivo,
dejando así sin enterrar la muerta.

VIII.

Despues Julio, aterrado
ante la inmensa atrocidad del hecho,
viendo al vivo enterrado
é insepulta á la muerta,
tres veces hizo con la boca abierta
el signo de la cruz sobre su pecho.
Luégo volvió los ojos espantado,
con la mirada incierta,
como un tigre enjaulado
que busca para huir cualquiera puerta;
pues ya era entónces su cuidado tanto,
que creyó que la muerta se movia,
y en su mortal quebranto
con evidencia tal Julio creia
que hácia sí algun fluido la atraia,
que á la salida del retiro santo
ya fué miedo el cuidado que tenía,
y el miedo al fin se convirtió en espanto;
y huyendo de Rosaura y del marido,
cuanto más presto corre, más se asombra,
al notar que al huir se ve seguido
de un sudario que andaba precedido
de algo negro, más negro que la sombra.

IX.

Y al escapar, del miedo que sentia,
cual teniendo alas en los piés volaba,
y el sudario arrastrando le seguia,
y en su horror se fingia
mil ruidos inauditos que escuchaba.
mil cosas invisibles que veia;
y cuanto más corria,
viendo aquella blancura
por una cosa negra arrebatada,
dudando si existia ó no existia,
pensaba en su locura

si aquella forma pálida y oscura
ya del mundo hasta el fin le seguiria,
pues al cruzar por montes y laderas,
la muerta parecia
que tendiendo la mano, le decia:
—¡Siempre te seguiré; vé donde quieras!—

X.

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,
de ceniza cubierto.
viendo el campo desierto,
y el desierto de espectros erizado,
cual si á danzar surgieran á su lado
las fantásticas mómias del Roberto,
corre á campo traviesa, perseguido
por cien deformidades misteriosas;
y aunque sólo entrevé, desvanecido,
los vagos lineamentos de las cosas,
mira el cadáver que le sigue amante,
y el bulto negro que entrevé delante
lanzándole miradas horrorosas;
y conforme le sigue, él huye y huye,
y la tierra, entretanto, rueda y rueda,
y viendo cuanto en torno le circuye
sumido en una lúgubre humareda,
ya ver le parecia
en un abismo el universo hundido:
pues rendido, jadeante,
viendo siempre delante
el negro azul, la inmensidad sombría,
es tal su estado de vision completa,
que cree en su desvarío
que el mundo se ha volcado en el vacío,
y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI.

Aunque ya para Julio se convierte
en vision lo visible y lo invisible,

como siempre, invencible,
aún flota en aquel cáos de la muerte
de su sér la conciencia insumergible:
y al ver brillar un rio, que parece
un espejo de acero,
que líquido ondulando fosforece,
arrebatado al fin Julio Montero,
con varonil firmeza
se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
se dejaba arrastrar por la corriente,
en medio de su horrible desvarío
sintió que le agarraba alguna cosa,
y una mano invisible y poderosa
le iba sacando con afan del rio.

XII.

Volviendo Julio en sí pausadamente,
se halló echado á la orilla del torrente;
y estando ya de su razon seguro,
á la márgen del rio, al pié de un cerro,
de la noche y del agua al claro oscuro,
entre la muerta y él mira su perro
que fija en él tranquilas,
pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ébrio que sacude el sueño,
entónces se da cuenta poco á poco
de que el perro, fielmente,
á la muerta arrastrando hasta el torrente,
fué volviendo á su dueño
feroz de miedo y de pavura loco.
Y repentinamente
—¿qué haré?—se preguntó. Dudó un momento,
y entrando en posesion de su existencia,
pasó del pensamiento á la conciencia,
despues de la conciencia al pensamiento,
y al fin, con la entereza del espanto
echa el cadáver de Rosaura al rio,

y arrepentido ya de amarla tanto,
más que en su cuerpo, en su alma siente frio.

XIII.

Avezado á su noble servidumbre
Titan, el perro fiel de Terranova,
echándose tras ella por costumbre,
lucha por ver si al agua el cuerpo roba
que su dueño arrojó sin pesadumbre;
mas Julio, indiferente y alelado,
que lo que ántes amó, detesta ahora,
sube al cerro empinado
donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
y presumiendo que jamás sería
la huella de su crímen descubierta,
desde lo alto del cerro
mira con alegría
de Rosaura el entierro
que en el agua va á hallar tumba sombría;
y al perro y al cadáver contemplando,
arrastrados los ve por la corriente
que flotaban dejando
el rastro de una luz fosforescente:
y con ojos abiertos
por el terror desmesuradamente,
ve al perro que, luchando sin descanso,
ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo,
pide auxilio, gimiendo,
hasta que al fin, del rio en lo más manso,
se cumplió su destino,
pues al llegar á un pérfido remanso
se los sorbió á los dos un remolino.

XIV.

Todo esto lo ve Julio desde el cerro
con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
ni siquiera al morir soltó á la muerta.

ESCENA VI.

El anónimo.

JULIO.—UN ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un dia:
—¡Por darte vida á tí, me mataría!—
Y al otro dia, por autor incierto,
con lápiz al final se vió añadido:
—Si ella hubiese vivido,
ya de hastío tal vez la hubieras muerto.—

ROSALÍA.

JORNADA TERCERA.

ESCENA PRIMERA.

Madrigal.

JULIO.—ROSALIA.

Hay un rincon maldito en el infierno
desde el que, en vaga y celestial penumbra,
para aumentar el sufrimiento eterno,
otro rincon del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
la hermosa luz de tu semblante alumbra,
si es mirarse en tus ojos retratado
hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II.

El almez.

JULIO.

I.

Junto á este mismo almez á *Rosa* un dia
hice votos de amarla eternamente.
Se está oyendo en el aire todavía
de mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
esclavo de otra fé, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
mas no pasa el amor.

II.

Otro dia, á *Rosaura* encantadora,
al pié del mismo almez juré lo mismo,
y recuerdo que, entónces, como ahora,
cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
vinieron á cantar á otra hermosura;
porque se van amados y amadores,
pero queda el amor.

III.

Despues, al pié de este árbol, he sentido,
estático mirando á *Rosalía*,
momentos de emocion, en que he perdido
para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron ántes,
si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¡que es siempre, siendo otros los amantes,
uno mismo el amor!

IV.

Almez, á cuyo pié tanto he adorado;
de amores, que aún vendrán, altar querido;
que enciendes, recordando mi pasado,
de mi sangre el ardor...
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
y otro árbol nacerá de tu semilla,
porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
es eterno el amor.

V.

Y cuando el mundo al fin sea extinguido
y se oiga en las regiones estrelladas
del orbe entero el último crujido
en inmenso fragor,

Dios de nuevo la nada bendiciendo,
de ella hará otros almeces y otros mundos,
é irá un hervor universal diciendo:
—¡Amor! ¡amor! ¡amor!...—

ESCENA III.

¡Así!

ROSALIA.—DANIEL.

I.

—Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿por qué se clava con ardor en mí?
¡Es mi pecho un volcan! ¡muero abrasada!
¡No me mires así!—

II.

—Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
ya no se clavan con ardor en mí;
si he de vivir, mírame *así*... como ántes...
Fíjate bien: *¡así!*—

ESCENA IV.

Las églogas modernas.

ROSALIA. —JULIO MONTERO.—DANIEL.—LA LUNA.

EL POETA.

I.

Ya habia poca luz en la montaña
y era casi de noche en las honduras,
viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,

bajo un monte con luz, valles á oscuras.
En uno de los valles de esta sierra,
se halla un jardin oscuro y pintoresco
que parece olvidado de la tierra;
y del jardin, en el rincon más fresco,
un cenador formado por almeces,
donde no se ve luz ni se oyen ruidos,
y hay tanta paz en su interior, que, á veces,
hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
que suelen escuchar los cenadores,
cuando á oidos discretos
se acercan unos labios habladores,
están al fin de este apacible dia
en aquel cenador, sin luz ni ruidos,
sobre un banco, Daniel y Rosalía,
deshojando unas flores distraidos.

II.

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,
sobre el banco, que el musgo aterciopela,
á Daniel escuchaba embebecida
cuando tenía apénas
la edad en que ya corre por las venas
el alma confundida con la vida.
Además de ser bella,
se admiraban en ella
los lindos piés y las pequeñas manos,
y su cútis tenía
ese matiz que se llamó algun dia
el *bético color* por los romanos.
Pasando en Avilés por gaditana,
en Cádiz se decia
que era prima del sol y peruana,
pues siendo tan morena, Rosalía,
con la tez de su abuela competia
su tez de cuarterona de la Habana.

III.

Nuestro Julio Montero
que á Rosalía con furor amaba,
recuerda cuando Rosa le juraba
que es el último amor el verdadero.
Con respeto profundo
cumplia como noble sus deberes,
y á no encontrar morenas en el mundo
sería un Escipion con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
á su ardoroso seno
en el color moreno
le enviaba Satanás mil tentaciones,
fué una tras otra, y en creciente, amando
tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
las tres morenas y las tres hermosas;
y por eso con honda simpatía
fué en su pecho reinando
la bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
ligero uno, otro grave, otro profundo;
positivo y equívoco el primero;
casto, ardiente y fantástico el segundo;
y ultra-amante y platónico el tercero.
Y, segun la sentencia del profeta,
—*como los hombres para amar son ciegos*—
halló Julio en sus sueños de poeta
en la abuela, en la hija y en la nieta
toda la gracia antigua de los griegos:
y amante, á su pesar, de Rosalía,
estaba tan celoso, tan celoso,
que el pobre, un poco viejo, no sabía
pensar en Luis catorce, que decia:
—A mi edad, mariscal, nadie es dichoso.—

IV.

Era tanta la fé con que queria,
que ¡perdonad la execracion, Dios mio!

el lecho de su madre quemaría,
si los viese con frio,
por calentar los piés de Rosalía.
No hay crímen ni bajeza
que no cometa un hombre, si celoso
tiene un horno encendido por cabeza;
por eso el dia aquel Julio, envidioso,
siendo más bien que un necio un insensato,
¡oh, inocente candor de los sesenta!
quiere escuchar un rato
lo que Daniel á Rosalía cuenta;
y como ántes ya dije que tenía
el bello cenador por ambos lados
asientos de granito desgastados,
en uno de los cuales aquel dia
juntos están Daniel y Rosalía
con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza,
y era más bien demente que culpable,
poco ántes, sacudiendo la cabeza
como un loco incurable,
queriendo ver y oir el miserable
lo que habia en su amor de misterioso,
exaltada su ardiente fantasía
se escurrió cauteloso
cual si fuese un reptil, bajo el asiento
en que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento
siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V.

Miéntras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
sentados en el banco, que tenía
por la lluvia el cimiento socabado,
bajo el asiento echado,
y oculto en situacion tan vergonzosa,
se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
cual de un eco lejano del pasado;

y agolpársele siente,
ya arrepentido de su mal consejo,
el rubor á la frente,
pues tarde ve, que, desdichadamente,
sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡pobre Julio! su ansiedad es mucha,
pues cree que encima del asiento imitan
del tormentoso amor la ardiente lucha
las ramas que se agitan...
y es que para un celoso, cuando escucha,
los silencios parece que palpitan.
Mas ¿qué hacen esas almas encantadas
de corazon tan jóven como ardiente?
Nonadas nada más, simples nonadas;
lo que se suele hacer naturalmente
cuando brota el amor de dos miradas;
lanzar ayes de amor que hacen un ruido
como de santa intimidad de nido;
esas cosas, henchidas de placeres,
que cuando se aman hombres y mujeres,
se dicen muy cerquita y al oido;
lo que se dice en víspera de bodas,
por lo cual Rosalía, hablando quedo,
murmura como todas
las que van á casarse:—¡Tengo miedo!—

VI.

¡Pájaro fascinado, que aturdido
en la boca cayó de la serpiente,
ve Julio, arrepentido,
que nada oye ni ve, pues solamente
como si fuese el aura,
la hija encantadora de Rosaura,
haciéndole cosquillas en la frente
le roza sin querer con el vestido!
Y á aquel roce magnético, sintiendo
los celos de la carne acres y extraños,
sin poder oir nada, estuvo oyendo
diez segundos más largos que diez años:

y unos ojos abria
cual los que abre un ahogado en su agonía
en el fondo del agua;
mas ni el pié vió siquiera á Rosalía,
porque un doblez de encaje de la enagua,
como á un astro una nube, lo cubria;
y su amor maldiciendo,
echa al cielo, gimiendo,
con un resto de juicio,
la mirada de un hombre que está viendo
que en el fondo se echó de un precipicio,
en tanto que despiden á porfía
los ojos de Daniel y Rosalía
relámpagos de luz y de deseos
al rumor de los tiernos cuchicheos
de pájaros nacidos aquel dia.

VII.

¡Ay! una vez que de gentil manera
dió un salto sobre el banco Rosalía
como una cervatilla en la pradera,
Julio vió que el asiento se bajaba
y al grave peso de los dos cedia...
y al verlo, su cabello se erizaba,
y ahogándose, el aliento retenía,
y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
á resistir el peso maldecido
con el valor de un Hércules comienza,
y ya en su hueco de reptil metido
para oir á Daniel y á Rosalía,
ni pudo articular ningun sonido,
ni moverse del sitio en que yacia;
y al fin, cuando repara
que si el banco á la base mal sujeto
baja algo más le aplasta por completo,
toma de Julio la siniestra cara
un color de cabeza de esqueleto.

VIII.

Julio echando hácia arriba
la mirada de un lobo encadenado,
con temor infinito
ve que el cimiento en que el asiento estriba,
por el tiempo y la lluvia descarnado,
deja correr hasta el nivel del suelo
el banco de granito,
como si fuese un témpano de hielo;
y aunque ahora, como ántes,
creen oir los amantes
en lo profundo de la sombra un ruido
parecido al rumor de unas congojas,
creyendo que habrá sido
el dulce remolino de unas hojas,
siguen quietos Daniel y Rosalía,
miéntras Julio sentia
un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡oh! mil veces miserable!
¡Qué escena tan cruel parecería
si nos pintasen con su ardiente estilo
situacion de dolor tan lamentable
el fiero Dante, ó el poderoso Esquilo!

IX.

Quejoso Julio de su suerte inícua,
tiende hácia el cielo una mirada oblícua,
y al través de la trémula enramada
ve la luna plateada
que alzándose, cual nunca placentera,
con su luz entre blanca y azulada
cree que le viene á hablar de esta manera:
—Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¿Qué suerte adversa á sostener te trajo,
vil Sísifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba, y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere: esta es la vida.

¡Asesino de Rosa,
por quien Rosaura se murió de pena!
Ya ves que es esta vida una cadena
en que nace una cosa de otra cosa;
y por eso sin duda al cielo plugo
que sea en esta noche tan serena
Dios tu juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
une el fin y el principio de tu vida.
¡Adios! Se hunde la losa, gime y reza;
aprovecha piadoso
el último momento luminoso
que nos presta al morir naturaleza.
¡Adios! ¡Adios! Tu amor era un delírio.
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
llegó á la expiacion por el martirio!—
Y al soñar que la luna así le hablaba.
metido en aquel lecho de Procusto
el semblante de Julio ya tomaba
la térrea y fria palidez de un busto,
diciendo, porque á Rosa recordaba,
en vez de blasfemar:—¡El cielo es justo!—
Y al trasponer la cima de un vallado,
la luna parecia
que recordando á Julio su pasado
—¡la expiacion!...—cruel le repetia.

X.

Y en tanto que seguia indiferente
la luna su camino,
y que arriba y abajo eternamente
marchaba cada cosa á su destino,
ni sentados ni en pié, medio apoyados
para contarse el fin de algun secreto,
derriban los amantes por completo
del banco los cimientos socabados.

¡Y en el fatal momento
en que al peso insufrible del asiento
los poros de sus miembros aplastados
brotaban un sudor sanguinolento,
á tientas Rosalía y vacilante
para hacer más graciosa una postura,
sobre el rostro de Julio agonizante
con el pié se asegura;
pisa, se afirma, la sedienta boca
del moribundo con el pié sofoca,
suena un ruido, la losa desprendida
aplasta á Julio en su mortal caida;
y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
besó el pié que le ahogaba, el desdichado,
con el último aliento de su vida!

ESCENA V.

El alma en venta.

JULIO.—SATANÁS.

Así con Satanás Julio habló un dia:
—¿Quieres comprarme el alma!—Vale poco.
—Tan solo por un beso la daria.
—Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco!
—¿La compras?—No.—¿Por qué?—Porque ya es mia.

FIN.

DICHAS SIN NOMBRE.

POEMA EN UN CANTO.

Al popular escritor

EL SR. D. RAMON DE NAVARRETE Y LANDA (Asmodeo)

su antiguo amigo y compañero.

El Autor.

DICHAS SIN NOMBRE.

I.

Lo tengo bien presente:
la quinta de Pombal, honra del Tajo,
se encuentra rio abajo, rio abajo,
saliendo de Lisboa hácia el Poniente.
En Portugal los sueños son pasiones:
y en el bello jardin que os he nombrado,
hecho por algun sábio enamorado
del arte de avivar las tentaciones,
un dia, el más hermoso de mi vida,
niñas bellas y jóvenes rendidos,
jugamos á escondernos, y en seguida
á volvernos á hallar bien escondidos.

II.

¡Cuánta divina cosa
se agolpa á arrebatarnos el reposo
en esa edad dichosa
en que es encantador lo peligroso!
Así una inglesa, hasta dar miedo, hermosa
en aquel dia para mí dichoso,
merced á la bondad de cierta prima
que me dió cierta fama de poeta,

al verme se animó, como se anima
al soplo del Abril la violeta;
y siendo aquella vez la vez primera
que del amor la música escuchaba,
la niña me miraba
poniendo en su mirada el alma entera;
pues su candor, que era su grande encanto,
era tan ultra-inglés, que todavía,
teniendo ya quince años, no sabía
por qué los hombres la miraban tanto;
y sin saberlo, ardiente,
no os engaña mi lengua, si os confiesa
que en sus lábios tenía, aunque era inglesa,
los mortales perfumes del Oriente.

III.

Yo la miré tambien con vivo fuego,
y, despues de mirarnos,
corrimos á escondernos: si bien luégo
jugamos, escondidos, á adorarnos;
que en el mundo el amor siempre está en juego.
Y, miéntras llena de inquietudes ella,
de un rincon del jardin tomó el camino,
más rápida y más bella
que una fúlgida estrella
que corre por los cielos sin destino,
yo la seguí atrevido,
sintiéndome exaltado
por el vapor caliente y colorado
que arroja el Tajo por el sol herido;
y en un cierto rincon que parecia,
á trechos arenal y á trechos prado,
se escondió bien á espaldas de un vallado,
para que yo la hallase si queria.
Mas, lo que es una infamia, es que aquel dia
me dijo ella su nombre y lo he olvidado;
y no encuentro manera,
por más que la conciencia me remuerde,

de recordarlo ahora, que era... que era...
Ya lo diré despues cuando me acuerde.

IV.

No sé bailar como se baila hoy dia;
mas llegué hasta á bailar con elegancia
cuando yo, á los veinte años, escribia
mis versos para el uso de la infancia;
y hoy todavía entiendo
que á correr (no á bailar) nadie me gana,
aunque ya voy teniendo
bastante edad para morir mañana.
Por eso corrí tanto, aunque sentia
mis nervios por el rayo sacudidos,
cuando al irse á esconder ella corria
como una cierva al escuchar ladridos.
¿Si por estos pueriles devaneos
me mirará, algun dia, el cielo airado,
como miran los jueces á los reos?
¿Por qué el tener amor será pecado?
¿Qué mal harán á Dios nuestros deseos?

V.

Y aunque es fama que, ardiente y seductora,
coge el saber la adolescencia al vuelo
y mira con placer, cuando lo ignora,
cuánta ciencia se aprende en una hora,
si es la hora marcada por el cielo,
echado entónces del pudor el velo
ni de una sola esquina
tiraron mis amantes inquietudes,
pues siempre, entre ella y yo, la muselina,
haciendo una aspillera de virtudes,
levantó una muralla de la China.

VI.

Sólo una vez, al estrechar su mano,
robó de mis entrañas el sosiego
un poco de aquel fuego
que ha enterrado á Pompeya y á Herculano.
Víctima del mutismo
que da el amor, cuando en la fiebre toca,
se quedó en celestial sonambulismo;
y no pudiendo hablarme con la boca,
me hablaba con los ojos, que es lo mismo.
¿Estaba ella en el mundo? Lo ignoraba...
Mas ¿cómo se llamaba?... Se llamaba...
¿Echarán nuestros nombres en olvido.
lo mismo que los hombres, las mujeres?
Si olvidan, como yo, los demás séres,
este mundo, lector, está perdido.

VII.

Despues quiso el destino
que por un claro enorme que tenia
aquel vallado pérfido de espino,
se asomase una faz que parecia
conservada en espíritu de vino;
y era la cara extraña
de la madre dichosa de la inglesa,
que á aquel sol, que es igual al sol de España,
tomaba esa apariencia de la araña,
pronta siempre á caer sobre su presa,
y que, creyendo un crímen descubierto,
me parecia con la boca abierta
la hiena que olfatea carne muerta
en el viento que sopla del desierto:
mas la jóven, prudente,
fingió serenidad con tanta gracia
ante el horror de la acritud materna,
que me hizo ver que, cuando se ama y siente,

en materias de amor y diplomacia
cualquiera niña es *la mujer eterna*.

VIII.

Miéntras la madre á su malicia atenta
me echaba unas miradas de soslayo,
miradas mitad sal, mitad pimienta,
la niña, traspasada,
como quien siente el látigo de un rayo,
se volvió del jardin hácia la entrada,
velados de estupor sus ojos bellos,
roja la frente, pálida la boca,
y además llenos de heno los cabellos,
aunque no, como Ofelia, por ser loca;
y mirándonos fuimos á hurtadillas,
cuando ya, huyendo el sol de las estrellas,
nos volvió á la ciudad, entre otras bellas,
un coche empavesado de sombrillas.
Y en tanto que en la eléctrica corriente
de sus calores vírgenes se ahogaba,
besaba con mis ojos santamente
á la niña gentil, que se llamaba...
¡Oh, malhadado olvido!
Para sacar del fondo de mi historia
su nombre en mis entrañas escondido,
¡en vano reavivando mi memoria,
con mi tambor, por la metralla herido,
toco llamada á mi perdida gloria!

IX.

Y cuando el hado adverso
me arrebató hácia España al otro dia,
lo mismo que Rousseau, cuando sentia,
me ahogaba en la extension del universo.
Y ¡lo que es el amor, divino cielo!
aunque olvidé su nombre,
de pensar si habrá amado á algun otro hombre
casi frunzo las cejas como Otelo.

¿Se habrá casado? ¡Oh pensamiento horrible!
¡Cómo arde mi cabeza! ¿Estaré loco?
¿Si habrá muerto de amor? Es muy posible;
¡los niños muy precoces viven poco!

X.

¿Qué habrán hecho los años envidiosos
de aquella imágen de serena frente,
con uno de esos rostros candorosos
que hacen pecar á un hombre mortalmente?
¿Acaso en este crítico momento
mandará un regimiento
de héroes futuros, cual su madre, hermosos,
como una valerosa coronela,
sorda al ruido del fuego y de las balas?
Y como el tiempo vuela,
¿formará entre las viejas generalas?
¡Generalas!... Esto es, ¿será ya abuela?
¿Será abuela la niña encantadora
que... (esperad que me acuerde) se llamaba...
¡Diera un millon por recordar ahora
su nombre... que acababa... que acababa...
No sé bien si era en *ira* ó si era en *ora!*

XI.

Estoy desesperado
al ver cuánta lectora,
viendo mi olvido, exclamará:—¡malvado!—
¡Malvado! Sí, señora;
pero yo, ¿qué he de hacer si lo he olvidado?
Mas ¿seré el primer hombre
que se olvidó de una mujer querida?
¡Ay! Yo bien sé que el olvidar su nombre
es la eterna vergüenza de mi vida.
¡Dejad que á gritos al verdugo llame!
¡Que me arranque á puñados el cabello!
¡Soy un infame, sí, soy un infame!
¡Ahórcame, lectora: hé aquí mi cuello!

XII.

Mas, si he de ser ahorcado
por alguna mujer que, consecuente
el nombre de un amor no haya olvidado,
entónces, confiado,
áun pudiera vivir eternamente.
Pero quiero morir, ¡oh rábia! ¡oh mengua!
¡No hay tormento más grande para un hombre
que el no poder articular un nombre
que se tiene en la punta de la lengua!
¡Oh tú, mi antiguo fiador, el viento!
Dí á todos, pues lo sabes,
¡cuántas veces mi amor de pensamiento
la remitió memorias por las aves!
¡Recuérdale á mi oido,
canoro ruiseñor de la enramada.
el mágico sonido
de aquel nombre olvidado, aunque querido.
¿Era Sara?... ¿Era Emma?... Nada, nada,
¡no sale, aunque lo tengo aquí escondido!

FIN.

LAS FLORES VUELAN.

POEMA DRAMÁTICO.

PERSONAJES.

CLARA, *viuda.*
JUSTINA, *su doncella.*
SIMONA, *su planchadora.*
EL CONDE DEL ESPLIEGO.
ALEJO, *su ayuda de cámara.*
GUSTAVO, *poeta.*
Máscaras, etc.

LUGAR DE LA ESCENA.

El teatro representa la galería de un baile de máscaras. La música se oirá más ó ménos distintamente durante toda la representacion.

LAS FLORES VUELAN.

ACTO ÚNICO.

ESCENA PRIMERA.

GUSTAVO. — SIMONA.

(Los actores se pondrán ó quitarán la careta, segun lo exija la necesidad de la representacion).

SIMONA.

¡El baile está esplendente!

GUSTAVO.

Me avergüenzo de verme entre esta gente.
Vertida aquí la poblacion entera,
rueda, como si fuera
una tromba marina,
dando y llevando, al ir por donde quiera,
los codazos que daba Mesalina.

SIMONA *(aparte)*.

(¡Qué jóven tan sabido!
No extrañaré en conciencia
que despues de estos trozos de elocuencia
tenga un rato de tos muy merecido).

GUSTAVO.

Aunque es ya mi pobreza tan visible,
con este dominó, no se ve nada
de mi frac de color indefinible.

SIMONA.

Vuestra casaca nueva está aviejada.

GUSTAVO.

Lo malo es que la vieja está inservible.
¡Sentir la inspiracion, ser caballero,
y no tener un céntimo, Dios mio!

SIMONA.

Es verdad: el talento, sin dinero,
es un horno sin fuego, que da frio.
Pero no ha de faltar quien os proteja
miéntras puedan planchar las manos mias.

GUSTAVO.

Teneis razon, sois cariñosa y franca.
De vos mi gratitud no tiene queja;
os debo el hospedaje de unos dias;
me planchais con primor la ropa blanca,
y me volveis muy bien la ropa vieja.

SIMONA *(aparte)*.

(¡Es buen muchacho! y mi postrer maniobra
será hacerle mi esposo,
porque, aunque tiene ingenio que le sobra,
es mucho mas ingénuo que ingenioso).

GUSTAVO *(aparte mirando hácia el salon).*

(Tan sólo una esperanza
en su miseria mi talento alcanza.
La busco inútilmente hace una hora.
Tal vez sea el remedio de mis males
el hada encantadora
que escucha con piedad las ánsias mias,
y que va á hacer un mes y algunos dias
que la colmo de amor y madrigales).
Conque á bailar, Simona, y con prudencia;
no sea que algun pillo...

SIMONA.

¿Dónde hay pillo mayor que mi inocencia?
(Aparte). (Es tan casto y sencillo,
que tiene un mal recuerdo en su existencia,
porque me vió una vez hasta el tobillo).

GUSTAVO.

Os digo esto...

SIMONA.

Es inútil vuestro empeño,
porque soy tan honrada,
que, si encuentro una cosa, busco al dueño
y se la vuelvo, aunque no valga nada.

GUSTAVO.

Es en un baile tan contínuo el roce...

SIMONA.

¿Estoy acaso en Bábia?
Yo soy, aunque ninguno lo conoce,
ménos en la gramática, una sábia.

ESCENA II

GUSTAVO, SIMONA.—Despues CLARA.—Sucesivamente ALEJO, el CONDE y JUSTINA.

(Los actores se colocarán entre otras máscaras, formando una especie de semicírculo del modo siguiente: Gustavo á la derecha del espectador, Clara, el Conde, Justina, Alejo y Simona que, delante del proscenio, ya estará cerca de Gustavo).

(En un grupo.)

GUSTAVO.

¡Mi Clara!

CLARA.

¡Mi poeta!

GUSTAVO.

Ya, junto á vos, mi corazon reposa.

CLARA.

Perdonad, se me cae la careta...

GUSTAVO.

Distraccion excusable en una hermosa.

CLARA.

Pronto me vísteis.

GUSTAVO.

Sí, por los reflejos.

CLARA *(aparte).*

(Echo reflejos... ¡ay!... no lo sabía).

GUSTAVO.

Os conocí, al miraros desde léjos,
cual se conoce al sol del medio dia.

(En otro grupo).

ALEJO.

¿Simona?

SIMONA.

Por venir más disfrazada,
vengo vestida de beata honrada;
y aquí no me llameis «Simona mia.»
Hoy mi nombre de guerra es «Atalía.»

ALEJO.

¿Quién es el que os hablaba?

SIMONA.

Es el poeta.

ALEJO.

Ah! sí, vuestro pupilo: el poetastro.

SIMONA.

Va á buscar, como un perro, por el rastro
virtudes con olor á violeta.

(En otro grupo).

JUSTINA.

¿Quién soy?...

CONDE.

Una mujer divina.

JUSTINA.

Soy Tina, abreviatura de Justina.

CONDE.

Estoy de eso, y de todo, en el arcano.
¡Sublime criatura!
¡Qué virtud! ¡Qué candor! ¡Qué pié! ¡Qué mano!
Y todo en la mayor abreviatura.

JUSTINA.

Teneis conmigo un proceder ambiguo;
y sé muy bien, y no por experiencia,
que se ama más lo nuevo que lo antiguo.
Dudando si me amais, á veces lloro.

CONDE.

Clarísima doncella,
vuestra ama es rica, y me uniré con ella.
Pero á vos, áun casándome, os adoro.
¿Quién habla de llorar á estas alturas?
Tina, y Tina querida,
¿no sabeis, como yo, que se halla el oro
en el fondo de todas las pinturas
de todas las escenas de la vida?

(En otro grupo).

CLARA *(aparte).*

(Ni siquiera imagino
cómo existe á su edad tanta inocencia).

GUSTAVO.

Ha sido vuestra entrada en mi existencia
la llegada de Dios á mi destino.

CLARA *(aparte, mirando hácia el grupo en que está el Conde).*

(Me alegro; el Conde allí. Veré si ahora
en la carnada de los celos muerde,
y en su pecho de viejo, y viejo verde,
deslizo alguna duda roedora).

GUSTAVO *(sacando una camélia del sombrero).*

Doy esta flor que guardo en el sombrero
á la mujer del mundo á quien más quiero.

CLARA.

¿La guardais para mí? Mi dicha alabo.

GUSTAVO.

Os juro que vos sola
sois digna de este honor.

CLARA.

Y á vos, Gustavo,
¿qué flor os negaria su corola?

GUSTAVO.

Os la doy en memoria...

CLARA.

Si, ya entiendo, en memoria de aquel dia...

GUSTAVO.

Tomad, mi gloria.

CLARA *(tomando la flor).*

Hasta despues, mi gloria.

(Se aleja mirándole).

GUSTAVO.

¡Oh ventura! Me ha dicho ¡gloria mia!

(En otro grupo).

ALEJO.

¿De dónde es ese mozo?

SIMONA.

Un provinciano.
Debe ser un gallego algo asturiano.

ALEJO.

Y el pillastre no es feo.

SIMONA.

Es muy guapo, y tan listo,
que cuando escribe versos, y los leo,
me recuerda unas cosas que no he visto.

ALEJO.

¡Cuidado!...

SIMONA.

¡Es tan afable!...

ALEJO.

Mira que los poetas no son buenos.

SIMONA.

Como tengo esta fama de impecable
nadie me dice nada, ó poco ménos.

GUSTAVO *(mirando de léjos á Clara).*

¡Con qué bondad tan bien acentuada
me acarició al partir, con la mirada!

ALEJO *(aparte, poniéndose un cigarro en la boca y acercándose á Justina).*

(Por si al hablar con Tina, cual presumo,
me pongo de vergüenza colorado,
me ocultaré la cara tras el humo
de este habano imitado).

JUSTINA *(aparte, viendo acercarse á Alejo.)*

(Si ha conocido á su amo, y se me enfada...
No ha conocido nada.
¡Oh, qué hombres tan sencillos!
¡Todo ha degenerado, hasta los pillos!)

ALEJO.

¿Pensais en Dios, hermosa?

JUSTINA.

No pienso en Dios, que pienso en otra cosa.

ALEJO.

¿En qué pensais?

JUSTINA.

Como futura esposa,
pensando en nuestros cortos intereses,
tengo *spleen*, como dicen los ingleses.

ALEJO.

Lo ahorrado ya...

JUSTINA.

No es tren que corresponde
á la ayuda de cámara de un Conde.

ALEJO.

¿Pensábais algo más, Tina querida?

JUSTINA.

Pensaba que, en estando establecida
á todo halago de los hombres sorda,
pasaré entretenida,
como muchas señoras, esta vida
pensando en no ser flaca ni ser gorda.

ALEJO.

¿Y en qué más, y en qué más?...

JUSTINA.

Pensaba en suma,
que me voy á casar probablemente,
con un bribon del género corriente
que jura, bebe, juega...

ALEJO.

Fuma...

JUSTINA.

Y fuma.

(En otro grupo).

CONDE.

¿Clara? No hay quien os vea.

CLARA.

No me he vestido bien; estaré fea.
Os traia esta flor... (*Dándole la camélia*).

CONDE.

¡Oh, don divino!
Yo estoy loco de amor.

CLARA.

¡Ah! no imagino
que el Conde del Espliego llegue á loco.
(Aparte). (Veo por el olor que no agua el vino.
Como es tan gran señor, beberá un poco).

CONDE.

Tengo celos.

CLARA.

¿De veras?
Y ¿de quien?

CONDE.

De ese jóven que está enfrente.

CLARA.

¿De aquel adolescente
que aún se corta las barbas con tijeras?

CONDE.

¿Dónde habeis á ese jóven conocido?

CLARA.

Es un pobre estudiante
que una moza que plancha ha recogido;
que me hizo un madrigal muy divertido
del género lloron y suplicante.

CONDE.

Algo más os haria...

CLARA.

Es verdad; cierto dia
me ha escrito el inocente
otros versos un poco subversivos,
y en ellos me decia

que me adoraba interminablemente,
añadiendo unos puntos suspensivos.

(En otro grupo).

SIMONA *(á Gustavo).*

La que hablásteis, Gustavo, es la señora.
Yo soy su planchadora.

GUSTAVO.

Pues planchádnosla bien.

SIMONA.

Os daré gusto.
¡Mucho almidon, y mucho fuego!...

GUSTAVO.

Justo.

CLARA *(aparte, alejándose del Conde).*

(A este viejo Narciso
hay que asirle con uñas afiladas.
Inquietarle con celos es preciso.
Está más indeciso
que un zorro entre dos puertas entornadas).

CONDE *(mirando alejarse á Clara).*

¡Si viese Clara bella
que regalo esta flor á su doncella!...

CLARA *(mirando al Conde).*

(¡Cómo mira! Si no es aprension mia,
se ablandará el ingrato.

Ya está el Conde, lo mismo que estaria
viendo un nido de tórtolas, un gato).

GUSTAVO.

Por caridad os ruego
que tanto amor vuestra bondad no irrite.
¿Cuándo no amó la luz un pobre ciego?

CLARA *(aparte)*.

(¡Qué humíldad! ¡Qué pasion! Esto derrite).

(En otro grupo).

CONDE.

Tomad la vida como Dios la ha hecho.

JUSTINA.

Estoy celosa como buena amante.

CONDE.

Poned, Justina, esta camélia al pecho,
y juntareis lo hermoso á lo elegante.

JUSTINA.

Gracias mil. ¿Conque tengo mejor cara
que mi ama doña Clara?

CONDE.

Sí.

JUSTINA.

Pero es rica, y tiene tanta suerte
que á los hombres que la aman con delirio
en santos los convierte.

CONDE.

¿Cómo?

JUSTINA.

Está claro; dándoles martírio.
(Aparte).(Dejando al Conde muerto de sensible,
daré esta flor á su criado Alejo.
Con estos dos tunantes me manejo
con una diplomacia irreprensible).

CONDE *(aparte).*

(Habla mucho, y muy mal: esto es que debo
tener su lengua entre sus pies sujeta.
La enredaré, para que esté bien quieta,
en la inmensa amplitud de un traje nuevo).

ALEJO *(viendo acercarse á Justina).*

¡Oh, qué flor y en qué manos seductoras!

JUSTINA.

¿Esta flor? Esta flor os la he comprado
en cambio del reló que me habeis dado,
y que es capaz de señalar las horas.

ALEJO.

Esto me prueba...

JUSTINA.

Que esa criatura
nunca debió soñar en la ventura
de conquistar una mujer como ésta,
que cree, lo mismo que si fuese un cura,
que vale la virtud lo que nos cuesta.

ALEJO *(aparte)*.

(Es una santa, como soy Alejo).

JUSTINA *(aparte)*.

(El dia en que se case mi ama Clara,
al Conde me lo dejo,
y me caso con éste hecha una fiera.
¡Vamos, no sé, si yo no me casára,
á dónde pararia mi carrera!)

(En otro grupo).

GUSTAVO.

¡Que sea eternamente bendecida
esa mirada que mi sér redime,
decidiendo del resto de mi vida!

CLARA *(aparte)*.

(No lo entiendo esto bien, pero es sublime).

GUSTAVO.

Os amaré, lo juro,
como vos, sin doblez y sin engaños.
Para toda alma pura, todo es puro.

CLARA *(aparte).*

(¡Oh Abril encantador de los veinte años!)

GUSTAVO.

Es para mí el amor cosa tan santa,
que en tan loca embriaguez y en dicha tanta
os consagro mi vida y mi albedrío...

CLARA *(aparte).*

(¡Despues de esto, la mar! ¡la mar! ¡Dios mio!)

GUSTAVO.

Sólo por vos, sería mi deseo
ser rico, ¡ser muy rico!...

CLARA *(Aparte).*

(De veras que este chico
visto con buena voluntad, no es feo).
¡Ay, Gustavo! El tener no importa nada.
Yo soy viuda... porque fuí casada;
mi marido tenía,
y me hizo, sin embargo, desgraciada.

GUSTAVO.

Lo siento.

CLARA.

Fué un bolsista acreditado,
de aplastada nariz, de sien enjuta,
de candidez astuta,
terrible variedad del hombre honrado;
mas cuando iba á empezar su vida honrada,

se murió de una fiebre mal curada.
¡Ah! perdonen los cielos
á aquella alma metálica y piadosa
que, al juzgarme capaz de cualquier cosa,
cayó en el prosaismo de los celos.

GUSTAVO.

¡Qué aprension!

CLARA.

Él ha muerto, pero al cabo
no ha de faltar quien consolarme pueda.
En amor y en política, Gustavo,
se muere un rey, pero la patria queda.
¡Adios! (*Aparte*). (Veré si el conde, como pienso,
siendo mio por fin, quiere ser rico,
ántes que esté mi corazon propenso
á hacer con este chico
de expresiones de amor un gasto inmenso).

(En otro grupo).

ALEJO.

Viéndoos todos los dias,
por semana os daré siete alegrías.

SIMONA.

De celos, esa Tina del infierno,
el corazon me abrasa.

ALEJO.

¡Ay Simona!... ó Atalía, el tiempo pasa;
pero no pasa en vano.
En la vejez es menester pan tierno,
y el invierno se va, vuelve el verano,

y cuando este da fin, vuelve el invierno.
Toma. (*Dándole la camélia*).

SIMONA.

¡Ay qué flor!...

ALEJO.

Si Tina lo recela
como tiene un humor tan iracundo...

SIMONA.

No tengais miedo; en cosas de este mundo
alcanzo tanto ya como mi abuela.

ALEJO.

En cuanto á aquel galan, tened presente
que me fastidia soberanamente.

SIMONA.

Él es tan bueno, como vos ingrato,

ALEJO.

Pues casáos con él.

SIMONA *(aparte)*.

(¡Ay! de eso trato).

(En otro grupo).

CLARA.

¿Conque sabeis amar?...

CONDE.

Con fanatismo.

CLARA *(aparte).*

(Seré Condesa; llevaré su nombre.
Y eso que está para casarse este hombre
mucho peor de lo que piensa él mismo).

(En otro grupo).

SIMONA.

Señor Gustavo, aunque es una locura,
recordaros quisiera
que, ocupada hace tiempo en mi ternura,
se me olvidó casarme, y soy soltera.

GUSTAVO.

Gracias por la noticia.

SIMONA.

Lo digo, no sin falta de malicia.

GUSTAVO.

¿Una malicia?

SIMONA.

Sí; y en su memoria
os regalo esta flor: tomad, mi gloria.

GUSTAVO *(con extrañeza al tomar la camélia).*

¡Calle! ¡Mi flor! ¿No es mi presente? El mismo.
¡Oh, juego vil de la perfidia humana!

¡Entró como el Guadiana en un abismo,
y volvió á salir de él como el Guadiana!

SIMONA *(aparte).*

(¿Luego ha dado esa flor á otra primero
y despues vino á mí? ¡Mal caballero!)

GUSTAVO.

A este golpe fatal de la experiencia,
todo el palacio de mis sueños cae.
Doy á aquélla una flor, y ésta la trae.
¡Esto enciende una luz en mi conciencia!

CLARA *(apart°, mirando al Conde).*

(Ya dió el Conde mi flor, mas no me quejo).

CONDE *(mirando á Justina).*

(Ya no tiene Justina mi presente).

JUSTINA *(mirando á Alejo).*

(¿Y la flor que dí á Alejo?)

ALEJO *(mirando á Simona).*

(Simona dió mi flor. ¡Ah, delincuente!)

GUSTAVO *(á Clara, escondiendo la camélia).*

El presente que os dí, corrió instantáneo
un largo derrotero subterráneo.
¿No es bien que—¡infame!—con razon os llame?

(Le vuelve la espalda).

CLARA *(haciendo que busca la camélia).*

Dejadme ver... (¿Qué haré? No sé lo que haga).

(Pasando rápidamente por el lado del Conde como buscando la camélia).

Conde, sois un infame. *(Le vuelve la espalda).*
(Aparte). (Si se casa conmigo me la paga).

CONDE (*haciendo tambien como que busca la flor).*

Sí, sí, dejadme ver... (No sé lo que hago.
Si me caso con ella se la pago).
(A Justina). Tina, por más que os ame,
os tengo que decir que he descubierto
que sois...

JUSTINA.

¿Muy consecuente?

CONDE *(volviéndole la espalda).*

Muy infame.

JUSTINA *(aparte).*

Esto me irrita mucho, porque es cierto.
¿Mas quién será el traidor? Alejo ha sido.
(*A Alejo).* ¡Infame seductor, me habeis vendido!
(Le vuelve la espalda).

ALEJO *(aparte).*

Son tan justas sus quejas,
que ya siento el rubor en las orejas.
¿Mas quién me habrá vendido?
¿Si habrá sido Simona? Por si ha sido,

bueno es que en ella mi rencor derrame:
(A Sim). ¡Me habeis vendido, seductora infame!
(Le vuelve la espalda).

SIMONA.

¿Yo una infame? ¡Qué escucho!
Oir esta verdad me duele mucho.
¿Qué extraño es que venganza al cielo clame?
¿Señor Gustavo?

GUSTAVO.

¿Qué?

SIMONA.

Sois ¡un infame!

GUSTAVO.

¿Qué escucho? Esto es para que el juicio pierda.
Mando una flor ufano
diciendo—gloria—por la diestra mano,
y—gloria—y flor me vuelven por la izquierda.
Luego un—infame—suelto,
¡Y es como un eco á mis oidos vuelto!
¡La voz como la flor cruzó el abismo!

CLARA *(aparte, mirando al Conde).*

(El Conde es siempre el mismo).

CONDE *(mirando á Justina).*

(¿Quién me diera saber á qué persona?...)

JUSTINA *(mirando á Alejo).*

(Estoy de celos llena).

ALEJO *(mirando á Simona).*

(¿A quién daria aquella flor Simona?)

SIMONA *(mirando á Gustavo).*

¡Bribon!

ALEJO *(mirando á Simona).*

(¡Bribona!)

JUSTINA *(mirando á Alejo).*

(¡Oh, qué bribon!)

CONDE *(mirando á Justina).*

(¡Bribona!)

CLARA *(mirando al Conde).*

(¡El Conde es un bribon!)

GUSTAVO *(mirando á Clara).*

(¡Clara no es buena!)

CLARA *(mirando al Conde).*

(¡Hombres falsos!)

CONDE *(mirando á Justina).*

(¡Mujeres perniciosas!)

JUSTINA *(mirando á Alejo).*

(¡Miserable!)

ALEJO *(mirando á Simona).*

(¡Coqueta!)

SIMONA *(mirando á Gustavo).*

(¡Miserable!)

GUSTAVO *(reflexionando).*

¡Todo esto es un enigma indescifrable!
¡La vida es el misterio de las cosas!
Y, pues amo á los pérfidos tan poco,
aunque me llamen loco,
pondré en claro este arcano, porque en suma,
más que al mismo huracan temo á la bruma.
(A Clara). ¿Y mi flor?

CLARA.

Voy á ver... Se habrá perdido...
(Haciendo como que la busca se acerca al Conde con disimulo).
¿Conservareis mi flor?

CONDE.

¿La habrán robado?...
(A Justina) ¿Qué ha sido de mi flor?

JUSTINA.

No sé qué ha sido...
(A Alejo). ¿Y mi flor? ¿Y mi flor?

ALEJO.

Ay, la he olvidado!...
(A Simona). ¿Teneis ahí mi flor?

SIMONA.

Sí, la he tenido...
(A Gustavo). Devolvedme mi flor.

GUSTAVO.

¿Quién os la ha dado?

SIMONA.

Me la ha dado... no sé... se me ha olvidado.

GUSTAVO.

¿Y quién os la ha pedido?

SIMONA.

No sé... me la pidió... me la ha pedido...

GUSTAVO *(aparte)*.

Voy á hacer otra prueba.
(Dando la flor á Simona). Tomad.

SIMONA.

¡Gracias!

GUSTAVO *(aparte)*.

(La flor de nuevo envio,
para observar qué viento se la lleva).

SIMONA *(despues de ocultar la camélia bajo el manto se la dá á Alejo con disimulo)*.

La camélia, bien mio.

GUSTAVO *(sin separar la vista de Simona).*

Pronto veré si sube como baja.

ALEJO *(á Justina).*

Mi bien, tomad la alhaja.

SIMONA *(aparte).*

(¡Cómo mira! Es que ignora
que el que más mira ménos vé...)

GUSTAVO *(aparte).*

(¡Traidora!
No te pierdo de vista.
Terco á esa flor la seguiré la pista).

JUSTINA.

Tomad, Conde, la flor.

CONDE.

¿La flor? ¡Qué he oido!

JUSTINA.

La tenía enredada en el vestido.

SIMONA *(mirando con disimulo á Gustavo).*

(Llegó, como celoso, al triste estado
de un hombre que, espiando, es espiado).

CONDE *á (Clara).*

Tomad la flor.

CLARA.

Conde, ¡me maravillo!...

CONDE.

La metí distraido en el bolsillo...

CLARA.

¿Y la hallásteis al cabo?...
Muy bien, Conde, muy bien...

(Miéntras Gustavo permanece con la vista fija en Simona, Clara le coloca la camélia en la mano izquierda).

Tomad, Gustavo.

GUSTAVO.

(¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!)

SIMONA *(aparte).*

(Ya á Alejo contenté, ¡no es poca suerte!)

ALEJO *(aparte).*

(¡Ya sonrie la pícara Justina!)

JUSTINA *(aparte).*

(A ese tuno de Alejo,
si la flor no me vuelve, me lo dejo).

CONDE.

(Pues es muy fiel, aunque es muy raro, Tina).

CLARA *(aparte).*

(Es como todos, regular el Conde).

(Se acerca á hablar con él).

GUSTAVO *(reflexionando).*

La flor que fué, volvió. ¿Cómo?... ¿Por dónde?...

(Vuelve á guardar con rábia la flor en el sombrero).

CLARA *(al Conde).*

¿Es decir que he de ser precisamente
poetisa ó Condesa?

CONDE.

¿Poetisa decís? ¿Qué cosa es esa?

CLARA.

Poetisa es casarse con Apolo,
un buen mozo que toca como él solo.

CONDE.

Pues escoged: al Conde, ó al poeta.

CLARA.

Entre él y vos ¿quién á dudar se atreve?
Yo soy una completa
filósofa del siglo diecinueve.

CONDE.

Pues le voy á decir...

CLARA.

¡Qué bobería!
Yo le hablaré, pues soy quien le abandona.
Hablarle vos, podria
comprometer un poco mi persona.
¿No veis que eso sería,
como se dice hoy dia,
dejar en descubierto á la corona?

GUSTAVO *(viendo acercarse á Clara).*

(Ella vuelve hácia aquí.)

CLARA *(aparte.)*

(¡Firme en la brecha!)

GUSTAVO *(á Clara).*

¿Podré saber por medio de qué arcano,
lo mismo que una flecha
volvió á su dueño por la izquierda mano
la misma flor que os dí por la derecha?

CLARA.

¡Ah! ¿Conque fué, y volvió?...

GUSTAVO.

Sí.

CLARA.

¡Quién creyera
que un objeto robado así volviera!...
La ida es natural, mas la venida...
Vamos, parece un sueño.

GUSTAVO.

Llamadle una ilusion desvanecida.
¿Qué corriente esta flor volvió á su dueño?...

CLARA.

¡Qué se yo! La... corriente de la vida.
Decís bien ¿quién creyera
que huyesen con tan rápida carrera
á hurtadillas las flores?
Aunque hay cosas mejores y peores
que dan de esa manera
al círculo social la vuelta entera.

GUSTAVO.

Pero un don del amor...

CLARA..

Precisamente
es el dar una flor, indiferente.

GUSTAVO.

¡ Una camélia, Clara, tan bonita!...

CLARA.

Pero escasa de olores,
Dar una flor, áun al mayor tunante,
eso, ni da ni quita.
Tan solamente es símbolo, el diamante,
de los firmes amores.
Despues de todo, jóven estudiante,
al amor, el amante,
es lo que al verso, el rípio;

el amor, no el amado, es lo importante;
el príncipe no es nada, ante un principio.

(En otro grupo).

ALEJO *(á Simona).*

¡Cuidado! Si te encuentras oprimida
por un tropel de gente...

SIMONA.

No hay cuidado, que yo toda mi vida
he tenido un pudor intransigente.
Sois un impertinente
en encargarme nada,
pues yo, naturalmente,
todo el tiempo que quiero soy honrada.

(En otro grupo).

CONDE.

¡Tina, cuidado!...

JUSTINA.

¡Inútil vigilancia!
No hay hombre que me siga,
que es tanta y tan terrible mi arrogancia,
que, como creen en Francia,
casi llevo un rewólver en la liga.

CONDE.

Cierto que nada á la bravura iguala
de esos ojos tan bellos,
aunque fulgura en ellos
todo el candor...

JUSTINA *(aparte).*

(De un tigre de Bengala).

(En otro grupo).

GUSTAVO.

Pero ¡señor!...

CLARA.

Todo eso es muy sencillo.
Cuando una flor las almas alboroza,
corriendo el mundo entero,
baja desde el castillo hasta la choza;
y, cambiando despues de derrotero,
con un allí te cojo, aquí te pillo,
sube desde la choza hasta el castillo.

GUSTAVO.

Pero, Clara, ¿no os llena de horror santo
esa flor que volando va en secreto?...

CLARA.

A mí no; ya me dió contra el espanto
mi madre, siendo niña, un amuleto.
Mas ¡qué idea!... ¿Quereis ganar dinero
con la flor que guardais en el sombrero?...

GUSTAVO.

¿Cómo?...

CLARA.

Escribiendo versos, y probando,
ya que sois tan profundo,

que hay cosas que volando, que volando,
de corazon en corazon, pasando,
dan, en ménos de un mes, la vuelta al mundo.

GUSTAVO.

Pues, todavía comprender no puedo...

CLARA.

¿No comprendeis la ida y la venida
del viaje de esa flor, que es un remedo
del misterioso viaje de la vida?

GUSTAVO.

A hacer del mundo á la virtud juguete
mi honor y mi conciencia se rebelan.

CLARA.

Pues debeis escribir un buen sainete,
que podeis titular: «LAS FLORES VUELAN.»

GUSTAVO.

¿Llamais sainete á esta feroz tragedia?

CLARA.

Bien, sainete ó comedia.

GUSTAVO.

Esta flor maldecida,
que en la sombra escondida,
de mano en mano vuela, arrebatada,
que se abisma comprada,
vuelve á surgir vendida,
y se vuelve á abismar, y reaparece;

más bien que una comedia, me parece
un pasaje de Job sobre la vida!

CLARA.

¡Ahora sí que estoy de espanto llena!
Hablando de ese modo,
me parece que haceis la última escena
de un drama en que el verdugo lo hace todo.

GUSTAVO.

Viendo morir la luz de mis amores,
¿no he de perder la calma?
¿Son todas las mujeres cual las flores?

CLARA.

Toda mujer es una flor con alma.

GUSTAVO.

Si eso es verdad, señora, á Dios alabo,
por no haber presentido estos horrores...

CLARA.

Pues estas cosas las vereis, Gustavo,
en donde quiera que se crien flores.

(En otro grupo).

ALEJO *(á Justina).*

Venid con vuestro Alejo
á beber dos botellas de lo añejo.

JUSTINA.

Mas...

CLARA.

¿No fiais de mi bolsillo?

JUSTINA.

Nada.
Mas tengo el mio. *¡Allons!* Y cuidadito.

ALEJO.

¿Tampoco confiais en mí?...

JUSTINA.

Tampoco,
pues, cual roban las aves
granito tras granito,
los hombres, muy suaves, muy suaves,
nos roban el candor poquito á poco.

(Se entran al salon de baile. El Conde se pasea).

ESCENA III.

Dichos, ménos Alejo y Justina.

CLARA.

Pues, decia, que el Conde hace una hora
me ha dicho, oliendo á ponche, que me adora.

GUSTAVO.

¿Qué me decís, señora?...

CLARA.

Y que está por mí muerto
hace ya muchos años; y por cierto
que era entónces tan viejo como ahora.

GUSTAVO.

Eso es darme á entender que yo desista...

CLARA.

Tened calma. No sé si os he contado
que, mi esposo el bolsista,
en títulos y en casa me ha dejado
una inmensa riqueza;
deuda de personal, consolidado...
pero entre tantos títulos, no he hallado
ni un título siquiera de nobleza.

GUSTAVO.

¿Mas qué tiene que ver mi pecho amante?...

CLARA.

Bien, dicho esto, pasemos adelante.

GUSTAVO *(aparte)*.

(¡Mi desgracia es completa!)

CONDE *(aparte)*.

(¡Desbancarme un poeta!
¡Un sér de utilidad desconocida!)

CLARA.

Como soy bien nacida,
que he debido escuchar, bien se os alcanza,
de varios, y de vos, enternecida,
dos mentiras:—amar sin esperanza—
y—estar desesperados de la vida!—

GUSTAVO.

¿Dos mentiras? ¡Qué escucho!
¿Creeis que mi amor rendido?...

CLARA.

¡Ah! sí, ¡el amor! Lo he conocido mucho,
cuando aún no conocia á mi marido.

GUSTAVO.

Pero, señora...

CLARA.

Acabaré la historia.

GUSTAVO.

Vos, sin duda, perdísteis la memoria...

CLARA.

Tal vez lo que decís es verdadero:
padecí de unas toses muy nerviosas,
y creo desde entónces, caballero,
que tengo en la cabeza un agujero
por el cual se me pierden muchas cosas.

GUSTAVO.

Pero ¿no recordais que el otro dia?...

CLARA.

¿Dije alguna locura?

GUSTAVO.

¿Locura? Yo creia...

CLARA.

Pero ¿quién cree esas cosas, criatura?

GUSTAVO *(aparte)*.

(Su frialdad me aterra.
¡Despues de abrirme el cielo, me lo cierra!)

CLARA.

Lo que os juro, y os juro, suspirando,
que miéntras por la noche esté velando,
y mi esposo roncando
con un sueño completo y concienzudo,
lleno, muy lleno, de dolor agudo,
vuestros castos y dulces madrigales
recordará mi pensamiento loco...
porque siempre en los lechos conyugales,
cuando uno duerme bien, duerme otro poco.

GUSTAVO.

¡Yo, imbécil, que creia
que ha de morir el que ama
por su Dios, por su Rey y por su dama!...

CLARA.

¿Morirse por todo eso? ¡Qué simpleza!

GUSTAVO.

¿Qué quereis? ¡no sé amar sin poesía!

CLARA.

Si un médico os oyese, os echaría
chorros de agua bien fresca en la cabeza.

GUSTAVO *(indignado)*.

Pues, señora bolsista...

CLARA.

Precisamente la cuestion es esa;
por eso me decido por el Conde;
por eso voy, adonde
me llamen:—mi señora la Condesa.—

GUSTAVO.

Pues vaya usted con Dios.

CLARA *(haciéndole una cortesía)*.

Hasta la vista.

GUSTAVO *(aparte)*.

(¡Ser gran señora! La cuestion es esa).

CONDE *(aparte, cogiendo del brazo á Clara)*.

Ya soy rico. ¡He triunfado!

CLARA *(aparte)*.

(¡Gracias á Dios! Por fin seré Condesa.
Es viejo, pero está mal conservado).

(Entran en el salon de baile Clara y el Conde).

ESCENA IV.

GUSTAVO.—SIMONA.

SIMONA.

Vengo á hablaros, Gustavo.

GUSTAVO.

Hablad, Simona.

SIMONA.

¿Me teneis por amiga?

GUSTAVO.

Y por patrona.

SIMONA.

Es igual nuestra suerte.

GUSTAVO.

¿Cómo igual?

SIMONA.

Porque el que escribe ó plancha...

GUSTAVO.

Es verdad, es verdad, se quema ó mancha.

SIMONA.

Y el débil se hace infame.

GUSTAVO.

Y grande el fuerte.

SIMONA.

He pensado una cosa.
No quiero callar más; yo soy muy llana.
¿Me quereis por esposa?

GUSTAVO.

Yo soy muy llano; no, beata hermosa.

SIMONA.

¿Y por qué?

GUSTAVO.

Porque no me da la gana.

SIMONA.

¿Pero es verdad, Gustavo?

GUSTAVO.

Sí, Simona;
no os quiero por mujer, ni por patrona.

SIMONA.

¡Se muda de mi casa, y no se casa!

GUSTAVO.

No me caso, y me mudo de su casa.

SIMONA.

Pues debíais casaros.

GUSTAVO.

Con la gloria.

SIMONA.

¿Y quién es esa jóven?

GUSTAVO.

Una vieja.

SIMONA.

Rica, ¿es verdad?

GUSTAVO.

Tanto, patrona mia,
que estropeais sin piedad la ortografía,
que toda su familia de inmortales
va poblando, al morir, los hospitales.

SIMONA.

Tendríais en mis manos un apoyo.

GUSTAVO.

No quiero depender de vuestra plancha.

SIMONA.

¿Dónde os mudais?

GUSTAVO.

Al medio del arroyo.

SIMONA.

Muy buena casa.

GUSTAVO.

Al ménos es bien ancha.

SIMONA *(aparte).*

(Otro chasco, ¡por vida!...
Este golpe me ha herido como un rayo.
¿Me desmayo?... No, no me desmayo,
pues tengo una galop comprometida).

(Se dirige al salon de baile).

GUSTAVO.

Metedme en un pañuelo el equipaje.

SIMONA.

Cuando vuelva á mi casa. ¡Adios!

GUSTAVO.

¡Buen viaje!

ESCENA V.

GUSTAVO.—*Grupos de máscaras.*

¡Otra ilusion perdida!
¡Suerte comun de grandes y pequeños!
¡Siempre que el viento sopla en nuestra vida,
va, más que nubes, arrastrando sueños!
Ya, sin amor, ni proteccion alguna,
¿qué puedo hacer, Dios mio!
¿Espero con tu ayuda la fortuna,
ó busco el medio de tirarme al rio?

(Empiezan á atropellarle las parejas bailando).

¡Cuánto feliz bailando!
Es que les pesa la conciencia poco.
Faltando aquí al undécimo estorbando,
¿serán ellos los cuerdos y yo el loco?
Maldigo los placeres
de este hormiguero de hombres y mujeres;
pues siendo engañadores y engañados,
verdugos hoy, y mártires mañana,
lo mismo que mi flor, van arrastrados
por el abismo de la vida humana.

(*Le vuelven á atropellar las parejas.*)

De aquí me va á arrojar, si no me quito,
el remolino eterno
de este baile maldito,
feliz respiradero del infierno;
donde, de gloria y de virtud exentos,
confundiendo traidores y traidoras
los falsos juramentos
de efímeros amores,
en rauda confusion, vuelan las horas,
los juegos, las mentiras, los alientos,
los requiebros, las risas y las flores.
(Se aumenta la confusion del baile con una galop infernal).

Pues aunque vea la virtud negada,
y la gloria vendida,
sin gloria ni virtud, no diera nada
por el mejor destino de la vida.
¡Sí! Buscaré con incesante anhelo
la virtud y la gloria,
dedicando mi vida á la memoria
de mi madre infeliz que está en el cielo.
¡Sol de la glorial...

UN GRUPO DE MÁSCARAS.

¡Atrás!...

GUSTAVO.

¡Por tí me abraso!

¡Oh, virtud!...

OTRO GRUPO.

¡Paso!

GUSTAVO.

He de decirlo...

OTRO GRUPO.

¡Paso!

GUSTAVO.

Aunque me arrolle la ciudad entera...

OTRO GRUPO.

¡Apartarse!

OTRO.

¡Apartarse!

OTRO.

¡Fuera!

OTRO.

¡Fuera!

GUSTAVO.

Señores, poco á poco.

UNO.

¡Es un loco!

OTRO.

¡Es un loco!

GUSTAVO.

¡Eso no es cierto!

OTRO.

¡Es un loco!

GUSTAVO.

¡Mentira!

(*Gustavo dando vueltas arremolinado por las máscaras, es echado á empujones de la escena en medio de una gritería general*).

CLARA *(saliendo del salon).*

¡No es un loco!
¡Es San Juan predicando en el desierto!...

(*Risa general*).

CAE EL TELON.

FIN DEL POEMA DRAMÁTICO.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

CUARTA PARTE.

EL TROMPO Y LA MUÑECA.

POEMA EN UN CANTO.

Al niño Pedro Pidal y Bernaldo de Quirós.

EL TROMPO Y LA MUÑECA

I.

Que no quiero te digo.
¿Cómo hoy al trompo ha de jugar contigo
el que ya de su edad perdió la cuenta?
¿Quieres que caiga en la pueril afrenta
de Caton el austero
que aprendia á bailar á los sesenta?
Te digo que no quiero, y que no quiero.

II.

¡Salud, salud, memorias candorosas
de mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!
¡Oh, memoria feliz de mi pasado!
¡Tu trompo, niño hermoso, me convida
á recordar, de pena traspasado,
los muchos séres que en la tierra he amado
y que sólo he de ver en la otra vida!

III.

Pues, como iba diciendo,
guarda ese trompo, niño, porque entiendo
que lo que vale un trompo bien guardado,

lo has de saber mañana
despues que haya pasado
el tiempo que echarás por la ventana.
Ya verás, ya verás bien claramente
que es sólo afortunado
el hombre que, inocente,
procura en lo pasado
encontrar la razon de lo presente.
Y, por si no lo crees, oye una historia
que, á más de cuarenta años de distancia,
aún trae á mi memoria
así como un recuerdo de mi infancia.
Tan sólo temo que, de juicio falto,
me oigas hablar sin atencion alguna:
¿Que escucharás? Pues bien, ponte más alto:
súbete á mis rodillas: ¡á la una!...
¡á las dos!... ¡á las tres!... ¡á las...! ¡buen salto!
¡Estos niños son ángeles traviesos
que en vez de tener alas tienen huesos!
¡Ay! como tú, cuando iba yo á la escuela,
por subir al regazo que adoraba
de mi madre ó mi abuela,
no saltaba, volaba,
pues todo el mundo sabe
que la niñez, ligera como un ave,
cuando anda, salta, y, cuando salta, vuela!

IV.

Conque empiezo mi historia, y oye atento:
—Sin la sonrisa de sus buenos dias,
Alicia, la heroina de mi cuento,
con la hiel de su propio pensamiento
se ocupa en amargar sus alegrías.
Y conforme es mayor su desconsuelo,
más en la fé de su ilusion se aferra,
pues ella es de esas almas que, en su vuelo,
en vez de gravitar hácia la tierra,
parece que gravitan hácia el cielo.
Fué Alicia el pasmo de la villa toda

cuando era yo muy jóven todavía,
y recuerdo que un dia
puso en Madrid las pálidas en moda.
Mas ¡ay! tuvo un marido
que aunque no la olvidó, la echó en olvido!
Casada de los piés á la cabeza,
quiso á su esposo con ardor profundo,
y pagó, como muchas, en el mundo
horas de amor con siglos de tristeza.

V.

De esta madre infeliz es el tesoro
una niña pequeña,
á cuya cara, por demás risueña,
sirven de marco unos cabellos de oro.
Cara infantil, trasunto de los cielos,
donde lucir se ven tres maravillas,
pues tiene, cual la tuya, tres hoyuelos,
uno en la barba y dos en las mejillas.
Mejillas ruborosas
que hacen pensar con júbilo á la gente
que, el que las tiene, come solamente,
como la Vénus de Schiavone, rosas.
Y á riesgo de espantar doctos oidos,
añado que Rebeca, sin disputa,
aunque tiene siete años, no cumplidos,
es, como un viejo cardenal, astuta.
Calcula por los dedos de la mano;
no hay fábula moral que ella no entienda:
y hasta sabe que un niño, que es su hermano,
se lo compró su madre en una tienda.
Y contando además cuentos extraños
con voz que es una música inefable
(porque no hay sinfonía comparable
al són de una alegría de siete años),
disipa enternecida
de su madre las penas.
¡Toda niña, al nacer, trae aprendida
la cancion que cantaban las sirenas!

VI.

Cuando Alicia, la madre sin ventura,
vió amontonarse sobre su alma pura
engaños sobre engaños,
se resignó á morir sin calentura,
que es la muerte senil á los treinta años.
Tendida sobre el lecho,
al siniestro fulgor de una luz mate
que oscila en la pared y alumbra el techo,
de Alicia el corazon con ánsia late
cual si fuera á saltársele del pecho.
Teniendo en su cabeza de esqueleto
una gorra de loca,
y oyendo á un cura, que la exhorta inquieto,
se sonrie la infiel con media boca,
dudando entre la burla y el respeto.
¿No es verdad, niño hermoso,
que el hecho escandaliza?
No temas el ejemplo. Esto horroriza,
y aquello que dá horror no es peligroso.

VII.

Ya he dicho en otra parte, y lo repito,
que si no se halla el corazon contrito,
toda la humana ciencia es cosa poca
para templar el ánsia de una boca
abrasada con sed de lo infinito.
Y así, como es tan vano,
cuando no hay fé, todo consuelo humano,
el corazon de Alicia, de ira lleno,
como un puñal indiano
empapó su mirada de veneno,
y con un gesto frio de amargura,
con ojos fijos y los lábios mudos,
despidió al pobre cura
haciéndole el menor de los saludos.
Y el sacerdote, el corazon sintiendo

traspasado con flechas de ironía,
de la alcoba saliendo,
la frente señaló como diciendo:
—Por allí no anda el juicio todavía.—
Y Alicia, en tanto, con el cuerpo inerte
los ojos apartó de un Crucifijo,
y, resignada á su implacable suerte,
con más suspiros que palabras, dijo:
—¡Marchemos al encuentro de la muerte!—
¡Oh, Alicia sin ventura,
á qué terrible estado
la arrastró el ideal de su ternura!
¡Bien dice la Escritura,
que la muerte es la pena del pecado!

VIII.

Mas ¡oh resurreccion inesperada!
Pero, ántes que de Alicia cuente nada,
te diré que Rebeca
heredó de su madre una muñeca,
y que, haciendo con ella de persona,
crece, piensa, compara y reflexiona;
muñeca, en fin, para la cual cosía
un traje cada dia,
y á quien daba á comer un guiso nuevo
en unas tazas que la niña hacía
de unos trozos de cáscara de huevo:
¡Guisos y tazas ¡ay! que aún son mi encanto,
pues me hacen recordar, bañado en llanto,
ciertas tortas de pan, que ella amasaba,
y que, feliz cual yo, me regalaba
mi nodriza en los dias de mi santo!
¿Por qué, por qué nunca echará en olvido
memorias tan dichosas
mi espíritu, ya medio sumergido
en esa paz inmensa de las cosas?

IX.

Mas ya el hilo perdí de nuestro cuento.
¿Estábamos?... Es cierto; en el momento
en que, hablando de Alicia á la muñeca
con su voz argentina,
iba muy pronto á parecer Rebeca
Ciceron flagelando á Catilina.
Pues al morir la madre, tristemente
habla la niña á su muñeca, enfrente
de un espejo tan claro como extenso,
que recuerda por limpio y por lo inmenso
los tiempos fabulosos del Oriente:
y merced á un reflejo
de la pálida luz que da en Rebeca,
le enseña á Alicia en ideal bosquejo
la imágen de la niña y la muñeca
el ángulo visual en el espejo;
y como ya Rebeca comprendia
si su madre creia ó no creia,
(pues las niñas curiosas
tienen noticias ciertas,
y aprenden muchas cosas
cuando andan escuchando por las puertas),
con labio purpurino,
meciendo á su muñeca, le decia:
—¡Pide al cielo, hija mia,
que Dios vuelva á mi madre al buen camino!—
¿Te burlas del candor de la inocente?
Yo tambien, niño mio,
viendo á Rebeca hablar tan sériamente,
teniendo ganas de llorar, me rio.

X.

Miéntras la niña del espejo enfrente,
esta infantil catilinaria dice,
la madre, de reojo, dulcemente
la mira, la acaricia y la bendice;

y recordando en el momento mismo
que vió algun dia cual fulgente estrella,
en el espejo aquél la niña aquélla
ántes de ir á la pila del bautismo,
recobrando el candor de la existencia,
se enternece, suspira,
y, admirada de ver tanta inocencia,
manda un beso al espejo en que la mira;
y las cosas más tiernas y sencillas
de sus dias primeros recordando,
de aquel cuadro infantil saltan, volando,
recuerdos, como alegres avecillas;
y pensando en su madre, llora, y luégo
al calor de sus dias de inocencia
se ablanda poco á poco su conciencia
cual cede el hierro de la fragua al fuego.
Y, puesta sobre el lecho de rodillas,
gritando con fervor—¡perdon, Dios mio!—
su frente se empapó de un sudor frio
que resbaló despues por sus mejillas.
Y al ver que, ya sensible á sus deberes,
Alicia mira al cielo,
la niña, que, cual todas las mujeres,
sabe á fondo la ciencia del consuelo,
la abraza alborozada,
y, á su madre abrazada,
Rebeca parecia
un ángel que, radiante de alegría,
presenta á Dios un alma extraviada!

XI.

¡Lo que son los destinos!
De Alicia, descreida y virtuosa,
la muñeca fué el hada misteriosa
que á sus pasos abrió santos caminos;
pues por ella al final de su existencia,
con la bondad del alma de una santa,
juntando el buen humor á la inocencia,
y uniendo lo que alegra á lo que encanta,

volvió á beber las aguas cristalinas,
de la inocencia de la edad primera,
lo mismo que se van las golondrinas
á buscar una nueva Primavera;
y satisfecha ya, fué Dios su guía;
y ya inocente, recobró la calma;
que es la inocencia la salud del alma,
y es la salud del cuerpo la alegría.
Y olvidando sus males,
volvió á reconquistar desde aquel dia
la religion, la gracia y la energía,
potencias invencibles é inmortales;
y recordando con filial ternura
los dioses lares de su hogar paterno,
tornó Alicia á adorar con alma pura
al Sér vivo, absoluto, uno y eterno,
fé, esperanza, verdad, bien y hermosura.

XII.

¿Has comprendido bien, Pedro adorado,
cuán útil puede ser á la conciencia
un trompo como el tuyo bien guardado?
¿No ves, por experiencia,
que un juguete infantil desenterrado
puede ser una ciencia
que enseñe á desandar lo mal andado,
y á recordar los dias de inocencia
uniendo lo presente á lo pasado?
¡Ya ves cómo á toda alma descreida
del alto cielo la clemencia alcanza,
y que, en trompo ó muñeca convertida,
en todos los naufragios de la vida
echa el cielo el tablon de una esperanza!
¡Ya ves cómo un juguete que se deja
y que á encontrar se vuelve casualmente,
hace que Alicia vieja, y ya muy vieja,
torne á ser inocente;
y que, pensando ya cómo refleja
sus objetos el agua de la fuente,

con sus sentidos y potencias todas,
turbios los ojos y las manos secas,
toma el pretexto de ensayar las modas
para jugar, ya anciana, á las muñecas;
y al olvidar sus muchos desengaños,
aunque vieja, muy vieja,
viviendo se asemeja
á una niña, muy niña, de cien años.
¡Saber envejecer! Esta es la ciencia
que yo con más ardor al cielo pido,
ahora que se extingue mi existencia
primero entre las brumas de la ausencia,
y despues en la noche del olvido!
¡La fé en la ancianidad, son los favores
que pedirán al cielo tus dolores
cuando hayas aprendido
en tu vida precaria
que, á más de un receptáculo de horrores,
la tierra es una tumba solitaria,
sobre la cual derrama sus fulgores
el sol como una antorcha funeraria!

XIII.

Pero ¡ay! olvida, olvida
este final tan lúgubre y sangriento,
pues sé, por mi desgracia y mi escarmiento,
que es un gran mal el conocer la vida.—
Y, pues llegó á su término mi cuento,
aunque es, por su fortuna,
poco ménos que ocioso
aconsejar al que, cual tú, dichoso,
la ciencia y la virtud halló en su cuna,
oye un consejo y deja que te abrace:
Sé leal á la gloria de tu nombre,
pues la mayor traicion es ser el hombre
desertor de las filas en que nace.
No olvidando esta historia,
y guardando ese trompo y siendo bueno,
seguirás por la senda de la gloria

que te trazó con su inmortal memoria
tu ilustre abuelo de modestia lleno (1).
Aprende bien que *obliga la nobleza*,
y Dios te lo demande
si no imitas con ciencia y con firmeza
la rectitud, la gloria y la entereza
de aquel á quien su patria le hizo grande
y que fué superior á su grandeza.

XIV.

¿Me juras que lo harás? ¡Pues adelante!
Toma un beso, y adios, que estoy de prisa:
que dure eternamente en tu semblante
la bella obstinacion de tu sonrisa.
Y, en prueba de lo mucho que te adoro,
¡ruego al cielo que, alegre y sin hastío,
no tengas que llorar, como yo lloro,
penas sin causa en horas de vacío;
y que las Parcas hilen, hijo mio,
el hilo de tu vida en husos de oro!

(1) Don Pedro José Pidal, primer marqués de Pidal.

FIN.

LA GLORIA
DE LOS AUSTRIAS.

A mi buen amigo el profundo filósofo

DON URBANO GONZÁLEZ SERRANO.

LA GLORIA DE LOS AUSTRIAS

POEMA EN UN CANTO

I.

Musa viril de la Epopeya, canto
aquella accion tristísima en que vino
á ser de niño el héroe de Lepanto
un hermoso juguete del destino!
¡Canto, Musa, al varon que siendo espanto
del turco, el holandés y el argelino,
en la historia aprendió de unas manzanas
la caridad y la virtud cristianas!

II.

¡Canto tambien al héroe, que de horrores
fué la Europa y el Africa llenando,
hasta que, harto de goces y de honores,
la tristeza de Tito halló en el mando;
al que la suerte, incierta en sus favores,
le hizo saber por fin, el tiempo andando,
como puede parar un campesino
al conductor del carro del destino!

III.

¡Lector, lector! ¡Aprende en la aventura,
que siempre, el que honra á un pobre, sale honrado;
y que son la ventura ó desventura
reflejos nada más de lo pasado!
¡Verás en esta rápida lectura,
por tu gran corazon iluminado,
que no siempre da dicha la victoria,
que es la virtud más grande que la gloria!

IV.

Muy niño aún, descalzo y sin montera,
subió á robar manzanas á un manzano
don Juan de Austria: era un alma aventurera,
y el mundo es un festin para el milano.
Se ignora de él en la comarca entera
que es hijo de su excelso soberano.
Pues ¿qué hace en Yuste? Es paje de Quijada.
Nada. Un poder desconocido, es nada.

V.

El mismo Emperador con extrañeza
ve que, en cuanto á perales y manzanos,
los esquilma don Juan con la destreza
que envidiaria un jugador de manos.
Lo ve, porque arrastrando su tristeza,
de incógnito por cumbres y por llanos
vaga el Rey junto á Yuste sin objeto,
dejando ¡gloria á Dios! al mundo quieto.

VI.

El hijo natural del padre augusto,
convirtiendo el manzano en su despensa,
comia las manzanas con un gusto
que denotaba una salud inmensa.

—«Siete veces al dia peca el justo,»—
disculpando á don Juan, don Cárlos piensa.
—«Siete veces»... siguió en su pensamiento,
«Ménos justos cual yo que pecan ciento.»—

VII.

Lo ve tambien el dueño del manzano,
y le arroja á don Juan tales pedradas,
que hace correr hasta el lugar cercano
á un rebaño de cabras asustadas.
Al verlo, grita el Rey.—«Basta, villano.»—
¡Cómo! direis, ¿en épocas pasadas
a un príncipe apedreaba un campesino?
Así pasó. Cuestion: ¿qué es el destino?

VIII.

Del árbol baja al fin sin escalera
don Juan, ve al Rey, y sin dudar escapa,
y por correr, cruzando la pradera,
deja al pié del manzano gorra y capa.
Huyendo así aquel héroe, que aún no lo era,
un resfriado de cabeza atrapa.
Es la misma cancion y el mismo cuento:
Siempre en guerra la dicha y el talento.

IX.

Corre don Juan, é infiel á su destino
de héroe futuro y noble caballero,
se agazapa en la acequia de un molino,
del cual quisiera ser el molinero.
Viendo huir á don Juan, el campesino
«¡Cobarde!»—le gritó; despues «¡ratero!»—
Y al Rey «¿quién eres?»—preguntó el vasallo,
lanzando aquí la interjeccion que callo.

X.

Con la altivez de un hijo de la luna
el rey le contestó:—«¡Cárlos de Gante!»
—«Y ese niño, ¿quién es?»—«De noble cuna,»
le replicó ya el Rey de mal talante.
—«Pues tú responderás con tu fortuna
de ese ladron con trazas de estudiante.»
—«Bien hecho, piensa el Rey, es un malvado
el que tala la mies que no ha sembrado.»—

XI.

Cual buen patan cree el labrador artero,
que el Rey es algun pillo disfrazado
que lleva en la cabeza por sombrero
un tubo más ó ménos prolongado.
El destino es muy poco caballero,
y aquel jayan, tan ciego como el hado,
al más grande y más bravo de los reyes
lo encerró en el establo de unos bueyes.

XII.

¡Ved, lector, á un mortal casi divino,
por no ser conocido, aprisionado!
¡Oh golpes imprevistos del destino!
¿De dónde arrancará lo inesperado?
Pensó el Rey corromper al campesino,
mas no halló en su bolsillo ni un ducado,
y por primera vez vió el caballero
que no hay héroes sin fuerza y sin dinero.

XIII.

—«Irás ante el alcalde de Plasencia,»—
el labrador con furia le decia;
y, segun el temblor de su conciencia,
el pobre emperador se lo creia,

pues sabía muy bien, por su experiencia
de Villalar, de Roma y de Pavía,
que ante la innoble realidad del hecho,
la fuerza, aunque es brutal, vence al derecho.

XIV.

Y ni pudo matar á aquel pechero,
porque el dia anterior el soberano
pensando en poner fuego al mundo entero
cayó un candil, y le quemó una mano.
No lo mató por eso, aunque, altanero,
«¡Villano!»—dijo, y repitió:—¡Villano!»—
¡Justo es gran Rey que sufras, y recuerdes
el cuento de las uvas que están verdes!

XV.

¡Poder de la justicia! El Rey temia
ser llevado al alcalde de Plasencia,
pues siempre en su alma fué, como en la mia,
su genio y su defecto, la prudencia.
Detenido tres horas aquel dia,
tres ovillos gastó de su paciencia
el hombre á quien, humildes hasta entónces,
adulaban los mármoles y bronces.

XVI.

Y ¡pobre Rey! su corazon devora
el dolor más atroz de los dolores,
porque lo ve humillado una pastora
que mantiene carneros con las flores.
Y. ¡oh amor, amor! su noche se hace aurora
viendo de ella los ojos tentadores,
pues el Rey en victorias y en mujeres
tiene un alma glotona de placeres.

XVII

Despues quiso el destino caprichoso
que con hambre voraz y escasa ropa
pasase por allí *Roque el leproso*,
que iba al convento á demandar la sopa.
Y hablando al labrador, que está furioso,
pide perdon para el señor de Europa,
quien no tiene en verano ni en invierno
el gusto de saber lo que es pan tierno.

XVIII.

¿Librar un pordiosero á un poderoso?
Hé aquí, lectores mios, realizado
el cuento, para muchos fabuloso,
del raton y el leon aprisionado.
Libró al Emperador *Roque el leproso*,
porque aquel una vez desde un terrado,
un mendrugo le echó de pan moreno
de trigo malo y de peor centeno.

XIX.

Roque el leproso convenció al villano
de que una buena accion trae buena suerte;
que la mujer, el niño y el anciano,
son tres séres sagrados para el fuerte:
sin saber que era el viejo un soberano,
pintó con tal fervor su mala suerte,
que hizo á todos llorar *Roque el leproso*:
y es que el bien como el mal es contagioso.

XX.

Y aunque un juez necesita de un culpable,
desarruga el labriego el entrecejo,
y despues de llamarle—«¡miserable!»—
olvidando al muchacho, suelta al viejo.

Humilde el Rey y el labrador afable,
de la Biblia adoptaron el consejo:
Al rico no abusar de su opulencia,
y al pobre ser sublime en la paciencia.

XXI.

Libre ya el Rey, sólo pensó de veras,
por padecer de gota y de otros males,
en sentarse en su silla de caderas,
que *no valdría en venta cuatro reales.*
Y no sintiendo ya las borracheras
del licor de los sueños inmortales,
dijo, tocando con la barba al pecho:
—«Todo cuanto hace Dios, está bien hecho.»

XXII.

Y á Yuste vuelve el Rey con paso lento,
al extinguirse el sol en Occidente,
y va sus penas confiando al viento
que se queja, como él, eternamente.
Al verle dirigirse hácia el convento,
—«¡Buen viaje, Majestad!»—dice la gente.
—«¡Gracias, gracias!» don Cárlos repetia,
y—«¡buena está mi majestad!»—decia.

XXIII.

En España no hay cólera durable;
y, siendo algo español el gran Tudesco,
ya al morir aquel dia interminable
se le templó la rábia con el fresco.
Y al fin de esta odisea memorable
confesó con candor caballeresco:
¡Que la ley es más fuerte que la espada;
que es todo la virtud, la gloria nada!

FIN.

LOS AMORES EN LA LUNA.

POEMA EN TRES CANTOS.

DEDICADO AL SEÑOR DON MANUEL DEL PALACIO,

INSIGNE POETA.

LOS AMORES EN LA LUNA.

CANTO PRIMERO.

I.

No hay dicha en este mundo: hé aquí un gran tema
para escribir, como escribir confio,
un poema que, triste por ser mio,
será más bien un sueño que un poema.

II.

Doña Isabel de Portugal, esposa
del Rey y Emperador Cárlos Primero,
miraba al Rey, su primo y compañero,
con ojos que veian otra cosa;
y es que, aunque fiel casada,
siempre fija en el cielo la mirada,
á través de un gentil sonambulismo,
se juzga de Lombay enamorada
(y amar, ó creer amar, todo es lo mismo),
y, cada vez que su extravío nota,
más que amante, devota,
con conciencia intranquila,
haciendo cruces la inocente, agota
toda el agua bendita de la pila.
¡Oh, virtud adorable
que se cree abominable

porque ama á un sér en la region del viento!
Que me conteste el juez más implacable:
¿es crímen ser infiel de pensamiento?

III.

Pero ¿cómo y por qué puede una esposa
hacer saber una pasion que esconde?
Permitid que mi pluma valerosa
estos misterios del amor ahonde.
Yo sé de cierta hermosa
que amó con la pasion más tormentosa,
y amó porque, al pasar por no sé dónde,
le dijo no sé quién no sé qué cosa.
Y sé de otra tambien, que aunque pedia
por la noche á los ángeles consejo
para ser buena en el siguiente dia,
se hacía amar con tan discreto modo
que, aunque nada á su amante le decia,
tan sólo con fruncir el entrecejo
se lo contaba, sin embargo, todo;
y es porque sabe el alma enamorada,
mejor que muchos sabios,
cuanto nos dicen, sin hablarnos nada,
un dedo que se aplica á ciertos labios,
una palabra, un gesto, una mirada.

IV.

No hay cosa más comun en los amores
que esos vagos ardores
que nuestras almas llenan
de unas locas visiones que envenenan,
así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
que del amor padecen el martirio,
y que, adorando á un hombre con delirio,
no han llegado jamás ni áun al deseo;
castas mujeres, que en secreto adoran,
y que son adoradas sin medida,

y que á veces tambien, aunque lo ignoran,
son la oculta novela de otra vida!
¡Oh, Dios! ¡Cuánta alma buena
con la mirada llena
de sueños y horizontes interiores,
como carga importuna
sacude de la tierra los dolores,
y luégo, en busca de mejor fortuna,
va soñando al país de los amores!...
¿Dónde está ese país?—¿Dónde? En la luna.

V.

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
de hombres envidia y de mujeres gozo,
la Reina le llamaba «el caballero»;
las damas le decian «el buen mozo».
A este insigne varon, despues que le hizo
paje de honor la infanta Catalina,
por una gran razon que se adivina,
la Reina le nombró caballerizo;
y por fin, el buen mozo y caballero
(que á Santo llegó un dia),
que Marqués de Lombay siendo primero
fué despues cuarto Duque de Gandía,
gozando de la reina la privanza
(sin la promesa real de dicha alguna),
vivió en eterno estado de esperanza,
que es vivir en un valle de la luna.

VI.

¡Cuántos nobles amores,
llenos de ánsias y celos,
sin tocar en las puntas de las flores,
en el azul se mecen de los cielos;
amores que, aunque son de pensamiento,
embargan por entero nuestra vida,
y que, al morir nosotros, en el viento
se pierden como música no oida!

VII.

Y tú, lector querido,
¿no has conocido alguna
que, aunque fiel en la tierra á su marido,
ama á otro hombre fantástico en la luna?
De este modo la Reina, embebecida,
cruzando en ilusion los cuatro vientos,
un columpio formó de pensamientos,
y en ellos se meció toda su vida;
y así tan sólo á comprender alcanza
el alma más severa
cómo puede un amor sin esperanza
llenar de dicha una existencia entera.

VIII.

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
la grande Emperatriz y noble esposa,
¿no era culpable?—Sí.—¿De qué?—De un sueño.—
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
suelen amar contra su mismo intento
porque en ciertas alianzas caprichosas
acaso con su propio sentimiento
se confunde el aliento
misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
en un rapto de amor calenturiento,
sin restriccion alguna
se van á amar sobre lo azul del viento,
porque tiene en los valles de la luna
su derecho de asilo el pensamiento!

IX.

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
(terrible como todas las verdades),
que un corazon sensible

para huir de las frias realidades,
convirtiendo en posible lo imposible,
conducido por mano de las hadas
se tenga que escapar de lo invisible
por las oscuras puertas entornadas!

X.

¡Oh, sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algun amante?
Oid de esta pasion la eterna historia:
Se llega á ver á un sér un sólo instante,
y despues va empezando aquel semblante
á flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí.—¿Quién es?—Una sombra encantadora
que, cruzando más rápida que un ave,
pasa, mira, nos ciega, se enamora;
la vamos á seguir, y se evapora.
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO

I.

¿No estais, lectores mios, admirados
de ver, ora en ausencia, ora en presencia,
lo mucho que interviene en la existencia
la diosa de los mundos encantados?

II.

Oid por boca del amor más tierno
el placer infinito que se siente
en la interior vision del mundo externo.
A una niña inocente
¿Te aburres, dí?—su madre le decia;
y la niña risueña respondía:
—No, madre; me distraigo interiormente.—
¡Modelo de los que aman sin medida
la niña, interiormente distraida,
como ella, fantaseando hechos y cosas,
entretienen mil almas virtuosas
este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusion adorable,
hija del cielo y de la dicha hermana,
á no ser por tu magia soberana
nos mataria el tedio inexorable,
eterno fondo de la vida humana!

III.

Pero mi mente, como todas, vuela,
y de la grande Emperatriz se olvida;
y así, dejando á un lado la novela,
volvamos á la historia de su vida.

IV.

La Emperatriz, hácia los treinta abriles,
tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallon sus dos perfiles,
y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
que á sus Vénus despues puso el Ticiano,
lo rodeaban con gusto soberano
dos matas abundantes de cabello;
y á su augusta altivez poniendo el sello
las gasas de su gola y de su mano;
sus mangas blancas y su enhiesto cuello
le daban un aspecto puritano.

V.

Aunque la Reina-Emperatriz, prudente,
detesta cordialmente
el amor que se acerca demasiado,
ansía, estando de Lombay ausente,
corrientes de suspiros de aquel lado;
y hasta cuenta la fama
que, sin hacer á su pudor agravios,
viendo unido á Lombay con otra dama,
triste ocultó la Emperatriz su llama,
dijo «¡mejor!» y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
en pensar en Lombay su alma se aferra,
y con gentil cuidado,
soñando en el ausente idolatrado,
para verlo mejor los ojos cierra,

y tiene así, de su deber al lado,
el alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI.

Pero esto, me direis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo, es lo ordinario
ser un poco demente, y más que un poco,
pues siempre fué y ha sido necesario
para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
miéntras se postra ante ella el mundo entero,
la Emperatriz con culto verdadero
se arrodilla ante un sér imaginario.
Mas, salvando el honor de su marido,
siempre el amor con el pudor hermana,
y así vive, aunque infiel, la Soberana
con la conciencia del deber cumplido;
y nunca de la altiva castellana
puede ser el secreto sorprendido,
pues sólo ántes que alumbre la mañana
es cuando astuta, si lo ve dormido,
la frente de Endimion besa Diana.

VII.

Mas ¿qué han de hacer ¡Dios mio!
sino buscar consuelo en las estrellas
las reinas que, en sus horas de vacío,
ven que toman los reyes para ellas
la forma del deber ó del hastío?
¡Ay! sí: miéntras la Reina sin fortuna
cumplia como buena sus deberes,
don Cárlos, en sus múltiples placeres
sin miramiento ni prudencia alguna,
no sólo idealmente á las mujeres
las conduce á los valles de la luna,
sino que en la vehemencia
de su insaciable pecho
la realidad agota sin conciencia,

y llama, cual Calígula en demencia,
la misma luna á compartir su lecho.

VIII.

Pero en cuanto á la Reina es muy distinto;
en vano el mundo su conducta acecha,
pues comprende muy bien su noble instinto
que la esposa del César Cárlos Quinto
debe estar hasta exenta de sospecha.
Y cuanto más soñando se extravía,
hablando con sus mismos pensamientos:
«Dios me dará pesares, se decia,
pero nunca tendré remordimientos...»
Y ya por el dolor purificado
el amor de su sueño la extasía,
y así del grande Emperador al lado
mirando á su marido lo perdia,
se buscaba á sí mismo y no se hallaba.
¿Que esto es ser criminal? ¡Oh, cielo santo!
¡Cuánta mujer, como ella, muy honrada,
con femenil encanto
miéntras habla á su amante, embelesada,
sigue con otro diálagos en tanto
perdida en el espacio su mirada!

IX.

Y ¿qué más? Cuando al cielo levantados
se ignoran á sí mismos los sentidos,
á la tierra apegados
por el deber y la palabra unidos,
yo ví muchos amantes muy queridos
de corazon y de hechos separados,
hallándose en la luna confundidos
con sombras de otros séres adorados:
amantes que, aunque buenos y dichosos,
persiguiendo ardorosos
cansados de lo real, sueños livianos,

se quieren en la tierra como hermanos,
y tienen en la luna otros esposos.

X.

¿Dudais de esta verdad, lector amado?
Pues no esteis en su fé muy confiado,
aunque tengais á vuestra amada enfrente,
pues positivamente
cuando está distraida á vuestro lado
es que se acerca á su querido ausente.
¡Cuántas veces, henchida de fragancia,
besa una boca á su adorado dueño,
y otro sér, á mil leguas de distancia,
oye un eco que vibra como un sueño!
Y es que, aunque el beso suena donde toca,
al ponerse despues en movimiento,
ligero como el viento
su direccion el pérfido equivoca,
pues remitido al Norte con la boca,
se lo lleva hácia el Sur el pensamiento!

XI.

¡Salud, valle encantado de la luna!
en tí, en mi edad pasada,
¡oh, imágen, sobre todas, adorada!
tuve yo, entre otras, una,
hace ya muchos años, secuestrada.
¡Cuánto he amado y sentido!
¡Y tú, jóven lector, ten entendido
que, si amo hoy sólo por amor al Arte,
tambien, por la ilusion desvanecido,
caminé por el mundo distraido
cual si viviese en Júpiter ó en Marte!
Y, aunque ya no me empeño
en seguir á mi ardiente fantasía,
pues tengo en mi mujer mi fe y mi sueño,
y en mis libros la calma y la alegría,
todavía mi mente

hace brotar ardiente
del fondo de mi infancia maravillas,
y es tan verdad que, ayer precisamente,
pasó una antigua imágen por mi frente
que mi insomnio cargó de pesadillas.
¡Aún suelo recordar en mi ardimiento
varias memorias, en la luna ausentes,
con quienes hice yo de pensamiento
millones de locuras inocentes!
Y aún me acuerdo de alguna
que, aunque esposa severa,
con alma llena de ilusiones, era
fiel en la tierra y pérfida en la luna...
Pero ¡ay! esto pasó. ¡Bien lo he llorado!
¿Te acuerdas de ello, Inés? ¿y tú, María?
Mas ¡qué memoria tan tenaz la mia!
¡Esto tambien pasó! ¡todo ha pasado!

CANTO TERCERO.

I.

Hay un amor profundo
que nunca encuentra en nuestra vida calma:
y hay un exceso de alma
que jamás halla empleo en este mundo.
Y prueba de ello son las almas puras
que, para hallar á su cariño empleo,
extravasan en sueños sus ternuras,
imitando en su loco devaneo
á todas esas santas criaturas
que recorren, viviendo en sus clausuras,
los inmensos pensiles del deseo.

II.

¡Cuánto he envidiado yo, cuánto he admirado
el amor de esos séres elegidos
que pueden, enfrenando los sentidos,
adorar sin vergüenza y sin pecado;
que con sana conciencia,
alzando lo más puro de su esencia
hasta uno de los valles de la luna,
agregan su existencia á otra existencia,
y pueden conservar sin mancha alguna
todo el tiempo que quieran la inocencia!

III.

Con tal piedad y con pureza tanta,
amaron, cual Lombay á la Princesa,
con ese amor que á la virtud encanta,
Juan á Santa Teresa,
Jerónimo á Paulina, tambien Santa.
¡Honor á estos fantásticos cariños
que son tan inocentes
como lo son los sueños trasparentes
que envia Dios á pájaros y á niños!
Jamás concebirán de nuestra mente
amores tan sublimes y tan tiernos
los que saben amar tan solamente
con el amor que alegra á los infiernos!

IV.

¡Reina infeliz! cual dice la Escritura
vió á un hombre un dia por su mala suerte,
y despues con tristeza y con ternura
se quedó pensativa hasta la muerte.
Don Francisco de Borja la quería
con tanta abnegacion, con ardor tanto,
que ántes de ser un héroe y luégo un santo,
ya un cristiano de Esparta parecia.
Y la Reina entre tanto apasionada,
aunque al pudor no le defrauda en nada,
casta, y leal, y mística y severa,
á su angustia febril abandonada,
en su trono imperial vive sentada
más triste que una vírgen de Rivera;
hasta que lentamente
sofocando en el pecho aquel misterio,
la Reina Emperatriz fué tristemente
bajando esa pendiente
á cuyo pié se encuentra el cementerio.
¿Y qué es morir? Es el morir, en suma,
un hecho que en idea se trasforma,
y, así como una llama entre la bruma,

la Reina, cual incienso que perfuma,
ondeó, se disipó, perdió su forma,
y en espíritu fué de vuelo en vuelo,
de aquí á la luna y de la luna al cielo.
¡Murió jóven aún, pero ¿qué importa?
va y viene la mujer cuando Dios quiere,
y en su vida infeliz, ó larga, ó corta,
nace, brilla, enamora, sufre y muere!

V.

Lombay, que siempre continuó la senda
del amor y la gloria,
su vida pasó á historia,
y su historia despues pasó á leyenda:
y cuenta esta leyenda infortunada
que el Marqués, para colmo de sus penas,
partió á inhumar á la feraz Granada
á la gran Reina, y respirando apénas,
en la muerta clavada
por largo tiempo tuvo la mirada
que le llevaba el frio hasta las venas;
y horrorizado, y por el llanto ciego,
—Ya sólo lo que viva eternamente
volveré á amar,—dijo Lombay; y luégo
sus ojos que brillaban como el fuego
se apagaron ante ella eternamente!

VI.

Y esperando el momento
de ir á más alto asiento,
alzó entre el mundo y él un doble muro,
é hizo acopio de amor en un convento;
mas ¿de qué amor? de aquel... del amor puro
que busca el sacrificio y el tormento.
Fué bueno y santo al fin; pero es lo cierto
que le fueron siguiendo á todas horas
aquellas ilusiones tentadoras
que llevó San Jerónimo al desierto.

San Francisco de Borja á Dios alaba,
miéntras la sombra de Isabel adora,
y su alma fiel, que por su amante llora,
de Dios esposa y del deber esclava,
la dicha del amor, *que es de una hora*,
la da por esa paz *que nunca acaba.*
Y en éxtasis de sueños inmortales,
ignorando Lombay si sueña ó vela,
se pierde, como un ángel cuando vuela,
en sueños infinitos é ideales,
pues en el mundo real, si bien se mira,
merced á la ilusion y á la memoria,
solamente es verdad lo que es mentira.
¡Oh, novela inmortal, tú eres la historia!

FIN.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

QUINTA PARTE.

LA MÚSICA.

POEMA EN UN CANTO.

A Carmencita Roca de Togores y Aguirre Solarte.

LA MÚSICA.

I.

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta, ¿rie ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tú sonries, tu hermana se divierte,
tu madre os mira á entrambas con encanto;
y pensamos, al són de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! ¿Por qué ries cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
reir á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente,
la Música es un hada complaciente
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía
con más fé al corazon que á la cabeza,

dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oirla, convertimos
la fria realidad en ilusiones;
pues al recuerdo de sus buenos dias,
ponen en cuanto oimos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oido interior sus armonías.

III.

Si, como todos vemos,
la Música despierta los sonidos
que, desde el dia mismo en que nacemos,
están en nuestro espíritu dormidos,
tambien probarte intento
que se lleva la Música la palma
en las artes que anima el sentimiento;
que así como el estilo es el talento,
el metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
todo el que canta, ó toca,
si no ama en realidad, ama algun sueño:
porque su mágia es tanta,
que, aunque eres niña aún, ya habrás sentido
que, envuelto en el sonido,
hasta lo amargo del dolor encanta:
y que la misma senectud que mira
que cada nota una esperanza encierra,
con inútil ardor ama y suspira,
como alma juvenil que, ardiendo en ira,
en oyendo un clarin corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
Pues entónces tambien fuerza es que creas
que, segun nuestras mismas sensaciones,
cual los hechos imágenes de ideas,
son las notas pedazos de pasiones;
y que con fuerza virtual vibrando,
y á la vida excitando,

por el espacio va cada gorgeo
como una vaga tentacion volando;
y camina, y camina, murmurando
«¡levántate, y anímate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
que hoy se canta y que el aire se la lleva;
y que luégo, mañana ó el otro dia,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve á repetir otra vez nueva;
y así, en curso variable,
cuando nace, se espácia, se disuelve,
y en giro interminable
lo que del aire viene, al aire vuelve.
Y en ráudo movimiento,
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivia:
¡ideas, armonías, sentimiento,
flores, músicas, luz y poesía!

V.

Como en cosas de amar yo lo sé todo,
sé bien que en esta vida
jamás será perdida
la que cierre el oido á piedra y lodo.
¡El oido, el oido! Ahí se esconde
el gran traidor que al corazon entrega;
él es la senda criminal por donde
desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
en ardiente emocion, ó en dulce calma,
despues de electrizarnos los sentidos,
arrastran los sentidos hasta el alma:
y por él, en amante devaneo,
desde el salto de Léucade, el deseo
se arroja al mar para templar sus penas,
escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorgeo

con que á Safo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oido,
y ten por cosa cierta
que es del amor el tentador sentido,
y que siempre á la voz de un sér querido
abre nuestra alma á la traicion la puerta!

VI.

¡Cármen, perdon! Mi confusion es tanta,
que ya olvidé mi tema.
Dime otra vez: ¿será siempre un problema
saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
el pensar que ese tierno pajarillo,
en medio de su risa ó de su lloro,
cantará eternamente el estribillo
de la eterna cancion del «yo te adoro,»
lo cierto es que su canto
te vuelve más festiva;
que tu madre entre tanto
ruega á Dios por tu dicha, pensativa:
miéntras tu padre, á tan graciosos sones,
excitado en sus graves pensamientos,
ya siente una avalancha de emociones,
y un vértigo ideal de sentimientos;
y, presagiando amores,
más bella que la luz de la mañana,
entona melodías interiores,
con más afan que el ruiseñor, tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
desde que allá en mi aldea
tocaba siendo niño la campana
en las horas del sueño,
y á las gentes sencillas
las obligaba con pueril empeño
á orar puestas en cruz y de rodillas,
sé que hay sones inciertos
que forman la cadena prodigiosa
que enlaza con ternura misteriosa

las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
á que recuerde el fúnebre misterio
de otra ave dolorida
que oyó mi alma de dolor transida,
cantar en un ciprés del cementerio
donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mia!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
con ciega idolatría
la música que presta lisonjera
el ritmo, que es la vida verdadera,
á su hermana mayor la poesía.
Siempre al idioma la cancion supera;
y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
pues, del sonido la expresion esclava,
al ir la frase y la armonía juntas,
lo que la frase empieza, el són lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
que llena de delicia
la escala toda del concierto humano
desde el tango sensual de la Nigricia
hasta el són funeral del canto llano,
agotadas las frases con su acento
nuestra ilusion á lo sublime eleva,
y ya extinguida la palabra, lleva
la Música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
que al arte natural sobrepasando
del génio artificial las filigranas,
hoy remedan los pájaros cantando
las dulces melodías italianas;
y que despues que oyeron los primores
de las *Normas*, *Lucías* y *Barberos*,
creció la afinacion en los jilgueros
y gorjean mejor los ruiseñores.

VIII.

Es el mundo sensible
un conjunto de notas armoniosas.
desde el ruido ondulante y apacible
que forman al volar las mariposas,
hasta el ritmo visible
de la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
himnos sin forma, é informes elegías,
para el que sabe oir lo que Dios canta
el orbe es un compuesto de armonías;
siendo en los campos, para todo el que ama,
un arpa cada rama
al ponerse en confuso movimiento
las notas disconformes que derrama
todo árbol agitado por el viento;
y el mar, esa otra música infinita
que el curso entero del sonido imita
desde el canto guerrero hasta la endecha,
remeda sin cesar, murmure ó truene,
la rugiente pasion la ola que viene,
la ola que va nuestra ánsia satisfecha!

IX.

Bendecida y bendita
la armonía, es el alma que palpita
en toda accion, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la Música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
triste, alegre, marcial ó juguetona,
y el amor del hogar inmortaliza,
pues, en no escrita tradicion, entona
la cancion siempre igual y monotona
de la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Gloria y honor al arte placentero
que embriagando las almas de ternura,
hace del mundo entero
el espejo más fiel y verdadero
de una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
alegrando al infierno,
mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu númen vagaroso
prometa un ideal, que no se alcanza,
si, lo que hay de más real y delicioso,
áun esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
que despiertan tus cantos halagüeños
sean sólo visiones de unos sueños,
ó más cierto, visiones de visiones,
si siempre en este mundo
viviremos soñando
y estaremos ilusos descifrando
el problema fatal de Segismundo?

XI.

¿Y el sol en dónde está? Pero, ¡qué miro!
ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman,
que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente
se agrandan para ver tus bellos ojos,
pues ya el sol, como un rey, en Occidente
se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;
mantos de luz que, al acabarse el dia,
sólo las cumbres de los montes doran;
partamos pues. Ya te diré otro dia
si, expresando su pena ó su alegría,
las aves, al cantar, cantan ó lloran.

Y pues, ya triste de la luz la ausencia
trae la sombra, y con la sombra el luto,
y reina la elocuencia
del silencio absoluto,
que es la nota en que grita la conciencia,
marchemos ya: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
cómo el aire, al pasar por las praderas,
se impregna dulcemente
de un lánguido vapor de adormideras;
y cómo, al confundir todos los ruidos,
en vago remolino nebuloso
va dejando el crepúsculo en reposo
pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pues se va el ruiseñor y el dia parte,
tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
camo dice la frase castellana,
marchemos con la música á otra parte,
para seguir pensando hoy y mañana
tu padre en los problemas de la historia,
tu madre en vuestra suerte,
tú en la fé y en la gloria,
tu hermana en el amor, y yo en la muerte.
Pero al decirte adios, niña querida,
déjame que primero
te diga veinte veces que te quiero
y te querré miéntras que tenga vida,
pues que serás, espero,
además de alabada en mis cantares,
adorada por bella y virtuosa,
en el mundo primero como hermosa
y despues como santa en los altares.

FIN.

LA LIRA ROTA.

POEMA EN UN CANTO.

A mi buena amiga Anita Canalejas y Morayta.

LA LIRA ROTA.

> Unas veces te *dejará Dios*, y otras te *perseguirá el prójimo*, y lo que peor es, muchas veces te descontentarás de tí mismo, y no serás aliviado ni confortado con ningun remedio ni consuelo.
>
> KEMPIS, *lib.* II, *cap.* XII.

I.

Era Ginés Briones
un amante de Euterpe y de Talía,
que cantaba canciones
de un subido color, que él no entendía.
Con la fé de un artista verdadero,
entró á servir á un músico de orquesta,
al cual, con todo esmero,
en los dias de fiesta
le limpiaba el trombon con un plumero.
Pasó á aprendiz de monaguillo á poco;
y llegando á ser luégo
lazarillo de ciego,
le dió un duro una vez cierto inglés loco,
y al fin de muchos tratos y contratos,
compró el ex-monaguillo
á un quinto aragonés un guitarrillo
por diez reales, un pan y unos zapatos.

II.

Dueño ya del endeble guitarrillo,
coleccionó las coplas que sabía,
y, remedando al ciego, el lazarillo
pudo ascender á ciego que veía.
Y cierto el rapazuelo de que encanta
con las coplas que inventa,
aunque á las viejas pérfidas espanta
por no saber á veces darse cuenta
de la sal y pimienta
que tienen las canciones que les canta,
punteando por las calles de la villa,
con aires de buen mozo provinciano,
era el niño Ginés, el sevillano,
un pequeño barbero de Sevilla.

III.

Nació en la tierra del amor emporio,
pátria del gran Tenorio,
de quien dicen que un dia,
para aliviar sus penas,
mandó hacer de las rubias que queria
una manta de rizos, que tendia
sobre un colchon de bucles de morenas;
y alumno fiel de su inmortal paisano,
Ginés el sevillano,
siendo un tipo acabado de inocencia,
en los doce ó trece años que tenía
ya era un sér tan precoz, que parecia
que contaba catorce de experiencia:
pues haciéndose el loco,
y así como al descuido,
para hablar á las niñas al oido
se acercaba lo justo y otro poco.

IV.

Y su genio era tal, que es muy posible
que fuese un dia un músico perfecto,
á no tener ese vulgar defecto
de abusar del bordon en lo sensible;
pues, agudo y flexible,
en los muchos cantares
que solia inventar, ó que aprendia,
cantaba alegremente sus pesares;
y otras veces, uniendo con destreza
la pena y la alegría,
como buen andaluz, tambien sabía
cantar sus alegrías con tristeza.
Y, aunque no sin sonrojo,
sabiendo ya que el suspirar consuela,
fiel de Don Juan á la amorosa escuela,
tenía Ginesillo el bello antojo
de alabar en sus coplas inocentes
diez rubias, de diez rubios diferentes,
desde el rubio castaño al rubio rojo;
y como era tan pobre ó más que Homero,
de estas diez parroquianas que tenía
el músico y poeta callejero,
en premio de sus coplas, recibia
ya rosquillas, ya azúcar, ya dinero.

V.

Cantaba el niño una cancion un dia
á la divina Clara,
una rubia preciosa que tenía
el corazon más bello que la cara;
y miéntras él la copla repetia,
alegre como un loco,
la niña el canto oia
distraida, arrancando poco á poco
las hojas de una flor que se comia.
¡Distraccion natural! pues siempre encantan

esos tonos suaves,
tan llenos de ternura,
del género melódico en que cantan
los hombres sin ventura,
las mujeres, los niños y las aves!

VI.

En tanto que él cantaba,
puesta al balcon la jóven hechicera,
en un fondo de luz se destacaba,
y Ginés, que, cantando, suspiraba,
no sabía siquiera
la cancion que entonaba,
admirado de ver que la niña era
lo más bello del cielo que miraba.
Y él abajo, ella arriba,
miéntras él, siempre vivo y siempre amando,
esta tierna cancion sigue entonando,
ella, mucho más viva,
se parece á Rosina contemplando
á un esbozo de Conde de Almaviva:

«Está tu imágen, que admiro,
tan pegada á mi deseo,
que si al espejo me miro,
en vez de verme, te veo.»

VII.

¡Oh extrañas peripecias de la vida!
escuchando al cantor, agradecida
Clara un suspiro de placer exhala,
y, de gozo aturdida,
una gruesa moneda le regala,
que arroja del balcon, con tan mal arte,
que la moneda *¡chas!* como una bala
la guitarra pasó de parte á parte.
A este horror, el poeta callejero
creyó que en un abismo

sus piés se hundian, y que al tiempo mismo
caia roto el Universo entero.
Mas pronto, vuelto en sí, se orienta y nota
que no se hundió bajo sus piés el suelo,
y que, á pesar de su guitarra rota,
no se cuarteó la bóveda del cielo.

VIII.

Al rumor del fracaso, en un momento
se vió la calle de curiosos llena:
la moneda al caer la hurtó un hambriento,
y uniendo el buen humor al sentimiento,
en tanto que Ginés muere de pena,
el público le silba de contento.
¡Oh ruin placer de la desdicha ajena!
La envidia es la polilla del talento.

IX.

Renunciando á las artes con trabajo,
Ginés la silba colosal oia,
y altivo, aunque un poquito cabizbajo,
las cejas con la gorra se cubria;
y echando calle abajo, calle abajo,
con ganas de llorar se sonreia,
miéntras que tristemente,
aquella pobre Clara que, inocente,
por hacer un favor mató un destino,
con el mudo terror de un asesino
se espantó de manera
que, de haber sido buena, arrepentida,
dejó el balcon, cerrando la vidriera,
más pálida que Bruto el parricida.

X.

Así, con vário estruendo,
se fueron dispersando,
el público riendo,

el trovador gimiendo,
y la hermosura del balcon llorando.

XI.

Aunque en su erguido talle
aún mostraba el orgullo de un Tenorio,
Ginés dobló la esquina de una calle
para huir de las burlas de las gentes,
pues en el gran Madrid, como es notorio,
una esquina es un cabo ó promontorio
que divide dos mares diferentes.
Detuvo allí sus vacilantes pasos,
y pensó en su destino venidero
dos minutos escasos,
dos minutos, esto es, un siglo entero;
y al verse sin industria y sin dinero,
lloró, como lo que era, como un niño;
y volviendo hácia el cielo la mirada,
ya olvidando la silba y la moneda,
tan sólo recordó su alma angustiada
de su madre el cariño
y el amor de su pátria abandonada.
¡Pátria querida! ¡Madre idolatrada!
Si nos faltais vosotras, ¿qué nos queda?
¡Dios en el cielo, y en la tierra nada!

XII.

Y salió de Madrid. Y con denuedo
el roto guitarrillo lanzó al rio
desde lo alto del puente de Toledo;
y arrostrando con brío,
la soledad y el miedo,
la sed y el hambre, y el calor y el frio,
se fué á Sevilla á pié, como un cualquiera,
pues, no teniendo un real su faltriquera,
claramente discurro
que no iria á su pátria, aunque quisiera,
como el rey de Ivetot, montado en burro.

Y así, marchando hácia el paterno suelo,
todos los males de la vida prueba,
sin que le guarde del rigor del hielo
la chaqueta prehistórica que lleva,
chaqueta que su madre le hizo nueva
de un trozo de una capa de su abuelo.
¡Sigue, Ginés, camina resignado,
y rinde al peso del dolor tus brios!
Para vencer todo el rigor del hado,
¿qué valen tus esfuerzos ni los mios,
cuando un grano de arena, atravesado,
puede torcer el curso de los rios?

XIII.

¡Con cuánto desaliento
á su pátria volvia
el que en algun momento,
cuando el redoble del tambor oia,
soñaba, en su ilusion, que llegaría
á músico mayor de un regimiento!
¡Ay! ¡Con cuánta agonía,
el que aspiró á ser dios de la armonía,
renuncia ya á la nécia vanagloria
de pensar que algun dia
le nombráran los fastos de la historia!
¡El pobre no sabía
que, al revés de ese sol del Mediodía,
el gran sol de la gloria
quema de léjos y de cerca enfria!

XIV.

Como nadie le daba
los dulces y el dinero que ganaba
cuando echaba sus coplas á las niñas,
en Castilla y la Mancha merodeaba
comiéndose las uvas que pillaba
á espaldas de los guardas de las viñas.
¡Cuántos séres sentian ó pensaban,

y sus viles harapos contemplaban,
contra él inícuos su furor volvian;
los niños le silbaban,
los viejos se reian,
los perros, que ántes sólo le ladraban,
ya, al pasar por las eras, le mordian!
¡Confiesa, Ana, que aterra
el ver á un niño, en tan inmenso duelo!
¿Por qué habrá tantas cosas que en la tierra
quitan las ganas de mirar al cielo?

XV.

Y en el supremo dia
en que el suelo feráz de Andalucía
á contemplar volvió por vez primera,
se sintió tan feliz, que, de alegría,
el jóven trovador, se comería
una hogaza de pan, si la tuviera.
Pero á falta de pan, el pobrecito,
merodeando tambien como en Castilla,
comia, cual si fuesen pan bendito,
en Córdoba cogollos de palmito,
é higos chumbos bajando hácia Sevilla.
Y al ver la gran ciudad, gritó extasiado:
—¡Sevilla, pátria mia!—
Pero, apénas habia
en el recinto de Sevilla entrado,
cuando Ginés, exánime y gozoso,
se cayó desmayado.
¡Está bien castigado
ese artista ambicioso
que pretendia amar y ser amado,
tocar la lira bien y ser dichoso!

XVI.

Llevado al hospital, y satisfecho
cual Neron moribundo,
pensó al caer sobre el jergon de un lecho:

«¡Qué gran músico en mí se pierde el mundo!»
Y en la cama *ciento once* abandonado,
puesto á dieta, aunque hambriento,
se murió dulcemente y resignado
lo mismo que un pichon sin alimento;
y despues de una autópsia inoportuna
que se le hizo á Ginés el sevillano,
declaró un cirujano
que se murió sin novedad alguna.
Y al difunto *ciento once*, al otro dia,
sin inquirir el nombre que tendria,
las entrañas abiertas le juntaron,
y envuelto en los andrajos que traia,
por quitarle de enmedio, le enterraron.
¡Oh suerte desdichada!
¡Cuánta noble ambicion desvanecida!
¡Qué alegre es la existencia á la subida!
y ¡qué llena de horror á la bajada!
Primero, ¡acordes, magnetismo, vida!...
Despues, ¡silencio, desaliento, nada!...

XVII.

—Pero ¿y Dios?—me preguntas compasiva.
—Para él ¿dónde está el Dios sublime y tierno?—
El Dios tierno, hija mia, está allá arriba,
sentado á la derecha del Eterno;
y vive convencida
de que, si ha puesto su paciencia á prueba,
tendrá la recompensa merecida,
y que al pobre Ginés en la otra vida
le ha de dar Dios una guitarra nueva.
Modera tu afliccion y ten presente
que entre el cielo y la tierra hay un abismo;
que no suele hacer Dios lo que consiente,
y que es comun, desventuradamente,
que el bien produzca el mal, como el mal mismo.
Y ¿qué son bien y mal, placer y duelo,

más que cosas fugaces cual la vida?
¿Me dices que para esto no hay consuelo?
Y yo ¿qué le he de hacer, Ana querida?
¡Así es la tierra!... y ¡ay!... ¡así es el cielo!...

FIN.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

POEMA EN TRES CANTOS.

A mi querido sobrino

D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMIREZ DE ARELLANO.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

CANTO PRIMERO.

Carta de un tio paterno, dirigida á su sobrino el autor de este poema.

I.

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Návia es de Astúrias la region más bella,
áun siendo Astúrias lo mejor de España;
mas vete á descubrir á tierra extraña
de tu ambicion la misteriosa estrella:
cual Mahoma, al llamar á la montaña,
«pues no viene ella á tí, vé tú hácia ella.»

II.

Vete á Madrid y arroja las cadenas
que te atan á los séres
que desde niño con el alma quieres,
y busca, en horas de entusiasmo llenas,
el fuego tentador de los placeres,
de la pasion las adorables penas,
el goce de la gloria y las mujeres.

III.

No es el campo, sobrino,
la tierra en que germina la ventura
del humano destino,
aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve
los cambios incesantes
de la lluvia y la nieve,
aunque nos juren ántes
que cada vez que llueve
hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte á la verdad más importuna
que tengan que gozar desde la cuna
nuestros sentidos, de placer sedientos,
la insípida fortuna
de ver y oir atentos
un dia y mil, sin diferencia alguna,
ruidos del mar, rumores de los vientos,
rayos del sol, matices de la luna!

IV.

Miéntras á Dios le ruego
que te dé su ventura,
y en tanto que con mística ternura
á su divina voluntad me entrego
(pues en cosas de fe, segun el cura,
para ver algo claro hay que ser ciego),
tú aléjate contento
y realiza el feliz presentimiento
que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Návia es un convento;
si tienes corazon y entendimiento,
echa el mundo á un rincon y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
tengo hoy motivos graves,

pues he visto ayer tarde á los vencejos
volar de cierto modo; y tú ya sabes
que los augures viejos
el porvenir leian desde léjos
el vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
y afronta la ambicion con alma fuerte;
así te evitarás la triste suerte
de ver, cual yo, pasar en lontananza
despues de una esperanza, otra esperanza,
¡y luégo otra! ¡Y luégo otra! ¡Hasta la muerte!

V.

Y miéntras corre la existencia mia
en ver cómo tu tia
el tiempo, el oro y la paciencia gasta
en vestir de la iglesia los altares
(imitando en lo buena y lo entusiasta
la esposa del cantar de los cantares
furiosamente enamorada y casta),
tú, parodiando en su aficion guerrera,
y aunque sea tambien en lo hugonote,
á tu tio Fabian, el calavera,
que es más loco y maton que un Don Quijote,
vete á ser gran artista, ó gran guerrero,
con frente altiva y corazon entero,
pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
cómo eleva su nombre
á Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
en que templan del mundo los pesares
rumores de las aguas y los vientos
flores, aves, amores y cantares,
quiero que tengas siempre en la memoria
que, más que este placer, vale la gloria
de sacar del olvido
una raza, aunque noble, sin historia.
Y cuando, ausente del paterno techo,
el cielo te depare honra y provecho,

y la envidia, encubriendo sus rencores,
grabe en letras de molde tus loores,
tu tio los leerá más satisfecho
que una niña que escucha desde el lecho
en la alta noche una cancion de amores.

VI.

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea.
Estaba San Jerónimo en lo cierto
cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto.»
Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
mil veces un placer desconocido
cuando, al morir el sol en Occidente,
se apaga todo ruido
y se oye solamente
el himno de las aguas de la fuente,
la elegía sin fin del mar dormido,
tú abandona los tiernos amorcillos
á esos pechos sencillos
que hasta encuentran un són que los recrea
en el ritmo invariable de los grillos
que cantan en los prados de la aldea;
y lleno de ilusiones,
ten, sobrino, presente
que del mundo en las múltiples regiones,
sólo es vivir realmente
cuando son nuestro pecho y nuestra mente
un huracan de ideas y pasiones.

VII.

Y, pues me deja el sol, tambien te dejo.
¡Adios! que siendo de virtud espejo,
no aficiones jamás tu mano avara
del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y pronta es cosa rara,
y, como dice un castellano viejo,
nunca el Duero creció con agua clara.

En la pública escena
no adules para nada
la multitud que es ignorante y buena.
Con la frente serena
defiende con tu lengua y con tu espada
la noble condicion de los Pompeyos;
y, digno siempre de tu estirpe honrada,
no enrojezcas con ácidos plebeyos
la sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
que tenga mejor corte que los mios:
es propio el buen vestir de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tios
es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO.

Carta de un tio materno, dirigida á su sobrino el autor de este poema.

I.

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer, mas, si te alejas,
en tu vida azarosa
verás por cada jóven veinte viejas,
y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
no encontrará en la tierra un solo amigo,
ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo
pero, en fin, ya lo he dicho y adelante.

II.

¿Insistes en partir? ¡Ay! Por lo visto,
ébrio de amor, de gloria y de riqueza,
comienza á fermentar en tu cabeza
la fecunda ilusion de lo imprevisto.
Márchate pues; que miéntras tú emponzoñas
tu corazon, que es bueno como el mio,
en el campo tu tio
con pedazos de caña hará zampoñas;
y siendo ya además tan buen creyente,

como esas almas bellas
que candorosamente
llaman cielo al espacio y las estrellas,
con sano corazon y pura mente
entre mozas de bien y lugareños,
compondré mi ventura fácilmente
con flores y con luz, música y sueños.

III.

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
que de mí se ha de hacer larga memoria
al relatar los escritores graves
las grandes niñerías de la historia:
pues en la guerra han sido
si mal reconocidos, muy sonados
los golpes que yo he dado y recibido;
aunque si he de ser franco, bien contados,
son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
de un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
despues de mucho amor y mucha gloria,
¿qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV.

Como ya en un rincon busco el reposo,
á la pobreza y la virtud me atengo;
y, puesto que es forzoso,
despues que me he metido á virtuoso,
desprecio mucho el oro que no tengo:
pero, hablando cual suelo, vivo y claro,
te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
que hoy bebo de lo tinto solamente,
yo que siempre he bebido de lo caro;
y vuelvo á confesarte con franqueza

que, en mi suerte variada,
despues de haber gozado la riqueza,
no conozco una cosa más forzada
que entrar en la virtud por la pobreza;
y es que, tener dinero y ser soldado
sería un imposible realizado,
como el milagro de tu tia Andrea
que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
hoy de tu tia el mérito rebaja
un hombre como yo, que siempre ha sido
soldado del amor hasta que, herido,
la fuerza de la edad le dió de baja;
mas aunque yo en materia de placeres
puedo jurar por Vénus y por Baco
que excepto el vino, el juego y el tabaco,
no tuve más pasion que las mujeres,
permíteme que escriba,
aunque sé que te pesa,
contra una lugareña tan altiva
que, porque fué alcaldesa,
se peina pelo arriba, pelo arriba,
lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
quien sabe que tu tia, aunque es tan lerda,
domina á Celedonio de tal modo
que bi-sexual, por imitarla en todo,
se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz, sin embargo, y yo te juro
que ya vivir oscuro
como tu tio Celedonio quiero,
que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
recita de memoria á Horacio entero;
y entre un mastin y su mujer, seguro,
vegeta sin pasado y sin futuro,
siendo de Enero á Enero
feliz como los cerdos de Epicuro,
de los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V.

¡Qué vergüenza la mia!
Oye aparte una cosa reservada:
Al volver á esta pátria abandonada
ha renacido en mí la idolatría
de una antigua pasion, tan adorada,
que dí una vez por ella una estocada,
á un inglés muy grosero que bebia,
lo mismo que si fuese una ambrosía,
un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
adoro, en cuanto es dable con ahinco
á esta hermosa mujer de treinta y cinco,
que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso
será porque con maña paso á paso
irá excitando la flaqueza mia
con su austera virtud, coquetería
con que Leonor enloquecía al Taso.
¡Cuántos héroes famosos
acaban, como yo, por ser esposos
de mujeres cansadas
que la suelen echar de desgraciadas
despues de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi síno
ser feliz, siendo bueno y candoroso,
probando que es verdad el desatino
de que hacen vivir siglos á un esposo
la castidad, las sopas y el buen vino;
y ya en mi Rubicon la suerte echada,
imitaré en mi santo matrimonio
el cariño de Andrea y Celedonio,
que gozan de enramada en enramada,
lo mismo que dos tórtolas dichosas,
la paz que hay en el seno de las cosas
ántes que Dios las saque de la nada;
y siguiendo sus huellas,
¿quién sabe si, abjurando mis errores,

volveré todavía á encontrar bellas
la ruda sencillez de los pastores,
las ovejas, las aves y las flores,
la tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI.

¡Ah! si cual yo demente,
tomas un dia estado,
que te proteja Dios; mas tén presente
que tienes que mandar, ó ser mandado,
pues todo esposo bueno y obediente
vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no eches en olvido
que no falta marido
que, al mes de ser dichoso,
¡oh tentacion del fruto prohibido!
quisiera ser de su querida esposo,
volviendo á ser de su mujer querido.

VII.

¿Te vas al fin? Pues óyeme si quieres
las reglas de moral que te aconsejo:
—«De jóven sé ateniense en los placeres,
pues serás espartano en siendo viejo.
En lo real é ideal obra de modo
que no choquen el alma y la materia.
Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.
No hay amor que resista á la miseria.
Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
Confía en tí primero y en tí luégo;
si el creer demasiado es ser un ciego,
el no creer en nada es estar loco.
Sé flexible y tenaz como el acero.
Lavarse bien es la virtud suprema.
Hoy el tener ó no tener dinero
es el ser ó no ser, es el problema.
No busques la constancia en las mujeres,
y, si alguna te deja,

la volverás á conquistar, si quieres,
colgándola un diamante en cada oreja.
Procura no encontrar en tu camino
cierta clase de bellas
que forman de la vida un remolino
en el cual todo muere, ménos ellas.
Desprecia lo que va por lo que viene.
Todo negocio de mujer es malo.
¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
en una mano el pan y en otra el palo!
En fin, nunca camines
por cuestas empinadas y escabrosas,
pues sólo triunfarás cuando te inclines
del lado de la fuerza de las cosas.»—

VIII.

¿Mis consejos te extrañan?
¿Qué quieres, hijo mio? Aunque te asombres,
para mí ya los hombres
sólo al decirme la verdad me engañan.
Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
como el deber mayor de los deberes,
para todos los hombres el desprecio,
y afecto para todas las mujeres.
Yo, del mundo olvidado,
pobre y desengañado,
con el humor más negro,
los desprecio ya tanto, que me alegro
de verme por los hombres despreciado.

IX.

Adios; no extrañarás que no te mande
lo que nunca he tenido,
porque yo siempre he sido,

en no tener un cuarto, Enrique el Grande.
Y como esto es notorio y tan notorio,
con mucho amor, y sin ningun dinero,
no te mando ni un real, pero te quiero.
En Luarca, á diez, *Fabian de Campoosorio.*

CANTO TERCERO.

Carta del autor de este poema, dirigida á su sobrino D. Cayetano de Alvear y Ramirez de Arellano.

I.

Cayetano querido, ¿conque dices
que en el mundo tú y yo somos felices?
Pues aunque tu alma de pesar destroce,
¡oh prez de la española infantería!
te juro por el Rey Alfonso Doce
que no creo en tu dicha ni en la mia.

II.

Yo que en tiempos pasados
dí mis pasos primeros
por huertos que tenian alfombrados
con arenas del Návia los senderos,
recuerdo que, llorando sin consuelo,
—«No te vayas»—mi madre me decia,
cuando dejé en mal dia
aquel bello rincon del patrio suelo...
¡Ay, pobre madre mia,
con cuánto desconsuelo
y cuánta ingenuidad me prometia
su voz la dicha, y su mirada el cielo!

III.

Mas la patria dejé; y ántes que siga
la historia de mis nuevos sinsabores,
permite que en honor de mis amores,
me seque estas dos lágrimas, y diga
que mi tio Fabian en sus estados
viviendo, como un tiempo los cruzados,
lloró, casi vecino á la pobreza,
su tiempo y su dinero malgastados,
en cuanto echó de ménos con tristeza
el vino de Jerez de veinte grados
que se sube volando á la cabeza;
y, olvidado y sin gloria,
sintiendo, viejo ya, los sinsabores
de su variada historia
más que llena de amor, llena de amores,
mi impenitente tio,
probando, como siempre, junto á un rio
su pasion por las bellas castellanas,
una noche, pescando hasta la aurora,
cogió con un salmon unas tercianas
al lado de una jóven pescadora;
y así una fiebre lenta
puso fin á sus muchos desengaños
por no tener en cuenta
que el amor, que es un loco á los veinte años,
es un necio del todo á los sesenta.

IV.

Y, en cuanto al otro tio, que queria
que hiciese yo, porque él nunca lo haria,
como Dios otro mundo de la nada,
con su vida feliz, algo anticuada,
al lado, siempre al lado de mi tia,
insoportablemente virtuosa,
se murió, para hacer alguna cosa,
por no morirse de fastidio un dia;

y ella despues, de su marido ausente,
y llena por lo mismo de pesares,
siendo esposa más fiel y más ardiente
que aquella del cantar de los cantares,
tambien murió otro dia.
¡mi generosa tia!
que una vez con el aire más sencillo
me dió un bolsillo en que guardar dinero,
aunque nunca me dió su amor sincero
dinero que guardar en el bolsillo.

V.

¡Sólo vivís en la memoria mia,
mis pobres tios y mi pobre tia!
¿Quién de aquí en adelante
os nombrará con cariñoso acento,
ahora que mi aliento
se va apagando, instante por instante,
como muere, extinguiéndose en el viento,
de un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adios, adios! ¡Aunque es un desconsuelo,
ya vuestro nombre amado
está tan olvidado
como lo está el sepulcro que os encierra;
pues nunca causan á los astros duelo
el que aflijan al suelo
ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
así como no importan á la tierra
las luces que se apagan en el cielo!

VI.

Te empezaba á decir, sobrino mio,
que no hallando la dicha apetecida
cuando seguí, como Fabian mi tio,
la izquierda del camino de la vida,
con ciego desvarío
mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
pues hallando allí sombra, aquí vacío,

por el lado del bien llegué al hastío,
por la senda del mal corrí á la muerte.

VII.

Ignorando mi ciega desventura
que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
y que, aunque el verlo es una cosa dura,
dá más honor un real en el bolsillo
que el llevar una espada á la cintura;
yo con la fé de un ánimo sencillo,
tuve ambicion, divinidad impura
á quien detesto, al ver en torno mio
fabricantes de leyes
que despues de mandar á su albedrío,
los augustos fastidios de cien reyes
no igualan todos juntos á su hastío;
y agente vil de esta ambicion de un dia,
con un pasar cercano á la pobreza,
pensé en el oro; pero el alma mia
aprendió en su dorada medianía
que no siempre es alegre la riqueza
ni siempre la miseria dá agonía.
¡No hay palacio sin algo de tristeza,
ni choza sin un poco de alegría!
¿Qué importa que las almas codiciosas
tengan por verdadero
que aquello que más vale es el dinero,
porque compran con él todas las cosas,
si, al hacer un exámen de conciencia,
tengo el dolor profundo
de ver que, en el bazar de la experiencia,
no compra todo el oro de este mundo
la paz de un solo dia de inocencia?

VIII.

¡Ay! ¿y el amor? En el humano juego
que es muy comun no ignoro
probar por la mujer que el hombre es ciego,

como se prueba el oro por el fuego
y la mujer se prueba por el oro.
De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
de huir la accion, cuando impensadamente
la voz de una mujer que suena al paso
se suele estar oyendo eternamente?
Yo al templo del amor corrí insensato
cuando tenía apénas
la edad en que en las venas
la sangre juvenil toca á rebato;
mas no me dió ventura
la suerte para mí siempre enemiga,
ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
pues ví con amargura
que, así como el placer dá en la fatiga,
la abstencion del amor dá en la locura.

IX.

Y como es el humano sentimiento
una gran coleccion de ecos dormidos
á los cuales despierta en un momento
en el mundo inmortal del pensamiento
cualquier cosa que llama á los sentidos,
una mujer, un pájaro, un acento,
admirado y sensible
con sed inextinguible
mudé de amor y cultivé las artes;
mas bebí en todas partes
la eterna tentacion de lo imposible.

X.

Despues busqué el saber; más tú no creas
en la base eternal de los derechos,
pues, pese á las ideas,
llevan el mundo á puntapiés los hechos.
No hay ciencias que no sean deleznables,
pues, excepto la fé, que encuentra apoyo
del cielo en los abismos insondables,
solamente las piedras del arroyo

pueden tener principios inmutables.
Yo con fé verdadera
apuré del saber la ciencia entera.
¿Y qué he sabido al cabo?
Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
lo que ve en su interior, eso ve fuera.
Nunca pude, rodeado de placeres,
hacer de mis deberes sentimientos,
porque á fuerza de penas y escarmientos
troqué mis sentimientos en deberes;
y es que los corazones
en las cosas humanas
presumen ver lo real, viendo visiones,
y los ojos, más que ojos, son ventanas
donde á mirar se asoman las pasiones.

XI.

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mia?
Dudar y más dudar; tanto, que temo
que he de ser algun dia
como Esquilo apedreado por blasfemo;
y despues de dudar, no he hallado el modo
de desechar el tedio,
pues en un mundo de ignorancia y lodo,
no cabiendo en la fé término medio,
ó se cree todo, ó se desprecia todo.
¡Por eso, con el alma destrozada,
tras una juventud desvanecida
llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
y en mi ánsia de saber indefinida
buscando lo infinito de la vida,
sólo hallé lo infinito de la nada!

XII.

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
el caminar por el izquierdo lado
es igual á marchar por el derecho.
Para purgar la pena del pecado

Dios hizo así este mundo malhadado,
y hay que tomarlo al fin como Él lo ha hecho.
Jamás dieron la paz á mi conciencia
ni la ambicion, ni el arte, ni la ciencia;
y corriendo de Oriente hácia Occidente,
ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente,
pude alcanzar de la ventura el precio;
y al bien y al mal, tambien indiferente,
hasta me vi abrumado tristemente
por mi propio desprecio,
pues fuí bueno, y me hallaron inocente;
quise ser malo, y me encontraron nécio.

XIII.

¡Ay! Feliz el que olvida
que en el mundo no hay dicha verdadera;
y dichoso tambien el que en la vida
sufre, llora y trabaja, ¡pero espera!
¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
de encontrar la ventura apetecida,
al librarme la muerte
de este abierto presidio de la vida?
¡Sí! ¡Sí! ¡La fé me llevará mañana
á la inmortal Jerusalen divina,
ya que no hallé la senda que encamina
á la ciudad de la ventura humana!
Y, aunque la suerte aquí la espero en vano,
si abajo hay una dicha como arriba,
ruega á Dios, Cayetano,
que, si no es un arcano,
en un término breve y perentorio,
alguna alma piadosa se lo escriba
á Madrid, que es emporio
de todas las desdichas de este mundo,
Córtes, ocho, segundo,
á Ramon Campoamor y Campoosorio.

FIN.

POR DONDE VIENE LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO.

A mi muy querida amiga

EUGENIA MAC-CROHON Y BARUTELL.

POR DONDE VIENE LA MUERTE.

POEMA EN UN CANTO

I.

De lo vuelvo á decir, y yo no miento,
¡gloria de los Mac-Crohones!
era, cual tú, la Eugenia de mi cuento
una enferma incurable de ilusiones.
Retrato verdadero
de tu rostro hechicero,
mostraba, como tú, con mezcla rara,
la realidad de lo ideal su cara,
lo ideal de lo real su cuerpo entero.
Hermosa niña que tambien tenía
ojos azules irisados de oro,
que juntando al talento la alegría,
añadia un tesoro á otro tesoro.
Modelo de esos séres ideales
que abrigan en su propio pensamiento
tal horror por las cosas materiales,
que tienen que bajar del firmamento
para poder hablar con los mortales.
Raza privilegiada
de castas soñadoras
á quienes nunca afligen
de la vida mortal las tristes horas,
pues su dicha es soñada,
y en el sueño que eligen

siempre hallan el amor que les agrada.
¡Gloria eterna á ese ejército divino
de grandes jugadores de ilusiones,
que exponiendo á menudo su destino
á la carta ideal de sus visiones,
alcanzan siempre en su pasion fingida
una dicha infalible,
pues si abruma lo real en esta vida,
lo que nunca nos cansa es lo imposible!

II.

El padre de esta niña, el sabio Prieto.
doctor en medicina y cirujía,
amante de lo real, y que discreto,
como aconseja Horacio,—«coge el dia,»—
cree que el alma, si existe, está vencida
por la ley de las fuerzas naturales,
y que no hay más criterios en la vida
que los cinco sentidos corporales;
que, el contento moral, más que un contento,
es de la pobre humanidad martirio,
y que el alma es el sueño de un delirio,
y el fruto de este sueño el pensamiento.
Es claro que, al decir que es nuestra mente
la fuerza de la vida trasformada,
cree en muy poco, ó más bien, cree solamente
en el dios Pan, el Todo, esto es, la Nada.
Teniendo por sistema
dudar de Dios, creyendo en sus hechuras,
jamás le atormentaba el gran problema
de que hay un Criador, si hay criaturas.
Sienta el doctor, por única certeza,
que el hecho es la razon de las razones;
y á abrigar ilusiones
le llama tener aire en la cabeza;
y, juzgándose un sabio muy profundo.
con sonrisa altanera,
como todos los fátuos de este mundo,
él se alaba, y no poco,

de no tener un átomo siquiera
de poeta, de músico ni loco;
y como es tan astuto, el mata-sanos
todo el arte de Hipócrates lo encierra
en jurar por los ídolos paganos
que, exceptuando en los trances de la guerra,
para llegar la muerte á los humanos,
no tiene más caminos en la tierra
que el frio y la humedad de los pantanos.
Y por eso á la niña, á la que quiere
con sin igual terneza,
seguro de que el hombre sólo muere
cuando el desórden hiere
de los sentidos la exterior corteza,
la dice sonriendo de esta suerte:
—«De la callada parca el paso quedo
no vendrá á sorprenderte;
na tengas, hija mia, ningun miedo;
yo sé por dónde ha de venir la muerte.»

III.

Como nunca ha llenado su cabeza
la ilusion de un amante desvarío,
no conoce del padre la agudeza,
que, así como la gran naturaleza,
tiene horror el espíritu al vacío;
y aunque vé que en la edad de los amores
Eugenia sólo busca con anhelo
los pájaros, las luces y las flores,
lo que recuerda y lo que lleva al cielo,
con mengua del honor de los doctores,
no advierte el sábio Prieto
que la niña se entrega
á penas y á alegrías sin objeto.
Mas ¿de estas impaciencias el secreto
cuál puede ser? La pubertad que llega.
Y es que, al lucir la nítida alborada
del sol de la existencia,
celebran los sentidos la llegada

de cosas que aún ignora la inocencia;
pues á este sol, con poderoso anhelo,
llenando lo visible y lo invisible,
circula ardiente de la tierra al cielo
la sávia de un amor irresistible;
y, siendo esta la clave
de su feliz tormento,
ya de Eugenia el divino pensamiento
desea alguna cosa; y ¿cuál? No sabe.
Sólo vé que pensando y más pensando,
ya en sér su pensamiento convertido,
sale, al fin de su cuerpo adormecido
la mariposa del amor volando.

IV.

Y ¿qué sér ha inspirado
el fuego que de Eugenia el pecho inflama?
Lo ignoro. Algun ensueño acariciado.
Más que en el sér amado,
la causa del amor está en el que ama.

V.

Siente Eugenia impaciencias sin objeto;
mas no quiere estudiar el doctor Prieto
el gran misterio que su pecho encierra,
pues, como hombre discreto,
cree que toda mujer tiene un secreto
que nada importa al cielo ni á la tierra.
Y no vé que, en su estado visionario,
Eugenia, en la region del firmamento,
da citas en un parque imaginario
á un novio que creó su pensamiento.
¿Quién detener podria la corriente
de ideas hechiceras
que brotan de la frente
de una mujer que en su exaltada mente
conduce diez legiones de quimeras?
Hay séres en amar de tal constancia

y de alma tan ardiente y abstraida,
que sacan de sí propios la sustancia
con que tejen la tela de su vida.
Así Eugenia, soñando y más soñando,
de hablar tanto con ellas
fué creando, creando
un lenguaje especial con las estrellas;
y de mirar la jóven extasiada
á la celeste esfera,
como era de esperar, quedó estenuada...
Mas la niña hechicera,
por su padre adorada,
¿qué tiene enfermo? Nada:
el pensamiento, esto es, ¡la vida entera!

VI.

Siendo el doctor de lo ideal ateo,
de su ciencia seguro,
no cree, como yo creo,
que un amor en estado de deseo
es tanto más vivaz cuanto es más puro;
y, en cambio, si veia
que alguna hermosa jóven se moria
por tomar en las noches el rocío,
—«Abrígate,»—á su hija le decia,
—que ayer mató á una niña un aire frio;»—
y, con ánsias de padre verdaderas,
ponia el algodon de sus cuidados
en todas las rendijas y vidrieras,
arriba, abajo, enfrente y á los lados;
y con tan nimio esmero
todo frio exterior interceptaba,
que, en el cuarto de Eugenia, cuando helaba,
podria cocer pan un panadero:
y, cual siempre, pagado
de su feliz agüero,
la decia á su hija confiado:
—«No tengo ningun miedo de perderte,

tú fia en mi cuidado,
que sé por dónde ha de venir la muerte.»

VII.

Mas lo triste es que un dia,
nuestra Eugenia del sueño en que dormia
inquieta despertó de tal manera,
que su alma empezó á amar como debia
y su cuerpo á sentir como lo que era.
Y Eugenia sin amante ¿á quién amaba?
Al amor ¡que sé yo! misterios de ellas.
El caso es que, aquel tipo que adoraba,
¡oh fuerza de los sueños! habitaba
muy cerca... más allá de las estrellas.
Y es natural: un alma cuando es pura
y vive en un estado visionario,
como no tiene objeto su ternura
lo aplica ¿á quién? á un sér imaginario.
Lo cual prueba, lectores,
que, gracias á estos púdicos amores,
para eterno consuelo,
miéntras haya mujeres y dolores
será en la tierra una esperanza el cielo!

VIII.

Pero, á su ciencia natural atento,
ni áun viendo cómo mata el sentimiento,
nuestro Galeno advierte
que alguna vez puede llegar la muerte
envuelta en un amante pensamiento.
Y como es una fruta la experiencia
que, ó está sin madurar, ó está podrida,
apelando el doctor á su conciencia,
recuerda que en la edad de los placeres
se murieron por él muchas mujeres,
que vivieron despues toda su vida;
y aunque no se creia
ni músico, ni loco, ni poeta,

como él amaba un poco todavía
á una enorme coqueta,
especie de animal de sangre fria,
y al deducir, por la doctrina impura
de sus principios de malicia llenos,
que muchos platonismos de ternura
no acaban en Platon, ni mucho ménos,
por si causar podria
de Eugenia los pesares,
á un primo, casi lelo, que tenía
le desterró el doctor de sus hogares;
pues, con ser tan notorio, no sabía
que inspira todo primo una gran llama,
ó, como éste de Eugenia, un gran desprecio;
y que un primo es un dios, cuando se le ama,
pero un primo, no amado, es siempre un necio.

IX.

Y sin darse un momento de reposo,
unas veces honrosas, y otras viles,
el doctor, como un viejo receloso,
tomaba precauciones infantiles.
Y, como ya es sabido,
que un padre es aún más tonto que un marido,
con general sorpresa
le echó un traje á una estátua de un cupido
que estaba sin vestir sobre una mesa;
y les dió libertad á dos jilgueros,
por si de ella los ojos hechiceros
ya deleites secretos presagiaban
al mirar, en los ratos placenteros,
el por qué, cómo y cuándo se besaban.
Inútil precaucion, que iba agrandando
de Eugenia los fantásticos amores;
pues, conforme á sus ojos soñadores
se iba el espacio de su amor cerrando,
su puro corazon fué desplegando
inmensas perspectivas interiores.
Así es que, amando con leal vehemencia

la dulce creacion de su existencia,
la hermosa Eugenia hácia la muerte avanza
con un amor igual á su esperanza,
y una constancia igual á su paciencia.

X.

Y ¿el doctor? Con un juicio algo tardío,
pensando un dia, por su buena suerte,
que es un error tan necio como impío
el que son siempre la humedad y el frio
las anchas carreteras de la muerte,
—«¿Por qué esta niña,»—el triste se decia,
—«con cara de sonámbula risueña,
ayer y hoy, por la noche y por el dia,
esté despierta ó duerma, siempre sueña?
¿Por qué en labios tan bellos,
sin dejar de ser puros,
ya parece que en ellos
palpitan á granel besos futuros?»—
¡Desdichado doctor! ¡Siendo tan diestro,
y teniendo además tanta experiencia,
no sabe que el querer es una ciencia
que todos aprendemos sin maestro;
y que, al cerrar con diligencia vana
por la noche la puerta á los amores,
entran por la ventana
enjambres de fantasmas seductores
que dispersa la luz de la mañana!

XI.

Mas cuando, al fin, con ánsia verdadera
nota el doctor cuán presto
lleva á Eugenia hácia un término funesto
la casta consuncion de una quimera,
ya, aunque muy tarde, á comprender alcanza
que es la niña adorable
una enferma incurable
del santo malestar de la esperanza.

¡Morir de amor! ¡Oh encantadores séres,
fuentes de bien, refugios de consuelo!
¡Los ángeles amasan en el cielo
la pasta con que se hacen las mujeres!

XII.

Así hácia un fin cercano
corria con el aire más risueño
la que en las nubes dió su blanca mano
á un cierto prometido de un ensueño.
Y entre tanto que Eugenia se moría,
nuestro doctor ¿qué hacía?
Disparatar el pobre como un loco;
por lo cual no veia
que la muerte venía poco á poco;
¿por dónde? No lo sé; pero venía.
¡Siempre fué así: yo sé por mis lecciones,
de realidad y de experiencia llenas,
que, mejor que las penas,
matan las ilusiones,
pues he visto á docenas,
ó más bien, á docenas de millones
lindas cabezas rubias y morenas,
morir de apoplegía de visiones!

XIII.

Y una vez que en la faz desencajada
de Eugenia moribunda
el candor hizo franca la mirada,
así como el amor la hizo profunda,
y cuando, ya entreabiertos, se teñian
de azul los labios rojos,
y muriendo, parece que tenian
doble vida las niñas de sus ojos,
convencido el doctor de su torpeza,
parecia, mirándola afligido,
un náufrago que saca la cabeza
desde el fondo del mar donde ha caido.

XIV.

Y cuando ya el doctor no está seguro
si es la niña á quien vela
un espíritu puro
que pronto vá á volar, si ya no vuela,
á Eugenia una mañana contemplando
con la pasion más tierna,
vió que se iba en sus ojos condensando
la negra sombra de la noche eterna;
y ante ella, sus errores abjurando,
lo mismo que á la imágen de una santa,
le dió un beso en la frente de rodillas,
dos en los ojos, dos en las mejillas,
y otro y otro, hasta diez, en la garganta.
Y en el instante mismo en que, embebida,
á una cadena de ángeles asida,
Eugenia con el aire más risueño,
ya iba á seguir los sueños de su vida
á las mansiones del eterno sueño,
el doctor, tristemente,
con la voz de una tórtola que gime,
le decia á la niña, en cuya frente
dejó la muerte un estupor sublime:
—«¡Ten, por Dios! ten por Dios, ídolo mio,
quieta la mente, el corazon en calma;
no matan sólo la humedad y el frio;
¡viene tambien la muerte por el alma!»

FIN.

EL AMOR Y EL RIO PIEDRA.

POEMA EN TRES CANTOS.

AL SR. D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ VILLAVERDE Y RIVERO.

Recuerdo de cariño de

Campoamor.

EL AMOR Y EL RIO PIEDRA.

POEMA EN TRES CANTOS.

CANTO PRIMERO.

EL EDEN.

I.

Quereis amar á Dios? ¡Pues id á Piedra:
á aquel Edén que con verdor eterno
alegra hasta lo triste del invierno
con sus musgos, sus mirtos y su hiedra;
pues siendo un fiel traslado
de un sueño de Virgilio mejorado,
no hay mortal que lo vea
que, como yo, encantado,
no admire, piense en Dios, se postre y crea!

II.

Así, creyendo y admirando, un dia
por este paraíso de inocencia
van dos hijos de Dios, que todavía
no encontraron el árbol de la ciencia.
Él por ella en un dia de batalla
desertó frente á frente al enemigo;
y ella por él, al frente de su amigo,
se escapó de un molino de *Cimballa*.
Mas, como dice en Aragon la gente,

desertar por los ojos de una moza,
es cosa que perdona fácilmente
la Vírgen del Pilar de Zaragoza.

III.

Juntos los dos, siguiendo su destino,
bajaron por el rio, hácia el camino
que á *Piedra* viene á dar desde *Tortuera*,
despues que con amor la molinera
le dió un beso á la rueda del molino.

IV.

¡Qué felices serán dos desertores
que tienen libertad en sus amores,
calor de dia y por la noche frio,
en la tierra placeres y dolores,
aire y luz en la esfera,
para poderse ahogar sitio en el rio,
pan caro y agua grátis donde quiera!

V.

Es Jaime, más que un quinto, un veterano
que puesto en guardia y con fusil en mano,
le echa el ¿quién vive? á un pájaro que vuela,
tanto que, el muy tirano,
hallándose una vez de centinela
vió á la Reina y la dijo: «¡atrás, paisano!»

VI.

Mas dejo de hablar de él, por decir de ella
que en Daroca una vez la llamó bella,
silbando como un mirlo, un lord muy rico;
y otra vez, extasiado,
le echó una flor, pasando por su lado,
un Azlor de Aragon, casi un Rey chico.
Lleva un traje ceñido á las caderas,

y anillos en los dedos de las manos
como una valenciana con ojeras,
que come arroz y vive entre pantanos.
Cruza enhiesta el pañuelo por delante
para dejar al aire la cintura,
mostrando el tallo erguido y ondulante
de la flor sin abrir de su hermosura.
Siempre lleva de andar por las praderas
alpargatas de cáñamo olorosas,
pues, segun las nociones verdaderas
de los sabios que estudian estas cosas,
cuando son tan hermosas
todas las molineras,
sabiendo á pan de flor, huelen á rosas.

VII.

Y, en medio del amor que los obceca,
¿adónde van huidos
Jaime Cortés y Candelaria Ateca?
Llevados y traidos
en el mismo columpio de un deseo,
se proponen morir los atrevidos
lo mismo que Julieta y que Romeo.
Su plan de amor y horror era el siguiente:
desertar, verse un dia solamente,
darse un adios eterno,
y hallar luégo en el fondo de un torrente
la muerte y la esperanza del infierno.
¡Hay cabezas tan locas
que, con formal empeño,
no encontrando harto duras á las rocas,
se rompen la cabeza contra un sueño!

VIII.

Ya hácia el final de la primer jornada
buscando algun descanso
en la márgen del *Vado* (una cascada
que nace y que concluye en un remanso),

miraban extasiados las corrientes
claras en los arranques,
blancas en las rompientes,
y azuladas despues en los estanques,
cuando al llegar la hora,
de echarse entrambos de cabeza al rio,
poniéndose de pié, «vén, Jaime mio,»
le dijo al desertor la desertora;
y hácia un salto mortal ella camina
enseñando al soldado á ser valiente.
¡Felíz pasion la que en morir se obstina!
¡El preferir la muerte á estar ausente
es del amor la plenitud divina!

IX.

Ya en pié los dos median el abismo
de la gran *Requijada*,
otra hermosa cascada
que parece caer del cielo mismo,
cuando al mirar pintados en las ondas
de ella, el rostro y gentil desembarazo,
sintió el alma de Jaime aquel flechazo
que pasó el corazon de Epaminondas;
y volviendo á mirar en la cascada
aquel talle que imita
la ondulacion del cisne cuando nada,
y el pecho de opulencia regulada
que á amar las cosas de la tierra incita,
en ese atontamiento en que la mente
no se encuentra despierta ni dormida,
asiendo de repente
el brazo de la hermosa molinera,
perdiendo el sentimiento de la vida,
la dijo con afan:—«¡espera, espera!»

X.

Y, despues de esperar, con piés ligeros
bajan corriendo la empinada cuesta

los dos pobres viajeros
que no llevan más ropa que la puesta;
y llenos de pasion, aunque mojados,
uno de otro en el talle
muellemente apoyados,
á lo largo del valle
se alejan poco ménos que abrazados.

XI.

Y, siguiendo del *Piedra* la corriente,
sus almas encantadas
ven el amor tan casto como ardiente
de las cosas creadas
que imantadas, y al fin desimantadas,
se casan y descasan buenamente;
pues era la estacion que entre gorjeos,
alumbrando los gérmenes que encierra,
la gran hembra del sol, la madre tierra,
da los frutos de antiguos himeneos.

XII.

Y andando poco á poco, se olvidaron
de la parte febril de su aventura,
y al fin no se mataron:
¡quién no hace en este mundo una locura!
Luégo, á la sombra de un nogal, notando
que empieza el tiempo á parecerles breve,
se comen unas nueces, enseñando
unos dientes más blancos que la nieve.
Pero, ¡oh esperanzas vanas!
al sentir un amor inextinguible
ellos creen que es posible
vivir sólo de nueces y avellanas;
sin saber los sencillos desertores
que beber en el *Piedra* y comer nueces
es hacer que se olviden los amores,
y aborten las más bellas redondeces;
porque es sabido que el amor y el rio

tienen suertes iguales,
pues así como el *Piedra*, se endurece
al romperse en las rocas sus cristales,
perdiendo ciertos óxidos vitales,
al moverse el amor se desvanece,
y es que el amor y el rio, andando, andando,
por sus cauces los dos marchan dejando
el rio cal y la pasion olvido,
y así es como se van petrificando
el agua andada y el amor movido.

XIII.

Y al llegar estos míseros mortales,
que alimentan su amor de vegetales,
á un monte empenachado de cascadas,
miraron en los altos vericuetos
las tranquilas moradas
del abuelo, los hijos y los nietos,
de la raza felíz de los Muntadas.

XIV.

Y al ver el *Monasterio* frente á frente,
con misterio inocente,
se llenaron sus almas de emociones
pensando en las virtudes de un convento,
y él se entregó á juiciosas reflexiones
y ella á un casto y profundo sentimiento.
Y hasta en aquel momento
se despertó de Jaime en la memoria,
de San Benito, el fundador, la historia,
que amando á una mujer, que era un portento,
y por la cual su corazon ardia
como un carbon que lo encendiese al viento,
en vez de acariciar como un profano
las torpezas divinas
que envidia el cielo al lodazal humano,
se echó sobre un zarzal, cuyas espinas
destrozaron sus carnes virginales:

y añade en sus anales
un cierto *Padre Yepes*, á quien creo,
renunciando á probarlo en los zarzales,
que en San Benito por heridas tales
el fuego se exhaló de su deseo.

XV.

Y en tal instante, aunque con gran frecuencia
no hay más Guardia Civil que la conciencia,
ya del dia á los últimos fulgores
los dos enamorados desertores
creyeron ver, ó en realidad miraron,
dos parejas de guardias que pasaron,
y apresuradamente
encontrando un zarzal junto á una fuente,
con natural espanto,
no se echaron encima como el Santo,
se escondieron debajo santamente.

XVI.

Y gracias al Señor, libres de sustos,
Jaime Cortés y Candelaria Ateca
se durmieron despues como dos justos
sobre un lecho de amor de hierba seca.

XVII.

Pero ¿y qué más?—¿Que más? Con amor puro
él una vez al tropezar con ellos
besó de Candelaria los cabellos.....
—Y ¿nada más?—Y nada más: ¡lo juro!

CANTO SEGUNDO

LA TENTACION

I.

Ya el sol emblanquecia las estrellas,
y Jaime, aún no dispierto,
ni soñaba siquiera con aquellas
tentaciones tan bellas
que tuvo San Benito en el desierto;
pues, como todavía
al alborear la lumbre de aquel dia
le hacía poco peso la conciencia,
fué su sueño profundo, muy profundo.
¡Qué dicha tan inmensa es en el mundo
amar, en pleno amor, con inocencia!

II.

Cuando ya los llamaban á la vida
los sones halagüeños
que la tierra, aún dormida,
murmura electrizada como en sueños,
á Jaime despertó la molinera;
y abriendo un gran portillo en el ramaje
para ver la primera
el teatral aspecto del paisaje,
vió á la luz color gris de la mañana
los huecos de las celdas del convento;
y elevando hácia Dios su pensamiento

se santiguó con gracia la aldeana,
pues hija fiel de otro cristiano viejo,
ella es una cristiana
tan católica á un tiempo y tan galana
que reza y se santigua con gracejo.

III.

Aunque es un bello nido
de inextintos amores
el *Parque*, sobre un monte suspendido,
los tiernos desertores,
despues que el sol vino á borrar la aurora,
dejaron una estancia peregrina
que reune en su flora
el Africa, la América y la China;
y hácia el *Vergel* bajaron,
y al límite en que el *Parque* terminaba,
un bello semicírculo encontraron
que el tocador de Vénus imitaba,
y quedó admirado él y ella embebida
al ver la *Caprichosa*, una cascada
que parece tendida
el velo de una reina desposada;
y á su influjo, sintiendo
una feliz y casta soñolencia,
porque el agua, al caer, baja moviendo
las brisas de las playas de Valencia,
en torno de los tímidos amantes
trazan al sol un círculo divino,
saltando, como un polvo blanquecino,
molidos en las peñas los diamantes.

IV.

Y entran luégo en la *Gruta del Artista*
por ver estalactitas agrupadas,
que alegraban la vista
como labores de cristal colgadas;
y sigue admirando él y ella embebida,

y pasa tiempo... y tiempo... y de esta suerte
se fueron olvidando de la muerte
y acordándose un poco de la vida.
Mas ¿cómo de los fieros desertores
ya, el que ménos, olvida
su deber de arrojarse en un abismo?
Porque en cosas de amores
puede más que el deber el magnetismo.
No lo extrañeis, lectores,
segun Platon, ya en Grecia era lo mismo.

V.

Entrambos luégo, de la mano asidos,
bajando más y más, miran, pasando,
que en el estanque del *Vergel*, nadando
ya se atusan los patos aburridos,
despues de ver y oir como, formando
borbotones, cual pechos de Sirena,
corriendo á unirse al rio,
bajo un dosel sombrío,
el dulce *Arroyo de los Mirlos* suena.

VI.

Y á la sombra de un álamo sentados
para admirar el *Baño de Diana*,
poco despues el quinto y la aldeana
miraban los cristales azulados
de un rio trasparente
que seria maldito en el Oriente
por sacar los contornos redondeados.

VII.

Se alzan despues y apresuradamente
viendo una cueva enfrente
llamada la *Carmela*, él en pos de ella,
como quien huye de la luz del cielo,
se entraron en la gruta, que es más bella

que la gruta de Elías del Carmelo.
Mas si viese á los dos en compañía
despacio, y sin pensar que el tiempo vuela,
¡Jesús! ¡qué colorada se pondría
la Cármen que dió nombre á la *Carmela*!
Y con razon, porque al seguir su ruta
salieron pálido él y ella encarnada,
aunque, en aquella gruta
¡admírate, lector! no pasó nada.

VIII.

Y ven despues, entre el espeso ambiente
de perlas en las rocas machacadas,
los *Fresnos* que, cortando una corriente
imitan dulcemente
un salterío formado por cascadas.
Y al ver que con su escala de colores
la *Cascada del Iris* sus primores
sepulta en un estanque luminoso
al pié de una vertiente encajonado,
Jaime exclama admirado
como un viajero estúpido:—«¡qué hermoso!»

IX.

Y, al fin del largo estanque,
miraron en su arranque
la *Cola de caballo*, otra cascada
que, en la cumbre entre rocas apretada,
se pára, se acumula, se desborda:
el valle todo asorda,
cae, y despues se echa á dormir cansada.
Pero al caer arqueada y ondulante,
es tal su gallardía,
que no tiene una cola semejante
el caballo mejor de Andalucía.
Al ver la gran cascada

brillando tan gentil y refulgente
casi duda la mente
si, al caer despeñada,
rompiéndose en las rocas, irritada
lanza el agua una luz fosforescente.
Yo sé de un navegante, amigo mio,
que viviendo en el mar constantemente,
nunca vió el agua hasta que halló este rio
que, lanzando impetuoso su corriente
de pendiente en pendiente,
recorre desde el cielo hasta el abismo,
haciendo de esta tromba á un tiempo mismo
chubasco, borboton, racha y rompiente!

X.

Y ¡gloria á Dios! Merced á la certera
habilidad del dueño
que abrió á pico en la roca una escalera,
bajaron á la *Gruta*, que supera
en hermosura real al mismo sueño;
gruta en la que es el dia
una noche de otoño húmeda y clara,
que mezcla á una luz rara,
unas sombras más raras todavía;
y cuando de repente
entre tanto y tan mágico espejismo
lleva el sol al morir en Occidente,
la esplendencia del cielo á aquel abismo,
se ve allí claramente
aquel Dios misterioso que el ateo
nunca vé en su nublada fantasía;
á quien vió por detrás Moisés un dia;
á quien vió de perfil el gran Linneo;
al que ve con su tierna idolatría
la esposa fiel por cuyos ojos veo,
y al que la madre de mi amor veia
con el santo candor del buen deseo!

XI.

Las aguas por las rocas exhudadas,
forman allí variadas
obras de arte, á la bóveda sujetas
con primor tan gentil que sus labores
afrentan á escultores,
á arquitectos, pintores y poetas.
¡Qué prodigio, gran Dios! Ninguno sabe
si aquel templo escondido y soterrado
es de una grande catedral la nave,
ó algun horno ciclópeo ya apagado;
si habrá formado un hada
sus bellos arabescos de mezquita;
si es gruta de Sibila exonerada,
ó de un Titán la cueva troglodita;
pues la gruta hechicera,
que á todo ingenio humilla,
si como arte es la octava maravilla
como arte natural es la primera:
y acaso en tan extraña arquitectura
Dios tuvo por objeto
juntar en su hermosura
los prodigios del orbe en miniatura,
formando tan completo
Pandemonium de cosas celestiales,
que al rededor se ven hombres y brutos,
y dioses vegetales y animales,
y fetiches de ritos naturales,
flores, peces, y pájaros y frutos;
ídolos despreciados
que, del mundo barridos,
y en la *cueva* de *Piedra*, emparedados,
fueron, despues de ser amontonados,
por el desden primero confundidos,
y por el tiempo al fin petrificados!

XII.

Miéntras hacen las brumas condensadas

en lo hondo de la *Gruta* acumuladas
un estanque sombrío
donde al caer, medidas y contadas,
van formando las gotas de rocío
un joyero de perlas agitadas,
de tanta sombra y humedad mezclados
el perfume, el color y los sonidos,
parece que tambien petrificados
abruman con su peso los sentidos;
y en tal cáos de ruidos y fulgores,
al ver y oir los brillos y rumores,
cambiando de ilusion ojos y oidos,
encuentran siempre allí nuestros sentidos
voz en la luz, y luz en la armonía,
siendo así de la humana fantasía
quiméricos antojos
ya el hallar armonía en los colores,
ya el ver como parece á nuestros ojos
que saltan de los ruidos resplandores!

XIII.

Saliendo de su asombro sobrehumano
ven luégo que, á sortear acostumbradas
el furor de las aguas despeñadas,
por la derecha y por la izquierda mano
entraron asustadas
dos palomas seguidas de un milano;
y el milano no entró, porque imprudente
á las aves de frente
les fué astuto á cortar la retirada,
y el rápido turbion de la cascada
lo echó muerto en el fondo del torrente.
Y luégo la pareja arrulladora
tranquila y entregada á sus amores,
de aquellos infelices desertores
vino á ser la serpiente tentadora;
pues en tanto que extáticos seguian
por los picos los pájaros unidos,
ellos desvanecidos

los miraban á un tiempo y los oian
poniéndose en los ojos los oidos.
Y cuando aquella escena
de peligrosos incentivos llena,
convirtiendo en eden la hermosa cueva
les trajo á la memoria
el amor de Adan y de Eva,
los grandes pecadores de la historia,
en ideal mutismo
nuestros dos desertores
sondeaban el abismo
del vértigo feliz de los amores,
y como es natural, naturalmente
escena tan sencilla,
puso fuego á su amor adolescente,
y empezó á arder en ellos de repente
la sangre de Isabel y de Marsilla.
Y como suele á veces
un ejemplo liviano
hacer hervir las heces
del fondo vil del animal humano,
miéntras casta, apelando á sus deberes,
ella devora en abstraccion sublime
ese instante en que incuban la mujeres
la idea que las pierde ó las redime,
él miró á Candelaria de hito en hito
para beber amor en sus miradas,
pero ella, dando un grito,
que hizo huir á las aves asustadas,
salió de aquel lugar de incontinencia
para ella maldecido,
y—«¡jamás!»—murmuraba con frecuencia,
respondiendo sin duda á un repetido
misterioso argumento de conciencia.
Así la fugitiva
salió rápidamente,
como un ave cautiva
cuya jaula se abriese de repente,
miéntras Jaime Cortés, desvanecido,
ni á ver, ni á oir, ni á respirar se atreve,

y sigue detras de ella, convertido
en fria estalacmita que se mueve.
Y, gracias al buen Dios, de esta manera
el idilio empezado en aquel dia,
por huir con pudor la molinera
se quedó siendo idilio todavía.

XIV.

Y, despues de unas horas,
ya con planta segura
siguiendo á las palomas tentadoras
por sendas seductoras
trazadas con ingenio á la ventura,
llegaron á la *Fuente del Olvido*
y á un *Lago* entre montañas detenido,
con la *Peña del Diablo* por un lado,
y al otro el *Monte Piedra*, en donde alzada
con restos de una antigua fortaleza
aún se ve una *Capilla* abandonada,
con santos que no sirven para nada
pues ni unos tienen piés ni otros cabeza.

XV.

¡Oh, *Fuente del Olvido* misteriosa!
¡Lola, Asuncion, Eugenia, María Rosa!
¡Coro de alegres Musas!
¡Recuerdo entre memorias ya confusas
que despues de saltar con planta airosa
los arroyos cortados por exclusas,
para hallar el reposo apetecido
prestó á vuestro cansancio y mis pesares
el húmedo verdin de sus sillares
la inolvidable fuente del *Olvido!*
¡Isabel, Cármen, Juana!
¿A que ninguna de las tres olvida
lo que en el *Lago del Silencio* hablamos?
¿Olvidareis jamás que allí pasamos
tres horas las más dulces de la vida?

XVI.

Mas nos llaman de nuevo otros amores,
porque Jaime, sintiendo trasudores,
de improviso gritó:—«¡Guardias civiles!»
pues para un desertor, en la apariencia,
no hay más hombres que guardias y alguaciles;
¡que es gran pintor de espectros la conciencia!
Y buscando un refugio, mira en torno,
y alcanzando en el fondo del paisaje
una cueva que sirve de hospedaje
á todas las palomas del contorno,
uno y otro con ánimo esforzado,
metiendo el pié en las grietas de las peñas
subieron á la *Cueva del Soldado*,
que allá arriba y oculta entre unas breñas,
el mismo Dios que la hizo la ha olvidado.
Y en tanto que los pobres desertores
quedan solos, pensando en sus amores,
mas sin faltar á la moral cristiana,
por la altura del monte vigilando
va la Guardia Civil representando
lo perspicaz de la justicia humana.

XVII.

¡Que Dios os dé fortuna,
oh jóvenes amantes,
que aún podeis comulgar sin duda alguna
sin precision de confesaros ántes!
Yo espero que aún podrá vuestra inocencia
la hora retardar de la caida,
creyendo lo que dice la experiencia
que es muy malo abusar de nuestra vida!
Desechad con empeño
cuanto hay de realidad en las pasiones,
dándolo todo, como yo, al ensueño.
Imitad mis fugaces ilusiones,
pues en giro halagüeño,

desenterrando y enterrando historias,
ya saco una memoria para sueño,
ya echo un sueño al rincon de mis memorias.
Y aunque en mis rasgos de virtud no imito
lo que hizo en el desierto San Benito,
procuro realizar en mis ternezas
un amor superior á las flaquezas,
porque sé en mi constante desconsuelo
que si une de algun modo
un hilo solo nuestro amor al suelo.
sopla el viento una vez, se nubla el cielo,
rompe un céfiro el hilo... y ¡adios todo!

CANTO TERCERO.

EL CASTIGO.

I.

«El amor se cree eterno y dura un dia.»
Así á Jaime Cortés con grave acento
un Cura le decia,
si es Cura el Capellan de un regimiento.
—«Vamos con calma, vamos,»—
el Capellan seguia,
—«confiésate despacio, que esperamos
una dicha imprevista,
pues sé que, siendo un ángel en la tierra,
pidió ayer tu perdon una bañista
que es algo del ministro de la Guerra.
Háblame, pues, sin remontar el vuelo,
y cuenta sólo la verdad humana.
Cuando se halla por medio un aldeana
todos sabeis cómo se pierde el cielo,
aunque nunca estudiais cómo se gana.»

II.

«¿Habrá una criatura,—
preguntó el desertor,—que la ventura
encuentre en las pasiones tormentosas?»
Y el confesor le dijo:—Tén cordura,
tú al hablarme te olvidas que soy Cura,

y sólo sé por relacion las cosas.
Piensa bien que nos dice la doctrina
que es el hurto un pecado,
y la Ordenanza á declarar se inclina
que, al robar una moza, es un soldado
tan vil como al robar una gallina.
Confiesa que ese amor desventurado
de la Ordenanza el código destroza,
mostrando el espectáculo adorado
de un quinto que secuestra á una real moza.
¡Si fueras oficial, pero un soldado!...»

III.

Bostezando en memoria de su amada,
Jaime exclamó con voz entrecortada:
—«¡Oh, qué cuarto de luna tan eterno!
Ocho dias de dicha continuada
hacen dulce la idea del infierno.
Amé en la gruta á Candelaria Ateca
con todas mis potencias y sentidos.
¿Qué habíamos de hacer, allí metidos,
sin tener yo un fusil, ni ella una rueca?
Duraron nuestras verdes alegrías
tres dias y tres noches... pero luégo...»
—«Sí, dijo el cura, al cabo de esos dias,
la hablabas tú en latin, y ella á tí en griego.
El que sepa la esencia de las cosas,
sabrá que las mujeres siempre entienden
la ciencia de agradar, si son hermosas,
pero hermosas ó feas, nunca aprenden
el arte de no hacerse fastidiosas.
Bien, y despues, ¿qué hiciste?»
—«¿Qué hice despues? Jaime pregunta. ¡Ay, triste!
Despues me acobardé como un paisano.
¡Ningun héroe resiste
á un amor de ocho dias mano á mano!
Mas ¿qué habrá sido de ella, padre mio?
¿Se habrá arrojado al rio?»
—«Déjate de locuras,

contestó el Capellan, ¿de qué te apuras?
Con respecto á cariños y placeres,
sabemos bien los Curas
que se suelen cansar de sus ternuras
tanto ó más que los hombres, las mujeres.
Pero tú, ¿no sabías, inocente,
que el rio el corazon solidifica,
así como al tocarlas petrifica
las ramas que detienen su corriente?
¿No oiste en *Piedra* hablar de dos inglesas
que amando con pasion y siendo obesas,
por beber en estío,
los óxidos metálicos del rio,
dejaron de querer y de ser gruesas?»
—«Yo sólo sé, Jaime siguió, que, iguales
los astros desde el cielo,
siguieron alumbrando mi fortuna
cuatro dias cabales;
pero ya al quinto dia de la luna
noté con desconsuelo
que me enseñaba el pié sin gracia alguna,
miéntras necias por valles y por lomas
con sus eternos besos,
aquella fiel pareja de palomas
me llevaba el fastidio hasta los huesos.»

IV.

«¿Y qué fué de esas aves, que os mostraron
el árbol de la ciencia?
preguntó el Capellan.—«Nos las pagaron,
Jaime exclamó, pues si ellas me enseñaron
la primera leccion de la experiencia,
como es ley natural que el hombre coma,
una tarde de amor nos las comimos,
y el par nos repartimos,
comiendo ella el pichon, yo la paloma.»
—«Pues ¿no teníais nueces?
preguntó el Capellan.—«Sí, pero á veces,
respondió el desertor, que sollozaba,

tanto el hambre apretaba
que, además de las aves, padre mio,
cuando hallaba cangrejos en el rio
encendia un tomillo y los asaba.»—
—«¿Asar á su maestra? Eso da espanto,»
replicó el Capellan.—«Tú, en amar tanto
fuiste, hijo mio, un verdadero loco,
y te lo digo yo, que soy un santo,
por más que alguna vez lo olvide un poco.»

V.

—«Dormida un dia, aproveché el momento»
siguió Jaime—«y con nuevas ilusiones
me volví al regimiento,
prefiriendo el fragor del campamento
al amor siempre igual de los pichones;
mas queriendo atajar, dejé el camino,
y andando en línea recta y con premura
para llegar más pronto á mi destino,
la guardia me prendió cerca de Alhama.
—«Es verdad»—siguió el Cura,
—«y el idilio acabó y empezó el drama;
pues la Guardia Civil es tan amiga
de pensar siempre el mal, que con trabajo
cree que ninguno siga
la senda del deber por el atajo.
Por desertor cogido y sentenciado
preferiste al amor ser fusilado.
Lo comprendo, hijo mio,
fuiste el ciervo asustado
que teme ser cogido y se echa al rio.

VI.

—«Mas ¡ay! ya está el piquete en movimiento.
Y, pues llegó el momento,»
continuó el Capellan,—«vamos andando.»

Y despues de decirle—«acaba, acaba,»—
masculló una oracion como implorando
la clemencia de un Dios, de quien dudaba.
Luégo siguió—«ya quedan conmutados
en gracia de tu hastío, tus pecados;
el Papa actual es un señor muy bueno,
que cree que son los malos desgraciados,
y que el mundo está lleno
de santas y de santos ignorados.»—
Volvió á rezar un poco, á su manera,
le echó despues la bendicion postrera,
y te—«perdono,» dijo,
«en el nombre del Padre; y quiera el Hijo
que te perdone á tí la molinera.»—
Mas Jaime, horrorizado
de pensar si podria
viviendo más, de Candelaria al lado
pasar un dia solo, un solo dia,
poniéndose de pié con el objeto
de ser en el instante fusilado
por no quedar sujeto
á los trabajos del amor forzado,
se preparó á la muerte, y en tal hora
el rostro se cubrió con las dos manos,
diciendo con ternura encantadora:
—«¡Cuánto me aflige ahora
el dolor de mi madre y mis hermanos!»

VII.

¿Cuál seria de Jaime la sorpresa
cuando vió frente á sí la aragonesa
que, vestida de quinto, le miraba
con la cara tranquila
que debia poner cuando jugaba
con los cabellos de Sanson, Dalila!
Jaime Cortés, de confusiones lleno,
no queria creer lo que veía,
mas la mujer con ánimo sereno

mirándole, parece que decia:
«Caerá entre sangre el que me hundió en el cieno.»

VIII.

Mas ¿cómo la terrible molinera
llegó á la ejecucion? De esta manera:
Fué á *Nuévalos* un dia,
y en casa de una tia, audaz se puso
un traje de aldeano, que allí habia,
de un paño sin color, á fuerza de uso;
y hecho ya aragonés, la aragonesa,
al salir de la casa de su tia
con el pelo cortado á la escocesa,
más bien que un aldeano, parecia,
el paje más gentil de una princesa;
y anduvo muchas horas, y aunque en vano
de Jaime preguntó por el destino,
á todos los rumores y los ecos;
le dió noticias de él por el camino,
un vendedor de miel y de higos secos;
y de matar á Jaime haciendo voto,
marchó á Alhama, á cumplir su triste suerte.
—¡Lechera con el cántaro ya roto,
no halló más esperanza que la muerte!
Llega en fin; sienta plaza de soldado;
pide ser del piquete fratricida;
y así en vengarse, y en matar se empeña,
al verse sin amor y envilecida;
venganza, vive Dios, que nos enseña
que el corazon á veces desempeña
un papel importante en nuestra vida.

IX.

Jaime observa el piquete con espanto,
y Candelaria en tanto
como le ama á pesar de los pesares,
lo mira con furor, miéntras su llanto
por dentro de sus ojos corre á mares.

Y cuando vió que á Jaime le vendaron,
unas nubes de sangre la cegaron;
y, en el postrer momento,
al consumar su intento,
que se creyó casualidad horrible,
mirando Candelaria al miserable,
echa sobre él un odio irresistible,
ó más bien un amor interminable:
junta á su sien de su fusil la boca;
el gatillo despues con el pié toca,
suena de pronto un tiro,
reza un—¡piedad, Señor!—dando un suspiro,
y cae con el cráneo destrozado,
un momento ántes que él, y de esta suerte,
si por verlo matar se hizo soldado,
por no verlo morir se dió la muerte.

X.

Y un instante despues, lleno de celo,
hizo álguien la señal con un pañuelo,
y el ángel del amor tendió sus alas
y se escondió en el cielo,
por no ver que de Jaime sin consuelo,
el pecho atravesaron cuatro balas.

XI.

Y como á ver morir á aquel soldado,
de emociones sediento,
subió con gran contento
al *Castillo Romano*, hoy arruinado,
ese invariable público, formado
de mil inteligencias sin talento,
cuando vió de dolor desvanecido
que, pasando un segundo,
de una campana eléctrica el sonido
trajo el perdon pedido,
que llegó como todo en este mundo;
en un mismo dolor el pueblo unido

lanzó fatal, desolador, profundo,
un ay ¡que más que un ay! fué un alarido.

XII.

¡Altos juicios de Dios!— En aquel duelo
un claro sol derrama
tanta luz sobre el suelo
de la Vega de Alhama,
que parece que el cielo
le dice al pueblo absorto:—¡vive y ama!
¡Y hasta alegres, del *Piedra* los ambientes,
llegando á confundirse sonrientes
del *Jalon* con las ondas sonorosas,
lo convidan á oir en lontananza
ese canto inmortal de la esperanza
que murmura el concierto de las cosas!

XIII.

Y ¿qué dirán del fin de estos amores
los que hablan de lo real sin poesía?
Qué mañana ocultando estos horrores,
el viejo sol que nace cada dia
alumbrando á leales y traidores,
sobre tanta agonía
un velo vendrá á echar de resplandores;
y dirán además que aunque hoy sentimos
estas y otras tragedias espantosas,
sucediendo unas cosas á otras cosas,
pronto han de ver cómo de nuevo oimos
los himnos del Otoño á los racimos,
del Abril las canciones á las rosas.

XIV.

Y afrontando, por fin, de estos amores
el problema profundo,
me preguntais, lectores:
—«¿qué debemos hacer cuando, iracundo

el destino consienta estos horrores,
y entre *ser* y *no ser* medie un segundo?»—
¡Echar en paz sobre las tumbas flores:
verlo, sufrir, y despreciar un mundo
tan lleno de *Doloras* y dolores!

FIN.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

POEMA EN VARIOS CANTOS.

Á MI IDOLATRADO HERMANO LEANDRO.

LOS BUENOS Y LOS SÁBIOS.

POEMA EN VARIOS CANTOS.

CANTO PRIMERO

EL BUEN JUAN.

I.

Tocó á Pedro la suerte de soldado;
pero hombre sábio y sin ningun denuedo,
todo desconcertado,
la sentencia escuchó verde de miedo.
Y como en casa habia
otro hermano mas jóven que tenía,
como buen labrador, gustos sencillos,
gran corazon, gran pié, grandes carrillos,
y unos puños más grandes todavía,
el padre, por la madre aleccionado,
—«si á Pedro le ha tocado ser soldado
y tanto el traje militar le asusta,»—
pregunta á todos de inocencia lleno:
—«¿Hay cosa más sencilla ni más justa
que vaya por él Juan siendo tan bueno?»—
Y nadie, por temor ó hipocresía,
contra esta vil sustitucion reclama.
Y, pensándolo bien, Juan ¿qué valía,
comparado con Pedro, que tenía

la ambicion del saber y de la fama?
Y el cura, el alguacil y el cirujano,
todo el género humano
encuentra natural que Juan, gozoso,
sacrifique á la ciencia de su hermano
su fortuna, su amor y su reposo.
Y á ninguno subleva esta injusticia
hecha á un sér sin malicia
de aspecto agreste y de carácter tierno.
¡Oh bondad! Tú despiertas la codicia
de todos los demonios del infierno!

II.

Miéntras de Pedro el párroco asegura
que será en religion un alma pura,
y un génio sin rival en medicina,
se burla él ya de la moral del cura
amando sin virtud á su sobrina.
Es Pedro un hombre silencioso y grave,
y, aunque ya tiene vicios,
¿qué importan en un jóven que ya sabe
que fundaron á Cádiz los Fenicios?
Finge bien la modestia el petulante;
y con genio y carácter volteriano,
es un mal estudiante
que estudia bien el corazon humano;
y, aunque escaso de ciencia,
como nació de escrúpulos ajeno,
le enseñó desde niño su conciencia
que ser sábio es más útil que ser bueno.
Dice él, que no ama el oro, y no lo creo;
y blanco de ira y por envidia flaco,
material por placer, de instinto ateo,
de rostro afable y de intencion bellaco,
vive con la manía
de maldecir de su feliz estrella,
y cual buen pesimista en teoría
le vá en la vida bien y habla mal de ella.

III.

Pero Juan, que era el bueno, y trabajaba,
¿qué puesto entre sus deudos ocupaba?
Un puesto tal que, al repartir la madre
los dulces que á los hijos les feriaba,
—«¿No das á Juan?—le preguntaba el padre,
y ella decia:—«es cierto, lo olvidaba.»—
Por cortedad huraño,
sólo habla con las mulas y el rebaño
que hácia los campos guía,
sin saber qué hora es en ningun dia,
ni el dia, ni áun el mes, en ningun año.
Siendo tan sóbrio Juan, á falta de olla,
con cebolla y con pan se desayuna,
y ya alto el sol, sin diferencia alguna,
se come por variar pan y cebolla.
Como es todo mortal falto de trato,
segun San Agustin, ó santo ó béstia,
por su gran castidad y su modestia
es Juan un Escipion y un Cincinato.
Para qué sirve el tenedor ignora,
y coge con los dedos las tajadas,
y rie, cuando rie, á carcajadas;
y aúlla como un lobo, cuando llora.
Aunque tiene cierto aire de limpieza,
dice Pedro su hermano
que, al tiempo en que se rasca la cabeza,
se peina con los dedos de la mano.
Prescinde en esta vida del deseo,
de la ilusion, del oro y de la gloria,
y evita, dando vueltas á la noria,
vendándose los ojos, el mareo.
Y este sér tan benigno ¿es destinado,
sin tocarle la suerte, al heroismo?
La bondad es el suelo preparado
en que siempre los sábios han criado
el pan con que se nutre el egoismo;
y por eso ya el vulgo ha sospechado

que han de ser y que fueron un sér mismo,
Juan Lanas, el buen Juan y Juan soldado.

IV.

Juan tiene por amante
á una jóven de carnes excedentes,
que echa mano á la oreja á cada instante
para ver si están firmes los pendientes;
pendientes de cerezas
que él recoge en el campo de amor ciego,
y que ella fiel, con bíblicas ternezas,
ántes los luce y se los come luego.
Es María, ó Maruja, una aldeana
que, cual base de un sueño delicioso,
tiene un tio riquísimo en la Habana,
bonachon, algo verde y ya gotoso.
Tiene además los ojos como soles,
y en las sienes, tocando á las mejillas,
dos rizos, sostenidos por horquillas,
llamados en Triana caracoles.
Responde á los requiebros con cachetes,
y, no estando de risa amoratada,
parecen sus mofletes
un compuesto de leche y de granada.
Ama Juan á Maruja tan de veras
que si algo la pedia
aunque ella le decia:—«lo que quieras,»—
no sabía él tomar lo que quería.
Mas será para mí gran maravilla
si le es fiel á Juan Crespo la aldeana,
porque, más que á una doble cortesana,
tengo yo miedo á una mujer sencilla;
que el candor con sus grandes honradeces,
tendiéndonos la red de sus patrañas,
enreda al cortesano en sus dobleces
lo mismo que á las moscas las arañas;
y la fé campesina es muy paciente,
pero, despues de todo,
muy candorosamente

en el campo la gente
acomoda el amor á su acomodo.

V.

En conclusion; Pedro obligó á su hermano
á que fuese á cumplir su mala suerte
como aquel espartano
que en nombre de su honor, y lanza en mano,
mandó á su esclavo á combatir á muerte.
Y al ponerle en camino,
así Pedro habló á Juan:—«Pues que el destino
suele hacer de un jayan un caballero,
y un héroe de un furriel adocenado,
no olvides, Juan, que para ser soldado
el despreciar la vida es lo primero.»—
Despues el cura, de latin henchido,
en vez de unos doblones,
le echó, con un sermon, dos bendiciones;
y el padre, algo afligido,
como el cura, le dió buenas razones.
Total: muchos sermones;
un sermon muchas veces repetido.
Sólo un viejo pastor, ex-guerrillero,
sacó, rompiendo en llanto,
dos monedas gastadas por el canto,
de un bolsillo de cuero;
y,—«toma, Juan, le dijo,
no te doy más, porque ya sabes, hijo,
que es cobarde un soldado con dinero.»—
Y Juan, casi ofendido en su ternura,
se alejó más que á prisa,
porque á nadie afligió su desventura:
y es que, segun el cura,
era tan bueno Juan, que daba risa.
Víctima, en fin, de una implacable ciencia,
partió Juan con magnánima paciencia.
¡Admira el ver de lo que son capaces
esos hombres de bien que, pertinaces,
nunca pierden la fé ni la inocencia!

VI.

Mas cuando ya muy léjos, se extinguía
de un sol de otoño la postrera lumbre,
oye Juan, ó cree oir, desde una cumbre
que es su casa un delirio de alegría.
Y se esforzó en seguir. Pero, notando
que al llegar de su hacienda á los linderos
el perro con ladridos lastimeros
le solia llamar de cuando en cuando,
como al fin se reduce nuestra vida
al humilde rincon en que nos aman,
quiere ver, con el alma enternecida,
si en su mansion querida
hay séres que le lloran y le llaman;
y, por la sombra nuestro Juan velado,
se volvió hácia su casa apresurado;
porque es nuestro destino
que pase el porvenir, como el pasado,
la mitad en andar por un camino,
y otra mitad en desandar lo andado.

VII.

Al llegar, mira Juan por el postigo
lo que en la choza pasa,
mas se apoya en la esquina de la casa,
lo mismo que en el hombro de un amigo,
al ver desde la esquina
que, alrededor del fuego que brillaba
el gato de la casa ya ocupaba
el rincon que él llenaba en la cocina.
Y al notar con tristeza
que, olvidándose de él, muchos reian,
miéntras pudo observar con extrañeza
que en la cuadra las mulas no comian
por volver, para verle, la cabeza,
el triste, en actitud desesperada,
á su dolor se entrega

con la frente apoyada
sobre el tronco del árbol de la entrada
que da sombra á la casa solariega.
Luégo el rostro volviendo hácia la puerta,
en tanto que su cuerpo sostenía
el árbol que en verano parecia
una jaula de pájaros abierta,
vió que algunos reian y cantaban;
y al mirar que sus deudos lo olvidaban,
buscando en su dolor un compañero,
abrazó con encanto verdadero
el árbol cariñoso en que sesteaban
seis gallinas, un gallo y un cordero:
y hasta creyó que, respirando amores,
le daba un tierno «¡adios!» por vez postrera,
aquel árbol, tan lleno en primavera,
de perfumes, de ruidos y de flores;
y entónces conoció su alma encantada
¡cuánto al bueno alboroza
esa cancion, sin nombre, susurrada
por el sauce lloron que está á la entrada
de la puerta sin puerta de una choza!

VIII.

Y, en fin, viendo afligido
que el mundo de los Crespos, divertido
por festejar á aquel que se quedaba,
al desdichado Juan, que se marchaba,
dejaban de nombrarle por olvido,
humilde y humillado,
lo mismo que un cachorro castigado,
de dolor traspasadas sus entrañas,
se marchó á ser soldado,
al alborear de un dia en que, aplomado,
el cielo se apoyaba en las montañas;
y huyó, y huyendo se mesó el cabello.
¡Ay del mortal que á conocer empieza
por la primera vez lo que es tristeza!
¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!

Y solo, y de sí mismo frente á frente,
empezó á conocer, aunque con pena,
que es la propia bondad cosa excelente
para escabel de la ventura ajena.
Y al ver su porvenir desvanecido,
maldijo.... Pero luégo, arrepentido,
echó mano al bolsillo en que tenía,
una estampa de un santo desollado,
lo besó con furiosa idolatría,
y despues, alejándose de lado,
para ver bien la casa de María,
los ojos se enjugaba, y resignado,
—«¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!»—decia.

IX.

De este modo, obediente y con tristeza,
vendido siempre Juan por su ternura,
fué á abismar su cabeza
en esa bruma de la vida oscura,
formada de altivez y de bajeza,
de injusticia, de envidia y de impostura.

X.

Y ahora que sabemos
que lleva la bondad á esos extremos,
ya escucho esta pregunta en vuestros labios:
—¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?—
¡En el dia del juicio lo veremos!

FIN.

ÍNDICE

CON EL EXTRACTO DE LAS ADVERTENCIAS DE LAS PRIMERAS EDICIONES.

Páginas.

PRÓLOGO..... V

En este prólogo el autor hace una defensa de su sistema literario; pero parece más bien un ataque hecho al pasado. En él encarece la necesidad de prescindir en la lírica de las escuelas italiana y francesa, y fundar una escuela nacional poética, basada en el estilo y formas genuinamente españolas.

Nuestros lectores probablemente opinarán como nosotros, que en este prólogo hay más ideas de demolicion que de reconstruccion.

I.

EL TREN EXPRESO..... 3

EL TREN EXPRESO, poema descriptivo, término medio entre lo real y lo fantástico, historia de amor de dos séres desgraciados que se ven una hora para llorarse despues toda la vida, es una poesía sencilla y grandilocuente, que unas veces toca en lo bucólico y que raya otras en lo épico; pero en la que siempre se hace gala de un lirismo y de una variedad inagotables.

II.

La novia y el nido. 21

La novia y el nido es una composicion de esas que la filosofía moderna llama subjetivas, cuya accion pasa dentro de un corazon inocente, en ese instante supremo en que el primer rayo de luz empieza á disipar las tinieblas que envuelven santamente el pensamiento de un alma vírgen.

III.

Los grandes problemas. 35

Los grandes problemas es la historia de una mujer que se confiesa á los diez años, á los veinte y á los treinta, y cuyas tres confesiones, reducidas á tres dudas ó preguntas, abarcan los grandes problemas hácia los cuales convergen todos los demás problemas de la vida humana. Más que la historia de una mujer, es la historia de todas las mujeres. ¡Cuántas, al leerle, irán recordando las inocentes dudas y las tiernas emociones de su infancia! Y ¡cuántas, tambien, sumidas en ese mar de dudas que lleva siempre consigo la lucha entre los afectos del alma y los consejos de la razon, sentirán desfallecer su ánimo al contemplar el trágico fin de la heroina de este poema! Está desarrollado su asunto con una delicadeza tal de sentimiento, y es tan distinta la forma en que sus tres cantos se hallan escritos, que parece empezado por Samaniego, seguido por Byron y terminado por Goethe.

IV.

Dulces cadenas. 59

Es un idilio encantador y profundo el poemita que lleva por título Dulces cadenas. Da libertad á un canario una jóven en el mismo dia en que ella se casa: el pájaro, cansa-

do de una libertad inútil, vuelve á buscar la prision en que habia vivido feliz; pero sorprendido por una tempestad, muere ametrallado por el granizo en la misma ventana de la alcoba nupcial de su libertadora. El asunto es dramático, el estilo tierno y el fondo elegiaco.

V.

HISTORIA DE MUCHAS CARTAS. 79

Un jóven que abandona su aldea por venir á la córte; que deja el cielo en que sintió latir su corazon acariciado por el fuego de un amor puro, para entrar en el infierno de las grandes ciudades, ese mar inmenso de malas pasiones; que se acuerda á cada momento de su amada, y que á cada momento se promete escribirle, dejándolo siempre para mañana, mañana que no llega nunca: hé aquí el primer canto.—Una pobre niña amante y confiada siempre, y siempre aguardando la carta que no llega; buscando tambien el mañana en que ha de recibirla, ese mañana que constantemente se renueva y que poco á poco acaba al fin con su vida sin ver realizado su deseo: hé aquí el segundo canto.

¡Ay! ¡Cuán verdad es, por desgracia. que esa historia se repite con frecuencia! Esa carta que indefectiblemente dejamos todos de escribir *para mañana*, es acaso el asunto más profundamente humano tratado en LOS PEQUEÑOS POEMAS. Si viviese aquel D. Benito—decia un amigo nuestro—aquel tipo perfecto del antiguo dómine que con dos pinceladas maestras nos describió el Sr. Campoamor en el *Personalismo*, y pudiese leer esta composicion del que fué su discípulo de latinidad en el Puerto de Vega, sin duda hallaria en él más sentimiento, más gracia y más filosofía, que en todas las obras juntas de ese maldecido Horacio, que, á pesar de su aticismo, ha sido y seguirá siendo el tormento obligado de nuestros primeros años.

VI.

EL QUINTO NO MATAR. 93

El quinto no matar.—Idilio inimitable. Unas cuantas niñas encerradas en un colegio, se enteran de que un pájaro cuenta á la directora todo cuanto hacen y piensan; creen que ese *pájaro fantástico* es una tórtola que hay en el convento, y, para castigar tan chismoso é inoportuno testigo, deciden matarla de hambre, no echándole ya más desde aquel dia

Migas de pan revueltas con alpiste.

Algun tiempo despues, la tórtola muere de *vieja*, y las niñas entran en remordimientos, que dan lástima y risa, por la muerte que no han causado. El plan, el desarrollo y las ideas, puestas en boca de la niña que muere con el pesar de haber contribuido á la muerte del pájaro, son de una ternura y de una inocencia encantadoras. La idea de hacer morir con remordimientos por un crímen que no se ha cometido á una criatura que aún no puede tener ninguna idea del mal, es un pensamiento precioso. Esta exageracion de virtud, esta purificacion de lo que hay más puro, que es la inocencia, excede en ternura y en santidad á todos los pensamientos de todos los autores que hasta ahora se han ocupado en describir paraísos.

VII.

La calumnia 107

La calumnia.—Antes y despues de la célebre ária de Don Basilio en *El Barbero de Sevilla*, hay y ha habido varios cuentos, escritos en diferentes idiomas, que tienden todos á pintar con colores desastrosos los efectos de la calumnia. Este poemita, es de seguro lo más nuevo y mejor escrito de cuanto se ha publicado sobre este asunto.

Nace una niña

con un bello lunar en un costado,

niña que llega á ser una mujer de la más perfecta virtud. La memoria de aquel lunar, encomiado entre unos por

amor, y publicado por otros con indiferencia, llega á ser por último, objeto de maliciosas sospechas para todos; y aquella pobre mujer se da la muerte, desesperada, al verse constantemente blanco de una hostilidad que *se siente* y *no se vé*. Arrojada por su marido, despues de muerta, en la fosa comun, para evitar la vergüenza de su recuerdo, cuando llega la hora de la rehabilitacion, ni siquiera sus restos mortales pueden encontrarse para ser honrados, pues la calumnia siguió á la infortunada esposa hasta más allá de la tumba.

Por lo mismo que la causa de la tragedia es tan ligera como la existencia de un lunar, resalta más la filosofía de este poemita, cuyo plan, admirablemente pensado, está desarrollado con una energía y una delicadeza de pincel, que no puede ménos de sorprender y encantar al que lo lee.

VIII.

Don Juan..... 123

El Don Juan, es uno de los poemas más originales, y acaso el que está escrito con más desenfado por su autor. Alguna extrañeza, y lo hacemos notar de propósito, producirá tal vez el sitio elegido para la accion del segundo canto, que se desarrolla, no en el cielo, sino en el vestíbulo del cielo: pero, á los que así piensen, les diremos que, respetando la moral, en materias de arte, el arte es lo primero.

No se ha podido hacer una sátira más descarada contra el sentido moral del género humano, que el D. Juan de Byron; ni se puede ridiculizar á este personaje con más originalidad que lo hace el Sr. Campoamor.

Nuestro poeta coge á D. Juan ya viejo, lo mata ignominiosamente de *puro amado*, y le hace entrar en el cielo, *por desprecio*, redimido por una de aquellas mujeres á quienes siempre habia burlado. La intencion y el chiste con que está desarrollado el pensamiento de este poema, es de un alcance sin ejemplo. Si el gran vate inglés pudiese leer este irónico castigo lanzado contra la escandalosa celebridad

de su heróe favorito, es posible que no quisiera cambiar la brillantez de su estilo por la inimitable gracia y morbidez del poeta español, pero seguramente envidiaría la originalidad y el arte de dramatizar un asunto, cualidades de que Byron carecia totalmente, y en las cuales el señor Campoamor es maestro consumado.

IX.

LAS TRES ROSAS..... 153

LAS TRES ROSAS, en cuyo desarrollo el Sr. Campoamor hace gala de una forma nueva y sorprendente, es un poema dividido en jornadas, y éstas en escenas, ada una de las cuales encierra un verdadero poemita, el que, aislado, resulta tan completo como unido al todo de que forma parte.

El lector deducirá al través de la fria realidad que se advierte en casi todo el poema, la enseñanza moral que se desprende de una obra en que un mismo personaje, adorado primero por una mujer de más edad, á quien abandona infielmente, llega en su edad adulta á ser castigado por la indiferencia de otra de sus sucesoras.

Aunque no es nuestro objeto señalar aquí una por una todas las bellezas de LAS TRES ROSAS, creemos deber llamar la atencion de nuestros lectores sobre algunos detalles que en ésta, acaso más que en ninguna de sus otras obras, demuestran que no es una hipérbole caprichosa el aserto de un crítico cuando dice que nuestro autor suele hablar de las mujeres más apasionadas, con el mismo, á veces con más pudor, que lo hacen nuestros místicos al ocuparse de las vírgenes en algunas de sus descripciones extáticas.

Citaremos únicamente, en apoyo de lo que decimos, el siguiente terceto:

Al llegar el instante de la hora
en que se hunde aquel puente que separa
á Eva inocente de Eva pecadora...

X.

DICHAS SIN NOMBRE..... 191

Es un idilio precioso: descripcion de una escena campestre, en la cual un jóven tuvo la dicha de jugar en la quinta de Pombal, en Lisboa, con una inglesita muy bella y cuyo nombre no recuerda.

Seguramente que de este poemita no se podria decir lo que Enrique Heine, con algo de desenfado, decia del gran Víctor Hugo, afirmando que á éste, para ser buen escritor francés, le faltaban tres cosas: la *naturalidad*, la *gracia*, y el *buen gusto*. ¡Qué ironía tan natural! ¡Qué gracia de estilo! ¡Qué riqueza de imágenes! y ¡qué variedad de tonos!

XI.

LAS FLORES VUELAN. 201

LAS FLORES VUELAN, capricho literario que no se sabe si es comedia ó poema, está fundado sobre un pensamiento tan profundo como agudo. Nada hay más gracioso ni más filosófico que esa flor que, saliendo de manos de un pobre poeta pasa á las de una dama rica y plebeya; de ésta á un conde, del conde á la doncella de la señora, de la doncella al ayuda de cámara del conde, del ayuda de cámara del conde á la planchadora de la dama, y desde las manos de la planchadora vuelve á las del poeta pobre, que fué el primero que echó á volar la flor, á la cual Calderon, con más propiedad que á un ave, la hubiera llamado *ramillete con alas*.

Herida la imaginacion del poeta por aquella série de perfidias, por efecto de las cuales vuelve á ser dueño de la prenda de su amor, pide la flor á la dama, ésta al conde, el conde á la doncella, la doncella al ayuda de cámara, el ayuda de cámara á la planchadora, y la planchadora al poeta, quien se la entrega, para poder seguir con la vista el vuelo de aquella flor, símbolo de la inconstancia humana. Pero siéndole imposible al poeta ver los subterráneos

sociales por donde la flor vuelve á desandar el camino recorrido, se encuentra de pronto sorprendido con la flor que le devuelve la dama, y entónces cae en el desencanto de que aquella prenda de su afecto ha recorrido todo el círculo social, desde la gran dama hasta la pupilera, sacando por consecuencia que los afectos, ó lo que es lo mismo, las flores que los representan, vuelan como los pájaros, no á la luz del dia, sino á favor de las tinieblas de los antros de la vida humana.

XII.

El trompo y la muñeca. 253

Los hombres debian guardar un *trompo*, y las mujeres una *muñeca*, para que en vista de estos símbolos de inocencia, pudiesen recordar en la vejez, las delicias de la infancia.

Unir los dos extremos de la vida por medio del recuerdo de la *ignorancia del mal*, es un pensamiento que está aquí desarrollado con una novedad y una gracia que encantan.

XIII.

La gloria de los Austrias. 265

Cuentan las crónicas que un labrador del pueblo de *Cuacos*, hizo bajar á pedradas de la cima de un árbol, al cual se habia subido á hurtar fruta, á un niño, que despues fué D. Juan de Austria, vencedor de Lepanto.

Este es el asunto del poema. D. Juan es corrido á pedradas por el labrador. El emperador interviene con algo de mal humor en favor del niño. El labrador detiene á aquel desconocido, en nombre de la ley ultrajada. Un pordiosero garantiza al Emperador detenido, en agradecimiento de haber recibido de él algun mendrugo de pan. Pone en libertad el rústico al Emperador, á ruego del leproso, y al dirigirse al convento el gran Cárlos V, en la region donde era conocido,

—Buen viaje, Majestad!—dice la gente.
—¡Gracias, gracias! don Cárlos repetia;
y,—¡buena está mi majestad!—decia.

La versificacion, á pesar de la indocilidad del metro, parece un trozo de un canto del Ariosto. La anécdota es graciosa, y la más propia para escribir este dramita, en el cual la gloria y la grandeza del hombre están reducidas á ser unas nadas miserables, ante la majestad impersonal de la razon y de la virtud.

XIV.

LOS AMORES EN LA LUNA..... 275

Algunas veces hemos oido al ilustre orador, el Sr. Don *Alejandro Pidal y Mon*, que Campoamor no *idealizaba lo real*, sino que *sensualizaba lo ideal*. No comprendemos bien la diferencia de estos dos idealismos, establecida por el señor Pidal. Este amor de San Francisco de Borja á la esposa de Cárlos V, es de una verdad histórica incontestable.

Nuestro autor, al trasladar esta pasion de la tierra á la luna, en vez de *sensualizar lo ideal*, *idealiza lo real*, y hé aquí probado que la asercion del Sr. Pidal, aunque parece ingeniosa, no establece ninguna diferencia entre los dos idealismos.

Este pequeño poema, tan original, tan fantástico, tan misterioso y vago que, segun la expresion de una mujer, parece escrito con *luz de luna*, es á pesar de su idealismo lo más profundamente humano que ha salido nunca de la pluma de un poeta.

XV.

LA MÚSICA..... 295

Como entendemos poco de música, dudamos si este poema es una ária coreada ó un cuarteto lírico-poético que ejecuta, trasportada á uno de los sitios más deliciosos del

Parnaso, la ilustre familia del primer marqués de Molins.

Problema: el arte divino de la música ¿dice lo que quiere, ó más bien, suponemos que nos dice lo que nosotros queremos?

Un pájaro que canta ¿rie ó llora?

¿Por qué la misma música que alegra á unos, entristece á otros? Cuestion importante de psicología. El mundo exterior no es como parece, sino como nosotros queremos que sea.

XVI.

La lira rota. 305

Ginés el Sevillano, al cual una niña le rompe la guitarra por arrojarle una moneda, es el tipo eterno de esos talentos desconocidos que aspirando á la gloria, se encuentran detenidos en su camino, lo mismo por una dicha que por una mala ventura de la suerte.

XVII.

Los caminos de la dicha. 317

Un tio paterno aconseja al autor que busque la dicha por la *izquierda* del camino de la vida, porque él la ha buscado por la derecha, y no la ha encontrado. Otro tio materno la amonesta lo contrario, aconsejándole que tome por la *derecha*, porque, segun su experiencia, por el lado izquierdo no se encuentra jamás la dicha deseada.

El autor vacila entre estos dos extremos, y tomando un término medio, unas veces encuentra por la derecha el hastío del placer no alcanzado, y otra vez halla por la izquierda el hastío del goce ya agotado. Resúmen: que en la tierra no hay camino posible para ir á la dicha.

XVIII.

Por donde viene la muerte. 341

La eterna cuestion: la lucha entre lo real y lo ideal.

Creemos con el Sr. Revilla que esta es una obra de arte perfecta.

XIX.

EL AMOR Y EL RIO PIEDRA. 355

Dos amantes no pueden soportar el dolor de la ausencia. Ella huye del hogar doméstico; y él, que es soldado, deserta de su regimiento. Se van á arrojar al rio Piedra, y al verse en las aguas, un sentimiento de amor los llama á la vida. Se cansan del amor y él se vuelve á las filas, abandonando á su amada. Han delinquido por amor, y el amor primero los castiga por locos, y despues la justicia los castiga por delincuentes.

Esta historia se conoce que es el pretexto para describir las maravillas del Monasterio de Piedra, donde dicen los que las han visto que allí la poesía nunca llega á la realidad.

XX.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS. 385

Juan es el bueno y Pedro es el sabio. El bueno trabaja y sufre, para que el sabio ni sufra ni trabaje. Los hombres todos son, ó Juanes ó Pedros. La humanidad se divide en dos partes; en explotadores y en explotados.

Terminemos ya esta larga reseña con dos palabras. El género literario de LOS PEQUEÑOS POEMAS es tan sencillo y tan filosófico al mismo tiempo, que, á los jóvenes, nos hace pensar con seriedad; y á los hombres de edad madura, les inspira frases como las siguientes, escritas por el célebre poeta portugués D. A. Feliciano del Castillo, en una carta que nosotros hemos visto dirigida al ilustrado embajador de España en Lisboa, el Sr. D. Angel Fernández de los Rios:

Cuando leo Los Pequeños Poemas, *á pesar de mis setenta años cumplidos, siento renacer en mi corazon todos los ardores y todas las alegrías de la primera edad de mi vida.*

De los veinte poemas de que consta nuestra publicacion, se debe asegurar lo que decia un ilustre escritor definiendo la poesía: «No se puede *sentir más hondo*, *pensar más alto*, ni *hablar más claro.*»

Concluiremos esta corta reseña con una afirmacion absoluta, áun á riesgo de desafiar á la crítica más severa y más preocupada de lo extranjero y de lo antiguo.

Una coleccion de poemas cortos, escritos con la naturalidad, la elevacion y la filosofia de éstos, es un fenómeno literario, del cual no hay ejemplo en ninguna literatura del mundo, ni antigua ni moderna.

Los Editores.

460128

Campoamor y Campoosorio, Ramon de
Los pequeños poemas.

LS
C198pe

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED